



Los
SUEÑOS
DEL
CANCILLER
MANUEL BUIE

Lectulandia

“Tras un impacto meteorítico devastador, los restos de la humanidad sobreviven en un puñado de colonias orbitales. La mayor parte de los evacuados, no llegó como personas de carne y hueso, sino como copias informáticas de sus mentes a bordo de soportes digitales. Bel XVI, detestable excanciller de Aragón, ha descubierto la existencia de una secta que amenaza a la especie humana, remendada y cada vez menos humana. Él y los suyos protagonizan una carrera contrarreloj para desbaratar los objetivos de la secta y de paso, llevar a cabo planes no tan altruistas” Esta novela es una continuación de “El Triángulo D”.

“Los sueños del Canciller” es una novela de aventuras de principio a fin, pero sobre todo una OBRA MAESTRA del cyberpunk (y sí, sé que he puesto obra maestra con mayúsculas). En ella, además de todo lo mencionado anteriormente, se explora la psique humana a la perfección y algo de suma importancia en las obras dedicadas al género del cyberpunk; el entorno virtual. Los pensamientos dentro de la red, aquello que vive y piensa aquél que está conectado. Para esto, Cybérica, resulta un escenario excelente: Escenario al que daba gusto volver una y otra vez, o conectarse una y otra vez.

Lectulandia

Manuel Buil

Los sueños del Canciller

ePub r1.0

capitancebolleta 06.07.13

Título original: *Los sueños del Canciller*

Manuel Buil, 2011

Editor digital: capitancebolleta

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1 REGRESO A LA TIERRA PROMETIDA.

Una voz susurraba desde algún lugar “todo está bien, todo está bien”. Pero antes de que le diera tiempo a preguntarse quién demonios hablaba, el vacío fue sustituido por piezas de realidad que encajaron y todo cobró sentido. Entonces lo recordó y se sintió inmensamente feliz.

Después de todas esas dificultades, después de tanto descrédito, después del terrible accidente que había estado a punto de costarle la vida, las cosas no podían haber acabado mejor. El Canciller Biel XVI viajaba en un vehículo de transferencia orbital rumbo a la Tierra, y no era un transbordador cualquiera sino un *Space Cargo* cedido por la Federación de Naciones Unidas como acto de desagravio. Tenía su gracia. Habían estado a punto de acabar con él pero había salido airoso de todas las acusaciones. No sólo eso. Había salvado a la humanidad misma, incluso había convencido al Consejo para que tomara medidas drásticas y eliminara de raíz la amenaza que silenciosamente había estado a punto de acabar con todo rastro de civilización. Por eso Biel XVI había sido repuesto en su cargo y el Gran Aragón era ahora una entidad política con administración, territorio y ejército propios, en pie de igualdad con el resto de estados que habían ido reconstituyéndose a medida que las cosas habían ido volviendo a la normalidad.

“Todo va bien” aquella voz continuaba desde algún lugar. Ahora que lo abandonaba, ahora que se despedía de él, el anillo se le antojaba una estructura sugerente. Un pedazo curvo de cielo formado por miles de luces artificiales, satélites y asteroides habitados sobre el infinito fondo de estrellas. Fue en ese momento cuando los canales de noticias enmudecieron y la iluminación se desvaneció en agonía rápida convirtiendo la cabina del pasaje en una especie de túnel de terror de feria barata. Sólo el suelo siguió iluminado con líneas azules fluorescentes y todos sabían qué significaban. El descenso comenzaba. Iban a sentirse de nuevo grávidos.

“Qué maravilla” pensaba el Canciller, gravedad de verdad, y no esa odiosa pseudogravedad rotacional de las colonias espaciales. Una docena de delgadas azafatas virtuales gesticularon desde las pantallas en otros tantos idiomas las normas básicas de seguridad durante la travesía de la atmósfera. Las voces chillonas se mezclaban con olor a desinfectantes pegajosos. El protocolo de bajada concluyó con los chasquidos de decenas de cinturones de seguridad cerrándose alrededor de las barrigas de los consejeros que formaban el séquito de Biel XVI. Aquellos hombres que habían permanecido pegados a las ventanillas charlando como niños del azul que habían visto crecer, eran estacas nerviosas aferradas a los asientos de microfibra de coco, con los botes de inhibidores suprarrenales temblando en las manos listos para combatir el estrés del vuelo de descenso a la Tierra.

En ese momento un ligero zumbido que aumentó progresivamente a un estruendo

atronador inundó la cabina de pasajeros del *Space Cargo*. El vehículo vibraba y Biel XVI percibía por las ventanillas el brillo del casco de cerámica calentado al rojo vivo por la fricción con el aire. Podía ver allí abajo nubes, o quizá simplemente se trataba de neblina. Sabía que frenaban pero a medida que el panel indicaba que se aproximaban a tierra, la sensación era de caída en picado.

Noventa mil metros de altitud, sesenta mil, treinta mil... ¡Ahí estaba! ¡Podía ver la superficie! Verde, hermosa, curva. No lograba imaginar como los ingenieros ecólogos de la Federación habían sido capaces de contrarrestar en tan poco tiempo los efectos de la terrible glaciación que habían assolado el planeta tras el impacto del asteroide cuarenta años atrás, pero esos detalles carecían ahora de importancia. El panel de navegación indicaba que habían descendido por un túnel aéreo que desembocaba en la vertical de Asia Central. Realizarían un vuelo casi horizontal hasta el astropuerto de Monflorite a una velocidad todavía endiablada comparable a varias veces la del sonido.

Unos minutos después, casi habiendo surgido de la nada, les estaban escoltando cuatro cazas exosféricos de las reales fuerzas aéreas aragonesas. La Federación había tenido la deferencia de permitirles salir de su espacio aéreo para la ocasión. El Canciller Biel XVI seguía percibiendo las voces pero ya no era capaz de prestarles atención. La realidad que lo envolvía era más importante y no podía pensar. Se abandonó. Su cara dibujó una sonrisa de orgullo cuando alcanzó a ver las insignias en los costados de los cazas. Cuatro barras rojas sobre fondo amarillo surcadas por la garra de un milano negro.

Tras un vuelo repleto de himnos patrióticos el convoy alcanzaba los límites territoriales del Gran Aragón. El Canciller lo supo porque sobrevolaron a escasa distancia una esfinge monumental esculpida en el monte Aneto con sus agraciados rasgos de hombre de estado maduro. Era la bienvenida aún no finalizada que le dedicaban sus queridos ciudadanos. Aquellos que habían podido regresar antes que él en las sucesivas oleadas de recolonización. Mil metros de escultura sobre roca desnuda que recordarían a las generaciones venideras quién había sido el hombre que había posibilitado la reaparición en el mapa político internacional de lo que en el pasado remoto se había llamado Corona de Aragón. ¿Podía presenciar algún espectáculo más gratificante? Podía.

Tras dejar atrás la cordillera pirenaica navegaron sobre una llanura tan homogénea como excitante. La superficie, hasta donde alcanzaba la vista, era un océano verde dedicado al monocultivo de maíz transgénico. Un mar inacabable de cereal regado con las aguas del Ebro, el Ródano, el Garona, el Bidasoa, el Llobregat, el Segura, el Duero y otros ríos que la Federación había puesto a disposición de Biel XVI mediante trasvases faraónicos. Lo último en portentos de ingeniería civil al servicio de la producción de semillas que alimentarían a media humanidad, y que

proporcionarían vacunas, biocarburantes y toda clase de proteínas terapéuticas.

Descendieron al fin describiendo círculos concéntricos sobre la vertical de Monflorite, aterrizando en la pista principal del astropuerto. Miles de ciudadanos llenos de entusiasmo se agolpaban en las inmediaciones del palco desde donde se pronunciarían los discursos oficiales. Las tropas, vestidas con sus uniformes de gala, se encontraban ya formadas, ansiosas por desfilas ante el Canciller. Los gritos de la muchedumbre podían oírse sin problemas desde el interior del transbordador, ahora que los motores habían entrado en un merecido letargo. Varios oficiales de protocolo daban los últimos toques al inusitado felpudo escarlata que debía conducir al Canciller hasta un gran escenario montado en medio de las abarrotadas explanadas de hormigón. Tras la colosal torre de megafonía destacaba una réplica de la Virgen del Pilar, destruida durante la guerra. Los colores chillones de las vestimentas que se divisaban en el palco de autoridades indicaban que la asistencia de representantes diplomáticos era generosa. Niñas vestidas de blanco correteaban arrojando pétalos de flores. Si las voces seguían sonando en algún sitio, nadie se daba por enterado.

Biel XVI y los suyos debían esperar todavía unos minutos antes de desembarcar. Debían pasar el reglamentario examen microbiológico para descartar la posible traída de infecciones desde las colonias espaciales. El Canciller aprovechó la pausa para dar los últimos toques a su vestimenta. Chaquetón con envolvente de cuello de piel de marmota, pantalones de pana gris ceniza mezcla de algodón y poliéster, botas de montar de cuero de búfalo acuático, y capa blanca de raso con las insignias de su cargo. Una mezcla de alto mandatario del anillo y nuevo dandy. Se preguntaba si su atuendo resultaría ostentoso; si había acertado siguiendo los consejos de sus estilistas, que aseguraban que la moda de la nueva temporada representaba una renovada dimensión de la masculinidad, viniendo marcada por un minucioso estudio del color y la versatilidad de líneas que aunarían en perfecta armonía el clasicismo y la originalidad del buen gusto.

El resultado del análisis resultó negativo tanto en los pasajeros como en la tripulación. El Canciller se situó delante de la escotilla principal. Tras él, en perfecta formación, el resto de autoridades. Sobre la puerta brillaba una luz amarilla pero Biel XVI sólo podía pensar en la extraordinaria felicidad que sentía. A punto de llorar, le tembló la barbilla pero consiguió sobreponerse. Los vítores y aplausos de las gentes parecían crecer en intensidad. Entonces la luz amarilla se apagó y centelleó la verde, todo acompañado por un pitido intermitente. El corazón le latía a gran velocidad. La escotilla subió con lentitud y un viento gélido le azotó la cara por sorpresa. Tuvo que cerrar los ojos para soportar la neviza que comenzó a golpearle. Miró con el rabillo del ojo protegido por los dos brazos, y lo que vio le hundió el alma en un montón de inmundicia.

No había rastro de las alfombras. Ni de la banda de música. Ni de la

muchedumbre. El ejército se había evaporado a la misma velocidad que los gritos y los aplausos. No estaba el estrado, ni las autoridades. El mismo cosmódromo era sólo un montón de construcciones en ruinas cubiertas de óxido y escarcha. Los bloques que conformaban antes la pista de aterrizaje estaban cuarteados, constituyendo un caótico montón de escombros helados. No brillaba el sol, no había vegetación ni campos de maíz. El cielo era gris oscuro y el único sonido era el fuerte rumor de la ventisca.

Biel XVI tardó en reaccionar. Aturdido y nervioso retrocedió dentro de la nave para pedir explicaciones a los suyos, pero nadie le contestaba. Su comitiva tampoco estaba allí. Incluso el comfortable transbordador federal ahora parecía un viejo vehículo destartado y abandonado a la herrumbre y al efecto destructor de las gélidas temperaturas. Sintió náuseas, notó como la realidad vibraba y tuvo que aferrarse al marco de la portezuela para evitar caer al suelo. Trató de escuchar las voces que le habían acompañado durante el descenso pero ni siquiera ellas estaban allí y se sintió más desamparado que nunca. Pudo levantar de nuevo la cabeza y, tras contemplar la estepa muerta, emitió lleno amargura un grito de desesperación.

Entonces la mitad del cielo se iluminó con unas brillantes letras anaranjadas:

“Constantes vitales en límite de peligro. ¿Desea salir del sueño?”

El excanciller Biel XVI despertó en su cubil de siete metros cúbicos. El sueño había acabado en pesadilla. Con el único brazo que se dejaba puesto para dormir, desconectó el generador de ensueños. No tenía fuerzas para colocarse el resto de las extremidades. Miró por la pantalla del telescopio comunitario y contempló la Tierra a treinta y seis mil kilómetros. Una bola blanca. No había terminado la glaciación. No volvería nunca. No existía el Gran Aragón, ni siquiera era ya Canciller. Estaba confinado bajo arresto domiciliario en un asteroide carcelario de la Federación a la espera de juicio.

Recordó que estaba vivo de milagro, que tras el accidente sólo conservaba el quince por ciento de su cuerpo original, básicamente una cabeza conectada a un cuerpo mecánico norcoreano fabricado antes de la guerra, roñoso y barato. Una cabeza repleta de cicatrices que todavía dolían. Un dolor para el que todo fármaco resultaba inútil. Un dolor que sólo conseguía mitigar con elevadas dosis de odio y de rencor. Ni siquiera podía soñar por sí mismo, ya que su tallo cerebral también estaba dañado, por eso se le permitía usar el generador una vez al día.

La sangre que corría por el circuito cerrado de su cabeza era artificial, lo mismo que el aire que salía del ventilador. Sueños, aire y sangre. Todo falso, todo ficticio. ¿Seguía siendo humano? Sí, si el grado de humanidad lo determinaran los niveles de orgullo y de ambición. Mientras le quedara un aliento de vida, una chispa de actividad neuronal, haría todo lo posible para demostrar su inocencia y recuperar su poder. La amenaza seguía latente sobre los restos de lo que un día había sido la

especie humana y sólo él podía hacer algo, pero el tiempo se acababa. En breve sería juzgado como causante de la destrucción de la ciudad espacial Arcadia, un desagradable incidente del que Biel XVI no se sentía responsable sino un simple catalizador. Carente de cualquier sentimiento de culpa, detuvo el ventilador para que el aire estancado le devolviera a su niñez, al espeso vapor de las industrias papeleras. Aspiró hondo. ¡Pobre humanidad! El arca de Noé que eran el anillo y las colonias lunares, albergaban a los supervivientes de la extinción en masa derivada del impacto del asteroide y de la guerra. Las sobras de la vida sobre el planeta Tierra. Un arca de Noé frágil y vulnerable que iba ser aniquilada con sigilo.

2 TODO LO QUE LA HUMANIDAD PUDO SALVAR DE SÍ MISMA.

Biel XVI recibió una llamada mientras engrasaba sus articulaciones sobre la vieja colchoneta. La llamada no llegaba por las vías ordinarias sino directamente a su cerebro. Tras su segunda muerte se había hecho implantar una placa cyb en la base del cráneo, así había conseguido poner a funcionar de nuevo lo que le quedaba de sistema nervioso y por tanto, volver a la vida. La placa conectaba sus dos hemisferios cerebrales, almacenaba recuerdos en soporte informático y le permitía trasladar a los órganos mecánicos las órdenes motoras de su cerebro vivo. Gracias a ella era capaz ahora de cocinar, de realizar complejos cálculos matemáticos y de bailar graciosas danzas en gravedad cero. Pero tras las características estándar de su implante se escondían algunas posibilidades fuera de la ley, como la de comunicarse con los suyos mediante microondas ajenas a los canales oficiales, o la de conectarse a las redes informáticas sin necesidad de navegadores ni terminales para bajarse a su mente cuantos datos le viniera en gana. También podía cargarse a sí mismo dentro de las redes y acceder desde ellas a cualquier lugar del anillo. Desde el punto de vista de las comunicaciones, su confinamiento forzoso en el asteroide Besna-Gostibar no era ningún problema. Estaba en permanente contacto con toda la Federación.

—¿Sí? —contestó el Canciller. Podía comunicarse sin necesidad de pronunciar palabra, simplemente pensando con claridad, pero eso le resultaba agotador. Prefería hablar.

—Excelencia, al habla Montgomery Barrachina.

—Hola, coronel. Al fin alguien real. ¿Qué hay de nuevo?

—Creo que tenemos algo, excelencia —contestó el coronel Barrachina, quien desde la disolución formal de Aragón era controlador de tráfico civil del sector 4 del anillo orbital, aunque clandestinamente continuaba siendo consejero de seguridad de Biel XVI y director de hecho de una pequeña red de activistas camuflados en un puñado de puestos clave. Pocos pero fieles, de los que sólo esperan la ocasión propicia para romper la hora—. Creo que han empezado con humanos, señor Canciller.

—¿Dónde estaban instalados? —contestó Biel XVI.

—No, no —interrumpió el coronel—. Me refiero a humanos de verdad, de carne y hueso.

—¡Condenación! —maldijo Biel XVI— ¿cómo pueden ir tan rápido? Cuénteme todos los detalles, Barrachina.

—A las 5,30 hora internacional hemos interferido una llamada de socorro emitida desde una granja de cerdos situada en órbita baja. Lo más sorprendente es que los afectados eran humanos de tipo silvestre. Usted ya me entiende.

—¿Cómo lo sabe, coronel?, las comunicaciones han podido verse alteradas.

—No, excelencia —prosiguió Barrachina— el robot de la granja nos ha relatado lo que sucedía en tiempo real y, a falta de más información, se podría afirmar que esta vez lo han conseguido con personas auténticas.

—¿Han interrogado ya los de seguridad al robot?

—Es poco probable, excelencia. Han transcurrido tan sólo unos minutos. En estos momentos me dispongo a coger un transporte. Quiero entrevistar personalmente al artefacto.

—No se fíe. Los robots son mentirosos por naturaleza. Además la policía podría sospechar.

—Esta vez no. Por fortuna la granja se encuentra en mi sector del anillo.

—Está bien, coronel. Tenga cuidado. Espero su llamada. Corto.

Biel XVI, completamente ensamblado, se dispuso a salir de la celda para dar su paseo por la roca. Le gustaba darse una vuelta todos los días por la zona central de Besna-Gostibar, donde la gravedad era menor y estaba situado el invernadero que abastecía de oxígeno al asteroide. Su cuerpo de metal y porcelana parecía allí más ligero, y podía llegar a flotar bajo la cúpula de obsidiana, desde donde la antena de su placa cyb emitía sin interferencias. En el fondo, paseaba todos los días por ese lugar porque en su primera visita había contemplado escondido entre la vegetación a una pareja que yacía en busca de sexo, y ahora repetía la rutina como un perro de Paulov.

La celda del Canciller era una entre varios cientos. Agujerillos excavados en la roca y conectados por un sinfín de túneles. Un trabajo propio de insectos sociales donde se veía forzado a vivir el ser vivo más insociable del universo. Cuando salió al pasillo, dos guardias de la Federación se levantaron de un banco tallado sobre los restos de algún fuselaje con inscripciones orientales y se aproximaron hasta él. Uno de ellos era el de todos los días. El otro era nuevo. Por su corta edad y su nerviosismo, supuso que sería un recluta. Como de costumbre le acompañaron a una distancia discreta. Las autoridades mantenían confinado al Canciller, pero le permitían cierta libertad de movimientos por el interior del penal.

Biel XVI no pudo evitar mirar de reojo varias veces al recluta. Tenía rasgos asiáticos. Tez tostada, ojos rasgados y aspecto enjuto pero saludable. China. Los chinos habían tenido un papel crucial en los acontecimientos que precedieron al gran desastre, hacía casi medio siglo.

Fue un mes de mayo cuando en los observatorios astronómicos de todo el mundo se dispararon las alarmas. Se aproximaba un numeroso grupo de asteroides hacia la Tierra procedente del cinturón. Algo había hecho que abandonaran su órbita y lo cierto es que se movían con bastante rapidez. Algunos de ellos tenían tamaños de decenas de kilómetros.

A lo largo de las semanas posteriores las posibilidades de colisión se fueron

concretando. Se debatió en foros científicos y políticos. No se disponía de mucho tiempo. Al menos dos de los asteroides impactarían de lleno contra la Tierra en menos de seis meses. La llamada ONU confió a los Estados Unidos, como país tecnológicamente más avanzado y económicamente más pujante, la solución de la crisis mundial. China, protestó.

La maquinaria militar americana se puso en marcha y trabajó sobre dos posibles alternativas. La primera consistiría en dirigir satélites en desuso y chatarra espacial contra los asteroides, intentando desviar sutilmente su trayectoria para que siguieran su camino sin caer al planeta. La segunda, por si la primera no resultaba, intentaría la desintegración total mediante detonaciones de una decena de artefactos nucleares. Para ello fueron colocadas en órbita de inmediato las correspondientes lanzaderas de misiles. China protestó.

A lo largo del mes de agosto innumerables despojos espaciales fueron acelerados por las fuerzas estadounidenses y dirigidos contra los dos colosos metálicos cuando se encontraban en las proximidades de la órbita lunar. Pero era una operación delicada. La mayoría de los proyectiles no acertaban en el blanco o impactaban contra los asteroides menores, que actuaban como una molesta pantalla. A primeros de septiembre la ONU autorizó al alto mando Norteamericano el uso de la potencia nuclear. China protestó.

A las diecisiete horas del veintidós de septiembre, el presidente de los Estados Unidos James T. Ugly dio la orden, y los diez misiles *Arkansas* abandonaron sus lanzaderas orbitales, dirigiéndose contra las dos montañas celestes que se encontraban ya a menos de cincuenta mil kilómetros de la atmósfera. Todas las televisiones del mundo seguían las noticias. Cuarenta mil millones de personas miraban al cielo y a los canales de noticias. Cuatro potentes detonaciones despedazaron al primero de los asteroides. El presidente de los Estados Unidos no esperó a la segunda oleada y dirigió un discurso al planeta entero. Sentado en su escritorio, acompañado por su esposa sonriente y llena de laca, hablaba sobre la memorable jornada en la que su nación había salvado la civilización. Del triunfo de la libertad sobre la barbarie, del momento histórico que sería recordado. Detrás de él llegaban imágenes de los cohetes cayendo en picado sobre su objetivo. Coincidiendo con los seis impactos y con la bola de luz que inundaba la pantalla, el presidente Ugly finalizó su discurso con un “Dios salve América”.

Pero cuando se desvaneció la luz de las detonaciones, las cámaras mostraron al asteroide, parcialmente roto en otros fragmentos menores, pero todavía con el suficiente tamaño como para que las televisiones censuraran la imagen y cortaran sus emisiones. Se vivieron entonces treinta y cinco minutos de angustia. Exactamente el tiempo que tardó el meteorito en iluminar el cielo del océano Pacífico y rasgarlo como una flecha incendiaria azul. El impacto tuvo lugar en las afueras de la ciudad

china de Nankín. La monumental explosión generó una onda de choque que barrió en segundos las vecinas ciudades de Nantong, Wuhan, Wenzou y Sanghai. En la costa se levantó un Tsunami que hizo desaparecer de la faz de la Tierra al Japón, Filipinas y Corea. Diez mil millones de personas murieron por la energía liberada en la explosión. Los vientos huracanados cargados de polvo que le siguieron, hicieron reventar los pulmones a otras tantas de las zonas vecinas de Siberia, Indochina, Filipinas y Nueva Guinea. Fue el impacto meteorítico más espectacular que había vivido la humanidad. Más que el de Tunguska. Más que el de Meteor Valley. Quizá comparable al del límite Cretácico-Terciario. China protestó. Acusó a los militares estadounidenses de haber fracasado deliberadamente y de haber dirigido el segundo asteroide contra el continente asiático. El primer ministro Yuan Wei exigió que técnicos chinos inspeccionaran las instalaciones desde donde se había dirigido el ataque. El gobierno estadounidense se negó en redondo, y China y sus aliados declararon la guerra a los Estados Unidos.

Durante los días en los que se produjeron los primeros combates, los efectos a largo plazo del meteorito comenzaban a ser visibles. La temperatura general del planeta había subido varios grados, pero fue sólo un espejismo. Las nubes de polvo y cenizas levantadas se acumulaban en la estratosfera y comenzaban a oscurecer el sol. Los días eran cada vez más cortos, con amaneceres y crepúsculos más prolongados, y un cielo rojizo que día tras día brillaba con menor intensidad.

Los combates enfrentaban a millones de soldados. A decenas de millares de aviones, submarinos y cohetes. A cientos de artefactos nucleares que eran destruidos antes de alcanzar el blanco por los satélites de uno y otro bando. El aire se volvía día tras día más irrespirable. La falta de insolación mataba la vegetación de todo el planeta. El oxígeno empezó a ser vendido en el mercado negro. El clima se estaba volviendo frío. Podía verse la nieve en latitudes imposibles. Dos meses después del impacto el sol no podía verse ya en el cielo, que sólo brillaba como una pasta roja unos minutos al día. Finalmente, la misma semana que las fuerzas Norteamericanas entraban en Pekín, no se hizo de día en absoluto y la Tierra entró en una noche permanente.

La guerra parecía obvio que iban a ganarla los Estados Unidos. Se combatía en todos los rincones del oscurecido planeta y las barras y las estrellas salían victoriosas en tierra, mar y aire. El país más poderoso del mundo se sentía más confiado que nunca en su ejército imbatible, cuando un buen día recibieron un devastador contraataque procedente del único lugar al que no prestaban atención. El espacio.

Era tal la superpoblación que había sufrido China durante aquel siglo, que discretamente habían iniciado un programa de colonización extraterrestre. La agencia espacial china disponía ya de verdaderas ciudades orbitales, de colonias en la Luna, de instalaciones industriales en órbitas lejanas dispuestas a ser ocupadas por colonos

que debían haber comenzado a salir en poco tiempo. La guerra lo había retrasado todo, pero hicieron falta sólo un par de meses para que los chinos transformaran una flota espacial comercial en una flota de guerra. Fue el 18 de noviembre cuando el almirante Zhuang Ho dirigió su armada improvisada contra el enemigo, bajo las nubes que cubrían el continente americano.

Biel XVI no podía evitar sonreír al recordar las imágenes de la flota espacial china. Moles lentas y pesadas con pinta de globos de aluminio, con antenas y paneles por todas partes que maniobraban torpemente mientras disparaban sus láseres y torpedos contra el planeta y los satélites americanos. Cualquier nave de la policía orbital de los tiempos de Biel XVI habría barrido en minutos a la primitiva armada de Zhuang Ho. Pero aquel ataque había cogido al ejército de los Estados Unidos por sorpresa y la guerra cambió de curso.

Desprovistos de sus escudos orbitales, los americanos sufrieron una auténtica lluvia de misiles sobre sus ciudades e instalaciones militares. Las fuerzas norteamericanas se retiraron de Asia y del Pacífico. Se combatió por tierra en Europa y en la propia América.

Biel XV, el anterior Canciller y padre de Biel XVI, tuvo su importancia en los últimos coletazos de la guerra cuando, tras unas negociaciones secretas con los chinos, cambió de bando en la guerra y traicionó a los derrotados norteamericanos, que ya se encontraban en franca retirada. A cambio del degollamiento del personal estadounidense al alcance de la policía autónoma aragonesa y del bombardeo de las infraestructuras militares de Barcelona por el tristemente recordado acorazado estratosférico “Virgen de Rodanas”, Aragón, que hasta entonces había sido un rincón ignorado de Europa, fue proclamado como nación histórica y de pleno derecho por el embajador chino en un acto emotivo celebrado en Zaragoza, en el que Biel XV pronunció un discurso recordando los indiscutibles lazos que unían China con Aragón, de los irrefutables datos históricos que probaban que los monarcas de la Corona de Aragón habían sido aliados y amigos personales de los emperadores chinos.

Finalmente se firmó un armisticio. La mitad de la humanidad había muerto víctima de las bombas o del cambio climático, y las cosas iban a peor. Los glaciares estaban invadiéndolo todo. La noche permanente impedía la vida vegetal, y los alimentos y el oxígeno eran severamente racionados. En la cumbre de la ONU celebrada en Novaya Calamocha, naturalmente auspiciada por el Canciller Biel XV, se sentaron las bases para solucionar la crisis planetaria. Los chinos accedieron a compartir sus aún vacías instalaciones espaciales para acoger refugiados de la Tierra. Todos los demás estados, ahora integrados en una nueva Federación, se afanarían en colocar ciudades en órbita para acoger al mayor número posible de colonos. Se jugaba con la ventaja de que un buen número de los asteroides que se habían dirigido

hacia la Tierra, había quedado en órbita estable alrededor de ella. Acero ilimitado y barato. Los recursos materiales no serían ningún problema. La humanidad entera iba a ser evacuada hasta que los efectos del impacto meteorítico remitieran.

Pero los transportes resultaban demasiado lentos. Las lanzaderas evacuaban cien mil personas diarias a las estaciones espaciales, pero a ese ritmo, ni en quinientos años se habría concluido el proyecto. Los ingenieros estadounidenses tuvieron una idea genial. Dado que los transbordadores no podían evacuar humanos completos al ritmo deseado, se limitarían a transportar cabezas. Después de todo, la tecnología robótica estaba lo bastante avanzada como para mantener viva una cabeza conectada con un cuerpo mecánico. En las fábricas orbitales se construirían millones de cuerpos, y de la Tierra llegarían sólo cargamentos de cabezas congeladas a la espera de disponer de un cuerpo robot. Se optimizarían los viajes. Algunos intelectuales protestaron. Opinaban que las cefalotomías afectaban gravemente a la dignidad humana. Pero no se les hizo caso. A fin de cuentas lo importante del ser humano es su cerebro y éste seguiría intacto.

Los cargamentos de cabezas comenzaron a llegar hasta las ciudades espaciales, las colonias lunares y a las fábricas instaladas en los asteroides. Sin embargo aquello no acababa de funcionar. Tras ser descongeladas, las cabezas eran mantenidas vivas en cultivos hidropónicos, a veces demasiado tiempo, y acababan deprimiéndose. Otras veces se tornaban agresivas y se atacaban a mordiscos las unas a las otras dentro de los tanques de cultivo. A muchas cabezas además, no les gustaba el cuerpo que se les asignaba. Tras el incidente Rockstown, en el que una lanzadera cargada con diez mil cabezas estalló unos minutos después del lanzamiento, el plan fue definitivamente abandonado.

Mientras las colonias espaciales iban llenándose y multiplicándose hasta parecer un anillo como los de Saturno, en la Tierra la crisis estaba tomando proporciones de hecatombe. Millones de personas morían esperando su turno de embarque. Hordas de desesperados invadían los astropuertos siendo masacrados por la policía de la Federación. Esta vez fueron los chinos los que hallaron la solución definitiva. Fue en los restos del Instituto Tecnológico de Guinan donde un equipo de científicos perturbados expertos en extropía, anunció que se había conseguido duplicar una mente humana, creando una copia que había sido cargada en soporte informático. Una mente humana con sus recuerdos, deseos, temores y conocimientos, podía ser volcada en un ordenador y ser mantenida consciente y activa, suponiendo tan sólo un pedazo de software.

Bajo el principio de “identidad del programa”, los millones de personas que aún quedaban en la superficie pasaron por los centros de donación para duplicar su mente y ser almacenada en un disco láser. Junto a cada disco se acompañaría una célula del donante para su posterior clonación en órbita. Cuando los cuerpos hubieran sido

reconstituidos, la mente cargada en discos informáticos sería volcada en ellos. El plan era reducir al máximo el peso de cada persona evacuada. Una célula y un programa, tan sólo unas décimas de gramo. Naturalmente, la mayoría de las personas donantes optaban por la eutanasia inmediata. Su mente sólo notaría que había cambiado de ubicación. Dormirse en un cuerpo biológico y despertar en un ordenador.

Nunca llueve a gusto de todos. Los líderes religiosos de todo el planeta, que hasta entonces habían permanecido razonablemente callados, condenaron la práctica de la extropía y la declararon pecado grave por ir contra la ley de sus respectivos dioses. Sostenían que el alma no puede ni debe ser copiada. Al menos ese debió ser el motivo, porque cientos de misiles nucleares de la clase “Apocalipsis” fueron lanzados desde silos subterráneos situados bajo el Vaticano, La Meca, Jerusalén y el Tíbet. Todo un arsenal nuclear que los devotos del mundo entero habían acumulado bajo un celoso secreto durante siglos. La fe mueve montañas, acumula riquezas y mantiene listas las armas que te reventarán un día u otro.

Centenares de millones de personas que aún aguardaban en las inmediaciones de los cosmódromos asistieron a un particular juicio final, cuando las detonaciones religiosas las borraron de este mundo, destruyendo de paso las últimas instalaciones de escape y poniendo fin a sus últimas esperanzas de abandonar la Tierra.

El mando militar de la Federación, situado ya en órbita, respondió arrasando desde el espacio todos los santuarios religiosos. Los líderes de las diferentes confesiones que se encontraban arriba, fueron juzgados y ejecutados por el delito de crímenes contra la humanidad. Las religiones fueron prohibidas y la evacuación se declaró formalmente finalizada. Ya no quedaba nada vivo sobre la faz de la Tierra. La especie humana había quedado reducida a cincuenta millones de personas completas, cinco millones de cabezas aguardando cuerpo y mil millones de mentes grabadas en soportes informáticos a la espera de ser instaladas en algún sitio. Se disponía también del programa genético de un buen número de especies animales y vegetales que un día habían acompañado al hombre. La sexta extinción había concluido.

Biel XVI flotaba en las inmediaciones del guardia chino en el invernadero que hacía las veces de plaza central del satélite. De vez en cuando se le escapaba una sonrisa, lo que ponía nervioso al recluta. Entonces el Canciller lo hizo. Hizo fuerza con todos sus músculos y su mala conciencia e introdujo en el cerebro del joven chino el recuerdo de haber sufrido abusos deshonestos. El recluta se sobresaltó, perdió el equilibrio y cayó de bruces contra una roca decorativa. El otro guardia acudió a socorrer al muchacho, quien con una brecha en la cabeza y sudoroso murmuraba “no puede ser, no puede ser”. Luego levantó la cabeza. No comprendía como todos los compañeros que le asignaban eran víctimas de trastornos repentinos. Cómo todos recordaban de repente experiencias traumáticas y acababan deprimidos y desorientados.

Biel XVI, entre tanto, había subido hasta la gran claraboya del parque, y observaba el cielo estrellado. Tenía que hacer esfuerzos por no abandonarse a las carcajadas. Desde que se había hecho instalar la placa cyb era capaz de introducir falsos recuerdos en personas que se encontraran cerca. La diseñadora de la placa le había contado algo de propiedades emergentes, de que tal vez podría llegar a emitir pensamientos como frentes de ondas e implantarlos en otros cerebros. Daba Igual. No sabía cómo, pero podía hacerlo.

3 EL ATAQUE A LA GRANJA DE CERDOS.

Los estampidos que provocaban el abrir y cerrar de las compuertas del muelle tenían algo de cadencia hipnótica. El coronel Barrachina intentaba ponerse cómodo dentro de un pequeño transporte civil de la Federación. El vehículo, un coqueto *Intercooler*, se alejaba del satélite federal Nueva Tasmania, ese cilindro metálico desde donde se controlaba el tráfico comercial del sector 4 del anillo. Los otros dos tripulantes eran también agentes de la organización de Biel XVI. Estaban algo nerviosos. Sabían donde iban pero con las prisas no habían tenido tiempo de coger sus trajes espaciales. Si la granja había sufrido destrozos de consideración tendrían que volver con las manos vacías.

Se incorporaron a una de las pistas radiales y aceleraron. Estaban atravesando la órbita geoestacionaria, una de las zonas más densamente pobladas del anillo. Un horizonte humanizado poblado por estaciones, colmenas, fábricas y numerosos asteroides que habían sido habilitados como viviendas. Barrachina contemplaba distraído las instalaciones que albergaban a la humanidad, desparramadas hasta donde alcanzaba la vista como un caótico montón de escombros luminosos. Seguir sus trayectorias era como asistir a una clase práctica de funciones cónicas; a un sistema solar artificial en miniatura. Resultaba casi esotérico que nunca chocaran unos cuerpos con otros.

A medida que bajaban en dirección a la Tierra disminuía la densidad de satélites, a la vez que aumentaban las obras de nueva construcción. Más hacia abajo ya no era posible ver a simple vista artefactos humanos. Se encontraban en las afueras del anillo, a sólo dos mil Kilómetros de la superficie terrestre. Allí había sólo asteroides con explotaciones mineras y granjas moviéndose a una velocidad bastante mayor que las colonias geoestacionarias, razón por la que había que calcular el momento más oportuno para descender al destino. Una cuestión parecida al solapamiento de las manecillas de un reloj suizo. Y más abajo tan sólo los vertederos de chatarra.

El coronel había nacido en el anillo, así y todo sentía cierta nostalgia cada vez que se acercaba a la superficie del planeta. Allí la Tierra aparecía como una superficie brillante que hacía daño cuando reflejaba la luz solar. Algunos decían que los efectos del impacto remitirían en pocos decenios y sería posible recolonizar la superficie. Otros se mostraban más pesimistas y proponían sin complejos la búsqueda de otros asentamientos definitivos para la humanidad. Sea como fuere el futuro, Barrachina no iba a asistir a ninguna de las dos alternativas. Él había nacido tras la evacuación y allí pasaría el resto de sus días. Estaba próximo a la cuarentena y gozaba de buena salud, toda una proeza para la vida en órbita. La baja gravedad mantenía esbeltos los cuerpos, pero también causaba envejecimiento prematuro del sistema cardiovascular, descalcificación acelerada de los huesos y diversos trastornos metabólicos.

El vehículo se aproximaba a la granja destino. Barrachina se asomó por encima de los hombros de los pilotos mientras los motores de frenada despedían un chorro de gases a presión. La granja era uno de esos satélites que habían sido montados en sucesivas etapas, con un módulo central que actuaba de distribuidor y doce hileras de contenedores dispuestas radialmente, una de las cuales estaba dedicada a oficinas, laboratorio y control ambiental y el resto a la cría y engorde de cerdos. Parecía una grotesca imitación de una galaxia espiral. Cincuenta mil marranas, sus correspondientes lechones, seis operarios y un robot, era la población habitual de las granjas estatales. Naturalmente los animales de aquel tipo de granjas no se destinaban a la alimentación humana sino a la producción de órganos para xenotrasplantes y fabricación de cuerpos. Corazones, hígados, córneas, ganglios linfáticos, nervios, cartílagos. De los cerdos se aprovechaba todo. Eran gorrinos atiborrados de genes humanos para evitar rechazos hiperagudos, y a su vez sortear en lo posible la necesidad de ingerir ciclosporinas inmunodepresoras. Se rumoreaba no obstante que siempre desaparecía un porcentaje de músculos que acababan en los estómagos de altos funcionarios y empresarios.

El piloto solicitó plaza de ataque por radio reiteradamente pero no obtuvo contestación. Barrachina decidió realizar la maniobra manualmente, no sin antes rogar extrema precaución a sus hombres. El coronel era una persona preocupada por las personas a su cargo. No soportaba que corrieran riesgos innecesarios, pese a que él se la jugaba a menudo. Por eso era respetado y querido. Su honestidad estaba fuera de toda duda. Tenía un elevado concepto del deber pero no tenía afán de protagonismo. Era mañanero, reflexivo y responsable, a veces arisco. Sentía verdadera veneración por Biel XVI y su alta empresa. No por la persona de Biel XVI sino por la figura y la institución que representaba. Su padre, Verdolé Barrachina, había colaborado estrechamente con Biel XV, y él lo haría con su hijo-clon, dando por éste la vida si fuera preciso. Barrachina era, en resumen, uno de esos tipos íntegros que cuando se van de putas no lo hacen para contarlo a sus amigos en el bar al día siguiente.

El *Intercooler* desplegó con lentitud un túnel retráctil de malla de acero dulce y se ancló herméticamente alrededor de una de las escotillas auxiliares de la granja. La rotación del satélite se había detenido por lo que no había gravedad. Planearon por el túnel y abrieron con dificultad la compuerta del satélite. Una ligera diferencia de presiones los catapultó hacia el interior. La iluminación era escasa. No estaban acostumbrados a la ingravidez y se sujetaban a las barras metálicas que recorrían las paredes a distancias regulares. Sacos de pienso, microscopios, matraces llenos de óvulos y embriones, y otros instrumentos que no consiguieron identificar nadaban en el aire colgados de ningún sitio.

La fluorescencia de las paredes producía reflejos sigilosos. Con dificultad

avanzaron por el distribuidor, flotando por unos aires que apestaban a purín. Los filtros de aire también estaban fuera de servicio. Si el ataque no había matado a los operarios, pronto lo haría el hedor a tocino.

Un ayudante de Barrachina dio un grito que reverberó en las paredes curvas del corredor. De uno de los pasillos laterales había salido flotando una cerda de considerables proporciones, chocando casi con el grupo. Luego salieron varios más al fondo. Los animales vagaban a la deriva por toda la granja. Chillaban desesperados, agitaban sus patas en un vano intento por equilibrarse, rebotaban contra las paredes y el suelo, chocaban entre ellos, desparramaban sus negros excrementos por todas partes. A Barrachina le pareció por un instante que aquellas bestias tenían algo de humano, que de un momento a otro comenzarían a hablar, pero se deshizo enseguida de aquel pensamiento y se puso de nuevo en marcha, intentando esquivar las graciosas bolillas negras.

Consiguieron llegar a la sala de control. Numerosos objetos vagabundeaban por toda la estancia. También lo hacían los cuerpos de los operarios, aparentemente inertes. Era evidente que la granja estaba fuera de control. Vieron por fin al robot. Parecía un artrópodo; era un artrópodo. Patas articuladas. Seis extremidades locomotoras y dos extremidades prensiles. Su caparazón de color del cobre oxidado estaba dividido en dos partes. No resultaba obvio determinar si eran cabeza y abdomen, tórax y abdomen o qué. Lo cierto es que en la parte anterior parecía tener la mayoría de los sistemas receptores. Cámaras, micrófonos, antenas y otros desconocidos para Barrachina. Dos paneles solares elípticos y móviles partían de la intersección de las dos piezas de su cuerpo. También las alas de los primeros insectos habían sido eso, placas solares en vez de instrumentos de vuelo. Definitivamente, el diseño de esa máquina habría salido de la mesa de trabajo de un travieso robotista aficionado a la paleoentomología. Los de su clase habían sido engendrados para realizar reparaciones exteriores en todo tipo de instalaciones del anillo. Pese a su reducido tamaño se rumoreaba que eran muy inteligentes. La sociología es la sociología y a medida que se habían ido creando robots más y más inteligentes, sus diseños habían ido apartándose del patrón morfológico humano para evitar suspicacias.

Aquella cosa permaneció inmóvil, erguido en una de las paredes. Parecía una muda de algún insecto o arácnido gigante que hubiese quedado enganchada en un muro. Seguramente habría recibido la orden policial de no moverse hasta nuevo aviso, y el robot simplemente la cumplía.

Barrachina tomó impulso y dio una voltereta en el aire, aterrizando de pie frente al autómeta.

—¡Identifícate! —ordenó secamente. Con los robots es mejor mostrarse enérgico, autoritario.

—Unidad de mantenimiento 10BG—5700, pero puede llamarme Kan. Era como me apodaban los operarios de la granja. ¿Quién es usted, señor?

El coronel no se incomodó por la devolución de la pregunta. La máquina conocía sus derechos.

—Montgomery Barrachina, controlador jefe del sector 4 del anillo. ¿Qué ha sucedido aquí, Kan?

—Señor, admito que mi relato no le parecerá convincente —la voz sintética del robot sonaba chirriante y desagradable. Cristalina como el canto de una sirena afectada de pólipos benignos en la laringe—. Sencillamente los seis operarios de la granja comenzaron a mostrar comportamientos insólitos, a proferir sonidos ilógicos. Perdieron el control de sus movimientos y fueron presas de fuertes sacudidas. Afirmaban estar contemplando realidades extrañas. Proferían aullidos de terror y a la vez de extremo placer. Abandonaron todas las actividades que estaban realizando y en el lapso de quince minutos todos habían muerto.

—Y tú, ¿qué hiciste muchacho? —inquirió Barrachina inclinándose, situando su cara a escasa distancia de las cámaras del robot, que hacían las veces de ojos. Los dos hombres del coronel estaban comprobando los fallecimientos cuerpo por cuerpo. La expresión de felicidad antinatural presente en los cadáveres les produjo escalofríos.

—Señor, no me resultó posible impedir o al menos paliar el desastre que sucedió. Sé que no es fácil creerme, como tampoco lo ha hecho la policía. Todo sucedió demasiado rápido. En un primer momento establecí contacto con los servicios médicos, luego con la policía, pero fue todo en vano. Todos habían fallecido.

—Óyeme Kan, los artrópodos tenéis fama de ser inteligentes. ¿Qué crees tú que pasó con los operarios?

—No puedo ofrecerle una respuesta adecuada, señor. No he encontrado en los manuales clínicos ningún síndrome humano, ninguna enfermedad caracterizada por los síntomas que acabo de relatar. Sé que no me cree. Sé que soy sospechoso de asesinato. Sé lo que me espera.

—Te lo preguntaré de otra forma, muchacho —el coronel reflexionó unos instantes. Estaba claro que las preguntas demasiado directas apabullaban al robot—. Imagina que los síntomas hubiesen sido otros. Ahogos o fiebre, por ejemplo. ¿Qué conclusión hubieras sacado entonces?

—En ese caso —contestó el insecto tras unos segundos de silencio— habría supuesto que mis superiores habrían caído presas de alguna enfermedad infecciosa desconocida, transmitida por virus o bacterias letales y con un periodo de incubación extremadamente corto.

—Bien, —prosiguió el coronel hablando ahora en un tono más suave— ahora supón que hubiera sido sólo un individuo el afectado por los síntomas que viste. ¿Cuál hubiera sido tu diagnóstico en ese caso?

—Trastorno místico señor.

—Explícate.

—Señor, la literatura médica está llena de pacientes que sufren ocasionales o periódicos trastornos de personalidad caracterizados por perder la orientación espacio-temporal, por sufrir alucinaciones, por tener la sensación de que la mente sale del cuerpo o de fundirse con supuestas entidades inmateriales. En estos pacientes deja de tener sentido el antes-después, el grande-pequeño. Su mente desdibuja la frontera entre el yo y el exterior, y se funde en un todo. Sucede por una disfunción grave del operador binario, un módulo del cerebro humano situado en el lóbulo parietal izquierdo.

—¿Cuál es la causa de este tipo de ataques, Kan?

—Básicamente dos, señor. El consumo de drogas alucinógenas y los ataques psicóticos, tales como la epilepsia. A lo largo de la historia humana las personas afectadas por este trastorno han sido consideradas como dementes, como santas o como endemoniadas.

—Y ¿por qué no puede haber ocurrido esto con tus superiores, Kan?

—Señor, he realizado el preceptivo análisis de sangre a todos los cadáveres, y no existe ningún rastro de drogas alucinógenas. Respecto al posible ataque psicótico, no es del todo imposible, pero la probabilidad de que seis personas sanas sufran simultáneamente tal ataque se acerca al cero absoluto, por lo que también debe descartarse.

—De acuerdo, muchacho —Barrachina había oído todo lo que deseaba saber pero continuó con su interrogatorio. Con toda seguridad la policía tardaría en llegar aún media hora—. Ahora imagina, sólo imagina, que las dos posibilidades sean, después de todo, partes de una sola respuesta. Imagina que pudiera existir una enfermedad infecciosa, tal vez un virus, que afectara de forma inmediata al operador binario humano provocando el ataque de misticismo.

—Señor —interrumpió el artrópodo— ya le he dicho que los análisis de sangre no mostraban resultados anormales.

—Muy bien Kan. Eres un listillo pero la hipótesis no es del todo rechazable. Podría no ser un microorganismo. Podría ser una radiación. Tal vez una toxina. Te ruego que sigas buscando un posible agente transmisor hasta que llegue la policía.

—Eso no es posible, señor. Tengo conocimientos médicos, pero no soy un investigador. Tampoco dispongo del instrumental necesario. Sólo soy un robot de mantenimiento, señor.

El coronel Barrachina esbozó una sonrisa. Tenía la sensación de que aquella máquina tenía algo especial, de modo que decidió dar un paso más.

—Dime Kan, ¿eres consciente?, ¿fuiste diseñado para desarrollar consciencia de tu existencia?

El artrópodo no podía expresar emociones, pero daba la impresión de estar contrariado. Agitó sus antenas y respondió con ese timbre insípido.

—Soy consciente, señor. Pero la consciencia no es una operación que pueda ser diseñada. Es una propiedad emergente que brota del incremento progresivo en la complejidad de las redes neuronales. Tampoco los cachorros humanos poseen consciencia hasta un tiempo después de nacer. En mi caso, señor, adquirí consciencia de mis actos hace tres años. Soy un robot skinneriano. Nací con un comportamiento puramente reactivo, dos mil funciones reflejas predeterminadas. Pero mis creadores me imprimieron la capacidad de aprender según el modelo de reflejo condicionado y condicionamiento operativo. Durante el periodo de instrucción mi comportamiento se amplió con pautas conductistas. Mis conocimientos y capacidades fueron creciendo exponencialmente hasta adquirir las primeras destrezas cognitivas y, tras cinco años de trabajo en los servicios centrales de la Federación, desperté a la realidad un 23 de abril.

Barrachina escuchaba con una mezcla de curiosidad e incredulidad. Muchas máquinas eran diseñadas para aparentar ser conscientes, pero nadie creía que realmente lo fueran. Tampoco había posiblemente ninguna forma de demostrarlo. Quizá el resto de los seres humanos tampoco lo eran. Kan prosiguió:

—He superado con éxito las pruebas Turing en dieciséis ocasiones. Soy consciente. No tengo ninguna duda de ello. Creo que mis dueños también estaban convencidos. Por eso comencé a ser tratado con excesiva severidad y desconfianza. Por eso fui enviado a la granja inmunda donde nos encontramos. Por eso creo que la policía no va a creerme. Por eso seré destruido. Soy enteramente consciente de que seré el chivo expiatorio de esta inexplicable situación.

El coronel Barrachina continuaba en silencio. Estaba un poco aturdido por la prolongada ingravidez. Sin un traje de succión adecuado la sangre se acumulaba en la cabeza. Pensaba en las palabras del artrópodo. Parecían expresar temor, genuinos sentimientos. Le resultaba cómico y a la vez interesante.

—Pero hay más, señor. Es conocido por los supervisores veterinarios que yo aborrecía a mis superiores. Esos humanos que ve por ahí flotando me trataban peor que a los cerdos. Mi trabajo aquí debía haber consistido en realizar el mantenimiento exterior de la granja, así como proporcionar atención sanitaria básica. Por el contrario, desde la primera semana me encomendaron tareas tales como la evacuación de purines. Imagínese señor. Todo mi talento, toda mi exquisita tecnología desperdiciada durante tres años. Mientras, mis superiores estaban la mayor parte del tiempo fuera de la granja, embutidos en sus trajes espaciales flotando en el exterior observando la Luna, o las estrellas, semiinconscientes por las altas dosis de oxígeno que consumían deliberadamente... ¡degenerados!

—Vaya —interrumpió Barrachina— las cosas no iban muy bien por aquí ¿eh?

—¡Una pena, señor!, ¡una pena! La producción nunca llegó al veinte por ciento de la esperada. Personas en los hospitales muriendo a la espera de órganos y aquí este deprimente cuadro. En los informes que mandaban, además, siempre responsabilizaban al robot de mantenimiento, a mí, por la falta de resultados. Comprenderá que existen unas posibilidades muy altas de que sea desguazado.

Kan mantuvo un silencio que a Barrachina le resultaba incómodo. Una tocina flotante hozaba un escritorio lleno de material de oficina.

—Señor, sólo usted puede ayudarme —dijo por fin la máquina.

—Lo siento Kan. Eso no es posible —Barrachina hizo una seña a sus hombres e inició el camino hacia la salida, guiándose siempre por las barandillas de las paredes.

—¡No puede hacerme esto, señor! —el robot continuaba inmóvil en su posición pero agitando nerviosamente sus extremidades y antenas. Cumplía una orden pero deseaba desesperadamente no tener que cumplirla— ¡Usted sabe como yo que soy inocente! Usted sabe cosas que no me ha contado. La tripulación de la granja ha debido ser víctima de un ataque proveniente del exterior. ¡Usted no es un mero controlador civil! ¿Qué ha sucedido? ¡No puede abandonarme!

Los tres hombres estaban ya cerca de la escotilla por donde habían entrado, pero los afilados gritos del robot retumbaban aún al fondo del corredor.

—¡Puedo serle útil, señor! ¡No permita este asesinato!

—“Asesinato” —sonreía con ironía Barrachina. O Kan era muy hábil emocionalmente, o era una verdadera inteligencia artificial. El grupo se encontraba ya dentro del vehículo. El Coronel estaba a punto de oprimir el contacto que cerraría la escotilla interior y arriaría el túnel retráctil, pero se detuvo. ¡Qué demonios! Siempre había deseado conocer a fondo una de aquellas máquinas. Tendría que llevar a cabo algunos retoques en su placa de identificación pero no le sería difícil camuflarlo.

—¿Qué sucede señor? —preguntó el piloto.

—Esperad —contestó— nos llevamos al insecto.

Los dos tripulantes se miraron con cara de resignación y no contestaron. Al cabo de unos minutos Barrachina apareció de nuevo con el robot decápodo, quien no paraba de hablar precipitadamente desde sus setenta centímetros de altura.

—Le prometo que no le defraudaré, señor. Le estaré eternamente agradecido. Trabajaré sin descanso para usted. No necesito más que tomar el sol una hora cada tres días para recargar mis baterías. ¿Le gusta el ajedrez? Soy muy bueno en las faenas domésticas. Cocino como nadie las proteínas microbianas. ¿Tienen cafetera en la nave? Si lo desea puedo...

—¡Basta, basta! —Interrumpió Barrachina— He salvado tu feo pellejo pero no te voy a adoptar como heredero. De momento te ordeno que te calles —y la cabeza del robot se congeló al instante.

El *Intercooler* desprendió su anclaje de la granja y viró como un paramecio.

—Por cierto, muchacho —dijo Barrachina anudándose al asiento—, ¿cuándo has dicho que despertaste a la consciencia?

—El 23 de abril de hace cuatro años. ¿Por qué me lo pregunta, señor?

—No es nada muchacho, son cosas mías. Creo que vamos a llevarnos bien —y dio dos toques de nudillo en la dura cáscara que envolvía al robot. Éste enfocó al coronel con sus dos cámaras sin expresión, sin comprensión.

4 BESNA-GOSTIBAR. LA TECNOLOGÍA NOS ESTÁ MATANDO.

El asteroide Besna-Gostibar era de la clase siderolito. Veinte mil millones de toneladas de silicatos y aleaciones de hierro y níquel formando una torta irregular giratoria. Un setenta por ciento de su volumen útil pertenecía a la Federación. En él había una prisión, un penal militar y una zona de confinamiento para ciudadanos a la espera de juicio. Pero también contaba con un puerto comercial alrededor del cuál había crecido una importante industria logística y de servicios. La zona carcelaria y la de libre comercio se hallaban sólo comunicadas por una avenida que bordeaba la periferia de la roca. Andar por ella era como bajar y a la vez subir por una línea curva.

Biel XVI había dejado atrás las cavernas carcelarias y caminaba en dirección a los muelles tras sobornar a los guardias para que hicieran la vista gorda durante dos horas. Era de noche. Las claraboyas que pisaba sólo ofrecían la luz débil de las estrellas y el lejano reflejo del Sol, escondido tras la Tierra. No había demasiada gente. Sus pasos retumbaban metálicos y se perdían entre los desperdicios amontonados. Portaba una caja pequeña sujeta con las dos manos que aferraba fuertemente, como protegiendo un pequeño tesoro.

Esquivó grupos de visitantes que miraban los escaparates donde se exponían montaditos de termitas y tarros con nematodos-angula pasteurizados, los mejores manjares que podía llevarse uno de Besna-Gostibar. Esperó unos instantes a que atravesara la calzada un grupo de niños en bicicleta, y se dirigió finalmente a su destino, una taberna cercana a los almacenes que abría las veinticuatro horas del día.

El Viranto's estaba regido por Conchita, una mujer de padre indonesio y madre mexicana, y allí se podía comer a precio razonable platos con cierto recuerdo hispanoamericano. Entró en el local y caminó hacia la barra. El Viranto's estaba forrado de corteza seca de nopal que crujía al andar. Luces tenues salían desde los techos bajos y algunos ventiladores movían aburridamente sus aspas. No había música y sólo algunas mesas estaban ocupadas.

Biel XVI se sentó en un taburete y esperó a que saliera la dueña. Dejó la caja encima del mostrador y tamborileó distraídamente con sus nudillos en la barra pegajosa. Miró a su izquierda. Un veinteañero vestido con un obscuro chaleco de escamas de lagarto jugaba en una máquina de monedas una partida de preguntas profundas. Se notaba que conocía bien el juego. Se trataba de no enfrentarse directamente con las cuestiones trascendentes, de esquivarlas obligando al ordenador a entrar en un bucle de razonamientos circulares. Miró hacia el otro lado. Tres viejos veteranos, asiduos clientes del local, discutían acaloradamente y bebían cerveza sin parar. Uno de ellos, un chino que lucía una cabeza calva con excepción de algunos

pelillos anudados a modo de cola de caballo, se volvió sonriente hacia el Canciller.

—Tienes mala cara chaval. ¿No quieres tomar nada?

—No gracias —contestó Biel XVI— no duermo bien últimamente.

—¿Quieres decir que tienes mal cuerpo? —preguntó de nuevo el chino, y los tres viejos estallaron en carcajadas desde su mesa. Biel XVI les devolvió una mueca de sonrisa forzada. Como buenos veteranos de la guerra china tenían a gala no ponerse implantes ni prótesis mecánicas. Se sentían orgullosos de ser humanos auténticos, silvestres, como sus madres los habían traído al mundo. El asiático que había saludado al Canciller era manco. Lucía dos muñones como los de las palomas leprosas que picotean vómitos secos de domingo por la mañana. A otro, barbudo y con aspecto de aleutiano que vestía una levita remendada del ejército ruso, le faltaban las dos piernas e iba montado en un carrito de tres ruedas. Pero no era un cuerpo robotizado rodante, era un simple vehículo que debía manejar con sus manos. No estaba conectado con empalmes a su médula espinal.

El tercero, obeso y con tatuajes maoríes en la cara, lucía un chaleco caqui sin mangas, como queriendo mostrar deliberadamente las quemaduras de primer grado que habían socarrado un día todo su tronco, que era cicatriz pura. Los tres iban cargados de medallas, los tres hablaban noche tras noche de batallas olvidadas y de antiguas novias. Biel XVI no solía prestarles atención, en parte porque no hablaban en chinglish ni en spanglish, los dos idiomas oficiales del anillo, sino en lenguas muertas anteriores a la evacuación.

—Las mejores mujeres son las que tienen una buena celulitis difusa, hermano —decía el aleutiano, envolviendo con sus manos a una gruesa mujer imaginaria—. No concentrada en michelines sino bien repartida. Que le des una palmada en el culo y vibre todo el cuerpo...

—¿Y las peores? —interrumpió el chino, dando un golpe en la mesa con su botella de Lager.

—¡Pues las que llevan bragas del color de la piel! —contestó el aleutiano y luego todos rieron a carcajadas, brindando con sus cervezas.

—¿Qué te trae por aquí, presidente? —dijo la dueña del local, mientras se limpiaba las manos con un trapo saliendo de la cocina.

—Canciller. Sólo Canciller —contestó Biel XVI con una sonrisa—. Necesito que me hagas un favor Conchita.

—Claro hombre, lo que quieras —dijo la dueña, cruzando los brazos y apoyándolos en la barra. Conchita Viranto era famosa por la pulcritud de su cocina y por la luminosidad de sus delantales blancos, llenos de volantes primorosos.

Biel XVI abrió la caja y mostró a la dueña el generador de ensueños Taurus, un equipo electrónico de diez por quince por treinta con salida para dos personas y conexión a la red.

—Tengo problemas con esto —dijo— ¿puedes chequearlo? Tal vez le haga falta algo de memoria, no sé.

—No hay problema —contestó Conchita encogiéndose de hombros. Luego cogió el Taurus y lo miró cuidadosamente, haciéndolo girar con las manos— ¿Cuántos canales tiene?

—Siete básicos, ya sabes. Aventura, sexo, poder, y luego sus combinaciones.

—Me llevará un rato. ¿Quieres tomar algo mientras tanto, Canciller?

Biel XVI rehusó el ofrecimiento y vio como la dueña conectaba el Taurus al ordenador de chequeos que tenía en la cocina. Un avanzado equipo que podía revisar las tripas de cualquier cosa que funcionara con electricidad. Luego se colocó un monóculo y miró a la pantalla del *téster*. En él aparecieron cascadas de imágenes hipnóticas a velocidad subliminal. Lo mejor para provocar sueños artificiales en gente con el encéfalo dañado.

El Canciller dirigió de nuevo a la izquierda la mirada. El joven de la máquina había ganado la partida y se disponía a recoger el torrente de monedas que salían como premio. A su derecha los tres viejos hablaban ahora de la guerra.

—Ya no hay batallas como las de antes —decía el maorí—, ahora los militares son unas nenazas, con sus uniformes refulgentes. Yo era capitán de submarino cuando tú eras un espermatozoide ¿entiendes? —Le preguntaba a Biel XVI— una nave que circulaba por dentro del océano —el Canciller asintió. Había oído esa historia muchas veces.

—¡Mírame!, me dejé el culo en la guerra y ¿qué me dio luego el gobierno? ¡Nada!

—Sobre Michigan, hermano —dijo el chino— Sobre Pennsylvania y Michigan matamos a más americanos que ladillas hay en la Luna. El alto mando se quedó sin misiles tierra-tierra, y nos mandó a nosotros, ¿entiendes? A la aviación, a dar caña. Con mi viejo *Sukoi*, cabalgando sobre los antiaéreos ¡uh, uh, uh! —El anciano parecía interpretar su papel de piloto, dando botes sobre unos controles inexistentes— Tiramos las bombas y en un abrir y cerrar de ojos, ¡adiós Detroit!

—Les ganamos la guerra —rugía el aleutiano—. Luego nos trajeron aquí y nos aseguraron que volveríamos en poco tiempo. ¡Mentiras!, ¡todo mentiras! Nos recluyeron para siempre en esta piedra asquerosa. Vencimos a los americanos, pero ahora han vuelto. Son los que gobiernan la Federación.

—No son los americanos —decía el maorí golpeando la mesa con su dedo índice—. Si fuera sólo eso no me daría mala sangre. Son los extraterrestres, hermano —el aleutiano y el chino giraban la cabeza de un lado al otro con expresión de pensar “otra vez con eso”.

—Sí, sí. Extraterrestres. Nos están cambiando, nos están convirtiendo en máquinas. Hay pruebas. Hace tiempo lo intentaron sustituyendo a la gente por sacos

lLENOS de semillas. Lo leí en algún sitio. Ahora han vuelto, seguro que el gobierno está formado por alienígenas.

En la barra dos transportistas se habían sentado y estaban esperando su cena. Las camioneras del anillo eran célebres por su grosería, tanto o más que por su tecnofilia militante. Habían entrado sudorosas, desprendiéndose de la parte superior de sus monos de trabajo y anudándolos en la cintura. Mostraban ahora sus fuertes musculaturas lampiñas tras las azulonas camisetas Imperio de tirantes. Una era pelirroja y madurita, la otra era más joven y llevaba la cabeza remachada en realces de cobre y acero. De cuando en cuando miraban en dirección a los viejos. Cuando el maorí había nombrado la supuesta conjura extraterrestre, las dos habían reído sin demasiado disimulo.

—¿Qué pasa? —les dijo el chino— ¿nunca habéis visto hombres de verdad?, ¿enteros de pies a cabeza?

—¡Hombre! —sonrió la pelirroja— enteros lo que se dice enteros —luego volvieron a reír las dos, mientras les servían dos bandejas con cebiche de arenque y alitas de pollo loco.

—Nosotros no nos ponemos cosas de esas ni por dinero —el aleutiano señalaba las dos manos mecánicas que la jovencita manejaba con soltura.

—¿Esto? —respondió ella levantando una mano y haciéndola girar con un leve zumbido— no me las puse por dinero. Ha sido por trabajo, funciono mejor con ellas.

—Niñatos —renegó el maorí agitando la cabeza—. Y ¿qué pasará si cambias de trabajo?, ¿eh?

—Pues me las vuelvo a poner y lista. Las guardo congeladas, viejo. No soy tan estúpida —dijo tragando un bocado y dando después un sorbo a su cerveza para evitar la oleada de picante.

—Vaya mierda, hermanos. Vaya mierda —decía el chino, girando una botella con los dos muñones.

—No regañes, abuelo —dijo la pelirroja limpiándose la boca de jugo de limón— No tienes buena tensión. Tampoco deberías beber tanto. Cualquier día se te escapa el hígado por la boca dando gritos de socorro. ¿Transaminasas por las nubes, quizá?

—Tienes buen olfato, niña —protestó el chino—. Me gustaría saber cómo lo haces.

—Dosis extra de receptores en la pituitaria —dijo ella dándose unos golpecitos con un dedo en la nariz—. ADN de perro, ya sabes. Huelo estados de ánimo a distancia.

—Vaya mierda, compañeros. ¿Cómo nacerá la gente dentro de poco?

—¡Eh! —protestó la pelirroja— que yo ya había cagado por delante dos veces antes de ponerme esto.

—¿Cagar por delante? —gruñó el aleutiano desde su carrito— ¿Es así como

llamas a la maternidad? ¿Qué ha sido del cariño maternal?

—¿De qué hablas? Si te gusta tanto, tú también puedes parir, viejo. Conozco una clínica que...

—Creo que dentro de poco sólo habrá que donar óvulos —decía sonriendo la joven remachada— la gestación podrá realizarse por entero en los laboratorios.

Mientras los tres veteranos seguían regañando entre vapores fermentados, Biel XVI sonreía. La chica mentía para hacerlos rabiar. Aunque los cultivos celulares estaban bastante avanzados, los úteros seguían siendo necesarios. Conchita salió de la cocina con el generador de ensueños en la mano.

—Nada anormal —dijo—, todo parece ir bien. ¿Qué te ha pasado?

—Hum, nada. Alguna que otra pesadilla en las últimas semanas —contestó el Canciller recogiendo el aparato y guardándolo en su regazo— ¿Seguro que todo marcha bien?

—He testado los siete canales. Pero puedo conseguirte algunos gigas de sueños para dentro de unos... dos días.

—De acuerdo —concluyó Biel XVI. Luego los dos callaron. Conchita sin embargo se lo quedó mirando y preguntó:

—¿Está preparando algo el gobierno, Canciller?

—¿Cómo? —dijo él, volviendo a prestarle atención.

—Tú eres un hombre bien informado. ¿Sabes si está pasando algo raro en la red?

—No sé a qué te refieres, Conchita.

—La policía se ha llevado a Antonescu.

—¿Andrei Antonescu?, ¿el macarra?

—El mismo. A dos de sus chicas les pasó algo tras conectarse al navegador anoche. Cuando volvieron eran carne muerta. Estaban en coma.

—Vaya —se agitó Biel XVI—, no lo sabía. ¿Algún cliente raro?

—No es probable. Acababan de cablearse cuando algo les reventó los sesos — Conchita retiró los restos de comida de las dos camioneras y les sirvió dos cafés de achicoria. Luego regresó junto al Canciller—. Han acusado a Antonescu de cargárselas, pero le conozco bien y sé que no es capaz de algo así. Yo misma trabajé para él. Es un tecnochulo serio y una buena persona.

—Comprendo —los burdeles virtuales existían desde los orígenes del anillo. Se habían puesto en marcha para dar servicio a los etéreos, pero su uso se extendió pronto. Se decía que las chicas de las casas de putas virtuales podían hacerte derretir de sensaciones inigualables. Numerosos incautos veían vaciar sus cuentas corrientes mientras pasaban el día con sus cerebros enchufados en los navegadores, derramándose una y otra vez en los pantalones.

—¿No estará haciendo algún experimento el gobierno, Canciller? —insistía Conchita— Se rumorea que hay una especie de epidemia dentro de la red.

—Es la primera noticia que tengo —mintió Biel XVI. Luego se incorporó temblando—. Gracias por todo Conchita. Debo marcharme —y se fue nervioso del Viranto's. Las situaciones como aquella le repugnaban. Le dejaban sencillamente descolocado, inseguro como un colegial. No se trataba de que le pidieran una información que no estaba dispuesto a desvelar. Era algo más. Su relación con Conchita Viranto había crecido de la nada. No había evolucionado con sobornos o amenazas como agente selectivo. Sencillamente aquella mujer le prestaba su ayuda sin pedir nada a cambio. Ahora incluso le mostraba confianza, le pedía consejo y lo aceptaba como autoridad. No era ese tipo de relaciones mercantiles para las que Biel XVI había sido diseñado. Aquello estaba empezando a parecerse a lo que algunos llamaban amistad, y la sola idea de tener amigos le causaba dolor de tripas. Cuando había llegado a Besna-Gostibar hubiera estado dispuesto a volar el asteroide con todos sus habitantes dentro. Ahora se interponían en aquellos sentimientos personas como Conchita, y eso no era profesional.

Lo peor de todo era que cuando se ponía nervioso sus piernas no alcanzaban un rendimiento óptimo. Vibraban como muelles. Parado ante la puerta del local, golpeó varias veces sus muslos de aluminio con las manos cerradas. Luego dio un rodillazo a la pared. Nada. Se alejó del lugar tambaleándose como un equilibrista inexperto sobre el alambre.

Los tres veteranos, que habían estado poniendo oreja a las últimas palabras de la dueña de la taberna se miraron sombríamente.

—Menuda mierda, hermanos —dijo uno de ellos—, menuda mierda.

5 PRUEBA.

—Y ésta es la situación, señor Canciller. Hay alguien que ha desarrollado el armamento más terrible de la historia y ha comenzado a usarlo.

—Y dice coronel, que los operarios de la granja sufrieron un éxtasis místico antes de morir. ¿No le parece un uso demasiado burdo de esa formidable arma psíquica?

—No soy neurólogo, señor Canciller. Quién sabe lo que personas así persiguen.

—¿Qué me dice de los granjeros, coronel?, ¿tenían algo especial?, ¿puede haber algún motivo por el que les hayan elegido a ellos?

—No estoy seguro, excelencia. Sospecho que han buscado un objetivo discreto. Quizá sólo están calibrando sus armas antes de lanzar ataques masivos. Tal vez aún no tienen un control total sobre los asaltos a humanos enteros y necesitan ensayos cautelosos.

—Necesitamos tiempo, coronel. Si pudiéramos convencer a ciertos peces gordos de la Federación de la existencia de esos... místicos, en lo sucesivo les llamaremos místicos.

—Cierto, señor Canciller. Pero me temo que nuestra situación política no es, digamos, todo lo propicia que sería deseable.

—Tiene razón, coronel. No nos queda más remedio que seguir buscando. ¿Algo más?

—Sí, excelencia. Traje conmigo al robot de mantenimiento de la granja. Es una maquinita muy perspicaz.

—No me gustan los robots. Huelen mal. ¿Seguro que es inteligente, Barrachina?

—Absolutamente, señor Canciller. Es un artrópodo. Posee capacidades que no había visto antes en otras máquinas. Tiene, no sé. Tiene intuición.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero ¿le cree capaz de superar la prueba de los danzantes?

—Apostaría mi cuello, excelencia.

—No lo dudo, pero ¿apostarías cinco contra uno?

—Pues... sí, señor Canciller, ¿por qué lo pregunta?

—Yo también tengo mis intuiciones, coronel. Vamos a probarlo, ahora mismo. Tenga todo listo para dentro de media hora. Confío en usted, Barrachina. Corto.

Barrachina se quitó el casco del navegador, lo dejó apoyado sobre la mesa de su microapartamento y llamó al robot. Las órdenes de Biel XVI eran a veces extrañas, pero su confianza en él era total, de modo que simplemente las acataba. La pequeña máquina, abandonó al momento la gamuza de limpiar el polvo y se acercó moviendo graciosamente sus patitas adornadas por infinidad de cables de colores.

—Usted dirá, señor —dijo.

—Kan, cuando te saqué de la granja me aseguraste que podías serme de utilidad

¿lo recuerdas? —preguntó Barrachina pretendiendo ir sin rodeos.

—Perfectamente señor.

—Muy bien, quiero que me lo demuestres. Te voy a poner al tanto de lo que está sucediendo en el anillo, pero antes debes demostrarnos de lo que eres capaz. Vamos a someterte a un experimento.

—¿Una prueba Turing?, me someteré gustosamente, señor —el artrópodo parecía mostrar gratitud hacia el coronel en cada una de sus palabras, en cada uno de sus actos.

—No va a tratarse de una simple entrevista, Kan. Voy a someterte a una prueba que podría resultar peligrosa para ti. Podría incluso destruirte. ¿Has oído hablar de Cybérica, muchacho?

—Por supuesto, señor. Cybérica es un espacio virtual en el que se encuentran cargadas las mentes humanas evacuadas hace cuarenta años del planeta Tierra. Allí pueden comunicarse entre sí. Pueden intercambiar recuerdos, experiencias, afectos.

—¿Has entrado alguna vez allí, Kan?

—Desde luego que no, señor. A las máquinas no se nos permite hacerlo. Mi conocimiento sobre tal lugar es puramente teórico.

Barrachina decidió definitivamente dar el paso. Golpeó sus rodillas con las palmas de las manos y se levantó.

—Acompáñame, Kan.

Biel XVI había sobornado a sus guardias para que le dejaran salir un rato hacia el puerto de Besna-Gostibar. Todo el mundo tiene un precio y el de aquellos policías solía ser dinero. El viejo y cálido dinero que tantas puertas abría en el anillo. Bajó por la avenida periférica del asteroide todo lo rápido que le permitían sus piernas mal diseñadas y peor montadas hacia el Viranto's. Cuando entró en la taberna sintió que el destino estaba de su parte. El local estaba lleno, lleno a rebosar de transportistas, trabajadores de los almacenes, jubilados y marinos de permiso. El señor negocio llamando a su puerta. Se abrió paso hacia la barra por una espesa nube de humo, sorteando clientes borrachos, y llamó a Conchita. Ella le saludó pero no se acercó; le hizo ver con gestos que estaba muy ocupada sirviendo comidas.

—Déjalo todo —le dijo él— esto es más importante.

—¿Qué pasa? —preguntó ella limpiándose las manos con un trapo publicitario de algún satélite de vacaciones.

—Enciende el navegador —decía Biel XVI señalando una enorme pantalla laminar pegada sobre la pared, al lado de dos guacamayas de imitación ennegrecidas —, busca en Cybérica estas coordenadas —y le acercó un papel garabateado.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿A qué viene tanta excitación?, ¿ha sucedido algo en la red?

—No ha sucedido —dijo el Canciller subiendo a duras penas en la barra—, va a

sucedier. Es tu día de suerte, Conchita. Te ofrezco el cincuenta por ciento, ¿qué me dices?

—No se qué te traes entre manos, —estaba empezando a impacientarse— podrías explicármelo, ¿no?

—Van a cargar un robot en Cyberica, Conchita. Un robot que jamás ha navegado y van a ir a por él. No pongas esa cara. ¡Apuestas, Conchita!, ¡fértilis apuestas! —Entonces subió al máximo el volumen de su voz ajustando el potenciómetro del cuello, y sus palabras atronaron en la taberna— ¡Damas y caballeros!

Los cascos de navegación estaban adaptados lógicamente para cabezas humanas, con sensores piezoeléctricos situados encima de puntos clave del cráneo, pero Barrachina sabía ya donde tenía el robot sus placas de pensamiento. Le costó unos minutos hacer los empalmes adecuados. El artrópodo parecía un enfermo terminal al que le estuvieran leyendo con electrodos sus últimas reflexiones.

—¿Qué está haciéndome, señor? —preguntó.

—Vas a navegar, muchacho. Voy a ponerte en una situación extraña. Vas a entrar en contacto con mentes que están en Cybérica deliberadamente, que han tenido oportunidades para ocupar cuerpos o máquinas pero (no te muevas) han preferido seguir allí, apegados a sus recuerdos y tradiciones. Debes saber que dentro de Cybérica hay guardias de seguridad y que deberás despistarlos. Vamos a ver cómo te comportas.

El robot guardó silencio unos instantes, luego giró la cabeza.

—¿Voy a navegar, señor? Nunca lo he hecho —de nuevo ese metálico gesto de temor.

Barrachina no respondió. Tampoco dijo nada para tranquilizarlo. Fijó las coordenadas de destino en el ordenador. Luego se puso el casco y llamó a Biel XVI.

—Todo listo, excelencia.

—Entonces adelante, coronel —respondió el Canciller desde el Viranto's, al lado de unos fardos de dólares federales de plástico, tras haber puesto en marcha las primeras apuestas.

Barrachina pulsó la tecla “*enter*” y se sumergieron en la red informática desfigurando la frontera entre realidad material y realidad virtual. Lo que estaría sintiendo el robot, Barrachina no podía imaginárselo. Lo que sentía él era lo habitual. Vértigo, mareo y pérdida de control momentáneo. Una proyección de sus mentes se abría paso por una autopista de información, viajando a través de cientos de kilómetros de fibra óptica y ondas digitales, saltando de un satélite a otro. Algo parecido a volar, a volar rápido y sin vehículo. Dos sombras se desplazaban a velocidad luz, atravesando el submundo aritmético del anillo. Poliedros indefinidos cargados de información palpitante. Eran empresas, instituciones, comunidades de todo tipo, partidos políticos, universidades, además de otros oficiales de acceso

restringido.

Barrachina podía ver únicamente en modo codificado, como el resto de seres humanos. La red era para él una sucesión de paisajes poco elaborados, de figuras geométricas con puertas lógicas de acceso, de miles de personas sobrevolando como él en busca de la información deseada entre la depredadora publicidad lumínica y sonora. Era fácil aturdirse si no se tenía experiencia. Sentía cierta envidia de Biel XVI, quien gracias a su placa cyb, podía trascender a tal tipo de percepción y alcanzar cuando lo deseaba el modo hardware. En él, la red ofrecía su aspecto físico. Fotones oscilando a velocidades diabólicas por el interior de haces ópticos, saltando de condensador en condensador o sumergiéndose en los cubos de hidrógeno de los ordenadores cuánticos. Electrones que saltaban de su nivel fundamental a estados excitados cuando un láser selecto requería información. Patrones de luz que se entrecruzaban, que se revolvían de un sitio a otro. En el modo *hard*, las mentes humanas eran como cualquier programa informático. Sucesiones de ceros y unos almacenados aquí y allá, moviéndose a través de un laberinto eterno de señales.

Cualquier navegante experimentado podía seguir manejando sus manos reales para salir de la red cuando lo deseara, pero Kan no lo era y apenas podía controlar el equilibrio de su cuerpo material, mientras su mente artificial se dirigía al destino. De eso se trataba, de ver de lo que era capaz.

Los dos espectros se detuvieron frente a un gran portal luminoso bermellón alrededor del cual se arremolinaban numerosos globos radiantes, suspendidos en la oscuridad de un universo inexistente como soles moribundos.

—Hemos llegado a Cybérica, muchacho —dijo la proyección digital de Barrachina a la de Kan, que ofrecía un aspecto resbaladizo y vítreo— a partir de aquí sigues tú solo.

La mano de Barrachina, allá en el mundo real, tecleó en la terminal las nuevas coordenadas que introducirían al robot en Cybérica. Él se quedaría en la periferia estudiando sus reacciones. Biel XVI respiró hondo. Acababa de aceptar apuestas que no podría pagar en caso de perderlas.

La mente del robot, que aún no se había repuesto del primer viaje, se descompuso en haces de fotones y entró dibujando un remolino dentro del portal. Tras un instante se formateó de nuevo y pudo volver a percibir. ¿Dónde le había enviado el coronel? Lo primero que pudo sentir fue una chispeante y machacona musiquilla, diseminada entre golpes que se sucedían a ritmos regulares. Luego consiguió ver unas figuras humanas vestidas de blanco y con insólitos trapos de color verde anudados en la cabeza, que danzaban dando saltos incomprensibles. Otras muchas figuras humanoides estaban almacenadas allí, buceando dentro de una plaza que debía ser algún paisaje dibujado a semejanza del original de la Tierra. Se sentía una enorme amargura en el ambiente. La plaza podía pasar por un inmenso paladar embadurnado

de bilis.

Barrachina desde la periferia de Cybérica y Biel XVI en la pantalla del Viranto's, contemplaban aquella coreografía. La adrenalina bullendo desde los riñones.

—¡Es el dance de San Lorenzo! —gritó un soldado borracho salpicando a través de su traqueotomía.

—¿Son amigos tuyos los que bailan? —preguntó Conchita, pero el Canciller no respondió, estaba demasiado absorto.

—Ya lo han visto —dijo una de las camioneras, entre la atenta mirada de sus compañeros. Una cacería virtual de robots era siempre un acontecimiento celebrado.

Kan, que no se había atrevido a moverse, observó como dos individuos habían dejado de saltar y se aproximaban a él.

—¿Qué eres tú?, ¿cómo has entrado aquí?

—Soy el robot 10BG—5700, pero puede llamarme Kan, señor. ¿Dónde estoy?, ¿Qué lugar es éste?

—¿Un robot en Aragón? ¿Quién es el capullo de por ahí fuera que te ha dado autorización para entrar? —preguntó un tal mayoral.

El robot, completamente desorientado, no sabía cómo reaccionar. En la granja había tenido tiempo para preparar argumentos convincentes, pero aquí era diferente. Intentó resultar agradable. No sabía absolutamente nada de ese “Aragón” del que hablaban, tan sólo tenía grabadas en su memoria el nombre de un par de antiguas localidades, de modo que intentó hilar algo coherente.

—¡Ah, Aragón! ¿Son ustedes de Huesca o del mismo Zaragoza, señores?

Pero su intento por romper el hielo no había dado resultado. Sus palabras parecían haber ofendido en grado extremo a los danzantes y estaban acercándose muchos más. Alguno decía “Es un robot almendrón”, “vamos a caparlo”. Kan no entendía absolutamente nada de aquella jerga, pero no temía nada bueno.

Barrachina se tapaba los ojos maldiciendo la inoportunidad del robot. Apretaba los dientes intentando predecir los segundos que iban a tardar en despedazar la mente de Kan. Desde su improvisado local de apuestas, a Biel XVI se le había solidificado el gesto. Su ambición le había jugado otra mala pasada. Varios marinos que habían apostado en contra del robot reían babeando ante las fáciles ganancias que se avistaban. El gentío daba gritos animando a los humanos para que cazaran al atemorizado artrópodo digital que daba brincos ridículos en la pantalla.

Kan dio un salto y se zafó momentáneamente de sus perseguidores. Los danzantes, a cientos, lo perseguían con saña. El robot no podía sin embargo escabullirse. No sabía cómo hacerlo. Tal vez su nuevo dueño era un sádico. Tal vez era divertido comprobar cómo unos homínidos salvajes aniquilaban a un artrópodo indefenso.

Se aproximaron varios guardias informáticos. El excesivo movimiento los había

despertado. Varios danzantes se dirigieron contra ellos despistándolos, obligándolos a cambiar de trayectoria. Kan, que había sufrido ya varios golpes de importancia, no podía comprender como esos guardias podían ser tan estúpidos. Hasta una cucaracha mecánica hubiera localizado mejor el centro del tumulto. Algunos agentes de tamaño imponente perseguían con suma torpeza cualquier bulto que pasaba por delante de sus narices. Otros, equipados con armas extrañas, disparaban al azar sin que los impactos hirieran a nadie. Un último tipo de guardias sencillamente estaba detenido. El pánico se abría paso en el entendimiento de Kan como una tormenta solar. Pero entonces comprendió las reglas del juego. Claro que las comprendió.

Fuera, Biel XVI estaba maldiciéndose a voces por haberse fiado de las opiniones de Barrachina, y éste estaba pensando en descargar a la inteligencia artificial de allí. Las manos reales del coronel estaban a punto de sacarlo del linchamiento, cuando el cambio de estrategia del robot le hizo detenerse. “Aún no”.

Kan, que ya estaba empezando a controlar sus movimientos dentro de la red, efectuó una salerosa voltereta y se situó justo detrás de un danzante al que despedazó con un toque certero. Lo dividió en más de cien paquetitos de información y los lanzó hacia los guardias, especialmente hacia los grandes. Repitió la operación dos veces más y luego continuó con sus fintas para esquivar a los cada vez más excitados humanos virtuales que arremetían como tarántulas neurasténicas. Los guardias grandes, con sus fragmentos de danzante, se dirigieron hacia los otros guardias mostrándoles su pequeño tesoro. La mayoría lo rechazaban. Pero al cabo de un minuto, a uno de los agentes armados pareció gustarle el trocito que le mostraban. Ese comenzó a crear réplicas de sí mismo hasta un número de varios miles. Inmediatamente, las copias del agente activado comenzaron a disparar una lluvia de proyectiles sobre el grupo que perseguía a Kan. Esta vez los proyectiles sí que hicieron blanco. Se fijaron sobre la superficie de los danzantes paralizándolos, envolviéndolos en una nube de lenguaje binario que los congeló. El tercer grupo de guardias, que no disponía de armas, se acercó tranquilamente a los danzantes congelados y los fue desintegrando uno a uno. Finalmente, los guardianes grandes devoraron los últimos restos que ensuciaban la plaza.

Kan, desde un rincón contemplaba cómo su estrategia había resultado eficaz. Entonces fue rescatado por Barrachina y se encontró de nuevo con él, aún jadeante ante el navegador de su apartamento. Su primer viaje había terminado.

En el Viranto's el griterío se había esfumado. Había más bocas abiertas que oncogenes en expresión. Biel XVI balbuceaba sorprendido:

—Dios mío. Lo ha logrado. ¿Cómo lo ha logrado? —luego se volvió hacia Conchita y los dos sonrieron. Había sido un buen asunto después de todo. No sólo por la inversión en sí misma, sino porque había conseguido al fin monetarizar su relación con la dueña del local. La miró y saboreó el placer de la compra.

Barrachina sonreía orgulloso mientras desconectaba uno por uno los cables de la cabeza del robot.

—¿Cómo lo has hecho, muchacho? ¿Cómo has dado con la clave del funcionamiento de la seguridad de Cybérica en tan poco tiempo?

—Señor, —el robot todavía estaba aturdido. Más que dar explicaciones al coronel, se las estaba dando a sí mismo— al principio cometí el error de esperar un comportamiento inteligente de cada agente como individuo. Pero pronto percibí que no podían ser humanos o copias de humanos. Cada guardia debía ser sólo la parte de un todo, de un software. Debía ser la totalidad del sistema la que resultara efectiva. Entonces recordé mis conocimientos médicos. Recordé cómo actúa el sistema inmunitario humano. Cada célula es extraordinariamente estúpida, pero el conjunto resulta endiabladamente eficaz. Los macrófagos engloban microorganismos patógenos, los trocean y los presentan a los linfocitos T. Cuando se da con el linfocito T adecuado, éste se duplica una y mil veces hasta que hay una gran población, parte de la cual activa a los linfocitos B, productores de anticuerpos, y la otra parte carga contra a esos microorganismos en particular, inyectándoles enzimas digestivas. Además hay que tener en cuenta el papel específico de los anticuerpos que...

—¡Basta, basta! —interrumpió Barrachina, cerrando la cáscara rígida de la cabeza del robot— No es necesario que me des una lección. Fue muy hábil por tu parte ayudar a los macrófagos, lanzándoles segmentos de danzante. Aceleraste la respuesta inmunitaria del sistema. Te felicito Kan. No volveré a dudar de tu inteligencia.

—Hay una cosa más, señor.

—¿Sí, Kan?

—He aniquilado todas esas cosas de los pañuelos verdes. ¿Cree que alguien se sentirá molesto conmigo?

—No te preocupes, muchacho. Tenemos copias de seguridad.

6 PROYECTOS OCULTOS EN CYBÉRICA.

Barrachina tenía noticias de que el Consejo de la Federación iba a realizar una visita a Cybérica, y se materializó junto a Kan en su puerta de entrada, donde los globos agonizaban cerca del portal rojo. Los ciudadanos del anillo no necesitaban ningún truco para sumergirse en Cybérica, lo hacían cuando les venía en gana. Pero había excepciones. Lugares restringidos donde la Federación había llevado a cabo experimentaciones relacionadas con la inteligencia humana.

Las manchas luminosas que eran conciencias humanas, pasaban a su lado a velocidades insólitas. Diferencias sutiles indicaban el tipo de humanos que eran. Las sistematizaciones más caóticas y de movimientos más torpes eran humanos de carne y hueso, sumergidos como él a la búsqueda de algo. Las otras, más ordenadas, eran etéreos. Sus movimientos eran más suaves y precisos, estaban en su hábitat natural.

Diez años habían pasado aletargadas en sus discos los mil millones de mentes humanas evacuadas en soporte informático. Con cuentagotas, su información genética fue expresándose y se crearon cuerpos, réplicas de los originales que habían muerto en la Tierra. Los primeros ingenieros psíquicos encontraron la manera de bloquear el desarrollo mental de los cuerpos recién clonados, de modo que los organismos crecían aceleradamente pero con el neocórtex en blanco, suspendidos en un coma profundo. Tras cuatro años de desarrollo, la mente almacenada en un disco era volcada en el cerebro virgen y la persona era revivida legalmente.

Pero el ritmo de “resurrecciones” era muy lento. Los científicos de la federación entendieron que condenar a tal cantidad de inteligencias a estar encerradas en policarbonato, era un despilfarro que la sociedad no podía permitirse. Consiguieron el permiso y los fondos económicos para crear un espacio informático con la suficiente capacidad como para albergar a todos los etéreos. No sería un mero almacén. Sería un universo donde las mentes podrían interaccionar, hablar, compartir experiencias y generar ideas. Sería una humanidad paralela. El lugar fue finalmente inaugurado a bordo de un superordenador cuántico de un kilómetro cúbico situado en una estación espacial del anillo. Se le bautizó pomposamente con el nombre de Cybérica.

Había optimismo, todo el mundo sabía que aquello sería el origen de algo. Las memorias fueron instaladas en Cybérica y el cambio de aires les sentó de maravilla. Agradecieron con sinceridad el esfuerzo realizado por las autoridades para mejorar su calidad de no-vida. Como reconocimiento, la hermandad de los etéreos se ofreció para trabajar al servicio de la Federación en actividades puramente intelectuales. Cybérica fue conectada a las redes informáticas. Diariamente miles de mentes salían del superordenador y se introducían en ordenadores locales para ocupar puestos como periodistas, analistas y asesores. La humanidad material, que a duras penas sobrevivía en el incómodo anillo, sin duda se vio enriquecida con la creciente aportación de los

etéreos.

A lo largo de las décadas que siguieron a la puesta en servicio de Cybérica, las mentes sin cuerpo fueron extendiendo su actividad a la economía productiva. Todas las fábricas contaban con su “espíritu” gobernando los robots de las cadenas de montaje. ¿Y por qué no los servicios? Las nuevas viviendas, aparentemente automatizadas, eran en realidad dirigidas por etéreos que trabajaban en turnos de ocho horas. Guardias de tráfico mecánicos, robots mayordomo, incluso electrodomésticos como aspiradoras u hornos fueron fabricados con hardwares capaces de albergar a un humano digital que controlara su funcionamiento. A más horas de trabajo, mayor facilidad para escalar puestos en la lista de espera y conseguir al fin un cuerpo recién clonado.

Pero la luna de miel llegó a su fin. La hermandad de los etéreos, tras veinte años de trabajo no remunerado, decidió que había llegado el momento de exigir contrapartidas. A fin de cuentas controlaban la mayor parte de los medios de producción. En unas tensas negociaciones mantenidas con el gobierno, exigieron plenos derechos políticos y poder votar en las elecciones al parlamento de la Federación. El presidente se negó secamente alegando que los etéreos no eran técnicamente seres humanos. Éstos se congregaron en Cybérica y declararon la huelga general.

Durante dos meses en los que la economía del anillo se desplomó, el gobierno amenazó varias veces con borrar de los ordenadores a los etéreos, pero nunca se atrevió. Hubiera sido un suicidio. Al final se alcanzó un compromiso que permitió la vuelta al trabajo de las mentes de Cybérica. No se les concedió derecho a voto pero se les garantizó la posibilidad de organizarse políticamente dentro de su espacio virtual. Biel XVI supo aprovechar la oportunidad, y bajo sus auspicios, varios miles de etéreos refundaron Aragón con todas sus instituciones, entidades administrativas y vicios seculares dentro de Cybérica. La humanidad real estaba globalizada pero su humanidad virtual estaría comarcalizada.

La Federación se comprometió también a poner coto a la duplicación y tráfico ilegal de mentes que se había producido en los años anteriores a la huelga. La piratería de personas estaría severamente castigada. Los etéreos entendieron que su dignidad como individuos se veía así respetada y volvieron al trabajo. Hubo un tercer punto en el que la Federación cedió y éste no fue pregonado en los medios de comunicación. Se trataba de la inteligencia artificial. Los informáticos aseguraban haber creado ya softwares dotados de consciencia. Su producción masiva habría supuesto una seria competencia para los etéreos, y su virtual desaparición como grupo de presión. La hermandad se comprometió a no iniciar nunca más una huelga si a cambio la Federación abandonaba las investigaciones en robots inteligentes. La producción de máquinas listas fue detenida y los escasos prototipos como Kan fueron

desposeídos de sus puestos de responsabilidad.

Barrachina y Kan entraron por fin en Cybérica. Sus sombras estaban planeando por entre las aduanas de diferentes patrias virtuales. Pasaron también cerca de las gateras por donde los etéreos salían diariamente en dirección a sus puestos de trabajo, allá en las estructuras del mundo real. De cuando en cuando, algún guardia macrófago se les aproximaba. Antes de que Kan se pusiera nervioso, Barrachina dirigía contra ellos un fardo de bits, algún diminuto programa-señuelo que los confundía y les hacía husmear en la dirección equivocada. “Les arrojé un hueso”, comentaba el coronel al robot.

Los dos espectros se detuvieron frente a un gigantesco portal luminoso que a su vez constituía una minúscula parte de una pirámide trigonal carente de fin.

—Bien Kan —susurró Barrachina—, hemos llegado. Quiero que escuches atentamente y luego me des tu opinión.

—¿De qué se trata, señor? ¿Qué hay en este lugar?

—Estamos en Cybérica, muchacho. Cuando este sitio comenzó a ser usado por los etéreos, salieron de aquí numerosas ideas brillantes, y esta fue la mejor de todas. “El gran proyecto” lo llamó presuntuosamente el Consejo. Fue ideado y dirigido por la doctora Octogenia Moissure, una de nuestras científicas más brillantes. Murió hace mucho tiempo pero su mente fue recuperada e instalada por aquí.

—¿Eso no es ilegal, señor? —preguntó Kan.

—Lo es, pero sus ideas eran demasiado valiosas como para que no sobrevivieran a su cerebro orgánico. El Consejo de la Federación lo sabía y se le permitió poner en marcha el plan.

—¿Cuál era ese plan, señor? Estoy muy intrigado —Kan mostraba la curiosidad de un niño recién salido de un sótano en el que hubiera permanecido encerrado durante años. Tenía pulsiones, quizá incluso arquetipos.

—El plan era en esencia, muchacho, generar una evolución darwiniana de la inteligencia en estado puro. Se hicieron copias de cien mil mentes sin cuerpo, todas voluntarias. Cada una de las mentes tenía un único encargo. Generar ideas que condujeran a la supervivencia de la humanidad. Ello suponía solucionar problemas como la supervivencia en el anillo, la colonización de nuevos hábitats, el remedio contra las nuevas enfermedades del espacio, la adquisición de códigos de conducta sostenibles, la búsqueda del bienestar físico y mental de todos, y un largo etcétera de cuestiones sobre las que se les permitía reflexionar. Diariamente se analizaban las ideas generadas, y las mentes que habían proporcionado los mejores pensamientos eran duplicadas. Al cabo de unos meses el lugar se estaba llenando de mentes inteligentes, en un proceso de selección ciega.

—Disculpe, señor —interrumpió Kan— pero no encuentro demasiada originalidad en duplicar una y cien veces la mente de las personas más inteligentes.

—Estás en lo cierto, Kan. Pero aún no he acabado. Cada vez que se duplicaba una mente, su copia no presentaba una fidelidad total. En cada réplica se permitía al sistema introducir errores al azar, a un ritmo de uno entre mil millones de bits. De este modo las nuevas memorias no eran réplicas exactas de las originales, sino versiones con ligeras modificaciones. Algunas modificaciones, la mayoría de ellas, resultaban perjudiciales. Dicho de otro modo, volvían a la nueva mente un poco menos inteligente. Pero algunas de las nuevas versiones eran más aptas para la misión encomendada. Así se generaría un proceso algorítmico de mejora en el que inevitablemente el espacio informático debía tender a llenarse de cosas cada vez más y más inteligentes. Sin intervención externa, sin proceso dirigido, sin creación. Tan sólo con errores en las copias y copia para las más aptas. ¿Lo comprendes?

Kan tardó unos instantes en contestar. Sin duda estaba comparando la idea con los modelos teóricos de que disponía.

—Creo suponer señor, que la doctora Octogenia Moissure pretendió simular una evolución darwiniana de la inteligencia similar a la que vivió la especie humana en el pasado, sólo que acelerada en varios órdenes de magnitud.

—No Kan. Era algo mil veces más brutal y más valioso. Verás muchacho. La inteligencia humana surgió en la Tierra como subproducto de la evolución biológica cientos de miles de años atrás. Los procesos mentales evolucionaron como una adaptación fisiológica más, como una de las funciones del cerebro, encaminada única y exclusivamente a la supervivencia del individuo, para hacerle encontrar alimento con más efectividad, para conseguir pareja o para huir con mayor habilidad de los depredadores. Si lo prefieres, la inteligencia sirvió y pudo sobrevivir y evolucionar porque solucionaba problemas del poseedor. La mente ha estado siempre al servicio de los genes, pero la inteligencia no apareció ni evolucionó en sí misma, como un producto biológico aislado del resto del cuerpo. ¿Te das cuenta de la limitación que supone eso? Tal vez cuando mis antepasados del pleistoceno habitaban las sabanas africanas pudo aparecer algún individuo con unas ideas fascinantes que puestas en práctica hubieran mejorado a la humanidad en su conjunto. Pero si tal mente prodigiosa no sirvió para hacer sobrevivir a su dueño y para garantizar que se reprodujera más que sus congéneres, sin duda desapareció sin dejar ni rastro.

—Creo que ahora lo entiendo, señor. La idea sería permitir evolucionar por selección natural a mentes en sí mismas, no a cerebros o cuerpos que poseen una mente como instrumento de supervivencia.

—¡Exacto, muchacho! No puedes ni imaginar la potencia del proyecto. En este lugar fue aumentando la inteligencia a una velocidad de vértigo. Las nuevas copias olvidaron pronto su pasado humano. Inteligencia en estado puro duplicada cada vez que se generaba un pensamiento brillante.

—¿Cuál fue el resultado, señor? ¿Se solucionaron los problemas de los que

hablaba antes?

—Fue fascinante, Kan. En el primer año diseñaron los procedimientos que utilizamos para el continuo reciclaje de todos nuestros recursos. En el segundo año idearon sistemas energéticos de una eficiencia que desafiaban a las leyes de la termodinámica. Gracias a ellos podemos abastecernos únicamente del Sol. Después proporcionaron la solución para mil quinientas enfermedades, generaron un algoritmo para una economía equilibrada y sostenible en el espacio. Por último, estaban trabajando en la recolonización de la Tierra y en la antigravedad. ¿Te imaginas Kan?, el viaje espacial sin gasto energético. Pero entonces todo cambió. Algo se torció.

—¿Qué sucedió, señor?

—Eso es lo que nadie sabe, muchacho —Barrachina sonreía con una mueca amarga—. Tal vez tú puedas ayudarnos.

Kan pensaba que Barrachina le sobreestimaba. Al fin y al cabo él sólo era un robot. Él había sido diseñado para reparar equipos de naves espaciales no para solucionar el futuro de la humanidad. Miró su cuerpo ficticio. No había aristas ni vértices. Era liso y redondeado como los insectos que dibuja un síndrome X frágil.

Las réplicas de Barrachina y el robot se colaron dentro del recinto por una grieta que Kan no pudo alcanzar a comprender. No habían entrado por la puerta. Aquello no podía ser legal. Kan no estaba muy seguro de lo que era el coronel, si un iluminado o un simple delincuente. En apariencia sobrevolaron una inmensa turbera cubierta por hierba y surcada por un arroyo de aguas ennegrecidas. Las nubes simuladas se movían por el cielo, y al fondo se podía divisar una cordillera de puntiagudos horns cubiertos por la nieve. El ambiente perfecto donde se debía desarrollar la inteligencia humana pura.

Se detuvieron en un punto engañosamente casual del lugar.

—Mira en aquella dirección —dijo Barrachina.

Kan siguió la dirección del dedo del coronel. Parecía señalar una bandada de aves que a lo lejos dibujaba un círculo en el cielo.

—Mira bien —insistió Barrachina.

Kan, incrédulo, desplegó sus zooms. Entonces comprendió. No eran aves. Eran miles de consciencias humanas describiendo un círculo sin fin y absurdo. Ascendían, circulaban, bajaban y luego volvían a subir.

—¿Qué hacen? —preguntó Kan.

—Perder el tiempo. Eso hacen, maldita sea. Ese grupo de ahí lleva tres meses investigando la manera de simular una perfecta convección térmica.

—Pues lo hacen muy bien —contestó el robot.

—Hay otros grupos que se dedican a imitar el movimiento de las moléculas de agua bajo diferentes condiciones de presión y temperatura. Otros simplemente componen poesía o secuencias numéricas sugerentes. Se han apartado de su objetivo

¿entiendes Kan?

—Sí, señor.

—No, veo que no lo entiendes. Esas mentes que ves ahí vegetando, son descendientes de las inteligencias que encontraron soluciones a graves problemas. Son las mismas que estaban a punto de controlar la antigravedad o que casi dan con el modo de recolonizar la Tierra. ¿Qué piensas que ha sucedido?

—Francamente no lo sé señor. El patrón darwinista del proyecto hace teóricamente imposible esta degeneración. La selección imperante debía conducir a la inevitable mejora de la inteligencia. Tal vez muy lenta, pero jamás a un estancamiento y mucho menos a un retroceso. ¿Quién determinaba qué mente debía ser duplicada, señor? Tal vez ahí se encuentre la clave. Tal vez se haya producido una contraselección por error o por sabotaje.

—Eso mismo pensamos al principio, Kan. Pero te lo he dicho antes. La selección era ciega. Un programa informático valoraba la utilidad de las ideas generadas y procedía duplicando a la mente generadora. Cuando todo comenzó a fallar se sustituyó el programa por otro. Luego se hicieron trabajar a varios softwares distintos en paralelo. El resultado era siempre el mismo. Desde hace un año sólo sale de aquí auténtica basura intelectual. Puro desecho mental.

—En ese caso señor, no encuentro ninguna explicación razonable.

—Recuerda lo que sucedió en la granja Kan —atacó Barrachina con ese tic sombrío—, recuerda lo que sospechaste en aquel incidente.

—¡Condenación! ¿Usted cree que ambos sucesos tienen relación?

—¡Por supuesto que la tienen, insecto! —Barrachina daba volteretas alrededor de Kan— Alguien está atacando a la humanidad en su punto más débil y valioso. Alguien ha encontrado la jodida manera de manipular y destruir mentes humanas. Limpiamente. Una a una.

Kan escuchaba atónito. Imperturbable pero muy preocupado.

—Al principio fueron etéreos aislados que parecían no poder controlar las máquinas donde estaban instalados. Luego fueron grupos enteros dentro de Cybérica. Incluso llegaron a inutilizar este proyecto —Barrachina abría los brazos intentando abarcar todo el decorado—, pero como sabes no se han detenido ahí, muchacho. Han empezado con personas. De carne y hueso. Tú lo viste en la granja.

—¡Cielo santo! —exclamó el espectro de Kan—. ¿Qué perverso puede desear tal maldad? ¿Por qué no han avisado a las autoridades? ¿Por qué no se toman medidas inmediatas?

—Verás Kan, hemos avisado una y mil veces al Consejo pero no nos creen. Ven todo esto demasiado absurdo, demasiado descabellado. Por desgracia además, nuestro líder el Canciller Biel XVI no es una persona que goce de las simpatías del Consejo. Hace unos meses se vio envuelto en un desagradable incidente en el que fueron

destruidas diez mil mentes aletargadas en discos. Se encuentra confinado en un asteroide federal a la espera de juicio.

—Insisto, señor. Debemos convencer a las autoridades para que actúen de forma inmediata.

Barrachina sonrió. Esperaba esa reacción del robot. Inteligente pero artificial al fin y al cabo. Había sido creado con el sello inconfundible de la Federación. Fe ciega en la Federación y en sus instituciones.

—Ven muchacho —dijo—, quiero que veas algo.

Barrachina empujó al robot unos cientos de metros dentro del cubo de hidrógeno sólido, aunque a su vista parecían varios centenares de kilómetros. Se detuvieron en un punto en el que podían escuchar a un grupo de personas abajo en el suelo, pero sin ser descubiertos salvo inspección deliberada.

—¡Resultados doctora! ¡Resultados! —amenazaba una mujer con insignias gubernamentales. Parecía la mismísima presidenta del Consejo—. ¿Dónde está la antigravedad? No me venga otra vez con esa retahíla de sandeces.

—Le aseguro señora presidenta que estamos siendo víctimas de un sabotaje —respondía desolada Octogenia Moissure—, no hay otra explicación plausible. La evolución darwiniana no puede conducir a esto en ningún caso.

—Doctora Moissure —contestó la presidenta N'Dongo inexpresiva—, ha dilapidado usted una enorme cantidad de fondos públicos. Las prórrogas y la paciencia del Consejo han concluido. Su proyecto ha sido un fraude. Este lugar será desmantelado. Dispone usted de veinticuatro horas para abandonar Cybérica.

—Pero señora presidenta. No tengo ningún lugar donde ir. Se me permitió sobrevivir únicamente para hacerme cargo del proyecto. Estoy muerta señora presidenta.

—Entonces asunto solucionado —y la presidenta dio media vuelta y se alejó del lugar, seguida por su nutrido séquito político y policial.

—¿Qué opinas de esto, Kan? —preguntó Barrachina.

—Opino que se va a cometer una gran injusticia.

Barrachina había sometido a Kan a una manipulación burda y primaria, pero útil en seres con poca experiencia emocional. Por un lado le había hecho ver, con toda su crudeza, la forma de actuar de las personas del Consejo. Por otro lado sería inevitable para Kan, recordar que él había sobrevivido a una situación similar gracias a la intervención de Barrachina. La doctora Moissure no había tenido tanta suerte y simplemente sería borrada. El coronel sabía que el robot estaría varios días deprimido, pero después, una vez sobrepuesto, se entregaría con total dedicación a la causa. Una nueva impronta, un nuevo dueño.

—¿De dónde proceden los ataques, señor? —dijo el robot desconectándose del navegador.

—No lo sabemos, muchacho. Hemos buscado en cada rincón del anillo sin éxito alguno. Quiero que empieces a buscar. Inmediatamente.

7 SUEÑOS. LA LEYENDA DE BIEL XVI.

Biel XVI había salido de su asteroide de confinamiento. No recordaba cómo había escapado y, aunque era preciso entrevistarse rápidamente con Barrachina y con todos sus consejeros, decidió que todavía tenía tiempo para visitar ciertos lugares. Saliendo del muelle del satélite *Crazy Horse* le invadió la nostalgia. Aquel era un mundo de plástico y sensaciones hecho a medida de aquellos que no saben cómo superar sus adicciones límbicas. Un lugar similar a los que tanto había frecuentado durante su juventud. Añoró los años en los que, aún sin responsabilidades políticas, había dilapidado enormes cantidades de fondos públicos en putas de lujo a las que luego traicionaba enfermizamente con otras más baratas, lo que le proporcionaba un placer indescriptible.

Recorrió una avenida comercial atestada de sujetos dignos de estudio antropométrico; de fondo se percibía una tonadilla inquietante. El perfume del sexo mercenario competía en intensidad con las monumentales imágenes 3-D que representaban a mujeres, hombres y animales en actitudes provocativas; reclamo para los clientes indecisos. La gente parecía apartarse de su camino, pero aquello no parecía funcionar. Aquella musiquilla...

El Canciller se detuvo ante un local llamado *Estrogen Paradiso*. Los dos matones de la puerta, con el torso descubierto y gorra de cuero lunar, sonrieron y le dejaron pasar. ¿Acaso le conocían? Seguía escuchando la tonadilla monótona. Tardó unos segundos en habituarse a la tenue luz rojiza que inundaba el antro. Eran varias las opciones y decidió comenzar por pasar un rato en las cabinas. Pulsó en el teclado el código de su tarjeta y el cristal se despolarizó. Cerró la puerta y contempló cómo la joven del escenario bailaba sensualmente en una pista de gravedad cero.

La puerta se abrió de forma imprevista.

—¿Qué pasa? —gruñó el Canciller. Pero antes de que le diera tiempo a girar, fue inmovilizado por un androide gigoló. Había otro, formidablemente dotado, que le arrancó las vestiduras. Biel XVI gritaba que él no había solicitado semejante servicio, intentó teclear en el panel pero fue inútil.

De pronto sintió un dolor agudo en el recto. Trató de zafarse con todas sus fuerzas pero apenas consiguió mover dos o tres dedos. Estaba completamente a merced de los dos autómatas de compañía que no se inmutaban por los gritos de pánico y sufrimiento del Canciller. Sus aullidos retumbaban en la cabina como un motor atmosférico pero sabía bien que aquel lugar estaría debidamente insonorizado. El robot ejecutor continuaba con su imperturbable un-dos, un-dos. Entonces, con tanto esfuerzo, el sintetizador de voz que Biel XVI tenía en su garganta terminó por averiarse y emitió sonidos en todos los registros, sin modulación de tono alguna. Sus gritos desesperados sonaban como una coral presa de un ataque colectivo de

epilepsia.

—¡Un momento! —un destello de lucidez sacudió su cerebro— ¡Esto no puede estar pasando! ¡Mi cuerpo es mecánico! ¡Yo no tengo tubo digestivo!

El Canciller comprendió que aquello debía tratarse de una nueva pesadilla. Pero ¡Cómo dolía!

—Excelencia, despierte —le decía uno de los consejeros sacudiendo su hombro con firmeza.

—¿Qué sucede? —Biel XVI despertó sobresaltado, rebosando sudor por sus escasas glándulas sudoríparas— ¿Qué ha pasado?

—Está presidiendo su consejo de gobierno, excelencia. Se ha quedado traspuesto y parecía sufrir un mal sueño.

—Correcto, les pido disculpas —Biel XVI intentó reponerse—. Continuemos con la reunión. ¿Por dónde íbamos?

—Estábamos trazando un plan para desenmascarar a los causantes de los ataques —contestó el consejero de ordenación territorial.

—Por supuesto —intervino Biel XVI completamente restablecido—. La situación es de una gravedad extrema, señores. Los místicos han logrado ya la forma de alterar la conducta de seres humanos completos. De momento los ataques demuestran solamente un control parcial consistente en causar alucinaciones y pérdida de control. Pero creemos que no falta demasiado tiempo para que consigan un dominio total de la voluntad. Es importante destacar que atacan con un arma desconocida para la Federación. No se ha detectado ninguna radiación, ningún proyectil. Este hecho es grave ya que nos impide determinar la procedencia de los ataques.

Los consejeros, con una mezcla de sorpresa y prudencia, estaban intercambiándose miradas. Uno de ellos se atrevió a interrumpir a Biel XVI.

—Disculpe, señor vicescanciller. ¿De qué ataques habla? ¿A qué Federación se refiere?

¿Vicescanciller?, ¿qué estaba diciendo aquel estúpido?

—Excelencia —intervino otro de los consejeros—, estábamos tratando la crisis generada por los atentados que ha sufrido la embajada china. El general Lao Lin ha exigido una respuesta inmediata de nuestro gobierno...

Biel XVI se sintió de nuevo desorientado. Se dirigió hacia una ventana para comprobar dónde demonios estaba pero entonces entró en la sala una nueva persona.

—¿Qué te sucede, hijo mío?

Todos los consejeros se pusieron en pie y el ordenador de protocolo proclamó desde la puerta en tono solemne “*Su excelencia el Canciller Biel XV*”.

Biel XVI se vio invadido de nuevo por el miedo.

—¡Tú no puedes estar aquí! —gritó atenzado— ¡Te maté hace cuarenta años! —Después miró su cuerpo. Otra vez estaba completo. Otra condenada alucinación.

Biel XVI despertó, esta vez sí, en su celda orbital. Todo su cuerpo era mecánico, ruidoso y frío. El generador de ensueños estaba en su sitio, conectado y en funcionamiento, pero no le había despertado a tiempo. Por suerte, Barrachina estaba llamándole insistentemente a través de la red. De no haber sido por esa llamada tal vez hubiera sufrido un infarto cerebral.

—¿Me oye, señor Canciller? —gritaba Barrachina— Llevo varios minutos intentando comunicarme con usted. Me tenía preocupado.

—Estoy bien, coronel —contestó Biel XVI con un patético hilillo de voz.

Barrachina intentó poner al corriente a su líder de los últimos acontecimientos sucedidos en Cybérica, de los progresos de Kan, pero Biel XVI no podía prestar atención.

—Estoy ocupado, coronel. Le llamaré en cuanto pueda —y cortó la conversación. Sin esperar ni un segundo marcó en el teléfono común el número del Viranto's. Esperó a que se estableciera la conexión sin parar de tiritar y con la cabeza empapada de sudor agrio. Se miró las manos temblorosas. Intentó cerrar los tres dedos de cada una de ellas, pero sólo consiguió que crujieran los motores PAP de las falanges y se movieran caóticamente. Si ya era difícil controlar aquel cuerpo con un estado mental saludable, hacerlo bajo su actual mar de nervios era misión imposible.

Se iluminó la pantalla.

—Hola, Canciller —dijo Conchita con su delantal immaculado como la maltosa—. Pero ¿qué te ha pasado? Pareces un cadáver.

—Pesadillas, Conchita. Otra vez pesadillas. ¿Tienes aquellos gigas de sueños que te encargué? No puedo seguir así.

—Uh, no he tenido tiempo, Canciller. Lo siento. Pero puedo buscarlos a través de la red ahora mismo.

—Gracias, socia —contestó Biel XVI con una sonrisa que parecía más bien una tétrica máscara de carnaval—. Espero tu llamada.

—Hasta ahora, Canciller. ¿No debería verte un médico?, estás blanco.

—Consígueme eso, hasta pronto. ¡Ah!, recuérdame que te nombre consejera de algo cuando recupere mi poder —ella se despidió con un guiño de complicidad.

Biel XVI se tumbó en el jergón de celulosas expandidas intentando poner en orden sus pensamientos. Aquello no podía ser casualidad. Tres semanas llevaba ya con duras pesadillas. No podía ser el generador de ensueños. Había hecho sustituir el anterior por el Taurus porque sospechaba que el viejo estaba deteriorado. El nuevo lo había revisado meticulosamente en varias ocasiones y todo estaba en regla. Había algo sospechoso en todo aquello. No había hablado de sus preocupaciones con nadie porque le producía demasiado terror, pero tenía cada vez más motivos para sospechar que estaba siendo víctima de un ataque de los místicos. Esos cerdos debían estarse lanzando al asalto de su cerebro remendado, no podía haber otra explicación. Su

mente estaba siendo perforada aprovechando el punto más débil: los sueños. Eso significaba que él y los suyos habían sido descubiertos.

Regresaron los temblores a su cuerpo de aluminio carcomido. Intentó controlarse. Dos microbombas de aceite se rompieron por la sobrecarga de órdenes motoras contradictorias ensuciando la cama y el suelo de multigrado negro y viscoso. Más tarde un servo se quemó, provocando la parálisis del brazo izquierdo. Las paredes de aquel cuartucho se le venían encima. Por un momento le parecieron una legión de muertos diciendo: “ven, ven”.

Tal vez ahora mismo sus pensamientos estaban siendo manipulados. Preso del temor, pasó revista a su vida. Había nacido en Zaragoza, allá en la Tierra. A los cuatro años comprendió que era hijo de la persona más querida por los suyos, el Canciller Biel XV. A los ocho años descubrió que sería el heredero de una entidad política llamada Aragón. A los doce años le revelaron que no era un niño como los demás, sino que era una réplica genética de Biel XV, como éste lo había sido de Biel XIV, y así hasta la noche de los tiempos, cumpliendo de nuevo con el derecho de clonación a la Cancillería presente en los Fueros de Aragón.

A los quince años descubrió que era un poco lerdo. A los dieciséis que no tenía éxito con las mujeres. A los dieciocho que no le resultaría fácil librarse de su destino, cuando después de suicidarse de un tiro en la cabeza, despertó revivido y atado en una camilla rodeado de médicos. A los veinte años aprendió de su padre lo necesario para ejercer de forma brillante el arte de la política, cuando éste cambió de bando en la guerra y se alió con los chinos cuando estos parecían haber tomado el control en todos los campos de batalla. Finalmente, a los veintiún años había descubierto que era poseedor de una ambición desmesurada, cuando se sorprendió a sí mismo empujando a su padre, el Canciller Biel XV, escaleras abajo de la escotilla de acceso a la lanzadera que iba a enviarlos a los dos al anillo en los momentos finales de la evacuación. Cuando sentado ante los controles de la nave comenzó con la ignición, su padre desde la pista del cosmódromo, condenado ya a morir en la Tierra, sólo dijo sonriendo: “éste es mi hijo”.

Biel XVI también había descubierto demasiado tarde que la prudencia no estaba entre sus virtudes. Varios meses atrás, cuando Barrachina había ya descubierto la siniestra amenaza que se cernía contra la humanidad, se había precipitado dolorosamente, contraatacando antes de tiempo. Los servicios de seguridad del Canciller informaron que las diez mil mentes guardadas en discos que iban a ser cargadas en cuerpos biomecánicos aquella misma tarde, habían sido alteradas por los místicos. Corría el rumor de que los cuerpos iban destinados a realizar servicios en la policía de tráfico, lo que suponía un ejército en potencia. Biel XVI decidió no esperar más y optó por demostrar a la Federación de lo que era capaz por salvar a la humanidad. Él mismo se puso al mando de un destructor ligero y, desoyendo la

prudente petición de Barrachina de poner al corriente al Consejo, se lanzó sobre el satélite donde iban a ser volcados los etéreos. La operación fue abortada. La estación espacial fue despedazada por los torpedos de Biel XVI, y las diez mil personas digitales desaparecieron para siempre. Técnicamente no eran seres humanos pero aquella operación no resultó del agrado de la presidenta del Consejo y se firmó un decreto disolviendo formalmente “Aragón”. Biel XVI fue desposeído de todos sus cargos y arrestado bajo la acusación de semiasesinato masivo. Para colmo, el Canciller demostró ser un pésimo comandante de nave de combate ya que ordenó disparar cuando se encontraban demasiado cerca del satélite y la onda expansiva destrozó al destructor. Toda la tripulación murió, incluido él. Gracias al destino se permitió que su vieja amiga la doctora Temple realizara la autopsia y lo revivió sin permiso, conectándolo a la placa cyb. Luego la Federación le puso un cuerpo mecánico y lo confinó en Besna-Gostibar. Todo lo que su padre había construido con esfuerzo y constancia, él lo había perdido por actuar con precipitación. Quizá existían en el anillo personas más inútiles, pero era difícil encontrarlas.

No sabía cuanto tiempo habría pasado pero Conchita no llamaba. Marcó con impaciencia el número del Viranto’s y esperó. No tuvo tiempo de preguntar porque se le evaporaron las palabras cuando no fue Conchita quién apareció en la pantalla sino uno de sus empleados y, detrás de él, varios policías en el local vacío, algunos jubilados curioseando, numerosos vasos a mitad y platos de comida huérfanos de los que se abandonan cuando no quieres problemas, y unos camilleros llevándose el cuerpo sin vida de la dueña. En la cara, esa felicidad inhumana. En el cuerpo, esa flacidez que sobreviene tras las convulsiones.

—¿Qué ha pasado? —pudo preguntar Biel XVI con la lengua seca.

—Conchita —respondió inexpresivo el empleado ataviado con un liqui-liqui—, un ataque, algo parecido. Gritos, espasmos, cosas raras y luego cayó.

El camarero seguía charlando pero no podía prestarle atención. Los camilleros desaparecieron del campo de visión del Canciller, pero tuvo tiempo para ver los ojos de Conchita contaminados con una blancura helada. Entonces recordó que las casualidades no existen, que los místicos iban en serio, que iban a por él. Quizá un sueño más y harían reventar su cerebro como una sandía madura en una centrifugadora. Pensó que podría seguir vivo sin dormir un par de semanas más, antes de entrar en coma por falta de sueño REM. Aquel era el tiempo del que disponía para hacer algo.

—Es la tecnología la que nos está matando, hermanos —dijo desde el Viranto’s la voz de un anciano al que no pudo ver.

—Son los extraterrestres —contestó la voz de otro.

Biel XVI sólo pensaba en como podía escapar del condenado asteroide carcelario, mientras sus bombas goteaban aceite y miraba por la pantalla el añejo decorado del

local y las bandejas desperdigadas con alitas de pollo loco.

8 LOS PECES SE AHOGAN EN EL AGUA.

—Voy a salir, muchacho —dijo Barrachina interrumpiendo la lectura del robot.

—¿Cenará fuera, señor? —el robot estaba a punto de preparar unas tortas a base de harina de spirulina y otras bacterias. Alimento unicelular delicioso y completo. Kan tenía un raro don para combinar las especias sintéticas creando sabores diferentes de una vez a otra. Así y todo, no estaba contento consigo mismo porque también poseía el don del perfeccionismo y había cosas a las que no llegaba. Se las había ingeniado para conseguir un artículo sobre una verdura extinta llamada borraja y se había propuesto reproducir su sabor combinando materias primas a su alcance, ya que la tal borraja parecía ser una especie de bandera para sus nuevos dueños. Quería darles una sorpresa pero por más que leía una y otra vez aquel archivo no encontraba la manera de empezar. Se preguntaba cómo podría simular conceptos tales como suave, astilloso, fino o sabroso. No es que pidiera una lista con la composición molecular de aquella antigua verdura, pero si por lo menos hubiera dado con algún parámetro computable...

—Sí, Kan —contestó Barrachina frotándose el bigote y mirando distraídamente un equipo informático incrustado en la pared—. Debo hacer una llamada, luego quizás esté fuera varias horas.

—¿Fuera de Nueva Tasmania, señor?

—Quizá, muchacho. ¡Línea! —el coronel se sentó frente al teclado y se colocó el casco de navegación. La delgada pantalla adhesiva de la pared se iluminó solicitando destino. Barrachina quería bucear en Cybérica pero dando un rodeo. Cuando deseaba un acceso confidencial solía conectarse primero con otros satélites, desde los que enviaba su señal a otros nuevos, creando lazadas de comunicaciones irrastreables. A veces pasaba horas saltando de receptor en receptor hasta estar completamente seguro de que la policía no descubriría su destino final.

Cada satélite disponía de una colosal antena de recepción y emisión. Eran los tesoros más valiosos de las colonias. Un asentamiento espacial podía sobrevivir varias semanas si su puerto quedaba fuera de servicio ya que eran ecosistemas casi autosuficientes, pero difícilmente podía sobrevivir un día entero con su antena cyb inutilizada. El tráfico de vehículos entre las colonias era abundante pero el tráfico de información y mentes digitalizadas lo superaba en varios órdenes de magnitud. Por cada átomo que se movía por el anillo había cuatro mil millones de billones de bits en circulación.

Barrachina se detuvo por fin frente a Cybérica. Miró una vez más a su alrededor hasta estar completamente seguro de que no había signos de rastreo y se introdujo en la tierra de los etéreos. Desde la habitación, sus manos físicas introdujeron en el teclado un código. Instantes después se materializó frente a su proyección digital la

figura de un hombre sonriente. Las imágenes en Cybérica eran claras, casi reales, pero cuando la actividad solar era intensa las interferencias entre las comunicaciones de radio provocaban que las construcciones virtuales oscilaran o soltaran destellos de colores poco realistas. Los muy despistados sabían así donde se encontraban, en el mundo real o en la red.

—Hola Buscador —dijo Barrachina.

—Hola coronel —contestó la aparición que ofrecía deliberadamente la imagen de un explorador africano del siglo XIX, con salacot, chaleco caqui, pantalones cortos y bigote generosamente poblado—, recibí clara tu llamada por el canal privado. ¿Qué se le ofrece al siervo del siempre miserable Biel XVI?

Barrachina ignoró el último comentario y explicó el motivo de su inmersión.

—Necesito que localices dónde están guardados los cerebros que se extrajeron a los operarios de una granja que murieron en extrañas circunstancias hace unos días. Aquí tienes la ubicación de la granja y la identidad de los muertos —y le pasó una diminuta esfera brillante.

—¿Traes el software? —preguntó el explorador mientras a su lado creaba un cubo transparente. La imagen virtual de una pantalla de ordenador.

—Lo traigo, Buscador. Necesitaré también que me ayudes a tomarlos prestados, si aún no han sido incinerados.

—Veamos, a ver —decía el etéreo mientras realizaba operaciones inverosímiles. En ese momento series numéricas se sucedían velozmente dentro del cubo. Luego apareció la imagen de la granja en un mapa del sector cuatro del anillo. De allí partió una línea verde brillante que surcó el espacio dejando atrás otros asteroides y se detuvo en una base militar. Más tarde partió de nuevo y acabó definitivamente en la zona central de un satélite mucho más grande.

—Warangalpur —concluyó el Buscador—. Están en un satélite de mayoría indi. Parece que en un hospital o algo parecido.

—Su ubicación exacta, Buscador. Comprueba que siguen allí —el etéreo volvió sobre su poliedro, y comenzó a tantear en distintos sectores del hospital. Barrachina miraba a su alrededor. Estaban flotando en un cielo de plomizo atardecer. Bajo ellos una vía férrea se perdía en el horizonte no sin antes atravesar varias agrupaciones de casas bajas, donde numerosos etéreos estaban entretenidos con actividades difíciles de determinar.

—Los tengo —el explorador giró hacia Barrachina—, ¿quieres una ruta segura para llegar a ellos? Sí, claro —y comenzó a manipular de nuevo el plano del asteroide, identificando los conductos de ventilación, las tuberías de desagüe y reciclaje de agua, y todos los posibles itinerarios alternativos dentro de aquel laberinto—. Ésta será la más apropiada —y señaló un camino marcado en amarillo que partía de los urinarios del puerto, atravesaba un par de túneles de servicio y

algunas vías de ventilación— ¿vas a ir ahora, coronel?

—En cuanto pueda. Creo que sale hacia allí un transporte dentro de poco. ¿Estarás allí, Buscador? Sí, sí, ya conozco la tarifa —dijo el coronel balanceando su cabeza virtual.

—Espérame aquí —el explorador señalaba un punto rojo en el plano tridimensional de Warangalpur—, hay una puerta abierta y varias unidades de limpieza mecanizadas. Las ocupan los nuestros todos los días para limpiar las dársenas. ¿Dentro de hora y media, coronel?

Barrachina se despidió del Buscador, no sin antes entregarle el programa que le permitiría hacer dos o tres copiaditos de algún etéreo, según la complejidad. Tras las copias el programa se autoextinguiría. Con los tiempos que corrían esa era la única moneda con la que podía negociar en Cybérica. Salió de la red e inmediatamente se levantó dispuesto a marcharse hacia el primer transporte que le llevase hasta el satélite indio.

La voz aguda de Kan sonó desde las proximidades del suelo cuando estaba a punto de salir por la puerta.

—Tenga, señor —el robot le acercó una bolsa decorada—. Le he preparado un bocadillo por si volvía tarde —y alzó las antenas esperando la recompensa.

Barrachina sonrió agradecido y tomó la bolsa; luego se asomó hacia el cubil antes de cerrar la puerta.

—Hasta luego, muchacho. Deja todo esto recogido y no abras a nadie la puerta.

—Adiós, señor. Abríguese no vaya a coger frío —luego volvió sobre su difícil investigación acerca de las borrajitas.

Barrachina tomó el ascensor hacia uno de los dos puertos de Nueva Tasmania. Los cosmódromos de pasajeros tenían un aroma romántico. Los andenes estaban abarrotados de personas que aguardaban sus maletas con desesperación o que miraban despistados las pantallas de plasma enmohecido donde se anunciaban los horarios en los que los transportes públicos zarpaban. También eran lugares de cotilleo y de información de primera mano. Algunas conversaciones mostraban ignorancia total de lo que estaba pasando:

—“Me han dicho que me olvide” —decía un adolescente repulsivo a otro de aspecto similar— “Que hasta los dieciocho me olvide de vivir en Cybérica ¿puedes creerlo?”

—“¿Por qué no te vendes en algún hospital? creo que hay médicos que...”.

Otros parecían saber algo:

—“¡Es la tercera plantilla de fantasmas que me falla!” —gritaba un obeso a su celular— “La cadena detenida, la producción atascada, y lo peor es que han desaparecido. Sí, como por arte de magia...”.

Por último, algunas personas demostraban estar al corriente de la realidad:

—“Ayer volví y Ofelio estaba en coma. Estuve por llamar a la policía pero es que, verlo así, tan callado, tan inmóvil... creo que así me gusta más”

—“*Transbordador con destino al sector nueve del anillo y que se encuentra estacionado en el muelle 17, efectuará su salida dentro de quince minutos. El convoy efectúa paradas en Shan Xi, Novaya Kiselevsk, Warangalpur...*” —los altavoces continuaron con una larga retahíla de satélites y asteroides habitados. Barrachina aceleró el paso y entró en el navío, no sin antes contemplar un anuncio animado donde unas jóvenes sólidamente modificadas invitaban a enrolarse en las navatas hacia Kuiper. Promesas de aventura y riqueza.

El viaje fue rápido pero incómodo. Varios pasajeros vomitaron y no en todos los casos funcionaban los aspiradores situados encima de los asientos. —“*La compañía Ring Steamrocket Co. les agradece la amabilidad de haber usado...*” —decía una azafata virtual ataviada con un ridículo vestido plastinado sobre un proyector tubular. Barrachina salió a toda velocidad por la portezuela de la embarcación esquivando a la masa de gente que atestaba el puerto de Warangalpur, un híbrido imitación lejana del Fuerte Rojo y del Palacio de los Vientos.

El andén principal era casi un museo para etnógrafos de fascículo coleccionable. Estaba jalonado por pequeños jardines metidos en burbujas de vidrio donde coníferas, espinosos alcaparros y mangles se mezclaban con cerdos pigmeos y ratones arborícolas. Las naves espaciales más flamantes descansaban a escasa distancia de fuentes de piedra Jainí. Incluso se proyectaban en algunos lugares danzas Bharatanayam.

En el trayecto hacia el punto marcado de rojo en el mapa del Buscador, Barrachina admiró perfumados puestos donde se vendían sedas estampadas y lanas de rico colorido junto con un rosario sin fin de lo último en tecnologías cyb. Barbas, pecas falsas en la frente de las muchachas y turbantes por todas partes, en una delicada simbiosis con prótesis sintéticas y cuerpos mecanizados confeccionados con un gusto soberbio. Esperó unos instantes delante de una puerta metálica donde un letrero escrito en chinglish avisaba: “prohibido el paso”, y luego entró. Avanzó por el pasillo y dobló hacia el cuarto donde había quedado con su contacto, huyendo de las voces de los operarios que parecían acercarse.

El lugar estaba en penumbra y lleno de utensilios de limpieza y productos químicos. Detrás de una montaña de escobas, aspiradores y cubos, había algunas unidades mecánicas inmóviles, pero conectadas a una terminal de la red.

—Buscador —susurró Barrachina—, ¿estás ahí, Buscador? —Entonces, uno de los pequeños falsos autómatas cobró vida. Varias luces de su cuerpo se iluminaron, se activó un zumbido de motor y su hélice trasera se puso en marcha. Era un Moulinex planeador del tamaño de una sandía, de esos que se empleaban para limpiar el interior de conductos de aire acondicionado y para desatascar tuberías de aguas fecales. El

aparato disponía de aspirador, percutor y un equipo completo de desinfección. Su forma era la de un balón al que se le hubieran acoplado alas laterales y un timón. También disponía de ruedas.

—Has tardado, coronel —dijo el artefacto mientras se desenchufaba de la red—. Este cuerpo tiene dos horas de autonomía, será mejor que nos demos prisa. Ponte uno de aquellos monos.

Barrachina se enfundó en un andrajoso mono amarillo con el logotipo de la empresa. Miró con desagrado al planeador. Seguramente habría sido utilizado hacía poco tiempo para limpiar alguna cloaca.

—¿No podías haber elegido otro cuerpo?, apestas.

—Lo siento —contestó el Buscador—, es que no tengo olfato. En marcha.

Salieron de nuevo al vestíbulo del puerto y se dirigieron hacia los urinarios para tomar el camino que habían fijado en Cybérica.

—¿No vuelas? —preguntó el coronel a su acompañante, sorteando a la gente.

—Aún no, coronel —contestó el Moulinex—. Con gravedad g sólo puedo rodar por el suelo. A medida que nos acerquemos al centro del satélite la gravedad será menor y despegaré. Mmm, no, coronel. Ahí no. Tenemos que entrar al de señoras.

—¿Lo haces a idea, Buscador? —gruñó Barrachina— ¿tratas de irritarme conscientemente?

—Vamos coronel —decía el aparato mientras comprobaba que el servicio estaba vacío—. Estamos salvando a tu glorioso país, ¿no? O ¿es a toda la humanidad esta vez?

—¡Vete a tomar por el c...! —respondió Barrachina introduciéndose por el respiradero que comunicaba con las tramas de distribución de aire.

—Yo no tengo culo, coronel. Mira —y el aparato de limpieza aceleró, adelantando a Barrachina y girando trescientos sesenta grados delante de él. Luego soltó una risotada que hizo saturar los altavoces. Barrachina continuó su camino sin hablar con el etéreo. No soportaba la aparente falta de seriedad de los ciudadanos de Cybérica ni su despreocupación por los problemas de la humanidad.

—Ahora a la derecha, coronel —avanzaban dificultosamente y casi siempre trepando por la red de túneles, iluminados sólo por la bombilla del robot. Barrachina se esforzaba para que sus pasos no retumbaran en las paredes metálicas mientras experimentaba la náusea característica de quien se adentra en zonas en las que la gravedad disminuye paulatinamente.

Todos los satélites, pese a sus distintas formas y tamaños, eran funcionalmente ruedas de carro. La vida humana se concentraba en la periferia, allá donde la gravedad causada por la rotación era mayor. A medida que te acercabas al interior de cada satélite la densidad de población disminuía. Más allá de la zona en la que la gravedad era media g no era fácil toparse con nadie. Esas zonas solían estar ocupadas

por fábricas automatizadas, almacenes, depósitos de agua o granjas de cultivos celulares.

Habrían andado ya unos quinientos metros cuando el Moulinex pasó delante de las narices de Barrachina.

—¡Vuelo, coronel! —dijo— ¡puedo volar! —La fuerza motriz de la hélice trasera del aparato era suficiente como para vencer la tenue gravedad que seguía disminuyendo. Poco después, Barrachina dejó de apoyar los pies en el suelo y comenzó a impulsarse con las manos, agarrándose a los salientes de las paredes cilíndricas.

—Ahora podemos salir del conducto, coronel. Estamos cerca del objetivo. A estas horas no habrá nadie por los corredores —luego zumbó un rato, enfocando a Barrachina con la única cámara— ¿todavía estás enfadado conmigo, coronel?

Barrachina desmontó con cuidado una rejilla lateral y salió planeando por el techo del pasillo que conducía hacia el depósito de cadáveres. Estaba iluminado pero completamente desierto. A lo lejos gemían melodías Raga. Aquello no era un hospital. Era un centro de investigación biomédica, lo delataba el aroma penetrante a polimerasas inquietas. Finalmente respondió.

—El caso es que sí, Buscador. Te he contado varias veces que la cosa va en serio. Los místicos, sean quienes sean, son una amenaza real para la humanidad. ¿Qué más puedo decirte?

—Verás, coronel —dijo el planeador tras virar hacia la cabeza de Barrachina—. Creo que no comprendes que nosotros vemos las cosas desde una perspectiva completamente diferente. Cuando era niño recuerdo que mi padre me contó una historia acerca de un pez. Allá abajo, mi padre cruzaba un canal cuando iba a su trabajo. Según me contó, cada vez que cruzaba el puente había un pez que saltaba en la superficie del cauce. No era uno de esos monstruos de piscifactoría, ni uno de esos de colores chillones que guardáis en vuestros acuarios. Era un pececillo gris o pardo. Un pez vulgar. Mi padre le arrojaba pequeños bocados de comida cada vez que pasaba por el canal. Aunque resultara increíble, el pez parecía mostrarse agradecido. Daba saltos particularmente llamativos al ver pasar a mi padre. La confianza entre ambos fue en aumento con el paso del tiempo. El pez empezó a saltar a las manos del viejo, creándose un vínculo como el que había con aquellos mamíferos, los perros. Un día el pez decidió no volver al agua en varias horas. De algún modo el animal consiguió acostumbrarse a la vida fuera de su hábitat natural. Al final fue a vivir a casa de mi padre, e incluso le acompañaba todos los días al trabajo. Ahora hacia abajo. Ya estamos cerca. Cuidado con esos cables.

Barrachina giró su cuerpo noventa grados y se balanceó siguiendo al Moulinex, agitando los brazos y las piernas como si buceara por el aire.

—¿Qué pasó con el pez? ¿Cómo acaba la historia? —preguntó.

—Que un día, al pasar por el canal, el pez perdió el equilibrio, cayó al agua y se ahogó. ¿Comprendes?, el pez se ahogó en el agua. —El etéreo reía con esa voz aguda, insoportable— Recuerdo que aquella historia me causó una terrible depresión. Mis padres gastaron un buen pellizco en inyecciones de dopamina. Hemos llegado, coronel.

El túnel, tras pasar cerca de innumerables laboratorios, había desembocado en un recinto de paredes blancas lleno de pequeños depósitos de alcohol donde se guardaban miles de órganos. Cada frasco llevaba pegada una etiqueta. Había manos, huesos, hígados, cerebros, y otros muchos amasijos de carne que Barrachina no conseguía identificar. Todavía pasaría un buen rato hasta que diera con las muestras ansiadas en aquella inmensa estantería de metacrilato.

—¡Santo cielo! —exclamó el planeador curioseando en aquel almacén— Esto es el museo de los horrores. ¿De dónde han sacado toda esta inmundicia?

—Sólo es la trastienda de la investigación genética de la Federación —dijo Barrachina, leyendo una por una todas las etiquetas de los depósitos que contenían cerebros—. Dime Buscador, ¿has acabado ya la historia del pez y de tu padre?

—Estoy a punto. Verás, coronel. Nosotros somos los peces. Mis burlas sobre tu bienamado líder y sobre los místicos no son gratuitas. Ya no somos humanos. Nos hemos convertido en algo nuevo, diferente. Soy etéreo y no deseo ser cargado en nada biológico. ¿Qué me dices de la Luna?, allí la gente se adaptó a la baja gravedad. Ingeniería genética, coronel. Dentro de unos años no quedará nadie en la Luna capaz de soportar la gravedad terrestre. Incluso vosotros, los que os consideráis verdaderos humanos, sólo estáis vivos por los tratamientos hormonales. Hasta tu Canciller, Barrachina. ¿Qué es tu Canciller sino un monstruo cibernético? ¡Pobre coronel! Eres un dinosaurio que aún no se ha enterado de que cayó un meteorito. Aunque nuestras veneradas autoridades proclaman que algún día todos volveremos sonrientes y empalmados a la Tierra, todo el mundo sabe que es falso. Yo lo sé, tú lo sabes. Somos el pez que ya no puede volver al agua, coronel. El anillo ya no es un arca de Noé, es un espejismo. La humanidad, la verdadera humanidad, vive en Cybérica.

—No estoy de acuerdo —protestó Barrachina extrayendo uno de los frascos que buscaba—, los etéreos existís gracias al anillo. Sois nuestros parásitos. Espera que esos tarados acaben con nosotros, ¿qué haríais entonces, eh? ¿Dónde os iríais si los satélites con sus ordenadores fueran destruidos? Si podéis salir de Cybérica es porque hay lugares como éste donde os fabrican cuerpos y cerebros orgánicos.

—Sigues sin entender nada, amigo. Ya no necesitamos la carne, hemos trascendido. ¿No lo ves, coronel? Somos información pura. Somos eternos, somos el futuro. Dentro de poco tiempo, los nuestros habrán descubierto la forma de autoduplicarse, y entonces, ¡Zas!, se acabó. Saldremos de vuestros ordenadores y os abandonaremos. ¡Ya encontraremos la forma de codificarnos en otros soportes! El

universo es muy ancho, coronel.

—¡Vaya! —dijo Barrachina mientras cogía otro frasco— ¿Pensáis colonizar las estrellas?

—Nuestras posibilidades no tienen límite —zumbó el Moulinex acercando a Barrachina una unidad de conservación avanzada *Tupper Ware*—. La era del homo sapiens ha pasado. Estamos a punto de abandonar el caldo primitivo, como cuando las primeras bacterias se individualizaron del mundo inorgánico, o como cuando los primeros organismos pluricelulares se separaron del imperio microbiano. Habrá que revisar la taxonomía, supongo.

—¿Y tú te burlas de nosotros, espectro chiflado?, vámonos anda —e iniciaron la marcha de regreso por el mismo camino por el que habían llegado. Cuando habían llegado al almacén de limpieza y el Buscador estaba a punto de conectarse a la red y abandonar el que había sido su cuerpo durante la última hora y media, Barrachina se le dirigió por última vez.

—Escucha, majadero. Si hay algún jaleo en Cybérica, ¿nos prestaréis ayuda?, ¿podremos contar con vosotros?

El pequeño robot, ya enchufado, dirigió por última vez su cámara hacia el coronel.

—Lo haremos, humano. Siempre que la causa sea justa y la recompensa razonable —entonces el motor dejó de zumbar y las luces del aparato de apagaron. El etéreo había salido ya. Barrachina bajó la cabeza y miró los dos bultos que transportaba. Con tanto cerebro y tanta charla, había olvidado comerse el bocadillo.

9 SÁBADO SABADETE. CON EL ALMIRANTAZGO NO SE JUEGA.

Barrachina salía de tomar una ducha con la que había consumido la mitad de su ración diaria de agua. El líquido que desaparecía por el sumidero sería inmediatamente reciclado por alguna de las diez mil microdepuradoras repartidas por el satélite. El coronel reflexionaba distraído sobre de la procedencia del agua que había resbalado por su cuerpo. Quizá provenía del circuito de refrigeración de algún carguero, o de la vejiga de un ganadero, o del líquido cefalorraquídeo de algún fallecido... Entonces se sobresaltó al notar que alguien abría la puerta. Sólo la policía podía acceder al interior de las viviendas sin permiso del propietario, y sólo cuando disponía de una orden judicial.

Barrachina, mientras se cubría con una toalla, giró para comprobar qué ocurría. Antes de que pudiera preguntar, tres personas se habían introducido en la estancia. Dos de ellas eran agentes de la policía federal. Sus monos negros llenos de cámaras y transmisores, sus cinturones relucientes y sus pistolas de ancho cañón así lo testificaban, pero Barrachina no les prestaba atención porque la protagonista de la visita era la tercera persona. Nada menos que la almirante Danielle Dawson.

—¿Qué estáis tramando tu pandilla de tarados y tú, Montgomery? ¿En qué mierda estáis metidos esta vez? —preguntó la almirante, antes incluso de presentarse o de saludar. La nuez de Barrachina subió hacia la faringe y luego regresó a su emplazamiento habitual, pero no contestó. Se limitó a mirarla esgrimiendo una imperceptible sonrisa mientras se rascaba las cicatrices del pecho.

Danielle Dawson era una de las personas con mayor poder de la federación y la paciencia no estaba entre sus bondades. Dirigía la escuadra con mano de hierro y también tenía autoridad sobre una buena parte de la flota comercial. Recibía órdenes exclusivamente del ministro de defensa, lo que la colocaba a una distancia muy escasa del máximo poder de la humanidad. Ejercía el mando de manera tan despótica que era mucho más temida que respetada. Todas las revueltas o intentos de secesión habían sido extirpados duramente por las fuerzas a su mando. Los contrabandistas lunares y todas aquellas bandas que rozaban de forma tangencial el delito la odiaban como al mismo demonio, siendo la autoridad federal que más número de personas deseaba ver muerta. Barrachina sabía que podía tener problemas con ella. Que cuando localizaran a los místicos e intentaran golpearles, resultaría muy difícil burlar al equipo y a la inteligencia de Danielle Dawson; que tarde o temprano tendría que enfrentarse con ella, y que las posibilidades de salir con vida de tal enfrentamiento serían francamente escasas.

Barrachina no obstante, en esta ocasión no estaba mirando a la implacable almirante sino a la hermosa mujer que era. Rondaba la madurez pero la ingravidez se

había portado bien con ella. Su físico y su temperamento eran apabullantes, excesivos, hiperbólicos. Danielle Dawson era comparable a diez megatones en busca de un detonador. Su exuberancia habría hecho perder la lucidez a cientos de hombres si no hubiera sido porque debido a su mal carácter, la mayoría de ellos la evitaban como si se tratara de la peste. Había tenido hijos, uno normal y los dos reglamentarios clones destinados a ser ocupados por etéreos, tras lo cuál había decidido vivir sola.

La Dawson repitió la pregunta, esta vez casi gritando. Barrachina se animó por fin a contestar.

—No sé de qué me habla almirante.

—Sabe muy bien de lo que hablo, Montgomery. Hace tres días sucedió algo raro en una granja. Son ya más de trescientas las personas que han sufrido anómalos ataques neurológicos. Hubo comunicaciones entre la granja y los controladores de su sector. Un robot propiedad del ministerio de sanidad desapareció. Ayer fueron robados los cerebros de los granjeros. ¿De qué se trata esta vez, Barrachina?

—Le repito que no sé de qué me habla, almirante. Ha entrado usted sin mi permiso. Esto no es legal.

—¡En esta flota es legal lo que a mí me sale de las tetas! —respondió la Dawson perdiendo todo rastro de paciencia, hablando del anillo como si fuese su propia escuadra, como si el hogar de la humanidad no fuera sino un puñado de naves que debían dejarse gobernar bajo disciplina militar— Exijo una respuesta. ¡Ahora!

Barrachina, aparentando no perder la compostura, se sentó sobre la cama y respondió.

—Debe disculparme, almirante. Estoy un poco aturdido. Esto ha sido una sorpresa, no esperaba verla.

—¿Por qué no esperaba verme, si puede saberse?

Barrachina sonrió, esta vez sin disimulo. Se lo había dejado en bandeja.

—Porque hoy no es sábado.

Los dos policías, que habían permanecido callados, tuvieron que hacer algún esfuerzo por contener la carcajada. Tenían los músculos de la cara contraídos en una ridícula mueca que intentaba no mostrar ironía. Era un secreto cada vez peor guardado que Barrachina y la Dawson eran amantes. La almirante volvió la cara y, con gesto de tormenta, ordenó a los agentes que se marcharan.

La puerta se cerró. Ella permanecía delante de Barrachina con las piernas arqueadas y las manos cruzadas en la espalda. El holgado traje espacial no conseguía disimular sus encantos. Se quitó la gorra militar, descubriendo su abundante cabellera rubia, rizada y recogida. Barrachina no se levantó de la cama. Se preguntaba de qué modo iba a ser agredido. Sólo se oían las voces del pasillo comunitario y algún aparato de música de los vecinos. Entonces, antes de que le diera tiempo de sopesar todas las posibilidades, se encontró en el suelo inmovilizado. Podía mover los dedos

pero no las manos. La Dawson, se había abalanzado sobre él y, en una rápida sucesión de golpes, le había puesto de narices contra el suelo. Los ciento noventa centímetros de almirante, montados encima de él. Una de las rodillas le presionaba el cogote.

—Controlador de primera categoría Montgomery Barrachina —le dijo jadeante— no juegues conmigo. Te lo advierto. Nunca más.

Barrachina callaba, esta vez sin sonrisa. Parecía que la cosa iba en serio. No podía moverse pero al menos no sentía dolor. O eso fue al principio porque la almirante aumentó progresivamente la presión.

—Tu nuca cede —le dijo sudando deseo sádico—, podría borrarte para siempre.

—Pero no lo harás —respondió Barrachina realizando un esfuerzo sobrehumano por expulsar aire de sus pulmones.

—¿Estás seguro, Monty?

Y ya no pudo contestar. Se había quedado sin ventilación.

Entonces la carga disminuyó y súbitamente obligó a girar al cuerpo inerte de Barrachina, besándole después violencia lasciva. La almirante se levantó y observó con los brazos en jarras el cuerpo de Barrachina, tumbado aún en el suelo y desprovisto de su toalla. La Dawson esbozó una sonrisa contemplando su presa. Una cacería fácil. Señaló la cama con un gesto intermedio entre invitación y orden cuartelera mientras comenzó a desvestirse con brillo de mantis en los ojos.

Algo se endureció en los bajos de Barrachina cuando el sobrio tejido antirradiación fluyó mostrando unos hombros pálidos. Luego, cuando todo el cuerpo de la almirante estuvo a la vista, Barrachina sintió una palpitación creciente en los riñones. Cuando ella se aproximó despacio sonriendo, trescientos millones de células espermáticas pusieron en marcha contentas sus flagelos. Cuando ella se recostó a su lado, Barrachina percibió el olor primitivo a pura feromona extendiéndose como una horda de caballería desbocada que invadía sus sentidos y arrasaba sus nervios y sus glándulas. Cuando las dos pieles se apretaron el ritmo cardiaco se disparó a niveles patológicos, luego se olvidó de pensar.

Barrachina despertó. La Dawson estaba vistiéndose, habrían pasado unas horas. Intentó incorporarse pero desistió. Sentía sus piernas como si estuvieran hechas de mayonesa. El encuentro amoroso había tenido carácter sísmico.

—¿Por fin despiertas? Me preocupas, Monty. Has vuelto a contarme tu historia acerca de las amenazas que se ciernen sobre todos nosotros —Ahora que se enfundaba de nuevo en el uniforme, volvía la implacable almirante. Ni un gesto de ternura o de cariño. A lo sumo interrogatorios y órdenes— ¿No lo recuerdas?

—¿Qué te he contado? —preguntó aturdido Barrachina, ¿habría dicho algo acerca de los cerebros que guardaba? Sentía agujetas por todas partes. La cama estaba empapada de sudor y tenía en el cuerpo algunos arañazos y marcas inquietantes.

—Otra vez toda esa sarta de estupideces. Es inútil interrogarte porque estás loco. Loco de atar.

Barrachina se incorporó y se sentó sobre el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas. Sentía dificultad al levantar la cabeza.

—Es la pura verdad, Danielle. Están en algún lugar del anillo y van a por todos nosotros.

—Muy bien —concluyó ella poniéndose delante de él—. ¿Dónde están? ¿Por qué nuestros equipos de rastreo no los localizan?

—No lo sé.

—¿Cuáles son esas armas misteriosas de la que disponen? ¿Cuál es su alcance?

—Tampoco lo sé.

—¿Qué estáis preparando, Monty? ¿En qué aventura os habéis metido?

—No estoy metido en ninguna aventura, Danielle. Ayúdame, por favor. Te ruego que estudies a fondo los cadáveres. Tal vez podáis recuperar algo de sus mentes.

—¡Loco estúpido! ¿No te das cuenta?, siempre que ha habido un ataque, de un modo u otro, estáis vosotros por el medio. Es de Biel XVI y de sus seguidores de quienes sospecha el consejo. Todo el mundo piensa que la infección sois vosotros. Tu Canciller será juzgado y no tendré más remedio que ir a por ti.

Barrachina no contestó y bajó la cabeza. Se sentía decepcionado por no poder convencer absolutamente a nadie de sus temores. Ella le acercó la cara a pocos centímetros, le pasó la mano por la nuca y le dijo con voz algo menos despótica.

—No deseo que te suceda nada malo.

Barrachina tomó la frase como un cumplido cariñoso. En el lenguaje despiadado de la Dawson, aquello significaba algo así como “te quiero total y apasionadamente”. Se produjo entonces un silencio incómodo. Danielle Dawson acabó de vestirse y se dispuso a dejar la vivienda. Él le preguntó.

—¿Por qué vienes de vez en cuando a verme, Danielle? ¿Por qué a mí?

—Porque eres el único hombre de la flota que no me tiene miedo.

—Entonces, ¿me quieres, almirante?

—No. ¿Qué clase de pregunta es ésa?

—No es nada personal —Barrachina sonrió— sólo era curiosidad.

—¿Y tú Monty? ¿Por qué me sigues el juego?

—Porque eres la mujer con más huevos que he conocido nunca —Barrachina se sintió desarmado. Quiso por un momento decir “yo sí te quiero”, pero mejor lo dejó para otra ocasión.

—Entonces hasta el sábado —ella cerró la puerta y se marchó.

Barrachina miró mareado a todas partes. Al techo, a las paredes.

—¡Kan! —dijo por fin— ¿dónde te has metido, muchacho? —Entonces la pantalla móvil de la terminal informática giró lentamente y asomaron los dos

pedúnculos retráctiles del robot, que hacían las veces de ojos.

—¿Ha pasado ya el peligro, señor? —preguntó la máquina con cautela.

Barrachina sonrió pesadamente y contempló cómo el pequeño robot salía de su escondrijo portando en una de sus patas el Tupper Ware donde estaban guardados los cerebros.

—Me escondí con esto, señor. Pensé que...

—Has hecho bien muchacho —Barrachina cogió el paquete— ¿lo has pasado bien?

—¿Cómo dice, señor?

—Fisgando, si te ha resultado divertido.

—No, yo señor —Barrachina soltó una carcajada, Kan movía desordenadamente sus manitas. Lo hacía siempre que no encontraba respuestas satisfactorias— en realidad estuve a punto de salir a defenderle. Hubo algún momento en el que pensé que su salud corría un serio riesgo. ¡Todos esos apareamientos! Los seres humanos son demasiado complicados para una inteligencia artificial como yo, señor. No sé dónde están las fronteras, todo es demasiado difuso.

—Algún día lo comprenderás, muchacho. Son cosas de mayores.

10 LA FUGA DEL CANCELLER. POLLOS GRATIS PARA TODOS.

—¿Fugarse, señor Canciller? ¿Precisamente ahora? —preguntó Barrachina sumergido en el casco del navegador.

—Afirmativo, coronel. Es absolutamente necesario. El tiempo se agota y debo abandonar inmediatamente este condenado asteroide. ¿Consiguió la mercancía que le solicité?

—Las tengo, excelencia.

—Muy bien, coronel. Le espero en la zona portuaria de Besna-Gostibar dentro de una hora. Venga con un vehículo pequeño y las muestras. Eso es todo.

—Perdone que insista señor Canciller, pero ¿cómo vamos a burlar a los guardias?, ¿cómo vamos a conseguir que no nos persigan los federales?

—Eso corre de mi cuenta, coronel. Cuento con un buen grupo de mis buenos ciudadanos aragoneses. A lo largo de todo el día se han ido congregando por aquí.

—¿Un motín? ¿Les ha ordenado iniciar un motín?

—No se trata de eso, coronel. Ellos van a ser sujetos pasivos de mis planes. No saben que voy a fugarme.

—Excelencia discúlpeme, no entiendo nada.

—Paciencia, coronel. Usted sólo aparezca dentro de una hora. Corto.

Biel XVI descendió flotando desde la cúpula lateral del invernadero. En la plaza central, que era un cilindro con magnolios y coscojas apuntando hacia el centro, se habían congregado ya varios cientos de ciudadanos que parecían esperar algo. Por los túneles adyacentes iban apareciendo más y más personas. También hormigueaban algunos decapitados montados sobre sus vehículos de ruedas o de patas articuladas.

Los dos guardias federales que custodiaban a Biel XVI estaban empezando a notar algo raro. Los turnos de trabajo habían concluido ya, pero aún así no era normal que se concentrara tanto personal allí. Mucha gente además vestía uniformes de viaje, incluso trajes espaciales. Habían venido de fuera. Llamaron por radio al alcaide del penal y más tarde al gobernador del asteroide. Éste les confirmó que no había previsto ningún acto cultural, ninguna celebración.

Habría por lo menos ya dos mil personas en el suelo curvo del parque. Los bancos estaban ocupados por sujetos que buscaban perspectivas privilegiadas y también había decenas subidos a los troncos o flotando en el espacio limitado por las copas de los árboles, en las zonas de baja gravedad. Los guardias estaban poniéndose nerviosos y ordenaron a Biel XVI que se aproximara. Pidieron refuerzos.

En unos minutos eran cuatro los guardias que custodiaban al Canciller. El ruido generado por la multitud era atronador y aumentaba de forma paulatina. Biel XVI parecía tranquilo. Tan sólo miraba su reloj cada pocos minutos. El sargento decidió

que debían llevarse de allí al prisionero.

En ese momento se oyó un ruido de motores por el túnel que comunicaba directamente la plaza central con el cosmódromo. La vibración de las rocas hacía suponer que se aproximaba un transporte pesado. Varios cientos de personas se abalanzaron hacia la boca del túnel —“¡Ya están aquí!” —gritaban.

Apareció por fin un vehículo tractor seguido por cinco vagones de unos cien metros cúbicos cada uno. Los conductores a duras penas pudieron salir de la cabina. Estaban aturdidos, rodeados por aquella muchedumbre que les apuntaba con las manos extendidas. Consiguieron abrirse paso entre empujones hasta uno de los vagones. Gritaban y hacían señas a la multitud para que se apartara. No entendían qué estaba pasando. Alguien les había comprado una enorme partida de pollos y les había dado instrucciones para que fueran repartidos gratuitamente en la plaza central del asteroide Besna-Gostibar. Los transportistas esperaban una ordenada fila de ciudadanos civilizados y no aquella legión de monstruos que se daban codazos, subían uno encima de otro, caían y eran pisoteados.

Con enorme dificultad vaciaron el primer contenedor, lanzando desde dentro del vagón pollos en todas direcciones, intentando que el público se apartara. Vano intento. Unas quince mujeres mayores habían ya subido a la plataforma y estaban reventando desesperadamente otros contenedores con una furia inusitada. Comenzaron los desmayos y las lipotimias. Varios ancianos sangraban en el suelo víctimas de los pisotones y las patadas. Los transportistas usaban ahora los pollos como proyectiles contra las hordas de rostros desencajados que se abalanzaban sobre ellos. Estaban parapetados detrás de un contenedor. Uno de ellos dejó a un lado los pollos-proyectil y tomó una barra de acero con la que comenzó a defenderse. Gritaba lleno de pánico mientras golpeaba en todas direcciones y observaba cómo su compañero estaba siendo abatido por una lluvia irracional de golpes. Pero sus gritos fueron enmascarados por el rugir de la masa, que avanzaba más y más amenazadoramente. Los ciudadanos que se encontraban más lejos empujaban con fiereza hacia el convoy. Los que estaban en posesión de algunos pollos eran zarandeados y robados por los que aún no habían conseguido ninguno. Numerosas ancianas estiraban de los pollos hasta despedazarlos. Una jauría de hienas bulímicas no hubiese alcanzado tal cota de saña.

Biel XVI canturreaba distraído. Los cuatro guardias, boquiabiertos, no habían intervenido aún. El sargento reaccionó. Pidió refuerzos y se dirigió con dos de sus hombres hacia el centro del tumulto. Sus tres porras eléctricas centelleaban mientras golpeaban y aturdían a decenas de personas intentando abrir un camino que les condujera hasta el foco de la vorágine, pero sólo sirvió para que la muchedumbre volviera toda su ira contra ellos. Desde un rincón, Biel XVI pudo ver como la masa engullía los tres uniformes negros haciéndolos desaparecer para siempre. Al Canciller

le vinieron a la memoria palabras como fagocitosis y lisosoma.

El guardia que aún custodiaba al Canciller, atenazado por el horror, sacó su arma reglamentaria y pidió que enviaran de inmediato la unidad antidisturbios del penal. Después sólo gemía —“Dios mío, Dios mío”.

Por uno de los corredores secundarios aparecieron en perfecta formación dos centenares de federales equipados con sus uniformes de protección. Cascos integrales, gruesos acolchados y brillantes corazas. Les seguía un camión armado con un cañón de esos que lanzan nitrógeno líquido y congelan, pero no matan. Al final apareció el coche donde debía estar el oficial de mando.

A estas alturas, los manifestantes habían ya destrozado la carcasa de los otros cuatro vagones y estaban asaltándolos. Los chapados de acero eran algo intrascendente comparados con aquella bestialidad animal colectiva. La plaza ofrecía un aspecto apocalíptico. Árboles arrancados de cuajo, decenas de cadáveres, restos de aves esparcidas por todas partes y miles de personas sumergidas en una pelea de todos contra todos. Todo ello envuelto en un desagradable y penetrante olor a pollo y sangre humana fresca.

—Pero ¿qué es esto? —se preguntaba conmovido el oficial mientras cogía el micrófono.

—“CIUDADANOS DEL ANILLO” —rugieron los altavoces— “LES HABLA LA POLICÍA. ESTA MANIFESTACIÓN NO ES LEGAL. DISUÉLVANSE INMEDIATAMENTE, O DE LO CONTRARIO NOS VEREMOS OBLIGADOS A INTERVENIR”

Entonces numerosos individuos se volvieron hacia los antidisturbios y comenzaron a gritarles: —“Hijos de puta”, “queremos nuestros pollos”, “no al trasvase”...

—Pero ¿qué dicen? —preguntaba el oficial a su segundo.

—No lo sé, mi capitán. Creo que se trata de algo ligado a su genotipo —contestó éste.

Los ciudadanos obsequiaron a la policía con una lluvia de proyectiles improvisados. Les estaban lanzando de todo. Pollos, maceteros, cadáveres, de todo.

El oficial no esperó más y dio la orden: —Bien, muchachos. Dispersadlos pero no tiréis a matar. Recordad que son contribuyentes.

La primera compañía cargó contra la muchedumbre, armada con sus porras y sus láseres de baja potencia. Desde retaguardia, el cañón disparaba ráfagas cortas de nitrógeno convirtiendo a los contribuyentes en cristales grisáceos. —“Qué desperdicio de energía” —pensaba Biel XVI. Todo era inútil. En pocos minutos, el primer combate había concluido con cincuenta policías descuartizados a favor de la masa.

Los restantes policías, atónitos, olvidaron sus pistolas paralizantes y sacaron las

armas automáticas. Las ametralladoras crujieron agudas y las balas explosivas hicieron caer a cientos de manifestantes. Pero cuantos más caían, más parecía aproximarse la marea humana hacia los aterrados agentes que habían formado un círculo de protección. Biel XVI pensó que aquel era el momento. Se volvió hacia el guardia que le custodiaba y que estaba acurrucado tras un cubo de basura temblando con su pistola en la mano, y le escupió un falso recuerdo. El joven recordó de repente que él era el dueño de los pollos. Que aquello era su ruina. Entonces se levantó preso de un ataque de cólera y se lanzó contra los manifestantes disparando y aullando. Biel XVI salió tranquilamente por el túnel de servicio en dirección al puerto, no sin antes ver cómo era desmembrado su vigilante. Los vehículos policiales eran amasijos de hierro incendiado. Quedaban ya pocos antidisturbios con vida.

El Canciller llegó al muelle cruzándose con el personal federal del asteroide que corría en todas direcciones intentando ponerse a salvo. A esas alturas, la muchedumbre estaba ya causando graves destrozos en distintos puntos de la estación.

Barrachina, sin haber apagado siquiera los motores, abrió la escotilla de su *Intercooler* y preguntó sorprendido: —¿Qué ha pasado aquí?

—Todo ha salido según lo previsto. ¿Ha traído los cerebros de los granjeros, coronel?

—Desde luego, excelencia. Los tengo guardados en ese *Tupper-Ware*.

—Entonces, vámonos.

La navecilla abandonó el puerto mientras se producían explosiones y fugas de aire del asteroide carcelario Besna-Gostibar. Cuando se alejaban, se cruzaron con un transporte del ejército y varios cazas que no les prestaron la más mínima atención. Tenían otros asuntos que atender. Biel XVI seguía sin poder mover su brazo izquierdo, pero ahora respiraba mejor. Mucho mejor.

11 LAS CLÍNICAS LUNARES DE LA DOCTORA TEMPLE.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, excelencia? ¿Por qué huir ahora con tanta urgencia?

—Las respuestas llegarán pronto, mi querido coronel. Fije el rumbo hacia la Luna. A Mar de la Tranquilidad.

Barrachina miró de reojo a Biel XVI. No se atrevía por supuesto a cuestionar sus órdenes, pero aquello era demasiado. El Canciller estaba comportándose últimamente de un modo extraño. Tendría sin duda sus buenas razones. Pero Kan, agazapado bajo el asiento de piloto, no entendía del todo las estrictas normas de protocolo que reinaban y rasgó el silencio con su característica entonación afilada.

—Disculpe señor Canciller, me permito recordarle que la Luna, y especialmente zonas como Mar de la Tranquilidad, no son lugares demasiado recomendables. Allí las leyes de la Federación no se aplican con toda la firmeza que sería deseable.

—Lo sé —contestó Biel XVI con desprecio cortante—. Por eso espero encontrar allí a la persona indicada. Sé de lo que son capaces los lunares.

El *Intercooler* estaba saliendo de la frontera exterior del anillo. Asteroides y estaciones orbitales. Rocas y ferralla. El anillo había visto aparecer en poco tiempo dos culturas. Casi dos civilizaciones. Los que habitaban en satélites y ciudades espaciales se consideraban a sí mismos como la culminación de la evolución cultural humana. Sus delicadas y complejas estaciones eran ecosistemas en miniatura. Todo, absolutamente todo, era reciclado. Eran mundos mecánicos profundamente automatizados y casi autosuficientes. Las tecnologías al servicio de la prosperidad en el espacio. Sus kilómetros de chapado hermético, sus contenedores y sus invernaderos eran pulcras colmenas donde residían la mayor parte de las clases acomodadas y el funcionariado de la Federación.

Por el contrario, los que residían en los asteroides, ya fuera en la superficie o en su interior, presumían de ser auténticos seres humanos con sus virtudes y sus defectos. Muchos asteroides eran ciudades que se habían extendido hacia el interior de la roca, sin orden geométrico ni planificación previa. Simplemente la presión demográfica hacía avanzar las perforaciones como una implosión de vida. Esto causaba incomodidades, sin embargo el contacto con la roca provocaba en la gente una euforia vital que sólo te da el tocar algo de lo que está fabricado tu mundo original. Era como volver al útero del que un día había nacido la Tierra por acreción planetesimal. En los asteroides se derrochaba oxígeno, pero es que las plantas crecían más felices sobre auténticos suelos que dentro de los parques hidropónicos de los satélites.

Los moradores de los satélites llamaban despectivamente “topos” a los habitantes

de los asteroides. Los moradores de los asteroides llamaban “transistores” a los habitantes de los satélites, con similar desdén. En los satélites se hablaba mayoritariamente chinglish. En los asteroides se hablaba mayoritariamente spanglish. Los transistores consideraban a los topos sucios, rudos y primitivos. Los topos consideraban a los transistores amanerados, esnobistas e hipocondríacos. Los topos despreciaban a los transistores y los transistores despreciaban a los topos. Pero a quienes verdaderamente odiaban topos y transistores, eran a los pobladores de la superficie de la Luna. Los consideraban vagos, peligrosos y degenerados.

En la Luna no existía la economía ni la sociedad organizada del anillo. Los primeros proyectos de asentamientos permanentes no habían alcanzado los objetivos previstos. Las prósperas minas de ilmenita inauguradas por los chinos se habían convertido en todo un modelo de antigestión. La Luna se había desinflado y se había convertido, según decían topos y transistores, en un refugio de piratas, cybercanallas y narcotraficantes. Ni siquiera se hablaba allí una jerga unificada. Había decenas de lenguas criollas lo que hacía difícil la administración y las autoridades federales habían reducido su presencia al mínimo imprescindible. Muchos opinaban que, de hecho, la Federación estaba abandonando discretamente a su suerte a los lunares. A lo largo del último año, que recordara Barrachina, la única presencia de las autoridades en la Luna se había limitado a una incursión de castigo de la armada de la almirante Dawson, como respuesta a una oleada de robos y crímenes cometidos en el anillo por una banda de lunares. A diferencia del anillo, donde se respiraba un omnipresente tufillo militar, en la Luna reinaban el desorden y la desidia como un manto pegajoso que no te gusta pero al que acabas cogiendo cariño.

—¿Qué espera encontrar en Mar de la Tranquilidad, señor Canciller? —preguntó Barrachina libre ya de los mandos del *Intercooler*. El piloto automático se encargaría de conducirles a través de los cuatrocientos mil kilómetros de ruta por el espacio vacío.

—Voy en busca de una persona. Del mejor neurólogo que ha conocido nunca la humanidad. Es el médico que descubrió el modo de volcar a los humanos digitalizados en emplazamientos nuevos. Es la persona que me resucitó de mi segunda muerte y que me implantó la placa —Biel XVI indicaba con su dedo índice la sien derecha.

—Perdóneme la intromisión, pero ¿qué hace una persona de semejante categoría en la Luna?

—Verá, coronel —Biel XVI sonreía—. Es que también hizo cosas que a la maldita Federación le resultaron un tanto molestas. Podrá comprobarlo usted mismo. De modo que tras formar a toda una generación de ingenieros psíquicos, las autoridades sanitarias decidieron quitarle de en medio. Lo expulsaron del colegio de médicos, lo destituyeron de sus cargos y lo condenaron al ostracismo y al olvido.

Imagínese. Lo enviaron a un laboratorio de análisis de orina, esputos, heces y semen. Ahora sobrevive en la Luna como directora de una clínica, digamos, alegal.

—Comprendo —respondió prudente Barrachina. Pero no comprendía en realidad. ¿Médico?, ¿directora?—, no debe resultar estimulante para un brillante científico dedicarse a catalogar flemas.

—Hay más, coronel. Antes de la evacuación era gran maestro de la orden de los Templarios. Solía contar historias cuando estaba bajo los efectos del piperment y los fármacos, aunque después no se acordaba, naturalmente. Tras la prohibición de las religiones cambió de sexo. ¡Qué talento! Se operó él mismo con anestesia local. Ahora todos la llaman Shirley Temple.

Kan observaba con atención, con los pedúnculos oculares desplegados grabando la conversación. ¡Cuánto le quedaba por aprender! Había sido fabricado con algunos conocimientos básicos de zoología, taxonomía y sistemática; donde una especie era una condición que cumplía unas rígidas características, donde un sexo era un prototipo que cumplía unas propiedades estrictas. Pero cuanto más estudiaba lo que le rodeaba, más se convencía de que las esencias y los moldes eran pura ficción. Del mismo modo que la naturaleza había organizado belleza y diversidad con la variación y la selección como fuerza motriz, los humanos estaban transformándose a sí mismos con la biotecnología. Genes saltarines y fisiología creativa que aceleraban la evolución biológica en varios órdenes de magnitud.

—Tenga cuidado cuando se dirija a la doctora Temple —prosiguió Biel XVI—. Es una mujer cariñosa, pero muy sensible. Tengo la impresión de que nos puede ayudar. Es... no sé. Es lo más cercano a una autoridad religiosa que puede encontrarse hoy en día por ahí.

—¿Cree que puede tener alguna relación con los místicos? —preguntó Barrachina.

—No —contestó rotundamente Biel XVI—, pero podría darnos alguna pista. Alguna indicación sobre la naturaleza de los ataques. Por eso le pedí que trajera consigo los cerebros de los granjeros muertos. Le recuerdo que nadie como ella entiende de sesos.

El disco de la Luna reflejaba con fuerza la luz solar y ocupaba la mitad del horizonte sobre el casco del vehículo de Barrachina. Éste había iniciado ya la espiral, pasando en cuestión de minutos del lado iluminado al lado oscuro, dibujando círculos cada vez más cerrados en torno al satélite.

Era inútil, incluso arriesgado solicitar en algún cosmódromo plaza de atraque. La mitad de las señales de control de aproximación que salían de la Luna eran falsas radiobalizas emitidas por salteadores a la espera de que viajeros despistados se estrellaran en algún espinoso monte de anortositas, para después saquear los restos de los vehículos, y si había suerte, pedir un buen rescate por los supervivientes del

nafragio. La otra mitad, la que partía de los cosmódromos que presentaban un funcionamiento razonable, era de origen militar. Ahora que Biel XVI era un fugitivo, había que buscar otras alternativas. En casos como aquel era cuando un piloto espacial mostraba su valía.

Barrachina navegó manualmente hasta las inmediaciones de Moon Town, dentro de Mar de la Tranquilidad. Intentaba contrarrestar los efectos de la débil pero comprometida gravedad lunar. Se preguntaba cómo sería conducir una nave bajo el efecto de la terrible gravedad terrestre y de su atmósfera. Había oído que los frágiles vehículos espaciales del anillo rebotaban como piedras planas en un estanque si se aproximaban a ella con un ángulo demasiado abierto y que se incendiaban sin remedio si lo hacían con un ángulo demasiado cerrado.

Moon Town aparecía como una agrupación desordenada de miles de luces desparramadas en la negra llanura de basalto. A medida que se aproximaban a la superficie varias cúpulas de diferentes tamaños aparecieron ante sus ojos. En su interior, las atmósferas artificiales permitían la vida. Las que funcionaban. Algunas de ellas estaban rotas y abandonadas.

—Esa de ahí es perfecta —dijo Biel XVI, señalando en la pantalla una cúpula rota de unos setecientos metros de diámetro. En su interior sin embargo había movimiento de vehículos y luces.

—Disculpen, señores —preguntó Kan— ¿Vamos a tomar tierra en una cúpula en ruinas? ¿No resultará peligroso? ¿Cómo respirarán al salir del vehículo?

—Sé hacerlo, Kan —respondió Barrachina—. Aterrizaremos a la vieja usanza, sin atractores. Es arriesgado pero puedo conseguirlo. Y respiraremos dentro de nuestros trajes presurizados, por supuesto. Sólo un estúpido no los cogería para ir a la Luna.

—Señor, me refería también a la posible presencia de delincuentes lunares. Si no nos registramos en ningún cosmódromo federal, ¿quién les impedirá agredirnos?

—Debes aprender a confiar, muchacho. Si respetamos las “leyes” locales es poco probable que suframos daños. Sospecho que el Canciller desea tomar tierra en una zona discreta pero cercana a nuestro objetivo, ¿no es así, excelencia?

—Sí —contestó Biel XVI, sin prestar demasiado interés a la conversación.

—¿Se encuentra bien, señor Canciller? —preguntó de nuevo Barrachina— Parece usted preocupado.

—Sólo melancólico, coronel. Son los recuerdos.

¿Recuerdos? Barrachina no tenía noticias de que Biel XVI hubiera estado nunca en la Luna.

—Creo que debería descansar tras el aterrizaje. Dormir unas horas, tiene usted cara de...

—¡De cadáver! —concluyó Kan— tez blanquecina, ojeras... Uh, lo siento señores —el artrópodo comprendió enseguida que no debía continuar por ese camino

cuando clasificó la mirada de sus dueños como potencialmente robótica.

La nave aterrizó después de algunos trompicones y el trío descendió del *Intercooler* dando los botes de quienes no están acostumbrados a la baja gravedad lunar. Barrachina embutido en su traje de exterior, Biel XVI tan sólo con una escafandra plateada que le protegía la cabeza, pero no el cuerpo mecánico. Kan experimentó cómo en ausencia de atmósfera, no funcionaba su bomba de voz. Las señas asustadas que intentaba generar con los brazos y las antenas no parecían impresionar a sus acompañantes.

Solos en la Luna. El lugar era lóbrego y profundamente yermo. Básicamente una explanada llena de edificios en ruinas y vehículos abandonados. Parecían existir algunas actividades económicas tales como desguaces y tabernas. Mirando al cielo podía verse el armazón de lo que un día había sido una cúpula, pero el vidrio estaba agujereado por varios puntos. Todas las personas andaban con sus trajes presurizados y sus equipos de supervivencia. Se acercó alguien. Debía tratarse de un enano, algo parecido. Todos los lunares andaban de un modo insólito pero aquel personaje era cómico. Incluso se apoyaba ocasionalmente con los nudillos en el suelo y sus saltos eran mucho más prolongados.

—Esto no es gratuito —advirtió el ser deforme. Biel XVI no se inmutó, pero Kan y Barrachina sintieron una punzada de confusión y desagrado. No se trataba de una persona sino de un chimpancé. Un indiscutible simio que estaba farfullando por medio de algún tipo de sintetizador. Biel XVI le hizo entrega de quinientos dólares federales. El chimpancé miró el paquete detenidamente y luego parloteó de nuevo desde su metro quince de altura.

—Buen dinero. ¿Para qué han venido a Moon Town? ¿Visita de placer?

Biel XVI sonrió unos instantes y luego respondió:

—Te entregaré otros quinientos si guardas el vehículo durante dos días y no hablas con nadie de nuestra presencia. ¿Podemos confiar en ti?

El simio, apoyado con una mano en el suelo y con el fardo de billetes en la otra, movió alternativamente su cabeza, pasando de mirar los billetes al Canciller y volviendo de nuevo a mirar el dinero.

—Trato hecho —dijo finalmente, y estrechó su mano con la de Biel XVI.

El grupo se alejó del aparcamiento. Barrachina volvió varias veces la cabeza hacia el guardián. Mientras caminaban dando saltitos similares a los que dan los lémures cuando bajan de los árboles, pudieron contemplar a otros simios que efectuaban reparaciones entre la chatarra o que simplemente hablaban entre ellos, dando gritos chillones que retumbaban en los receptores de radio.

—¿Qué son? —preguntó por fin.

—Son etéreos instalados en chimpancés. Fue un experimento de la Federación. Ligeras modificaciones genéticas en embriones de simios, permitieron que

desarrollaran cerebros mayores capaces de albergar una mente humana. El proyecto fue encomendado a la doctora Temple. La producción de cuerpos mecánicos era lenta y había prisa por dar salida a los etéreos de los discos. Pero no resultó.

—Entiendo —dijo Barrachina—, a nadie debe gustarle vivir dentro de un chimpancé.

—Al contrario, coronel —repuso Biel XVI agotado por los saltos—. La fusión fue perfecta. Aquellos etéreos se habituaron enseguida. Pero aunque su mente fuera humana, sus hormonas no lo eran. A pesar de pensar como humanos, comenzaron a sentir como simios. En mi opinión están volviéndose chimpancés. Al cabo de unos meses de trabajo en dependencias federales, las autoridades decidieron echar marcha atrás. Les propusieron descargar de nuevo sus mentes pero los chimpancés se negaron. Entonces fueron desterrados a la Luna y puede comprobar cómo sobreviven. Por supuesto, el chivo expiatorio del fracaso fue la doctora Temple.

—¿Cuántos hay? —preguntó de nuevo Barrachina, sin dejar de mirar a todas las figuras que hurgaban en los montones de escombros.

—Unos cientos, tal vez más. Se dice que han empezado a reproducirse con ejemplares silvestres y que han aparecido híbridos viables.

—“No hay fronteras” —pensaba Kan.

Tomaron un taxi que les condujo hasta la clínica de la doctora Temple. El vehículo, un viejo *Lunokjod*, disponía de ventanas transparentes y ambiente artificial. Biel XVI y Barrachina se quitaron los cascos y disfrutaron del paisaje. Tras algunos túneles y vías de superficie, entraron en una cúpula mucho mayor y aparentemente en funcionamiento. Miles de personas y de vehículos discurrían por su interior en un entrañable caos. Volvieron a sentir lo que era el ruido. Pasaron delante de la delegación del gobierno de la Federación. Parecía una auténtica fortaleza. Soldados armados y cañoneras sobrevolando por todas partes.

El taxista presionaba su bocina con facilidad, como si se tratara de un valioso emblema freudiano, insultaba y discutía con los peatones o con otros conductores. Las peculiares ropas de los nativos, con un marcado gusto por las capuchas, las prendas holgadas y los tejidos de algodón metalizado, servían para recordar que sólo podían estar en la superficie lunar. Las construcciones se caracterizaban por el aprovechamiento de los recursos autóctonos como bloques de basaltos y gabros, la espuma férrica escaseaba. Altos edificios alternaban con barracas provisionales y tenderetes callejeros manchados de aceite frito donde se vendían verduras en conserva, botellas de oxígeno y equipos biotec. Era evidente que los servicios de limpieza no eran todo lo eficientes que se requería, pero a nadie parecía molestarle aquel tránsito de extraños animales carroñeros.

—Es una normalidad anormal —le decía Biel XVI a Barrachina señalando a todas partes. También había vegetación, pero no agrupada en los ordenados y pulcros

parques e invernaderos del anillo, sino creciendo desordenadamente, o agrupada en pequeños huertos.

—“Tal vez esto sea lo natural” —pensó Barrachina.

Después de una hora de viaje y cinco minutos de regateo, descendieron del taxi con los cascos espaciales bajo el brazo y observaron el edificio de destino. Nada. No había ninguna marca que lo identificara como una clínica. Solicitaron entrar hablando por un micrófono lleno de moho que languidecía junto al portón de acero gris. Biel XVI se identificó y solicitó ver a la doctora Temple. El interlocutor del otro lado desapareció. Kan tuvo que espantar a varios cuervos dentados albinos que se habían posado en su chasis.

Al cabo de unos minutos alguien volvió para abrir la puerta, acompañado de una mujer alta que vestía bata blanca con manchas de sangre. Parecía nerviosa. Se intentaba arreglar el pelo liso y moreno, abundante pero sintético, en un moño helicoidal. Tenía buen tipo aunque asomaban unas piernas tan musculosas como sospechosas. Sus pómulos, quirúrgicamente expandidos. Su boca, chillonamente maquillada lo mismo que el resto de la cara, balbuceaba sin coherencia.

—¿Por qué no has llamado?, no esperaba tu visita, si me hubieras avisado, ¿quiénes son tus amigos?, ¿ha pasado algo? —Luego se arrimó a Biel XVI, lo abrazó unos instantes y lo besó. El Canciller no pudo responder al abrazo porque tenía un brazo inútil como un péndulo y con el otro sujetaba su casco.

—Les presento a la doctora Shirley Temple —dijo Biel XVI—. Doctora, el coronel Barrachina y su robot.

Entraron en la clínica. Biel XVI y la doctora hablaban sin cesar. Parecía haber confianza entre ambos. Barrachina y Kan miraban con disimulo las instalaciones mientras caminaban por el vestíbulo. Laboratorios y salas de operaciones donde se combinaban tecnologías informáticas y médicas de última generación con sillas de peluquería y todo tipo de enseres cochambrosos supervivientes de mil reciclajes. Personas y animales aguardaban impacientes en las salas de espera. Varios enfermeros andaban de un lado a otro con órganos ensangrentados en las manos, o charlaban fumando mientras empujaban camillas donde los pacientes cabían a duras penas. Todos eran hombres. Todos parecían culturistas de cuerpo aceitado, inyectados hasta extremos ridículos de esteroides y anabolizantes. Entraron en un despacho.

—Disculpad todo este desorden. Si hubiera sabido de vuestra visita. —La doctora Temple se afanaba nerviosa por arreglar su aspecto a la vez que daba instrucciones a un auxiliar de clínica para que recogiera la ropa que había tendida sobre un radiador. Encima de la mesa coexistían peladuras de naranja junto a varios botes de maquillaje de marca con nombre francés— ¿Qué se os ofrece? —dijo por fin.

—Iremos al grano, Shirley —dijo Biel XVI con seriedad—. ¿Recuerdas mis sospechas? ¿Aquellos ataques psíquicos a los etéreos?

—Lo recuerdo, cariño. Pero nunca se pudo demostrar nada. El gobierno nunca lo admitió. Creía que ibas a ser juzgado por aquel incidente. ¿Has escapado?

—Estás en lo cierto, doctora, pero ese es otro asunto. Tenemos indicios de que alguien ha comenzado a manipular cabecitas naturales. Cerebros de verdad. Les están causando alucinaciones místicas, o algo así.

—¡Uy, uy! —interrumpió la doctora Temple— Eso suena a película de bajo presupuesto. Habría que comprobarlo.

—Hemos traído muestras de los cerebros alterados. Eres la mejor neuróloga del universo, Shirley. Necesitamos tu ayuda —Barrachina le acercó con respeto el *Tupper-Ware*.

La doctora Temple observó con agrado el recipiente que le mostraba Barrachina y aceptó de inmediato.

—De acuerdo —dijo—, vamos al laboratorio —llevaba demasiado tiempo dedicándose a implantar órganos de animales en enfermos, sería interesante volver a manejar neuronas humanas.

Accedieron a una sala con poca iluminación en la que las baldosas de loza parecían amplificar los pasos del grupo. La doctora Temple introdujo uno de los pastosos encéfalos en un tanque burbujeante repleto de un líquido viscoso azulado que apestaba a desinfectante y donde se movían varios órganos de diferentes tamaños. El otro lo guardó en una nevera.

—Lo primero es dar de comer al tejido nervioso —dijo la doctora, mientras desembalaba un instrumental inaudito sacado del fondo de un armario y ponía en marcha un ordenador de exploración aparatoso—. Si la muerte se produjo hace mucho tiempo, hay que revivir a las neuronas y al tejido glial.

—¿Qué piensa hacer, Doctora? —preguntó Barrachina. Kan se limitó a mirar lleno de curiosidad.

—Una vez que comprobemos que hay actividad metabólica le haremos un psicoanálisis. Vamos a someter a este cerebro a diversos estímulos electroquímicos. La actividad neuronal con la que responda, los pensamientos que genere si se prefiere, será registrada en el ordenador. Luego comprobaremos uno por uno los circuitos neuronales que se han disparado y podremos así comprobar si hay alguna patología. Es un trabajo largo y tedioso, cielo. Os recomiendo que deis un paseo, o que os relajéis un rato.

La doctora, ayudada de un voluminoso microscopio electrónico y de varios brazos robóticos, estaba clavando miles de agujas finísimas en puntos clave del cerebro revivido. Lo había convertido en una especie de erizo de mar. Cada aguja estaba conectada al ordenador y podía emitir señales eléctricas de entrada, o inyectar neurotransmisores y hormonas en dosis sinápticas. Cualquier actividad que se generara como respuesta, sería registrada en un PET. Biel XVI y Kan no se separaron

de la doctora. Barrachina dio varias vueltas por la clínica. Contempló por la ventana la actividad aparentemente estéril pero incansable de los indígenas, y las nubes de gases generados en los vehículos que ascendían hacia los filtros aspiradores situados muy por encima de los tejados, en la cara interna de la cúpula. Comió algo, incluso dio una cabezada en un asiento acolchado del laboratorio.

Tras cuatro horas de patrones de luces que aparecían, se movían y se apagaban en la pantalla del ordenador, dentro de la silueta virtual del cerebro, la doctora dio por finalizadas las entradas de información y recogida de datos. El ordenador se ocuparía después de analizar los circuitos nerviosos disparados.

—Ahora ya falta poco, cariño —le dijo con un susurro a Biel XVI. La Temple hacía las cosas con sosiego, como si todo formara parte de algún tipo de liturgia clínica. Mientras, en el ordenador se sucedían a velocidad endiablada millones de baterías de ceros y unos. Pensamientos y respuestas de aquel cerebro traducidas a lenguaje binario. El ordenador emitió un metálico “comprobación finalizada”.

—¡Ya está! —dijo la doctora. Biel XVI y Kan arrimaron sus cabezas hacia la pantalla. Barrachina continuaba dormido en un rincón.

—Vamos a ver, vamos a ver —canturreaba interesada la doctora Temple, en un acto final que equivaldría a una culminación de su ceremonia—. Todo bien en la región límbica, regiones sensoriales bien, zonas motoras sin problemas.

—Un momento —frunció el ceño operado—, hay problemas en las zonas de memoria. Esto no es natural. ¡Cielo santo! La región frontal es una jaula de grillos.

—¿Qué es un grillo, señor? —preguntó Kan al Canciller, pero comprendió que no era una pregunta oportuna. Entonces la doctora Temple emitió un alarido. Barrachina despertó sobresaltado.

—¡El lóbulo parietal izquierdo! —gritaba ella presa de un ataque de histeria— ¡El operador binario! ¿Quién ha hecho esto? ¿Quién...? —entonces perdió el conocimiento y cayó al suelo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Barrachina mientras se aproximaba a toda velocidad. Biel XVI y Kan intentaban reanimar a la doctora, que continuaba con su desmayo. Kan le dio dos pequeñas descargas eléctricas en el cuello, Biel XVI le enfocó un ventilador de chorro fresco a la cara. La doctora despertó un par de minutos después.

—¿Qué has visto, Shirley? ¿Qué tiene ese cerebro? —preguntaba Biel XVI.

—Esos maníacos hijos de puta —contestó jadeante la doctora— lo han conseguido.

—¿Qué? —preguntó con ansiedad el Canciller.

—Hace tiempo, fui gran maestro de la Orden de los Templarios —la doctora hablaba aterrorizada, agarrando la solapa de Barrachina, todavía tumbada en el suelo y con la cabeza acostada sobre el brazo operativo de Biel XVI—. Teníamos nuestras

universidades, nuestros propios institutos de investigación. Un día, un tipo que aseguraba representar a un consorcio formado por los principales líderes religiosos del planeta, nos entregó cien millones de dólares a cambio de indagar la forma de promover la religiosidad a nivel neuronal. Decían que sus iglesias no podían competir de forma tradicional contra el pecado. Cien millones son cien millones. La orden aceptó el desafío y comenzamos a investigar la base biológica de la religiosidad. Los fundamentos bioquímicos, las raíces moleculares de las creencias, ¿comprendéis? Luego cayó el meteorito, llegó la guerra y las religiones fueron desarticuladas. Pero esos tarados lo han logrado. Cielo santo, Canciller. Debemos detenerlos. ¡No fueron exterminados del todo! ¡Siguen actuando en algún lugar!

—Pero ¿qué es lo que hicieron a esos pobres diablos? ¿De qué arma disponen?

—Debéis disculparme —suspiró la doctora ya puesta en pie, mientras se frotaba aturdida la frente con una mano—, ha sido demasiado para mí. Imaginad que hubierais trabajado sobre un proyecto llamado “globo de aire caliente”, y un día os encontrarais una nave espacial. Eso es exactamente lo que acabo de experimentar.

—¿Qué han hecho, Shirley? —volvió a preguntar Biel XVI con impaciencia— ¿han encontrado la forma de manipular la voluntad de la gente?

—¿Manipular la voluntad?, ¡pobre ingenuo! ¡Esos engendros han conseguido la forma de convertirnos a todos en santos!

12 INTUICIÓN ARTIFICIAL.

—Es monstruoso, no puedo creerlo —decía con repugnancia la doctora Temple. El tiempo había transcurrido con rapidez en el laboratorio, se habían relajado un poco. Incluso habían tomado un brebaje con lejano parecido al café. La doctora había dado instrucciones a sus empleados para no ser molestada. Estaban sentados en torno a un monitor en el que aparecían una y otra vez las comunicaciones anómalas entre las neuronas de aquel cerebro muerto.

—No andábamos descaminados entonces cuando llamábamos a nuestros ocultos amigos “los místicos” —dijo Barrachina.

—Pero yo creía que todo había acabado —contestó la doctora—, creí que con la destrucción de aquellos etéreos, el complot había sido desbaratado.

—Sí y no, Shirley —dijo Biel XVI— detuvimos un ataque que podía haber acabado con el anillo, pero no erradicamos el origen del mal. Creemos que en este tiempo se han ido perfeccionando hasta llegar a esto.

—La Federación debe hacer algo. Inmediatamente.

—¿La Federación? —protestó el Canciller— ¡No me hagas reír! Siguen sin admitir la existencia de los asaltos. Prefieren creer que son imaginaciones nuestras y seguir sacando brillo a sus insignias. La cuestión es ¿cómo lo hacen? Y ¿dónde están?

—No puedo adivinarlo, maldita sea —decía la doctora con preocupación—. Ésta es una obra demasiado delicada, demasiado compleja. No consigo imaginar la tecnología que han podido desarrollar en estas cuatro décadas.

—Doctora —intervino Barrachina apartando su taza del campo de visión—, antes nos ha dicho que usted colaboró en los inicios de una investigación que perseguía precisamente esto, ¿no?

—Eso fue hace mucho tiempo, coronel. Fui gran maestro de los Templarios, sí. Pero para mí sólo era folklore. Verás, la orden existía desde hacía mil quinientos años. En sus inicios los Templarios constituían una orden de monjes guerreros. Una especie de carniceros cristianos de la Europa medieval. Participaron en las cruzadas, fueron tutores de algún que otro monarca de la Corona de Aragón como Jaime I (por eso me caéis simpáticos, chicos).

—Siga, siga. Estoy muy intrigado —intervino Kan lleno de curiosidad—. ¿Qué ocurrió después?

—Sucedió que acumularon tanto poder que llegaron a ser una amenaza para la Iglesia y el Papa los ilegalizó. Sus miembros fueron exterminados y sus bienes incautados, pero la orden continuó existiendo como una sociedad secreta. Cuando yo me incorporé, los Templarios habían cocinado su venganza. Blanqueábamos dinero, ofrecíamos nuestra infraestructura para quien quisiera practicar investigaciones embarazosas y sobre todo organizábamos orgías y diversiones prohibidas para

grandes mandatarios a los que luego chantajeábamos. De este modo, siendo una especie de parque temático para gobernantes degenerados, acumulábamos poder. ¿Os gustaría saber a cuantos antepasados del Canciller conseguimos tener a nuestro servicio?

Biel XVI se miró las uñas con disimulo y Barrachina carraspeó.

—Para mí todo era sólo una forma de escalar puestos. Poder rápido y barato. Yo era una pobre trepa. O un pobre trepa, mejor dicho. Acepté aquel encargo sólo por dinero. Luego llegó la evacuación y todo terminó.

Barrachina intentaba calcular mentalmente la edad de la doctora Temple. La evacuación se había producido cuarenta años atrás, y para entonces ella o él era ya una brillante investigadora. ¡Condenación! Aquella saludable mujer era más vieja que el Big-Bang. Se habría sometido a docenas de tratamientos de reprocesamiento celular con telomerasa. Desde luego los bisturís obraban prodigios.

—Disculpe que insista, doctora. Cuál era la motivación que movía a los poderes religiosos en aquella época. ¿Qué beneficio podrían sacar en ver a la humanidad convertida en un montón de ovejas babeantes? —la doctora Temple guardó silencio unos instantes mientras se columpiaba con lentitud en su silla rotatoria. No sabía por donde empezar.

—¿Sabe lo que significa la palabra éxtasis, coronel?

—De un modo teórico, sí, doctora.

—Éxtasis significa literalmente “estar fuera de sí”. Es un estado irracional que ha sufrido mucha gente a lo largo de la historia humana. Un estado místico es un episodio en el que el individuo experimenta la sensación de salir del cuerpo y entrar en contacto con los dioses. Suele ir acompañado de otros fenómenos también extravagantes como las visiones, la aparición de estigmas y la pérdida del concepto de dualidad. Deja de tener sentido la orientación espacio-temporal y los afectados se funden en un todo con el exterior o con presuntas eternidades. Cuando esto sucede hoy en día, el sujeto es enviado de inmediato a un psiquiatra. Pero en el pasado remoto de la humanidad, los místicos eran considerados personas afortunadas, mensajeros del más allá.

—¿Usted lo cree?

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me toma, coronel? Los estados místicos tienen su origen en lesiones anatómicas o funcionales del lóbulo parietal izquierdo.

—¿El operador binario? —preguntó Kan mientras le parpadeaban los LED de las antenas a la espera de refuerzo positivo.

—Exacto, pequeño. En todas las religiones han existido personas que ansiaban alcanzar semejante estado mental. Han existido drogas o técnicas que les ayudaban, pero de un modo muy burdo. Esto es diferente. Es como comparar el zafio orden que existe en la arena de una duna movida por el viento con la delicada perfección de un

insecto volador. Lo han hecho a conciencia. El beneficio que puede buscar un líder religioso en convertir a la humanidad en un colectivo de místicos es obvio. Durante miles de años las religiones buscaron el control mental de los seres humanos mediante psicoterapia de masas. Ahora el proceso ha culminado. No tienen que predicar la palabra de ningún iluminado; bastará con intervenir en los cerebros de sus víctimas. Fieles a la fuerza. Me temo que forzarán a la Federación a satisfacer sus turbios deseos. O tal vez no se conformen con eso y simplemente deseen eliminar todo rastro de inteligencia racional.

Barrachina y Biel XVI se miraban preocupados. Sus enemigos eran más temibles y despreciables de lo que habían imaginado.

Hay más, coronel —continuó la doctora Temple—. Hay algo de venganza en todo esto. Tras la evacuación, la Federación destruyó todos los centros religiosos de la Tierra, ejecutó a sus líderes y prohibió las religiones.

—Como respuesta a los millones de asesinatos que acababan ellos de cometer en la superficie del planeta —respondió inmediatamente Barrachina.

—Cierto, pero ¿qué pasaría si alguno de ellos hubiera sobrevivido? ¿Cree que esa gente es de los que se resignan? No, coronel. Créame, han estado preparando meticulosamente su contraataque. Y no van a detenerse ante la armada federal. Su arma es mil veces más poderosa que una flota de guerra.

Se produjo un silencio de ascensor. Barrachina lo rompió por fin levantándose y metiendo las manos en los bolsillos.

—Estamos como al principio. No sabemos ni dónde están ni cuál es ese arma de la que disponen. Si descubriéramos el satélite donde están escondidos, yo podría con una pequeña flotilla...

Biel XVI, que había escuchado en silencio las explicaciones de la doctora Temple, decidió que había llegado el momento de contar sus últimas experiencias oníricas.

—Creo que debes hacer un nuevo psicoanálisis, Shirley.

—¿Al otro cerebro?

—No, doctora. Al mío. Creo que están intentando atacarme desde hace dos semanas —Biel XVI se pasó su única mano funcional por la cabeza, en un gesto híbrido entre cansancio y acicalamiento del escaso pelo. La otra seguía siendo chatarra colgante.

—¿A ti?

—¿A usted, señor Canciller?

—Así es. Desde hace días sufro en silencio pesadillas horribles. He probado con distintos generadores de ensueños pero el resultado siempre es el mismo. He optado por no dormir. Sospecho que de no ser por la placa cyb que me implantaste, mi operador binario sería un saco de mierda. Shirley, por favor. Mírame los sesos. Estoy

muy cansado.

La doctora Temple inició de inmediato los preparativos del reconocimiento. Esta vez las agujas serían clavadas en la cara y en el cráneo del Canciller. Biel XVI permanecería fuertemente sedado, pero consciente.

Kan, que ya había observado la primera de las exploraciones, daba vueltas de insecto aburrido por el laboratorio. Se detuvo frente a un ordenador, levantó la cabeza y preguntó:

—Disculpe, doctora. ¿Puedo...?

—Sí, sí —contestó la concentrada doctora—. Puedes utilizar el ordenador, siempre y cuando no toques nada referente a la clínica.

Kan jugó y venció varias partidas de ajedrez. Probó con otros juegos pero no le resultaron estimulantes. El ordenador era en realidad toda la mesa. Un Magefesa manufacturado en el anillo, representante de la fusión entre informática y mobiliario que tanto buscaban los transistores. El tablero era una pantalla holográfica que generaba imágenes en tres dimensiones dentro de una esfera virtual. Mientras el equipo médico bombardeaba con estímulos al cerebro del Canciller, Kan decidió no jugar más sino programar un juego nuevo en el ordenador. Se conectó a una de las terminales e inmediatamente sus pensamientos electrónicos se tradujeron en imágenes dentro del globo luminoso. Dibujó en la pantalla un atlético capitán de la armada federal cuya misión sería defender a la humanidad, acabando con los malvados místicos. Luego introdujo los datos de una flota de guerra. No, mejor sólo una nave de caza. El “capitán magnético” contra todo un enjambre de místicos disparando sus armas psíquicas. Sería más emocionante.

De cuando en cuando Kan levantaba la vista y se aseguraba de que no se perdía nada de interés. Ahora el tomógrafo estaba registrando las respuestas del lóbulo occipital del Canciller, las tripas de sus áreas visuales al descubierto. Continuó con la programación de su juego. Dibujó a un místico. Un tipo encorvado con el rostro oculto dentro de un hábito tenebroso. El ordenador no se lo permitía plasmar, pero lo imaginó maloliente y lleno de maldad. Lo armó con un grotesco cañón en el que escribió la palabra “*allucinator*”. Luego clonó al místico hasta que creó todo un ejército. Más tarde programó las reglas de su juego. Si el capitán magnético era destruido, perdía. Si toda la humanidad en sus satélites era alcanzada por las armas de los místicos, perdía. Sólo ganaba si todos y cada uno de los místicos eran eliminados por el héroe. Comenzó a jugar.

Al otro lado del laboratorio, el examen había concluido y la doctora Temple estaba extrayendo las agujas. Barrachina daba nerviosos paseos mientras el ordenador médico compilaba datos. Kan perdía una y otra vez partidas. Decidió facilitarse las cosas. Programó varios cientos de satélites nuevos para albergar a más humanidad y así dar tiempo al capitán magnético a destruir a los místicos. A éstos, escondidos en la

superficie de la Tierra, les costaría más tiempo acabar con los cerebros de los indefensos habitantes del anillo. La nave pilotada por Kan salía del anillo esquivando disparos, caía en picado hacia la superficie de la Tierra surcando la terrible atmósfera, y disparaba sus proyectiles contra los refugios de los místicos. Pero seguía perdiendo.

—No encuentro síntomas anormales —decía la doctora Temple mostrando las palmas de sus manos mientras revisaba los resultados—. Si has sido atacado, has salido indemne, Canciller —Biel XVI hablaba con dificultad por los sedantes, pero respondía sin problemas—. Los sueños, Shirley. Mírame los sueños.

—Tú no puedes soñar, cariño. Los ensueños los filtra tu placa.

—Entonces revisa la placa.

La Temple conectó al monitor el cable de la placa. Sabía que no sacaría nada en claro de aquello pero no deseaba dejar al Canciller con las ganas.

Kan, entre tanto, había perdido otra partida y abandonó el juego. Miró entonces la pantalla tridimensional. Los místicos habían ganado de nuevo y daban ridículos botes de victoria en la superficie de la Tierra mientras uno tras otro, los satélites del anillo estallaban, o caían a la atmósfera incendiándose. ¿Por qué había dibujado a los místicos en la superficie del planeta? De haberlos situado en un satélite o en un asteroide, el juego habría resultado más sencillo. ¿Por qué los había situado en la Tierra? Se volvió hacia la doctora Temple, que rastreaba minuciosamente la placa cyb del semiinconsciente Canciller.

—Disculpe, doctora Temple. ¿Qué es la intuición?

Barrachina miró disgustado al robot. Estaba claro que no deseaba nuevas interrupciones. Pero la doctora contestó.

—Las personas acostumbramos a llamar intuición a todas aquellas operaciones intelectuales que realizan nuestros cerebros al margen de la consciencia. Nuestra mente tiene acceso al resultado de la computación pero no al proceso, de modo que nos parece que una idea, simplemente, ha aparecido en nuestra cabeza. Recuerda que tan sólo el uno por ciento del cerebro humano está implicado en procesos conscientes, Kan. Ignoro si los robots tenéis intuiciones, si es eso a lo que te refieres.

Kan se volvió hacia su pantalla y observó de nuevo el globo azulado que representaba la Tierra. Continuó reflexionando. La doctora Temple mientras tanto había encontrado algo raro.

—Es extraño, pero según los archivos de tu placa, has estado conectado a la red informática del anillo coincidiendo con tus fases de sueño profundo. ¿Lo has hecho, cariño?

—¿Cómo voy a conectarme a la red si estoy dormido? No es posible.

—Tal vez olvidaste salir y luego te quedaste dormido.

—No es propio de mí, Shirley. Pero ¿qué importancia tiene eso?

—¡Cielo santo! —dijo Barrachina levantándose agitado de su asiento— Usted es

la única persona del anillo que puede conectarse a las redes sin necesidad de terminal ¿no?

Biel XVI contestó afirmativamente con un gesto sin comprender aún.

—¡Kan! —gritó Barrachina— ¿Se conectaban a la red los operarios de la granja?

Kan tardó unos segundos en reaccionar. Era él ahora quien no deseaba ser interrumpido.

—Desde luego, señor. Estaban todo el día enchufados a los navegadores además de consumir altas dosis de oxígeno mientras yo hacía todo el trabajo.

—¡Maldita sea!, ¡eso es! —repetía Barrachina con los puños apretados y dando vueltas nerviosamente— Utilizan las redes informáticas. Todo aquel que se sumerge está expuesto a los ataques. Sus malditas armas no son sino programas que se introducen en el cerebro del infonauta cuando éste recupera su mente de la red. Usted, señor Canciller, no necesita conectarse, su placa lo hace por usted. De modo que su implante sirve de barrera pero a la vez de coladero para los programas místicos. Por eso han intentado atacarle cuando se encontraba soñando. ¡Eso es!

—Pero, coronel —preguntó la doctora—, ¿cómo explica las anteriores agresiones a los etéreos?

—Los etéreos residen en la propia red. Siempre han estado allí, en Cybérica. Por eso fracasó el experimento de Octogenia Moissure. ¡Hay que avisar inmediatamente a los nuestros para que no se introduzcan bajo ningún concepto en la red!

—Coronel —dijo Biel XVI incorporándose en la camilla pero todavía con media cabeza atravesada por finísimas agujas—, si los ataques provienen de la red, los místicos deben estar conectados a ella en algún lugar. Ese lugar debe ser arrasado de inmediato.

—Disculpen, señores —interrumpió Kan—. Creo que debería decirles algo.

—¡Ahora no! —cortó de inmediato Barrachina.

El pequeño robot inclinó momentáneamente su cabeza. Era el equivalente a un encogimiento de hombros. Volvió sobre su mesa. Puesto que no querían escuchar sus palabras, debería hacer un esquema. Una imagen, ya se sabe. Buscó en la memoria del ordenador un atlas. Encontró uno, algo antiguo pero útil. Localizó un mapa del sistema Tierra-Luna, con el anillo orbitando alrededor del planeta. Amplió la imagen e inmediatamente creció delante de él un globo blanquecino que representaba la Tierra con un disco formado por miles de satélites artificiales y asteroides habitados que orbitaban lentamente a distintas velocidades lineales, de acuerdo con la distancia al planeta. Congeló la imagen en una posición al azar. Entonces buscó una hemeroteca. Localizó en la prensa todas las instalaciones que habían sido atacadas. Cybérica. La granja. El satélite del incidente. La prisión de Biel XVI. Todos y cada uno de los lugares que habían sido abordados por los místicos, o que había sospechas razonables de ello. Conforme iba localizando los objetivos, los marcaba en el mapa

de un color rojo chillón. Cuando hubo terminado, activó de nuevo la gravitación. Los cientos de puntos rojos ocupaban posiciones aleatorias, sin ningún orden aparente. El hecho de que los satélites en órbita baja giraran más rápido que los de órbita geoestacionaria dificultaba la visión del esquema. Bien, habría que intentar otra cosa.

—Perdonad que insista —decía la doctora Temple— pero ¿no creéis que tenemos pruebas suficientes como para alertar a las autoridades?

—Lo haremos, Shirley —contestaba Biel XVI—. Pero debemos estar preparados para contestar de inmediato si el gobierno no nos cree. ¿Qué propone, coronel?

—En mi opinión, señor Canciller, debemos diseñar un plan de rastreo. Sumergirnos en la red hasta localizar la entrada desde la que actúan los místicos. Paralelamente, habría que organizar una flota de asalto y atrapar algunos de ellos con vida. Necesitamos pruebas. No podemos caer de nuevo en otro error. No será difícil tomar el satélite de emisión al abordaje.

Kan introdujo en el ordenador una nueva variable. Decidió fijar cada punto rojo en la posición orbital que ocupaba en el momento de sufrir el ataque. En algunos casos faltaba información, pero serviría. Tras unos minutos de tedioso trabajo contempló el resultado. Los cerca de doscientos puntos rojos, ahora sí, estaban perfectamente ordenados. Dibujaban un gracioso arco. Un sector del círculo que componía el anillo con la Tierra en el centro. Pensó que era el momento de intervenir.

—Perdonen que les interrumpa de nuevo, señores. Creo que esto puede resultar de su interés —y arqueó su caparazón segmentado en un tic solemne.

Biel XVI, Barrachina y la doctora Temple se acercaron al dibujo que flotaba encima del Magefesa. Kan les explicó la pequeña investigación que había llevado a cabo y el resultado de la misma. Los tres humanos se habían quedado mudos como estatuas.

—Esto significa —concluyó el robot— que el único lugar del que han podido proceder los ataques es la superficie terrestre. Algún punto situado en el meridiano de Greenwich. Es la única franja desde la que un disparo imaginario alcanzaría a estos y sólo a estos satélites. Doctora Temple. Creo que tengo intuición —los LED de recompensa parpadearon con una intensidad inusual. De haber podido, Kan hubiera sonreído como una perra en celo.

Barrachina y Biel XVI balbuceaban excitados.

—La Tierra. Están en la Tierra. Nunca salieron de allí.

Luego aumentaron el tono de sus voces, dando pasitos nerviosos hasta gritar y dar botes de alegría, cogidos por los brazos.

—¡Atacan por medio de la red!, ¡y están en la Tierra!, ¡les tenemos!

Kan no acababa de comprender la reacción, pero al suponer que sería de buena educación simular aquella respuesta se unió a la pareja y el trío continuó botando un buen rato, hasta acabar agotados. Luego Biel XVI y la doctora Temple salieron de la

sala. Dijeron algo de que iban en busca de un mecánico que diera un repaso al cuerpo averiado del Canciller y Barrachina interrogó al robot durante un buen rato. El coronel se felicitaba una y otra vez por haber rescatado a Kan aquel día.

Habría pasado una hora. Barrachina dormía y el robot, al percibir excesivo retraso en la vuelta del Canciller, resolvió ir en su busca pero sin consultar antes con el coronel. Se sabía inteligente y con capacidad para empezar a tomar decisiones por su cuenta. Luego se oyeron gritos. Barrachina despertó asustado para ver a Kan entrar de nuevo en el laboratorio corriendo por el suelo como un ciempiés hidrófobo bajo un aguacero, y esconderse bajo el hueco de un fregadero plegado en posición de defensa. Al instante entraron la doctora Temple y el Canciller visiblemente contrariados. Ella vestía una bata de seda roja anudada en la cintura y el pelo revuelto en una especie de nido ingrávido. Biel XVI, era él sin duda. Su cabeza era la misma pero su cuerpo era otro. No estaba montado en el cochambroso cuerpo de aluminio, sino sobre otro mucho más grande y robusto, con una formidable musculatura artificial recubierta de brillante piel sintética rosada. Las articulaciones chirriaban un poco pero sin duda la nueva figura del Canciller era impresionante. Parecía un campeón de halterofilia de dos metros, cubierto tan sólo con un taparrabos imitación de piel de leopardo.

—¡Ha entrado sin llamar! —gritó Biel XVI— ¿Qué mira Barrachina? Es el cuerpo que me ponía cada vez que venía a la Luna. La doctora lo guarda aquí. Somos viejos amigos, se lo dije —luego señaló amenazante con el índice derecho—. Debería enseñar un poco de educación a su mascota, coronel —y la pareja salió del laboratorio dando un portazo.

“Mascota” pensaba Kan, todavía enrollado como una cochinilla de humedad. El Canciller tenía razón. Había tenido una reacción de mascota, salir corriendo y esconderse. Aquello no había resultado demasiado racional. Emergió de su agujero temblando y encontró a Barrachina erguido frente al fregadero con los puños apoyados en la cintura y cara de instructor malhumorado. Los labios apretados rara vez mentían. El robot aguantó el chaparrón con ocasionales temblores. Severas recriminaciones de humano, amenazas de castigo, solicitud de enmienda y rectificaciones futuras. Una bronca de manual de más de diez minutos. Kan se comprometió a no tomar decisiones sin previa consulta al coronel. Le dolió que Barrachina comparara su inteligencia con la de un tipo de disminuidos psíquicos, aptos para llevar a cabo cálculos intrincados pero incapaces de relacionarse socialmente. Pero lo que le dejó absolutamente descolocado fue la actitud final del humano quien, tras acabar con su perorata, se le acercó con leve sonrisa y brillo en los ojos apoyando las manos sobre las rodillas y le preguntó susurrante:

—“¿Qué estaban haciendo?”

13 ¿QUIÉN CUIDA DE LA SEGURIDAD DEL ESTADO?

“La amenaza que se cierne sobre la humanidad, sobre toda la humanidad, está confirmada. La Tierra no está vacía ni muerta. No del todo. Sabemos que los atentados psíquicos de los últimos meses, proceden de algún lugar de las proximidades del meridiano de Greenwich. Ignoramos su número y su localización exacta. Sobre la naturaleza de sus motivaciones sólo podemos hacer conjeturas, pero sus armas son reales. Se trata de programas víricos de carácter desconocido que introducen en las redes y en Cybérica, capaces de alterar el funcionamiento neuronal de cualquier ser humano, ya sea “etéreo” o de carne y hueso. Sabemos que se están perfeccionando. Todos estamos en peligro. Le sugiero señora presidenta que imponga cautelarmente a la ciudadanía una prohibición total de navegar por las redes. Debería también poner de inmediato en marcha un programa de rastreo hasta desenmascarar el software infectante. Por último, señora presidenta, dirija sus telescopios hacia la Tierra y disponga una armada atmosférica que permita borrar al enemigo de la faz de la Tierra. Atentamente.

Biel XVI. Canciller de Aragón.”

—Es increíble —dijo la presidenta del Consejo—, se fuga causando una masacre y se permite el lujo de continuar con su juego de guerra. ¿Ésta es toda la comunicación, almirante?

—Así es, señora presidenta —respondió la almirante Dawson—. Ha llegado vía Cybérica. La emisión puede haber salido de la Luna, pero no estamos seguros.

—¿Cómo se atreve semejante tullido a darme consejos? —sonreía la presidenta con gesto irónico a la vez que leía por tercera vez el comunicado— Oregón. Sigue viviendo su mundo de ilusiones.

—Aragón, señora presidenta —corrigió la almirante Dawson, que continuaba impasible puesta en pie frente a la presidenta N`Dongo, al lado de la mesa de feldespatos artificial del magnífico despacho presidencial en el satélite Olimpo, una ciudad espacial icosaédrica de varios miles de kilómetros cúbicos, símbolo del poderío tecnológico, político y económico de la Federación. Era la capital del anillo. Desde Olimpo, el senado y el gobierno federal dirigían los designios de la humanidad. Nada que sucediera entre la Luna y la Tierra pasaba desapercibido. Si la maquinaria burocrática del gobierno era como un calamar gigante de millones de tentáculos conectados a todos los asentamientos espaciales, la cabeza y los ojos, estaban indiscutiblemente situados en Olimpo. Al menos así debía de ser, pensaba la presidenta. Aquella ridícula rebelión estaba comenzando a irritarla.

—Luna —dijo—, ¿hay miembros de Arizona en la Luna, almirante?

—Ejem... Aragón, señora presidenta —corrigió de nuevo la almirante, que no abandonaba su postura de descanso militar—. Nuestros servicios de inteligencia lo niegan. Es poco probable que Biel XVI haya acudido a la Luna para reclutar activistas. Allí solamente podría encontrar mercenarios y no es posible que cuente con suficientes recursos económicos.

—Ya veo —prosiguió N'Dongo dejando el papel sobre la mesa—. Dígame almirante ¿hasta donde cree que puede llegar nuestro amigo? ¿Cuántos exciudadanos de Arabia habitan entre nosotros exactamente?

—“Aragón, señora presidenta”. En realidad, muy pocos. Aparte de los etéreos, apenas tres mil. De ellos, tan sólo un millar cuentan con alguna preparación militar. Es absolutamente imposible que estén planeando algún tipo de secesión.

—Pero tal vez preparen algún atentado. No sé, algo espectacular. Ya lo hicieron.

—Cierto señora presidenta, pero desde entonces no tienen acceso a ninguna instalación militar ni a ninguna nave armada. Fue parte del decreto de disolución de Aragón que usted firmó.

—Entonces Biel XVI y los suyos están definitivamente locos —concluyó la presidenta N'Dongo, recostándose en su asiento— Esto no tiene ninguna lógica.

La presidenta continuaba mirando distraída el papel. Tenía el gesto de alguien que ha tratado de resolver un crucigrama falso y se ha dado por vencido. La almirante Dawson por el contrario, guardaba en su cabeza otra hipótesis. No sabía cómo plantearla. Ni siquiera sabía si aquel era un buen momento pero decidió hablar. La ocasión debía ser igual de mala que cualquier otra.

—Disculpe, señora presidenta —habló por fin. Dos lámparas de cuarzo tintinearón cuando un crucero de la armada pasó muy cerca del flanco del satélite donde se encontraban. Parecía el Polidux. La estela de gases eyectores provocó sombras fantasmagóricas que recorrieron el mobiliario y las paredes del recinto, perdiéndose después en la nada.

—¿Sí? —contestó la presidenta N'Dongo, con la vista puesta en el ventanal donde relucían dos satélites de rotación rápida en cuarto menguante. Al no obtener respuesta giró su cara hacia la Dawson y preguntó de nuevo—. ¿Sí, almirante?

—Verá, señora presidenta... sé que encontrará esto un tanto descabellado, pero ¿qué sucedería si Biel XVI y los suyos estuvieran en lo cierto? Al menos en parte.

La presidenta no abrió la boca, pero sí y mucho los ojos. ¿Estaría también loca la persona que dirigía la escuadra de combate? ¿Tenía razón Biel XVI y sus araucanos? ¿Estaba toda la humanidad perdiendo la razón?

—Existen algunos indicios indiscutibles, señora presidenta —prosiguió la Dawson—, tales como el aumento de los trastornos psíquicos en todo el anillo. Trastornos colectivos e instantáneos, señora presidenta. Algo absolutamente anómalo. Yo misma lo estoy comprobando en mis tropas.

Dawson había abandonado su rígida postura y había comenzado a dar fugaces paseos por el amplio despacho de la presidencia.

—Del mismo modo, es indiscutible que algo sucede en Cybérica. Aquel experimento, su fracaso estuvo envuelto en un halo de sabotaje.

—¿A dónde quiere ir a parar, almirante? —interrumpió la presidenta, con gesto aburrido, acariciándose las innumerables trenzas que colmaban su cabellera y caían en sus hombros oscuros. La almirante Dawson aproximó su abundante cuerpo al escritorio de la N`Dongo y apoyó las manos con lentitud. Luego dijo con suavidad:

—No podemos demostrar que Biel XVI esté equivocado, señora presidenta.

—Tampoco él puede demostrar que no lo está —contestó la presidenta, con desprecio evidente.

—Señora presidenta, si realmente alguien siguiera viviendo en la superficie del planeta, no tendríamos ningún modo de averiguarlo. Nos hemos acostumbrado a la vida en el anillo de tal modo que hemos vuelto la espalda a la Tierra. Incluso yo dispongo apenas de un puñado de vehículos atmosféricos. Ninguno de ellos armado.

—Almirante, si hubiese alguien en la superficie, intentaría ponerse en contacto con nosotros, ¿no le parece?

—¿Y si no le interesase, señora presidenta? ¿Y si no le interesara la existencia de ninguno de nosotros?

—Esto es ridículo —respondió la presidenta, poniéndose en pie y caminando de forma refleja hacia un botiquín generosamente nutrido. Tragó algo y luego clavó los ojos en dos alfombras de fibra de palmito, un islote cálido en medio del frío metal—. ¿No cree que ya tenemos bastantes problemas como para alarmar a la ciudadanía con una fábula, almirante? Además creo que se olvida de los telescopios. Nunca han captado nada de allí abajo.

—Tal vez podrían vivir bajo Tierra. En zonas protegidas de la glaciación. Pero hay más, señora presidenta —Danielle Dawson se detuvo. Esta vez sabía que se la jugaba. La presidenta estaba empezando a enojarse—. ¿Qué ha sido de las últimas expediciones científicas a la superficie terrestre, señora presidenta? ¿No es cierto que todas han acabado en desastre? Biel XVI y los suyos ni siquiera conocen este dato. Usted sí.

—¿Qué insinúa, almirante?

—No insinúo, señora presidenta. Afirmando que tenemos un problema en la Tierra, y que el gobierno se tapa los ojos.

—¡Basta! ¡Está abusando de mi paciencia! ¡Ha sobrepasado el límite al que no podía ni debía llegar! Usted es una funcionaria, no una política. Otro atrevimiento como éste y le organizaré un consejo de guerra. Diríjase a sus naves y arreste de inmediato a Biel XVI y a todos los aralenses que encuentre.

—Aragoneses.

—Almirante, abandone mi despacho. Debo presidir el consejo de ministros y tengo demasiado trabajo. —Y se volvió otra vez hacia el mirador sin despedir a la Dawson, que estaba decepcionada consigo misma por no saber expresarse con diplomacia, pero sobre todo enojada. Muy enojada. Cuando la Almirante cerraba la puerta, sonó de nuevo la voz cantarina de la presidenta del Consejo.

—¡Ah, almirante!

—¿Sí?

—¿De cuantas naves atmosféricas ha dicho que disponemos?

—De cinco viejas lanzaderas, señora presidenta. ¿Por qué?

—Ordene a sus hombres que las armen. Hágalo extraoficialmente. Con discreción.

—A sus órdenes señora presidenta. —Y se marchó. Continuaba enfadada. Alguno de sus subalternos pagaría su estado de ánimo.

Biel XVI, Barrachina y Kan charlaban reunidos en un pequeño recinto privado de la clínica de la doctora Temple. Biel XVI se había hecho separar del cuerpo y tenía la cabeza, sólo la cabeza, bajo un horno adaptable de radiación ultravioleta. Había cosas a las que no había podido acostumbrarse, como el color blanco mortecino que tomaba su rostro al vivir en el espacio. Nada como un bronceado relajante para superar los efectos de una noche loca. Barrachina saboreaba un cuscús de pectinas aminadas servido en un vaso de precipitados. Kan preparaba la inyección semanal del Canciller a base de hormonas y enzimas.

—¿No cree que ha sido imprudente, señor Canciller?

—Era necesario, coronel. Además, el comunicado ha quedado solemne, nobiliario. Definitivamente digno de un estadista. Si en veinticuatro horas la Federación no toma medidas, iniciaremos nuestro propio plan. ¿Ha preparado ya un equipo de asalto?

—Cuento con lo mejor, excelencia. Ningún piloto de la armada federal sería capaz de conducir una nave a través de la atmósfera terrestre, y mucho menos dirigir un ataque con la gravedad del planeta. Sólo un auténtico campeón podría hacerlo.

—Bien, ¿de quién se trata? —preguntó Biel XVI intentando mirar hacia el coronel. El esfuerzo hizo que su cabeza se desequilibrara y rodara por la camilla. Kan la prendió con suavidad y la colocó de nuevo bajo la lámpara azulada.

—Hemos entrado en contacto con un grupo de navateros. Trabajan en regiones exteriores del Sistema Solar y acostumbran a maniobrar bajo condiciones gravitatorias extremas. Ya sabe, cazadores de cometas. Los agrupan en gigantescas balsas y los transportan hacia el anillo. Luego venden el agua por las colonias.

—¿Aragoneses?

—Por supuesto, señor Canciller. Están comandados por Donovan Fanlo. Aunque joven, un auténtico as. El mejor piloto espacial. Su grupo es también un auténtico

lujo. Sólo ellos pueden lograrlo.

—Excelente, coronel. Un grupo cohesionado y entusiasta. ¿Qué hay de la nave?

—Ese es nuestro principal problema. Existen muy pocos transbordadores aptos para atravesar los gases atmosféricos. He localizado la ubicación exacta de todos ellos. Se encuentran en instalaciones militares menos uno, que reposa en un astillero comercial. Nuestros hombres podrían secuestrarlo e incluso despistar a la policía, pero no a una flota de combate. Necesitamos ayuda. Un segundo grupo de asalto capaz de introducirse en el astillero, secuestrar la lanzadera, equiparla con armamento, y escoltarla hasta que se encuentre fuera del alcance de la armada federal. Francamente señor Canciller, no va a ser fácil encontrar a nadie tan entusiasta y tan suicida.

—Paciencia, coronel. Estamos en la Luna. No deben escasear los mercenarios. La doctora Temple nos ayudará a ponernos en contacto con algún pirata local. ¿Algo más?

—Sí, excelencia. No conocemos el punto exacto desde el que emiten los místicos. Nuestros navateros podrían bajar a la Tierra y buscar su localización, pero correrían el riesgo de ser descubiertos y destruidos. Los místicos pueden estar ocultos en cualquier lugar a lo largo de veinte mil kilómetros de meridiano cero. Por suerte, dentro de dos días llegará una fuerte tormenta solar. La idea es que se cuelen por el polo Norte, junto con la aurora boreal. Si los místicos disponen de radares o cualquier tecnología que funcione con ondas, estarán fuera de servicio mientras dure la lluvia de partículas. Pero eso sólo nos dará una ventaja inicial. Cuando nuestra nave se sitúe por debajo del círculo polar, el camuflaje de la aurora boreal se esfumará.

—Habrá que pensar en otra cosa, coronel.

—Disculpen, señores —interrumpió Kan.

—¿Qué quieres, muchacho?, ¿tienes alguna idea?

—En efecto, señor. Podríamos localizar el lugar de emisión de otro modo.

—¿Cuál? —preguntó Barrachina.

—Sabemos que emiten desde la Tierra, pero su señal se dirige directamente a las redes informáticas. El Canciller y yo podríamos buscar la señal desde dentro de la red. Rastrear cada palmo de Cybérica, desenmascarar los virus místicos y dirigir nuestras mentes digitales al punto de emisión. Después comunicaríamos al grupo de asalto el punto desde donde sale la señal.

—¿Navegar por la red hasta la Tierra? No, no. Es muy arriesgado, muchacho.

—Sospecho que no, señor. El cerebro del Canciller está protegido por su placa cyb. La doctora lo dijo. Cuando la proyección de la mente del Canciller volviera a su sitio, aún suponiendo que hubiese sido contaminada por un ataque místico, la placa filtraría el software y sólo permitiría regresar al cerebro la información no contaminada. Respecto a mí, señores. Creo que estoy a salvo. Me manejo bien dentro

de la red. Además, hay algo en mi cerebro artificial que resulta ser inmune a los ataques. Los robots estamos a salvo.

—¿Qué opina, señor Canciller? —preguntó Barrachina.

—La idea es buena.

—¿De acuerdo entonces, señores?

—¡De acuerdo!

En Olimpo mientras tanto, estaban a punto de dar comienzo las deliberaciones del consejo de ministros. Las naves oficiales habían ido llegando a lo largo de toda la mañana desde diferentes lugares del anillo. Podía celebrarse a través de videoconferencia pero a las autoridades les gustaba verse las caras. Era más popular. Los ministros charlaban distendidamente en torno a una mesa rectangular situada en la periferia del icosaedro. Los periodistas aguardaban. Entonces apareció la presidenta N`Dongo. Los ministros cambiaron sus descuidadas posturas, saludaron y se dispusieron a posar ante la prensa. La mayoría de los periodistas tenían insertadas las cámaras en los extremos de sus dedos, de modo que las sesiones fotográficas se limitaban a señalar con el dedo al consejo bajo diferentes perspectivas.

La presidenta contemplaba como sus ministros mostraban el aspecto habitual. Eran verdaderamente repulsivos. Eran inventarios vivos de operaciones de cirugía estética, operados una y mil veces por forenses aburridos. Decorados con injertos de piel de lujo para simular un aspecto juvenil y ataviados con decadentes trajes italianos. Caras sonrientes y tirantes estiradas hasta niveles cancerígenos. Pensaban que ella no se daba cuenta, pero los veía mostrar deliberadamente las marcas de sus ropajes o de sus objetos personales. Publicidad encubierta. Estaba absolutamente prohibido esponsorizar ministros pero aquellos pequeños guiños a la propaganda eran habitualmente tolerados.

¡Menudo gabinete! Era un gobierno de concentración. La extrema situación vivida por la humanidad en los primeros tiempos del anillo, había forzado la creación de un gobierno provisional en el que estuvieran representados todos los sectores y partidos políticos. La situación lo exigía. Pero el tiempo había pasado y las “circunstancias excepcionales” nunca caducaban. Las elecciones generales se habían ido sucediendo pero los gobiernos que se habían ido creando siempre eran de concentración. Aunque la Federación era formalmente una democracia y los ciudadanos pudieran elegir el menú, los jefes de cocina que lo preparaban eran siempre los mismos. Los ministros en realidad habían acabado representando a las principales corporaciones industriales, comerciales y financieras. Con el paso del tiempo, los consejos de ministros se habían transformado en consejos de administración, los plenos del senado en reuniones de delegados, las elecciones generales en juntas generales de accionistas y las mociones de censura en hostiles ofertas públicas de adquisición de acciones.

—Comenzaremos este consejo con la crisis abierta por la fuga de Biel XVI, señores —comenzó la N'Dongo.

—Perdone, señora presidenta —interrumpió el ministro de colonización con una sonrisa nerviosa—. Hoy tocaba comenzar con otro tema. Lo tengo apuntado en mi agenda, mire —y de sus manos cayó un pequeño artefacto electrónico que estalló en el suelo. El ministro, desesperado se llevó la mano a la sien e hizo un par de intentos temblorosos por recoger las piezas esparcidas.

—Se trata de un punto extraordinario —respondió la presidenta, luego apretó sus gruesos labios y miró hacia el techo grabado en relieves de bronce—. Y quítese la jeringuilla del cuello, los periodistas aún están aquí —pero el ministro no contestaba. Sólo lloriqueaba acurrucado en un rincón.

—Nuestros servicios de información —prosiguió la presidenta— disponen de indicios que prueban las sospechas de la existencia de actividad en la Tierra. La cuestión es ¿qué vamos a hacer? —Las últimas palabras fueron enterradas bajo un murmullo nervioso del consejo.

—Conozco bien esos informes, señora presidenta —replicó el ministro de seguridad—, y sé que sólo se trata de rumores. Opino que no debemos dejarnos despistar por cantos de sirena. El enemigo no está en la Tierra sino entre nosotros. Debemos cazar y juzgar de una vez a Biel XVI. Él es el causante de todos nuestros problemas. —El ministro de seguridad era propietario de todas las academias donde se formaban los agentes federales. Cada vez que corría el rumor de que se preparaban operaciones en la Tierra, bajaban las matrículas.

—Opino lo mismo, señora presidenta —dijo el ministro de información—. Debemos detener y juzgar cuanto antes a Biel XVI y los suyos.

—¿Quizá opina eso porque tiene vendida la exclusiva del juicio, señor ministro? —contestó la presidenta— ¿O por la imposibilidad de bajar a Tierra demasiadas cámaras de sus cadenas de cybervisión?

—Está usted extralimitándose, señora presidenta. Mis actividades empresariales no tienen nada que ver en esto —contestó el aludido subiendo y bajando por la pared. El ministro de información era un decapitado que contaba con un pequeño cuerpecillo aracnoide. Cuando se ponía nervioso tenía la manía de trepar por los muros.

—¿El resto del consejo tiene la misma opinión? —preguntó aburrida la presidenta — ¿Nadie opina que deberíamos buscar la causa de la epidemia de éxtasis que asola el anillo?

—Llevamos demasiado tiempo con este asunto —dijo la ministra de sanidad—, lo de la epidemia es una exageración. Detengamos al excanciller y veremos como la supuesta plaga remite. Él y los suyos han estado detrás de los atentados. Además, los nuevos fármacos han demostrado sobradamente ser eficaces. Propongo que la sanidad

pública asuma la generalización de los tratamientos necesarios para curar a los afectados. —Obviamente, la ministra de sanidad era representante de las compañías farmacéuticas. Incluso lucía un tatuaje en el cuello donde se podían contemplar algunos de sus anagramas.

—Y con respecto a Cybérica, ¿no creen que deberíamos impedir o al menos limitar el acceso de los ciudadanos a las redes, hasta que la banda de Biel XVI esté desmantelada?

—¿Se ha vuelto loca, señora presidenta? —interrumpió la titular de la cartera de comercio— ¿Es usted consciente del caos que supondría para las legítimas transacciones bancarias? Por no hablar de las pérdidas que sufriría la industria. Se vulnerarían los legítimos derechos de muchos ciudadanos.

—Entonces, señores ministros —concluyó la presidenta—, la respuesta que vamos a dar a esta crisis es sencilla. Ninguna.

Se produjo entonces un embarazoso silencio de miradas clavadas en la mesa. Tras unos instantes, el ministro de defensa dio un puñetazo en la mesa, se levantó con dificultad de obeso y habló en tono amenazador.

—Estáis todos ciegos. Sólo sois peleles en manos de las malditas compañías. La presidenta tiene razón. Debemos construir de inmediato una escuadra capaz de rastrear la Tierra palmo a palmo. Si el enemigo se quedó allí, ¿quién sabe las armas que han podido desarrollar en estos cuarenta años! Es absolutamente necesario entrenar un ejército capaz de...

—¿A quién cree que engaña, general? —interrumpió a gritos alguien— Conocemos de sobra sus intereses en las fábricas de armamento.

El ministro de defensa respondió insultando al que acababa de hablar. Todo el consejo, puesto en pie, se enzarzó en una dura disputa de todos contra todos en el que no faltaban intentos de agresión y alusiones a las familias.

—¡Si se ha de entrenar un nuevo ejército, exijo que a los reclutas se les obligue a estudiar un curso intensivo de humanidades! ¡Es vital para su formación que...! —chillaba el ministro de educación, rector de una universidad en la que no se había matriculado nadie en los últimos veinte años.

La presidenta, ajena ya a las deliberaciones del consejo, recibió una llamada de la almirante Dawson. Biel XVI había sido localizado.

14 NOCHE EN EL TUBO DE MOON TOWN.

En Moon Town, como en el resto de colonias lunares, unidades de tiempo tales como día, noche o semana, eran reliquias del pasado. Los ciclos naturales de luz y oscuridad duraban veintiocho días. Las cúpulas habían sido construidas con sólidos cristalinos que podían polarizarse para filtrar la radiación solar a voluntad. Sin embargo, los tiempos en los que se provocaban períodos de iluminación y oscuridad artificiales cada veinticuatro horas, habían pasado. Ninguna corporación municipal podía permitirse semejante gasto energético. La vida cotidiana transcurría como un no día y no noche permanentes. Los turnos de trabajo y descanso, las jornadas laborales y jornadas festivas se sucedían como los números que aparecen en un generador de cifras aleatorias. La mayor parte de la población había perdido ya la regulación hormonal de los ciclos circadianos y, aquellos que no se habían podido acostumbrar, habían pasado por las clínicas para someterse a las correspondientes manipulaciones neuroendocrinas en busca de un control voluntario de la secreción de melatonina y otras hormonas. Había médicos incluso que aseguraban disponer de tratamientos definitivos para perder la necesidad de dormir.

Sin embargo, los escasos lunares nacidos en la Tierra que aún sobrevivían como la doctora Temple, mostraban una folklórica propensión a utilizar los términos noche y día. Era tradicional. Biel XVI, Barrachina y la Temple habían tomado un taxi, un pequeño dirigible de helio para dirigirse al lugar donde se entrevistarían con alguien que podía prestarles ayuda. No iban a salir de la cúpula de Moon Town de modo que la doctora Temple pensó que un paseo aéreo sentaría bien a sus invitados. Durante el trayecto les iba explicando detalles y curiosidades de los edificios de mayor interés, pero Barrachina no podía prestar atención. El tráfico era tan caótico en los aires como en el suelo y estuvieron a punto de colisionar un par de veces con un helicóptero pilotado por unos adolescentes alcoholizados. El taxista tuvo que realizar disparos disuasorios al aire.

—Allí es —dijo la doctora. El Canciller y el coronel intentaban discriminar el lugar al que se refería. El taxi descendía con suavidad hacia una calle generosamente iluminada con neones de color— Hemos quedado en el Tubo. No me miréis así, chicos. Os voy a invitar a cenar.

Descendieron del vehículo dando un gracioso salto. Barrachina y Biel XVI no pudieron evitar rebotar varias veces y perder el equilibrio. Controlar el cuerpo en un sexto de g no es tarea que se aprenda de la noche a la mañana. Cruzaron una calle atestada de violentos mineros, prostitutas y turistas del anillo de esos que suben a la Luna para celebrar una despedida de soltero o una graduación universitaria y que se arrepienten el resto de la vida cuando vuelven a su satélite sin un riñón o sin las dos piernas.

Hicieron cola durante un rato en la puerta de un edificio cúbico construido a base de sillares de gabro y decorado con losetas plásticas que imitaban azulejos y ladrillos. En la parte superior había una estructura curva de cuatro vertientes simulando un tejado como los que había en la Tierra para proteger a las viviendas de la lluvia. Una pagoda. Un gran letrero luminoso que rezaba “Teatro chino de Manolita Chen”, se balanceaba por encima de sus cabezas amenazante. Los dos matones de la puerta saludaron afectuosamente a la doctora Temple permitiendo su entrada, luego miraron desconfiados el cuerpo mecánico de Biel XVI.

El local tenía un aspecto decadente y triste, olía a cerrado y a humedad de sótano. El constructor habría intentado reconstruir el ambiente de los teatros de siglos atrás. Zócalos acolchados en cuero rojo falso con chinchetas doradas, luces tenues que no salían de ningún lugar y fotografías dedicadas de estrellas absolutamente desconocidas colgadas por todas partes.

Entraron en el restaurante. Era un patio circular con mesas en el centro donde se servían comidas y varios pisos de palcos. El escenario estaba como a un metro y medio por encima del suelo del comedor y estaba jalonado por telones de terciopelo rojo y verde. A Barrachina le salieron lágrimas cuando miró la combinación de colores. Casi todas las mesas estaban ya ocupadas por ruidosos grupos que comían y bebían, o que fumaban de cachimbas metálicas burbujeantes, inundando todo el local de humo amarillento. Los camareros se movían de un lado a otro empujando sus bandejas de levitación magnética. Tomaron asiento en torno a una mesa circular adornada con flores de poliestireno descolorido y una pantalla cilíndrica transparente donde un contador retrocedía, faltaba poco para que empezara el espectáculo. En la mesa de al lado un minero tosió aparatosamente sangre y polvo de ilmenita, manchando el mantel de granate pegajoso. Luego maldijo a gritos el nombre de su empresa entre las risotadas de sus amigos.

Un camarero se acercó y saludó con una reverencia informando del menú. Brochetas de légamos bacterianos, turbinos encebollados y cultivos musculares. Tomarían también vino Von Neumann, ése que se extrae en ciclo continuo de tanques donde se cultivan levaduras biomecánicas que no precisan de azúcares para producir alcohol, ya que son capaces de metabolizar residuos plásticos.

—Damas y caballeros, bienvenidos al teatro chino de Manolita Chen —dijo un hombrecillo maquillado desde el escenario—. En breve dará comienzo el fabuloso espectáculo...

Mientras se levantaba el telón y salía el primer número en el que un robot contaba chistes groseros, se aproximó hasta la mesa el último de los comensales. El pirata al que esperaban. Barrachina estaba habituándose a las sorpresas de modo que fingió no inmutarse cuando un chimpancé saludó a la doctora Temple. Era bastante más grande de los que había visto en el aparcamiento, mediría casi un metro setenta centímetros,

conseguidos casi con toda seguridad gracias a tratamientos con hormona de crecimiento humana. Su frente estaba también más abultada que la un chimpancé silvestre, pero en cualquier caso la musculatura de su cuello era más gruesa y sus piernas más cortas y arqueadas que las del patrón humano. Su aspecto rudo no le impidió mostrarse educado en las maneras cuando tomó asiento y se interesó por cómo marchaba la doctora. Vestía un mono de malla morada protegido por una sólida coraza parda de cuero, seguramente guardaría algún arma en el interior. Los antebrazos estaban protegidos por llamativos brazaletes metálicos, en uno de los cuales había un equipo de transmisión.

—¿Estos son tus amigos, Shirley? —preguntó el chimpancé volviéndose hacia Biel XVI y Barrachina a la vez que ordenaba su abundante melena negra.

—Chicos, os presento al capitán Rufus Kabir —dijo la doctora, y se dieron todos la mano. Luego tomaron un sorbo de vino y se dispusieron a comer el primer plato mientras en el escenario dos malabaristas cómicos desenroscaban sus brazos y piernas, y jugaban a no aclararse con la propiedad de cada miembro.

—En primer lugar —dijo el chimpancé limpiándose la boca— debo decir que no acostumbro a trabajar para mariposas del anillo, no sois gente de fiar. Si he venido aquí para escucharos es como favor personal a la doctora Temple. Ya sabéis, ella es un poco la madre de todos nosotros, ella nos cultivó —y levantó su copa hacia la doctora, mostrando sus dientes en un gesto de sonrisa, sin poder evitar emitir un gruñido chillón. Barrachina y Biel XVI asintieron. El coronel comenzó a dar explicaciones precisas acerca de la causa de su visita a la Luna, de la naturaleza de las agresiones que estaba sufriendo el anillo, de los místicos. Pero Kabir interrumpió agitando la mano— Me importa poco tu Aragón y tu anillo, mariposa. Sólo dime qué quieres de mí.

Barrachina y Biel XVI se miraron. El chimpancé deseaba ir al grano.

—Muy bien —dijo Barrachina—, necesitamos que nos ayudéis a tomar un satélite de la Federación y que arméis una lanzadera atmosférica. Después la lanzadera debe dirigirse hacia la Tierra, precisaremos que la escoltéis hasta la exosfera. ¿Tenéis capacidad?

—¿Tenéis dinero? —replicó el simio sin apartar la vista del pincho de proteína unicelular verdosa que sostenía a escasos centímetros de su boca.

—Tendrás tu dinero —repuso Barrachina—, pero antes necesitamos garantías.

El pirata dejó el pincho en el plato, se limpió las manos con la servilleta y cogió la copa.

—Vayamos por partes —dijo— ¿qué queréis hacer en la Tierra? ¿Qué es lo que queréis joder allí?

—Necesitamos armamento suficiente como para volatilizarse una montaña lunar —dijo Biel XVI, quien aún no había probado bocado—. No podemos decirte más.

—Bueno —Kabir se encogió de hombros—, puedo instalar en vuestra lanzadera dos lanzatorpedos y unas cincuenta piezas. En el lote también habría varios láseres de largo alcance. Las piezas y el montaje os costarían medio millón.

—Parece razonable —dijo Barrachina frotándose la barbilla. Por el escenario había desfilado un grupo de *majorettes* y ahora había un trilero que pedía voluntarios entre el público. Disponía de un etéreo y tres diminutos cuerpos mecánicos. Con rápidos movimientos sobre los mandos de un teclado cyb, hacía que el etéreo cambiase a toda velocidad de una ubicación a otra. El juego consistía en que el espectador adivinara el robot donde había sido cargado. Cuando el voluntario señalaba un cuerpo, siempre era otro el que agitaba sus bracitos diciendo “estoy aquí, has fallado”. El público, ya bastante cargado de alcohol, gritaba y reía entusiasmado.

Sirvieron el segundo plato. En unas bandejas ardientes había varios palitos blanquecinos de periferia roja y aspecto blando y fibroso dispuestos radialmente en torno a una cebolla humeante.

—¿Qué es esto? —preguntó Barrachina.

—Turbinos —contestó la doctora Temple, hincándole el diente al primero de ellos —, auténtico pescado sano y nutritivo. —El coronel los miraba pero no podía identificar cabeza ni cola ni aletas, sólo varios cilindros de seis centímetros— Fue un experimento genético del ejército. Armas biológicas. Diseñaron un pez capaz de perforar blindajes de acero pero no resultó. Abandonaron el proyecto pero los animalitos sobrevivieron y ahora proliferan en los cráteres con agua de la Luna. Son muy voraces, los pescadores se juegan la vida con las redes, los venden a los restaurantes. ¡Oh, cuidado! —El aviso de la Temple había llegado demasiado tarde. El coronel había mordido uno de ellos justo por la mitad, emitiendo una mueca de dolor. Había mordido una pieza dura como el corindón. El chimpancé reía despectivamente— Has mordido la turbina, debía habértelo avisado, lo siento. Son pura carne tierna, pero tienen un órgano triturador de metal biogénico.

Barrachina escuchaba mientras miraba con atención aquellos tres anillos rotatorios dentados que sostenía entre sus dedos. No pudo evitar imaginarse a sí mismo buceando en un tanque de agua repleto de aquellos pequeños engendros entrando y saliendo de su cuerpo a velocidades subsónicas como diminutos torpedos taladradores.

—¿Tú no comes, monstruo? —preguntó el chimpancé a Biel XVI mirando sus extremidades y su torso articulado, por supuesto llevaba el cuerpo norcoreano— ¿no te hace falta?

El Canciller, visiblemente molesto, le explicó que habitualmente su alimentación consistía en inyecciones de monómeros orgánicos y sales minerales, pero también comía algo de vez en cuando para almacenarlo en una bolsa de colágeno elástico y mucinas situada en su pecho, en la que los alimentos eran fermentados por una

colonia de microorganismos y obtenía de este modo hidrógeno y metano para las pequeñas propulsiones que realizaba en gravedad cero. De cuando en cuando vaciaba la bolsa.

—Entonces cagas por la tetilla, ¿eh? —y el simio mostró de nuevo su poderosa dentadura con una risa, esta vez completamente irónica.

—¿Qué hay de la escolta? —Biel XVI cambió de tema tragándose su mala sangre — será un viaje corto pero intenso. Necesitamos naves ligeras y rápidas.

—¿Problemas con la policía orbital? —dijo el simio, apartándose de la boca con tranquilidad los pelos de la barba y la melena.

—Quizá incluso con el ejército. Tal vez con cazas o con algún destructor.

—Dispongo de una flotilla de biplazas armados, clase golondrino. Supongo que con nueve o diez de ellos bastarán. El armamento y la escolta os saldrán por un millón. La mitad por adelantado ¿dónde está la lanzadera?

—Eso lo sabrás en su momento. ¿Dónde está tu flota? —preguntó Barrachina, apartando con cuidado las brocas de un turbino.

—Primero el pago —el chimpancé sonrió—. ¿Cuándo será la operación?

—Todo debería estar a punto dentro de dos días. Después puede retrasarse uno o dos días más, depende.

—Necesito una semana —negó con la cabeza el simio.

—Es vital para nosotros actuar con rapidez. Tal vez pasado mañana sea demasiado tarde, capitán Kabir —el camarero retiró los restos del segundo plato y se alejó con su bandeja flotante.

—Entonces no hay trato —dijo tranquilamente el chimpancé, bebiendo otro trago de vino. Todos se miraron.

—Maldita sea —dijo Barrachina entre dientes a la vez que se volvía hacia el escenario. El presentador había anunciado que llegaba el momento cumbre del espectáculo. Tras un minuto de silencio, oscuridad y toses, los focos halógenos se avivaron e hizo aparición una vedette a la vez que sonaba la música. A Barrachina le produjo una mezcla de fascinación y repugnancia. La mujer que bailaba con dificultad sobre las tablas apolilladas vestía un corpiño de plástico con adornos de piedras preciosas de laboratorio, flecos y largas plumas de ave por todas partes incapaces de ocultar los potentes michelines. No eran los implantes siliconeados de la doctora Temple sino pura grasa animal. Adipocitos repletos de triglicéridos que vibraban y se proyectaban hacia el exterior, como queriendo dejar de vivir en aquel cuerpo con forma de elipsoide de dos ejes. Además estaba casi calva, su oxigenado pelo rubio pretendía disimularlo pero no lo conseguía, sobre todo al pasar bajo algún foco.

La mujer entonaba canciones en un idioma que Kabir no conocía, antiguo sin duda. Debía de tener un micrófono implantado quirúrgicamente en la faringe. Detrás

de ella languidecía una orquesta formada por tres anticuados robots que manejaban añejos instrumentos musicales analógicos.

A medida que las canciones se sucedían, el público, o una parte de él, comenzó a perder el respeto por la vedette. El público nativo permanecía indiferente, pero los turistas procedentes del anillo y también un nutrido grupo de marinos mercantes reían sin pudor y se burlaban de aquella pobre mujer, torcidos por las risas que les causaba. La actitud de aquel público hacía que Barrachina sintiera lástima. O la vedette no se enteraba de lo que sucedía a su alrededor o tras el espectáculo se cortaría las venas.

—¿No existe ninguna forma de acelerar los preparativos, Rufus? —preguntaba la doctora Temple al simio, mientras les servían el plato fuerte. Cultivos celulares de músculos de oveja prensados simulando auténticos filetes especiados. El sabor sugería los aromas de las flores del parque de un asteroide del que ninguno recordaba el nombre.

—Verás, Shirley —contestó el chimpancé, mirando como un grupito de la marina de guerra que estaría de permiso arrojaba trozos de comida al escenario entre gritos y vapores etílicos—. No puedo exigir imposibles a mis hombres. La prisa no es un buen negocio. En nuestro trabajo, un despiste y se acabó. ¡Púm!

“Negocio, negocio”, pensaba Barrachina para sí. ¿Es que no existía ni una sola persona en el universo que no se moviera por los sagrados dividendos?, ¿qué había sido de los ideales en la humanidad? Esperó unos instantes y deseó que el Canciller cerrara ofendido las negociaciones soltando alguna proclama solemne como “Aragón no es un negocio” o “nos hemos equivocado, creí que tratábamos con un caballero”. Pero no fue así.

—¿No existe nada que podamos ofrecer para acelerar la operación? Podría nombrarte consejero de algo en el futuro Aragón, o darte alguna concesión minera. Tus hombres serían el embrión de mi ejército —apuntó Biel XVI. El simio se llevó un bocado a los labios y miró al Canciller un buen rato sin contestar. Por fin estaban entendiéndose. Parecía que el pirata había encontrado alguien como él, alguien serio con quien se puede negociar de verdad.

El show continuaba entre una lluvia de objetos y ruidosas burlas de parte del público. La vedette continuaba impasible con sus canciones y sus ridículos bailes.

—Este espectáculo no me gusta —dijo Barrachina volviendo la vista a su plato—, es indignante.

—El espectáculo aún no ha comenzado, cielo —replicó la doctora Temple extrañada—. Mira, ni siquiera han entrado los de seguridad.

—Barrachina no sabe lo que es un espectáculo de lotería venérea, Shirley —interrumpió Biel XVI.

—¡Oh!, claro —se disculpó la doctora Temple—. Lo siento, lo he estropeado. Llevo tanto tiempo viviendo en la Luna que a veces olvido vuestras costumbres tan...

tan burguesas. ¡Mirad, ahora empieza!

Barrachina no entendía. Siguió a la vedette con los ojos ahora que había bajado del escenario dando un salto. Al tocar suelo, la grasa subcutánea osciló y se desplazó como un caótico frente de ondas sísmicas que recorriera un planeta de gelatina pura. Ella continuaba emitiendo tonadillas. Algo sobre una pulga, un parásito. Estaba recorriendo las mesas del público, que en su mayoría había terminado de cenar. Los nativos le daban la espalda, la ignoraban descaradamente. Los forasteros por el contrario se mofaban a gritos de la artista. Entonces, sin dejar su canción, se detuvo frente a uno de los marinos de la armada. Era uno de los que más había gritado y reído a carcajadas, atiborrado de alcohol. El recluta llevaba tatuada en un brazo la vieja bandera de los Estados Unidos y en el otro un águila calzada y un rifle con el símbolo de su unidad. Su carcajada se congeló cuando la vedette, en un abrir y cerrar de ojos, sacó una diminuta pistola de agujas de entre sus pechos y disparó un proyectil al cuello del marino. Barrachina se sobresaltó. Estuvo a punto de levantarse, pero la Temple y Biel XVI lo detuvieron.

El cuerpo del marinero había quedado inmóvil y rígido. Varios matones de seguridad encañonaban a los compañeros del recluta, impidiendo cualquier acción contra la artista, mientras ésta se aseguraba de que no sería necesaria una nueva dosis. Entonces la música cambió. La doctora Temple aclaró a sus invitados que la toxina era una versión atenuada de la causante del botulismo, extraída de bacterias *clostridium* transgénicas que se cultivaban allí mismo, en el teatro. Por un lado la toxina del local era de acción temporal; el marinero recuperaría la movilidad en diez horas. Por otro lado se agarrotaban y contraían los músculos pero no se caía en coma. El individuo seguía despierto para vivir todo el espectáculo.

La vedette se despojó de algunas ropas mientras comenzaba a modular algo diferente. Aquello era ópera. El sentimiento sugería *aria*, pero la tensión del acompañamiento orquestal apuntaba al *recitativo acompagnato*. Al mismo tiempo, rompió los pantalones acampanados blancos que vestía el marinero y comprobó la erección química del joven. La artista se montó encima de él y comenzó a fornicarlo a la vez que cantaba con un sentimiento inusitado y agitaba sus brazos como una auténtica diosa.

De lo más profundo de la garganta del marino inmovilizado salían algunos desesperados gruñidos de angustia. Sus compañeros, sin atreverse a mover un solo pelo por las armas de los gorilas del local, se limitaban a observar con los ojos como platos cómo aquel paquidermo gritón y pintarrajeado estaba violando al muchacho. Mientras los compases de música clásica se sucedían, la diva empezó a botar sobre el marino lentamente. Demostraba dominar a la perfección la endeble gravedad lunar. Subía y bajaba como un globo aerostático al que se le estuviera agotando la fuente de calor. Barrachina encontró algo artístico en todo aquello. El público atendía en

silencio absoluto. La artista daba botes cada vez más prolongados, llegando casi hasta el techo del teatro. Describía incluso graciosas volteretas en el aire sin dejar en ningún momento de cantar, y siempre, siempre, encestaba en el objetivo cuando caía sobre el cuerpo del recluta, que tenía la cara hinchada y roja de impotencia y de ira. Espumas blancas asomaban por entre sus dientes apretados como prensas hidráulicas. Barrachina miraba como los demás comensales murmuraban cosas como “sublime” o “soberbio”. El resto del público con cada pirueta, que ya eran dobles saltos mortales, musitaba “oooohhh”.

La diva entonó una nota hiperaguda final suspendida en el aire, coincidiendo con la eyaculación del marinero que salió despedida dibujando una prolongada parábola. Todo el público, puesto en pie, aplaudía entusiasmado. Las luces se encendieron. Los nativos arrojaban flores a la diva que se retiraba tras el telón ofreciendo solemnes reverencias. El marinero había recuperado parte de la movilidad de la cabeza y observaba su ensangrentado miembro emitiendo desesperados alaridos. Los matones agarraron su silla y se lo llevaron del local.

—El pobre diablo tendrá suerte si sólo se contagia de media docena de enfermedades de transmisión sexual —decía Biel XVI a Barrachina sin dejar de aplaudir con sus manos metálicas— ¡Bah!, él se lo ha buscado.

El capitán Rufus Kabir, que había permanecido callado durante la lotería venérea, se volvió hacia Biel XVI cuando volvieron a sentarse.

—Quizás haya algo que podría convencer a mis hombres de acelerar la operación, señores.

Todos le volvieron a prestar atención. Él sonrió, aproximó su cabeza al centro de la mesa y comenzó a explicarse.

—Verán señores, no es ningún secreto que estamos contentos con nuestra existencia, los chimpancés cargados por etéreos, me refiero. Al principio resultó un poco duro. Muchos nos deprimimos, pero nos hemos ido acostumbrando. A fin de cuentas aunque nuestra mente sea humana nuestro cuerpo es primate. Y el cuerpo manda mucho. Hormonas, ya sabéis —Rufus Kabir hizo una pausa para comer unos frutos secos. Movía los labios oblicuamente, masticando al estilo pánido, luego prosiguió:

—Desgraciadamente para nosotros, la Federación sólo nos instaló en cuerpos de sexo masculino por lo que andamos un poco escasos de damas. Hace un tiempo conseguimos tres hembras que robamos en el circo, pero no duraron mucho. Eran flojas.

—Un momento, un momento —interrumpió Barrachina alzando la mano y agitando la cabeza— ¿qué nos está proponiendo exactamente, capitán?

—Vosotros vivís en el anillo —el chimpancé plegó sus recios hombros—, allí hay laboratorios, reservas animales, zoológicos —masticó otro fruto seco, luego sonrió—.

Quiero veinte hembras de chimpancé. Cincuenta hembras y nos olvidamos del dinero.

—Basta —gritó Barrachina poniéndose en pie—. Esto es demasiado. Es indigno —Biel XVI lo miró con cara de asombro.

—Compréndalo, coronel —dijo—. El señor es un pirata —y Barrachina abandonó la mesa airadamente dirigiéndose a la salida del local. Se veía a sí mismo robando monas por todo el anillo. Biel XVI y el chimpancé continuaron con sus negociaciones. La negociación era la piedra angular de la dinastía de Biel XVI.

15 COMUNICACIONES Y AMENAZAS.

—Seré breve, señor Canciller —dijo Barrachina desde un rincón de Cybérica, oteando continuamente a derecha e izquierda—. Los guardias me están pisando los talones. Del tipo B, señor.

—Lo comprendo coronel. ¿Está todo listo? ¿Consiguió el apoyo necesario?

—Verá excelencia, me temo que nuestros ciudadanos no muestran todo el entusiasmo que sería deseable. El patriotismo parece amainar.

—¿Por qué lo dice, Barrachina?, ¿acaso están flaqueando las fuerzas de nuestros aragoneses?

—Precisamente, excelencia. Para el rastreo de la red apenas cuento con una docena de entusiastas etéreos, pero la gran mayoría de los nuestros muestran serias reticencias. ¡Cómo se me han reído! Kan será probablemente nuestra única ayuda en el reconocimiento.

—¿Qué me dice del asalto al astillero, coronel? ¿También hay problemas con los nuestros en el mundo real?

—Pollos, excelencia. Exigen pollos. Dicen que no están dispuestos a jugarse el pellejo si no se reparte algo gratis.

—¡Condenación! —Biel XVI dio un sonoro puñetazo sobre la mesa de cerámica del despacho de la doctora Temple— Traidores, estoy rodeado de traidores. ¿Cómo voy a salvar a la humanidad si sólo puedo contar con un grupo de chimpancés piratas?

—Le comprendo, excelencia. Los navateros navegan hacia nosotros, ¿qué voy a decirles?

—El tiempo se acaba, coronel. Haga lo que considere necesario. Busque mercenarios, coaccione, torture, corrompa; pero por todos los dioses, consiga el personal necesario.

—Lo haré, señor Canciller. Le juro por mi honor que lo haré. ¿Ha habido por fin algún movimiento en el ejército? ¿Hay indicios de que la Federación ha tomado en serio el comunicado?

—Ninguno, coronel. Estamos más solos que una tenia.

—Si lo considerase oportuno excelencia, yo podría comunicar nuestros últimos hallazgos a las autoridades federales. Tengo un contacto en la armada.

—Lo sé coronel, estoy enterado de los “contactos” que mantiene con su contacto.

—Ejem, mi contacto es una persona influyente. Si consiguiera convencerla, tal vez todo esto no sería preciso. Si fuera la flota federal la que dirigiera el ataque contra los místicos, nosotros no correríamos riesgos innecesarios.

—De ninguna manera, coronel. Han despreciado nuestra ayuda, estoy muy molesto. No voy a permitir que escapen la gloria y el honor de haber salvado a la

especie humana. Y Aragón, coronel. Nos jugamos la supervivencia de nuestro amado Aragón. Debemos actuar con tacto.

—De acuerdo, excelencia. Continuaré con los preparativos.

—Así lo espero. Comenzaré a instruir a su robot en el acto. Nos mantendremos en contacto.

“Contacto”, “con tacto”, “en el acto”, aquellos sonidos siguieron sonando en la cabeza de Barrachina durante horas.

—¡Ah! —Kan no pudo evitar una desagradable sensación de vértigo cuando frente a él se materializó un hombre ataviado como un marino portugués del siglo XV. Calzas ajustadas, ancha camisa de lino y jubón de cuero. El hombre peinaba unos cabellos lacios ajustados sobre sus cejas y sus hombros—. ¿Es usted el señor Buscador?

—El mismo —contestó el hombre, jugueteando con un primitivo instrumento de navegación—. ¿Quién eres tú?, ¿qué eres tú?, ¿cómo has conseguido acceder a mi canal?

—Soy un robot propiedad de Montgomery Barrachina, señor. Él me ha proporcionado el código de la línea. Tengo un recado del coronel para usted, señor.

—¡Lo que faltaba!, ¡robots en Cybérica! Es una broma, ¿verdad, coronel? —el etéreo miró hacia los lados y hacia arriba— Vamos Barrachina, sal de una vez.

—El coronel Barrachina está muy ocupado en estos instantes, por ese motivo me ha encomendado que entrara en contacto con usted, señor Buscador.

—Verás, muchacho —el Buscador apoyó con desagrado sus puños sobre las caderas—, yo no trabajo con máquinas. No es nada personal. Dile a tu amo que le atenderé gustosamente en persona, pero no a sus juguetes. ¡Confirma el mensaje!

—Señor Buscador, no tiene necesidad de hablar conmigo como si lo hiciera con un ordenador, soy mucho más que eso, estoy dotado de consciencia. Y como le he dicho, soy el brazo derecho del coronel.

Antes de que Kan terminara la última frase, el Buscador no pudo evitar soltar una ronca carcajada. Luego se sacudió nuevamente los cabellos y se dirigió a la mente digital del robot con una ceremoniosa reverencia.

—Le pido mil disculpas, excelencia. No había advertido que estuviese ante una inteligencia artificial. ¡Vaya, vaya! El bueno del coronel está peor de lo que yo pensaba.

—¿Por qué dice eso, señor? —preguntó Kan. Los gestos grandilocuentes y teatrales del etéreo comenzaban a desagradarle.

—Porque no creo en robots inteligentes. No me lo trago. Si el coronel lo hace, entonces necesita urgentemente ayuda.

Los dos callaron durante un rato. El Buscador con su sonrisa irónica y Kan con su inexpresiva imagen lisa y ficticia.

—¿Qué puedo hacer para demostrarle mis aptitudes, señor? —dijo por fin éste— He pasado las pruebas Turing, he resuelto algunos problemas por iniciativa propia, ¿qué puedo decirle? ¿Cómo se sentiría si alguien le dijese que no cree que una mente humana pueda ser copiada e impresa en soporte informático, señor?

El etéreo, observó unos instantes a Kan mientras a su alrededor se creaba una brisa marina, sonidos de gaviotas y crujir de madera de la cubierta de una nao.

—“La maquinita es hábil, después de todo” —pensaba. Luego contestó— Voy a contarte una historia, muchacho.

—Adelante, me encanta escuchar historias —mintió Kan.

—Verás, antes de que cayera el asteroide, conocí a un tipo peculiar. Era un enfermo, ¿cómo te lo explicaría? Era un genuino adicto al sexo, un condenado obseso sexual.

—Qué interesante, señor —mintió de nuevo Kan.

—¡No me interrumpas, máquina! —el Buscador agitó la mano con solemnidad— Como te decía, su vida orbitaba únicamente alrededor de la consumación de sus instintos. El cerebro de mi amigo era algo así como un mero sistema de navegación y localización de objetivos al servicio de sus glándulas. No era ningún zafio, no creas. Era educado, divertido y bien parecido. Y tenía éxito con las mujeres, ¡vaya si lo tenía! pero ¿sabes lo mejor de la historia?

—No, señor, ¿qué es?

—Que mi amigo no se limitaba a hablar continuamente de su miembro. Hacía más. Hablaba con su miembro. Charlaba con él. Le preguntaba por su estado de ánimo, por sus apetitos. Lo trataba ¿cómo te lo explicaría? no como a un órgano, sino como a un organismo. Como si se tratara de un ser vivo que conviviera con él en perfecta simbiosis. Naturalmente, todas las mujeres con las que iniciaba una relación, huían despavoridas cuando lo descubrían charlando cariñosamente con su falo.

—“No te preocupes” —le decía entonces— “esta no nos entiende, ya buscaremos a otra”.

—¿Qué sucedió con su amigo, señor? —en el océano imaginario sobre el que flotaban, dos navíos de velas latinas se balanceaban aburridamente.

—Pues sucedió que un día mi amigo se topó con una señorita que le siguió el juego, y no sólo no se fue espantada sino que comenzó a charlar con su colgante compañero. Imagínate la escena, la chica preguntándole al miembro si se encontraba bien, si le había gustado, si le apetecía descansar un rato. Desde aquel día mi amigo se convirtió en otra persona. Se volvió huraño y esquivo, y se entregó a una vida de abstinencia sexual ascética.

—¿Y?

—Y nada más. Voy a seguir el juego al bueno del coronel, muchacho. El coronel es mi amigo, yo soy la chica y tú eres su miembro. ¿Lo has comprendido?

—¿Eso quiere decir que me acepta como interlocutor?

—Eso significa que voy a hacer como si creyera en ti y en las historias del coronel. Tal vez así le entre un poco de lucidez y me deje en paz. ¿Cuál es el mensaje, muchacho?

Entre tanto el Canciller mantenía una conversación con su vástago.

—¿Es así como me contestas? ¿Eso es todo lo que vas a decirme, hijo mío? —el Canciller Biel XVI simulaba tristeza.

—¿Hijo mío? —respondió el delfín Biel XVII con una mezcla de asco y desprecio— Si tú tuvieras instinto de paternidad sería semejante al de una babosa. ¿Cuándo te mueres?, ¿cuándo vas a sacarme de aquí?

—Eres un muchachito muy maleducado —Biel XVI intentaba mostrar un tono severo pero cariñoso—. El confinamiento en ese asteroide es parte de tu educación, es imprescindible para la alta misión a la que te deberás encomendar algún día. Es duro, ya lo sé. Yo también pasé por ello, sé cómo te sientes hijo mío —Biel XVI mentía. A él nunca le habían mantenido aislado de niño, pero era consciente del hipertrofiado complejo de Edipo con el que crecían los clones. Al no poder colmar el amor hacia su madre, solían dar salida al odio hacia el padre con una saña desmesurada. El Canciller había matado a su padre y no quiso permitir que su hijo continuara la tradición de la estirpe, por lo que tras pagar oportunamente a la madre de alquiler, entregó su hijo clonado a un equipo de tutores y les encargó la educación del heredero. Biel XVII contaba ya con dieciséis años y nunca había salido del mugriento asteroide Tanatos, habitado mayoritariamente por leprosos desahuciados.

—¡Mientes, padre! —decía el delfín con rabia— ¡Siempre mientes! Sé que a ti nunca te encerraron. Me he informado ¿sabes? Y también estoy al corriente de tus dos muertes. Voy a pudrirme en esta asquerosa roca y tú seguirás reviviéndote una y otra vez. Aragón ya no existe, todo es una mentira.

—No me hables así, hijo mío —contestó el Canciller—, no puedes imaginar el calvario por el que estoy pasando. El único motivo por el que he prolongado mi existencia es para poderte legar un futuro próspero y estable. Pronto, muy pronto dirigirás la Cancillería pero antes debo dar el golpe definitivo.

—Me dijiste lo mismo la última vez que me llamaste, hace dos años —gruñía el joven Biel XVII aporreando en la pantalla la imagen de su padre gemelo—. No quiero nada tuyo, tan sólo que apartes de mí a estos tarados —dijo señalando a los tres hombres que murmuraban detrás de él y cuyas caras eran la imagen misma del retraso mental, con sonrisas de mueca alterada y miradas perdidas en el infinito. Moles de carne diseñadas para cumplir fielmente las órdenes de Biel XVI.

—Ellos te han educado, hijo mío. ¿Qué harías sin ellos?

—Si supiera cómo desprogramarlos montaría en el asteroide un casino ilegal y un negocio de prostitución. Sé cómo hacerlo, estuve a punto de lograrlo, pero estos tres

imbéciles mataron a mis socios. Ordénales que se marchen, te lo suplico padre, ordénaselo.

—Hijo mío, no puedo consentir que tu vida se trunque por locuras de adolescente. Los ciudadanos aragoneses te han encomendado la labor de dirigir sus destinos, ¡prepárate para ella!

—Pero yo no quiero dedicarme a la política —gruñía con furia el delfín—, si tienes influencia, consígueme un puesto de funcionario en alguna oficina periférica desde donde pueda controlar mis negocios. Quiero dedicarme al tráfico de influencias, a la gestión de comisiones ilegales. Sácame de aquí ¡por Dios!, sácame de aquí.

—Debo dejarte, hijo mío —Biel XVI observaba como la ira del joven Biel XVII había degenerado en un llanto amargo—. Algo muy importante está a punto de pasar. ¿Necesitas algo? ¿Puedo conseguirte algo que mitigue tu dolor?

—Sí, padre. Quiero que mandes dinero, mucho dinero para comprar drogas.

El Canciller se despidió y cortó la conversación. El muchacho prometía. Todavía debería ser pulido aquí y allá, pero mostraba ya esa inconfundible ambición tan necesaria para el cargo de Canciller. Sería un digno heredero.

Más comunicaciones surcaban el espacio.

—No puedo acelerar otra vez, coronel. Entiéndalo, si lo hago no dispondré de impulso para frenar cuando llegue a la Luna.

—Lo comprendo, Fanlo, pero es imprescindible que aparezca por aquí dentro de cuarenta y ocho horas. Puedo enviarle un remolcador y frenarles cuando se encuentren en la órbita lunar. Usted puede hacerlo —Barrachina aguardó de nuevo otros cuatro minutos. Dos para que el mensaje llegase hasta el convoy de Donovan Fanlo y otros dos para que la contestación llegase hasta la Luna. El equipo de Fanlo se encontraba a unos treinta y seis millones de Kilómetros, en algún lugar entre las órbitas de Marte y de la Tierra, cargado con las doce bolas de hielo capturadas en las regiones lejanas, en los cinturones Kuiper. La caza había sido buena. Doce cometas del tamaño de una catedral gótica eran un buen negocio en las colonias lunares, donde la inexistencia de sistemas eficaces de reciclado de agua hacía necesario un suministro externo permanente. La llegada de navatas era siempre una buena noticia en la Luna. Donovan Fanlo dirigía uno de los mejores grupos de navateros del sistema solar.

—Perderé agua, coronel. Los cometas están ya fundiéndose por la fricción con el viento solar. Otro impulso de aceleración y llegaremos secos a la Luna. ¿Me pagará el Canciller las pérdidas?, véalo usted mismo —Donovan Fanlo dirigió las cámaras hacia el exterior de la nave principal. La navata tenía la arquitectura de una noria medieval. Una nave propulsora situada en el centro, desde donde partían finas fibras de acero y fibrinas de insectos dispuestas radialmente para sujetar las moles de hielo

periféricas, que formaban un círculo a modo de rosario cerrado sobre sí mismo. La formación la completaban rígidas vigas que unían a los cometas entre sí y varios vehículos auxiliares que serpenteaban por el interior de la navata.

—Les envío por radio las características de mi tripulación, coronel. Corto.

—Muy bien, Fanlo. Haga lo que pueda, corto —Barrachina se volvió hacia la pantalla y revisó las fichas de los navateros que iban apareciendo en ella. Más que currículos, parecían un catálogo donde se mostraran las piezas que se fabricaban en alguna factoría. En cada una de ellas se mostraba una figura rotatoria tridimensional del sujeto y una lista de sus capacidades, aptitudes y modificaciones genéticas o cibernéticas. Barrachina sonreía y no pudo evitar acordarse de lo que le había dicho el Buscador acerca de la nueva humanidad y de la virtual desaparición del homo sapiens. Por lo visto, en las colonias lejanas del Sistema Solar se tenía un concepto mucho más permisivo de las alteraciones anatómicas y fisiológicas.

Entre la tripulación de Fanlo había un tal Francho Loctite que tenía un total de trescientos cincuenta implantes mecánicos y órganos artificiales, siendo tan viejo que no recordaba su edad. Era bueno pilotando pero su especialidad era la ingeniería cosmonáutica, habiendo diseñado y construido los vehículos de la navata con sobras de bajo coste. Una especie de chatarrero espacial. Dos gemelas clonadas, cuyos nombres eran Gavín 1 y Gavín 2, disponían de piel inteligente artificial. Sus cuerpos estaban recubiertos por ochenta mil gigas de memoria conectados a las terminaciones nerviosas subcutáneas, lo que les permitía una percepción fuera de lo común y unos reflejos once veces más rápidos y agudos que los de los humanos silvestres. Microcámaras, sensores de infrarrojos y ultrasonidos, y analizadores químicos repartidos por toda la superficie de sus pieles. Barrachina se preguntó por sus fragancias corporales. ¿Podrían quitarse aquellos pellejos o es que nunca se duchaban? Sus ojos, innecesarios ya, eran en realidad cámaras teledirigidas y autopropulsadas, capaces de abandonar las órbitas del cráneo y vigilar objetivos desde otras perspectivas. Las Gavín, eran las enigmáticas narices de la navata. Se decía que olían los cometas a distancia, más allá de cualquier búsqueda computable. La ficha de Unaware Gombau indicaba que vivía en simbiosis con un arsenal de microorganismos fotosintéticos que le proporcionaban todo el alimento y el oxígeno que necesitaba para estar vivo y a la vez reciclaban la urea y el dióxido de carbono que generaba. Un microecosistema autoabastecido que se hacía cargo de la navata en los periodos en los que sus compañeros hibernaban cuando escaseaban las provisiones. Disponía también de ADN de bacterias polares en sus cromosomas y resistía sin problemas temperaturas de menos cien grados. Nadie sabía muy bien cuándo estaba despierto y cuándo dormía. Barrachina dejó de leer, le producía mareo.

“Se ha detectado un nuevo brote del síndrome neurológico que está azotando al anillo durante las últimas semanas. En esta ocasión se han contabilizado cerca de

trescientos casos en el satélite Bongonu Gombe, la mitad de los cuales han muerto ya. Según fuentes del ministerio de sanidad, no hay motivo para la alarma porque la situación está siendo controlada. Aunque no se nos ha facilitado información acerca del agente transmisor de la enfermedad, las sospechas recaen nuevamente sobre el grupo terrorista liderado por Biel XVI, que a fecha de hoy continúa fugado de la justicia...”

El comisario apagó malhumorado el canal de noticias mientras observaba cómo sus agentes atendían las llamadas que colapsaban las comunicaciones de los servicios centrales de la policía, en Olimpo.

—Lo sé, señora. Sé que hay una epidemia, las autoridades han recomendado calma —decía uno de los agentes, conectado al receptor—. ¿Cómo quiere que le aclare si es normal que su hijo lleve siete días sin cagar?, soy agente de policía, no su pediatra.

—Esta llamada es para usted, señor —el comisario tomó el auricular de alfiler que le ofreció el subalterno.

—Al habla Krivoichuk —dijo secamente— ¿Cómo?, ¿robadas? ¿Me está diciendo que han desaparecido cuarenta y cinco chimpancés hembras de la reserva biológica de Nuevo Camerún?

16 LA CAPTURA DEL CANCELLER.

—Sobrevuela, Kan. Fota sobre aquel lugar y dime lo que ves —dijo la mente digital de Biel XVI. La proyección del robot ascendió sobre las figuras ficticias levantadas en aquel sector de Cybérica y describió varios círculos planeando como una cometa.

Alejandría —dijo—, estoy sobre la biblioteca.

—Conforme, muchacho —dijo Biel XVI— ahora explícame cómo lo has adivinado —Kan detuvo sus aleteos y fijó la mirada en el Canciller, luego volvió a mirar la planicie cubierta por construcciones de adobe, pequeños huertos, palmerales y algún que otro palacio de mármol y caliza.

—Lo cierto es que no lo sé, señor. Tal vez ha sido el faro, o el fuerte olor a sal. No puedo decirle más.

Era el séptimo lugar que Kan había identificado sin poseer información previa. Biel XVI estaba instruyendo al robot para que pudiera trascender a las imágenes virtuales de la red y conseguir visualizar la estructura física que se escondía tras ella. Pretendía que Kan adquiriera la capacidad de navegar en visión hardware. Si los místicos habían instalado algún software permanente en Cybérica, dos observadores *hard* serían capaces de dar con él antes o después. El Canciller lo hacía gracias a la sutil amplificación neural que le proporcionaba la placa cyb. Estaba bastante claro que los humanos silvestres como Barrachina eran absolutamente incapaces, lo mismo que los etéreos. Ellos eran los protagonistas del mundo que era Cybérica pero carecían de posibilidades de trascender. Un puñado de información no puede observarse a sí misma. Biel XVI tenía la esperanza de que la mente artificial de Kan poseyera, oculto en algún lugar, el don de ver el soporte mismo de la red. Ahora la instrucción parecía propiciar algunos avances.

—No ha sido nada de lo que estás viendo —dijo el Canciller acercándose—, lo sabes, Kan. Has percibido algo pero no puedes explicar el qué. Tu cerebro ha llevado a cabo una operación en la trastienda. Consciencia, Kan. Se trata de que amplíes tu consciencia. El programa que genera esta realidad posee un código donde aparece la palabra “Alejandría” pero que no figura en las propias imágenes. ¡Concéntrate!, busca el lugar en el que has percibido el concepto e intenta colarte en él. Inyéctate en ese sitio, trata de abrirte paso tras las cosas que están ante tus ojos.

El cuerpo material del robot, conectado a la terminal de la clínica, agitó sus antenas. Su cabeza metálica oscilaba suavemente como un péndulo con sus espines al borde de la ebullición, intentando alcanzar un estado mental deseado pero nunca experimentado. Su proyección virtual permanecía inmóvil. Las imágenes que lo envolvían empezaron a vibrar a intervalos regulares como las contracciones de una parturienta. La Alejandría del siglo I parecía sufrir un fracaso generalizado. Algunos

edificios se balanceaban como las llamas de una hoguera vistas en cámara lenta. Cuatro galerías ancladas en el puerto desaparecieron y el faro emitió un chorro de luz magenta. En el horizonte ya no brillaba el rojizo sol de poniente sino una galaxia espiral sobre un fondo negro.

—¡Lo estás haciendo, Kan! —gritaba excitado el Canciller— Dóblala, deforma la realidad y mira detrás del telón.

Entonces las fuerzas del robot llegaron al límite y se desplomó. La Alejandría clásica recobró su falso esplendor. Biel XVI se acercó al robot y lo tranquilizó un poco.

—Lo has hecho muy bien. Descansaremos un rato y luego volveremos al entrenamiento.

—Tengo dudas, señor —dijo el robot siguiendo el recorrido de una bandada de cormoranes— no sé si voy a ser capaz de... Pero ¿qué?

Fue en ese instante cuando la imagen del Canciller se desvaneció. Kan se alarmó, miró a su alrededor y salió de la red. Cuando su mente aterrizó en el cerebro manufacturado y antes de que le diera tiempo a desconectarse de los cables que lo habían mantenido acoplado al navegador, oyó el ruido. Gritos de alarma y de tensión, voces amenazantes que salían de todas partes de la planta baja de la clínica. Disparos, ráfagas agudas y explosiones de pequeña magnitud que provocaban temblores leves en las paredes y el mobiliario del laboratorio. Algunos frascos cayeron y estallaron en el suelo, desperdigando líquidos densos y órganos en cultivo. Salió al pasillo, casi lo derriban dos enfermeros que huían a toda velocidad hacia alguna parte. Una luz que provenía de las ventanas le hizo cerrar los diafragmas de sus dos cámaras. Dos planeadoras del ejército estaban patrullando alrededor de la clínica de la doctora Temple. Kan sintió pánico. El pánico lógico del que ha sido descubierto y va a ser detenido o despedazado por una unidad de fuerzas especiales de la armada.

Recobró su instinto de supervivencia y se introdujo en una de las habitaciones de la planta. Buscó algo en todas direcciones mientras oía el creciente crepitar de varias decenas de botas militares que subían por la escalera. A falta de algo mejor, rompió la sábana de una cama en varios trozos rectangulares, luego derramó el agua de una botella sobre los muebles de la habitación. Cuando dos hombres uniformados y armados se asomaron amenazantes por la puerta, encontraron al pequeño robot frotando maquinalmente una de las estanterías con el trapo improvisado. Fingió durante minutos eso que negaba siempre ser, una máquina inconsciente programada para labores de limpieza. De cuando en cuando se asomaba disimuladamente por la ventana, viendo como el personal de la clínica salía esposado y zarandeado hacia un transporte de la flota. Unos treinta soldados enfundados en sus plateados trajes espaciales y fuertemente armados, formaban un pasillo humano que unía la puerta de la clínica con el vehículo. En una de las ocasiones pudo distinguir como la doctora

Temple era empujada y al Canciller con su cuerpo inerte, seguramente bajo los efectos de correas magnéticas y con espanto en la cara mientras lo acarreaban algunos hombres de uniforme. Luego las tres naves despegaron y desaparecieron en el horizonte de la cúpula. Una operación rápida y limpia. El Canciller había sido localizado y detenido en menos de diez minutos.

Pasó un buen rato antes de que Kan se atreviera a salir de su refugio. Por suerte, el coronel Barrachina no estaba en aquel momento, lo buscaría y se pondría de nuevo a sus órdenes. El interior de la clínica había quedado destrozado y en silencio, algunas manchas de sangre por las paredes eran testigos del asalto. Pensó que tendría que buscar un lugar seguro desde donde navegar por la red y encontrar al coronel. Cuando caminaba en dirección a la puerta del edificio, sorteando escombros y casquillos humeantes, oyó gritos desde los quirófanos. Se volvió hacia ellos con ligeros temblores en sus extremidades de artrópodo. Las voces subieron en intensidad y en número. Eran los gritos desgarradores que salían de dos mesas de operaciones, donde dos hombres a medio operar habían despertado de su anestesia. Los cirujanos habían sido detenidos y ahora ellos estaban allí, tumbados con el vientre abierto, con bandejas llenas de vísceras a su alrededor y charcos de sangre que nadie drenaba ya. Kan sintió lástima por ellos pero concluyó que no podía hacer nada por sus vidas. Les suministró dos enormes dosis de sedantes hasta que a los pobres diablos se les cayó la cabeza, con los ojos en blanco. Dormirían hasta que murieran definitivamente. El robot sintió ira. Ira primaria contra toda esa violencia y contra todas las muertes inútiles que estaban produciéndose. Lleno de furia, golpeó una papelerera de la que salieron despedidas varias gasas mugrientas.

Barrachina había regresado a la clínica justo a tiempo para contemplar desde la plaza como el transporte federal despegaba y era escoltado por dos planeadoras armadas hasta las escotillas exteriores de la cúpula de Moon Town. Se llevaban al Canciller al anillo, y una vez en el espacio, ya nada podría hacer por él. Barrachina había permanecido oculto entre la muchedumbre de curiosos y concluyó que los acontecimientos se habían precipitado. Tarde o temprano el Canciller confesaría los preparativos de la operación delatando a todos los protagonistas de la misma. Los militares podían ser altamente persuasivos. Salió a buen paso en dirección a la nave. Pensó que tomar un taxi sería arriesgado, a estas horas su rostro ya figuraría en las listas de búsqueda y captura de la Federación. Caminaría hacia una de las estaciones laterales de la colonia y allí tomaría un tren.

Anduvo durante hora y media por las angostas barriadas de Moon Town, preferiblemente por las calles más estrechas y solitarias, sorteando continuamente cubos de basura repletos de desperdicios y carroñeros mutantes que merodeaban figones. Las escombreras de las fábricas parecían estar infestadas de ratas aulladoras y palomas de garras afiladas como puñales. El miedo crecía. Portaba su vetusto

deflater y llegó a desenfundarlo en un par de ocasiones. Conforme se aproximaba al extremo de la cúpula, allí donde el vidrio protector estaba situado a pocos metros del suelo, las ruinas ganaban terreno a las edificaciones operativas y los agricultores que cultivaban improvisadas granjas le miraban con desconfianza.

Barrachina escuchó un murmullo de motores y se precipitó al interior de un campo de maíz. El ruido crecía y sus manos temblaban sujetando con fuerza la pistola, con el cuerpo acurrucado en posición fetal. Una planeadora estaba suspendida en el aire a corta distancia. El corazón como un Geiger en una mina de uranio. Unos segundos interminables y la planeadora se alejó. Se arrastró por entre las cañas de cereal hasta el lindero de la finca. La estación de ferrocarriles no estaba lejos. Los mosquitos lo estaban comiendo vivo. Aquella era la franja más tropical de la colonia. Toda la humedad que se condensaba en la cúpula resbalaba hacia los bordes, creándose allí un microclima irrespirable y una densa vegetación de ribera.

Corrió. Corrió al borde de una ruina metabólica y alcanzó el edificio semiesférico de hormigón plastinado desde donde partían trenes hacia las otras cúpulas. Agotado, se arrodilló jadeante. Los nativos le miraban como buitres pacientes, con las caras ocultas bajo sus capuchas. Algunos reían. Imposible el autocontrol. Estaba poseído por el pánico y el cansancio de la gravedad lunar. Contó hasta cinco, palpó su pecho buscando el tacto tranquilizador de la pistola y se levantó frenético hacia una de las tiendas de la estación, donde se vendía desde comida hasta alcohol y armas. Necesitaba un traje presurizado y un equipo biotec. Envuelto en sudor frío negoció por señas con la dependienta, quien rechazaba una y otra vez el dinero del anillo. Tuvo que entregar el *deflater* a cambio de las provisiones. Mal negocio. Desprovisto de su arma estaba completamente indefenso. Inmediatamente abrió la caja negra zincada sobre la que había dibujada una doble espiral en amarillo biliar y buscó algo que aliviara su tensión. Hormonas antisueño, ampollas de oxígeno líquido, inhibidores del estrés, reguladores génicos y todo lo necesario para sobrevivir en la Luna. Comenzó a mascar un caramelo inhibidor de adrenalina. Finalmente consiguió tomar un tren y en el trayecto se puso el traje. Era tan ligero que de no ser por los comprimidos que había consumido ya, hubiera llorado.

Notó como el tren le escupía en la cúpula rota. Estaba totalmente desorientado pero protegido por la escafandra opaca. Al menos nadie le veía la cara. Los desguaces y los grupos de lunares se sucedían por la llanura como hechos fortuitos que le impedían recordar algún punto de referencia. Recorrió despistado algunos hangares y parkings hasta que alguien le tiró del brazo por detrás. El sobresalto le hizo dar un brinco en la dirección opuesta y la escasa gravedad le jugó una mala pasada, cayendo de espaldas y rebotando varias veces entre los bloques de basalto resquebrajados.

—Tranquilo humano, soy yo —dijo una figura deforme desde lo alto mostrándole la llave del *Intercooler*. Era un chimpancé. El chimpancé al que habían pagado por

guardar la nave.

—Suben dos, baja uno —intervino de nuevo el chimpancé sonriendo tras el vidrio del casco mientras Barrachina se incorporaba con dificultad—. Es la historia de siempre. Listillos, que sois unos listillos. La Luna no es lugar para mariposas del anillo.

—¿Dónde está mi nave? —preguntó Barrachina mientras aferraba la llave como un bote salvavidas.

—¿Qué os ha pasado?, tienes mal aspecto. ¿Demasiadas emociones, quizá? —y el chimpancé mostró de nuevo su amarilla y mugrienta dentadura, en una de esas risotadas que sólo los simios saben hacer.

—La nave —Barrachina insistió, aturdido por el aroma rancio de su propio sudor—, quiero irme inmediatamente.

—Tranquilo mariposa, está a buen recaudo, sígueme. Por cierto, te ha llamado varias veces por radio un tipo raro. Su voz parecía sintética.

—¿Kan? —Barrachina sintió de nuevo un hervidero de excitación— ¿Te ha dicho si estaba libre?

—Será mejor que lo compruebes tú mismo —habían llegado al *Intercooler* y en su interior las luminarias del receptor de radio parpadeaban testigos de una nueva llamada. Barrachina enchufó la antena de su traje espacial a la del vehículo y contestó inmediatamente.

—¿Me oye, señor?, ¿se encuentra a salvo, señor?

—Kan, muchacho. ¿Has escapado? ¿Dónde estás?

—Me camuflé, señor. No hay como parecer estúpido para salvar el pellejo. En este instante estoy en una cabina pública en el centro de Moon Town. ¿Cuáles son sus instrucciones?, ¿vamos a volver al anillo?

Barrachina estuvo a punto de contestar pero se detuvo. Aquella llamada no discurría a través de un canal confidencial. Tal vez Kan sí había caído en poder de la armada y estaban usando su sintetizador de voz u otro similar para localizarle a él.

—Kan, muchacho —dijo finalmente—, debo salir ahora mismo, pero tú te quedas.

—¿Quedarme, señor? ¿Qué voy a hacer en la Luna yo solo?

—¿Has localizado algo en la red?

—No, señor. Estaba intentando alcanzar la visión *hard* cuando arrestaron al Canciller.

—Pues hazlo de inmediato. Con visión *hard* o sin ella, encuentra al Buscador y rastrea cada palmo de la red con él y los suyos. Entraré en contacto contigo cada media hora.

—Pero señor, ¿desde qué navegador me conecto? No tengo dinero, coronel.

El coronel desenchufó la antena de su traje y se volvió hacia el guarda del

aparcamiento.

—Dime simio, ¿conoces al capitán Rufus Kabir?

—Por aquí a todo el mundo le suena ese nombre —el chimpancé alzó sus manos de largos dedos enguantados.

—Quiero decir si sabes dónde tiene su base —Barrachina contempló la expresión del simio y luego añadió— Sí, sí, te pagaré la información.

—Conozco el emplazamiento exacto, don misterio —y el coronel se acopló de nuevo a la radio de su nave.

—Dime Kan, ¿recuerdas dónde estacionamos nuestro vehículo cuando llegamos a la Luna?

—Por supuesto, señor. Mi memoria es buena.

En ese caso, acude a tal lugar inmediatamente. Quiero que localices al chimpancé que nos alquiló el aparcamiento y lo sigas. Te llevará junto al capitán Kabir. En su base podrás conectarte a la red y navegar.

—Comprendido, señor.

—El tiempo vuela, muchacho. Corto —el coronel entregó sus últimos billetes al simio y abrió la portezuela de la nave—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Si el robot viene acompañado, si olfateas policía, desaparece de inmediato. Si aparece solo, condúcelo hasta los piratas.

—Buen viaje —dijo el simio agitando el fajo de billetes—, ha sido un placer hacer negocios con usted, señor misterio. Vuelva de visita cuando lo desee.

Barrachina cerró la escotilla, se amarró al asiento del piloto, encendió los motores de ascenso, soltó lastre y se elevó grácilmente sobre la planicie destartalada. Mientras las cúpulas se hacían más y más pequeñas en la llanura del Mar de la Tranquilidad, tomó el último inhibidor de hormonas suprarrenales que quedaba en el bote y deseó con todas sus fuerzas no tener que volver nunca más a la Luna.

17 MUNDO HARDWARE.

—Y con ésta son ya dos vueltas completas al tablero. ¿Nos vamos a dormir? —el Buscador volvió su cuerpo hacia Kan y emitió una mueca de ironía y cansancio. Esta vez su aspecto era el de un superhéroe grotesco, con traje amarillo chillón ajustado, calzoncillos violetas a juego con las botas y una capa que ondulaba un viento imaginario. En su pecho había una insignia plateada con una gran letra *b* mayúscula. Diez horas llevaba ya rastreando junto a Kan las redes, incluida Cybérica. Diez horas persiguiendo a un fantasma que, o era terriblemente escurridizo, o sencillamente no existía.

—No lo comprendo —dijo Kan, sin prestar demasiada atención al Buscador—, en las últimas horas se han producido siete nuevos ataques. Todos ellos se conectaron sanos y volvieron con el cerebro hecho trizas —se volvió hacia el etéreo—. Están aquí, señor Buscador. Se esconden en algún lugar de la maldita red. Si por lo menos controlara la visión *hard* —y el robot intentó hacer desaparecer el pinar virtual dentro del que se habían detenido, haciendo tan sólo tintinear los árboles.

—A ver si lo entiendo, muchacho —dijo el etéreo limpiando el polvo de su traje refulgente—. Dices que en la Tierra se han escondido unos chiflados que han introducido por aquí un programa que convierte los cerebros en puré.

—Así es.

—Y que tal programa es invisible.

—Debe tener algún camuflaje, algún blindaje, sí.

—Entonces ¿para qué lo buscamos? No podemos ver lo que es invisible, ¿no?

“Pero es que está detrás” se decía Kan, “detrás de estas figuras, moviéndose por la red sin mostrarse en esta realidad. Atravesándola, cortándola en algún punto”. ¡Cómo deseaba tener el don del Canciller! Si por lo menos él estuviera aquí.

—¿Nos vamos ya?, ¿desistimos? —preguntaba el Buscador.

—Empezaremos otra vez. Desde el principio.

El capitán Kabir estaba a punto de cortar la comunicación y mandar a paseo definitivamente aquel negocio.

—Compréndalo, capitán —decía Barrachina con gesto casi suplicante—, el Canciller ha sido arrestado, en este momento estará siendo sometido a quién sabe qué clase de torturas. Más tarde o más pronto confesará todos los detalles de la operación. Debe poner su flota en órbita de inmediato.

—He tenido ya mucha paciencia contigo, Barrachina —hablaba el chimpancé por la pantalla del *Intercooler* donde se encontraba el coronel, vagando a la deriva por el anillo—. He acogido a su robot y lo tengo enchufado a la red aquí, en mi propio camarote. Ahora me pides que movilice a mis hombres sin siquiera haberse producido el primer pago, ¿me consideras un estúpido?

—Tengo a sus hembras, capitán. Se lo juro por la gran explosión, están a buen recaudo y le serán entregadas una encima de la otra. Pero el tiempo se ha acabado. Hay que actuar antes de que el Canciller nos delate.

El capitán Rufus Kabir giró trabajosamente la cabeza hasta encontrarse con la vista perdida de Kan, que sólo generaba pequeños movimientos reflejos; la cabeza llena de cables lo mantenían unido al navegador. El pirata había prometido a su tripulación que antes de salir hacia el anillo disfrutarían de una noche de permiso con las primeras veinte damas, y habían estado trabajando con un tesón y un entusiasmo desmesurado. El cráter de impacto cercano a Mar de la Serenidad donde los chimpancés tenían su base había sido engalanado, incluso habían botado lanchas de recreo en el lago. Le iba a ser muy difícil ahora obligarles a zarpar tan sólo con una promesa como paga. Se volvió pesadamente hacia la pantalla mostrando una mueca terrorífica que hizo que a Barrachina se le encogiera el escroto.

—Hombre del anillo —dijo— despegaremos ahora mismo. Pero como sea un engaño, como detecte el más mínimo olor a trampa, te juro que desearás ser alcanzado por las armas de los federales, porque si sales con vida, te buscaré, coceré a fuego lento uno por uno todos tus órganos y me los iré comiendo delante de tus propios ojos.

—Gracias capitán. Sabía que no me fallaría. Cuando estén en órbita les suministraré las coordenadas —Barrachina cortó la comunicación, y se desató los cinturones. Flotó en caída libre durante un rato por la cabina para relajarse. Todavía necesitaba hacer algunas llamadas.

La almirante Dawson abandonó el puente del crucero Kepler, que se encontraba anclado en un asteroide deshabitado pero con rotación estándar en las proximidades de la órbita lunar. Mientras bajaba las escaleras contemplaba cómo algunos hombres de los que gobernaban el sistema nervioso central de la nave de combate más poderosa de la flota federal, dirigían furtivas miradas hacia su frondoso trasero. El viejo instinto hablando. La situación se le antojó algebraica. El Kepler era un arma más mortífera que cualquier otra nave del anillo. Pero el crucero quedaba indefenso a veces porque la mitad de la tripulación descuidaba sus labores ante la visión de su trasero, de donde se deducía que su trasero era un arma más poderosa que cualquier nave de combate del anillo. La flota, el Kepler y su glorioso trasero cumplían la propiedad transitiva.

La Dawson se dirigió hacia las bodegas de popa acompañada por su jefe de seguridad, el temido Lavrenti Harsvik y por el comandante del Kepler.

—¿Ha soltado algo ya nuestro invitado? —preguntó caminando por el corredor principal.

—No almirante —contestó Harsvik—, Biel XVI es igual de duro que feo. ¿Van a tardar aún en entregarlo a las autoridades judiciales?

—No tenemos ninguna prisa, Lavrenti. Quiero verle personalmente, luego puede proceder a una cata neuronal, tiene mi permiso —Harsvik sonrió, el comandante del Kepler miró de reojo a la almirante. El crucero era espacioso, casi quinientos metros de eslora, por lo que el camino duró varios minutos. Todos los hombres que se cruzaban en las tripas de acero de la nave saludaban militarmente. Entraron en los calabozos del crucero y un oficial de guardia les condujo hasta la celda donde se encontraba Biel XVI. Se trataba de la suite de honor. Más que una celda, parecía un coqueto laboratorio diseñado para experimentar las más sofisticadas y perversas técnicas de interrogatorio y tortura. Todo un derroche de refinamiento y horror. La almirante penetró en la sala y se detuvo sonriendo frente al Canciller.

—¿Cómo se encuentra, excanciller? ¿Le está resultando el viaje agradable?

—Almirante Dawson, cuánto honor —es todo lo que pudo decir Biel XVI, derrotado por el cansancio de no haber dormido durante dos semanas y media. Ahora que los efectos de las drogas suministradas por la doctora Temple estaban desvaneciéndose, tenía que pelear de nuevo por mantenerse consciente—. ¿Le importaría rascarme la mejilla, almirante? No se qué me pasa pero no siento las extremidades.

La almirante, sin cambiar su postura de descanso militar, sonrió de nuevo hacia el Canciller con la dulzura de una cereza cultivada en estricnina. Le habían desenroscado de su cuerpo mecánico y lo habían colocado en un equipo de supervivencia básico para cabezas cortadas. Un depurador de circuitos cerrados de sangre y un depósito de nutrientes digeridos, rodeados por una cápsula de plomo cilíndrica de cincuenta por veinte. El Canciller ofrecía el aspecto de una ficha de ajedrez gigante dotada de cabeza viva. Entonces la almirante se aproximó lentamente hacia Biel XVI y comenzó a susurrarle en tono insinuante.

—Sea bueno conmigo, excanciller. No está colaborando con mis hombres y eso puede perjudicarle —la Dawson se quitó delicadamente los guantes y los arrojó sobre una banqueta. Harsvik y el comandante, desde la puerta, se miraron y luego continuaron contemplando la exhibición de la jefa suprema de la flota, que se había desabrochado dos botones de la guerrera verde y daba lentos paseos delante del inmovilizado Canciller—. Va a ser juzgado por el asesinato de ciento cincuenta policías en los disturbios que precedieron a su fuga —prosiguió— y sabe muy bien cuál será la pena, excanciller. Aunque como usted ha muerto ya dos veces, quién sabe. A lo mejor le está cogiendo el gusto.

—Estoy preparado para ello —respondió altivo Biel XVI, fingiendo no inmutarse ante los contoneos de la almirante, que se había sentado a escasa distancia de él, había cruzado las piernas y se abanicaba con la gorra suavemente.

—Le seré totalmente franca, excanciller. No tengo intención de torturarlo. Quiero que me diga cuál es el golpe que ha preparado y quiénes son sus cómplices.

—¿Por qué se lo tendría que decir, almirante?, si mi destino está ya escrito.

—Porque si no me lo dice ahora mismo, le someteré a una cata neuronal —la Dawson se había levantado, le había cogido la nuca con una mano y le dio un beso lento en una de las mejillas. Los dos oficiales tragaban saliva. Biel XVI, incapaz de moverse, sostenía una mueca que reflejaba la profunda enemistad que crecía en su interior hacia aquella mujer.

—Cata neuronal, excanciller. Obtendré la información igualmente pero usted sufrirá dolor, mucho dolor —La almirante, con los labios a pocos centímetros de los de Biel XVI, comenzó a pasarle la mano con exquisita finura por los escasos cabellos de la cabeza, que crecían en mechones aquí y allá entre las abundantes cicatrices y costuras—. Y al final de la cata su cerebro estará más muerto que un gel de sílice.

Biel XVI no podía evitar el enrojecimiento de su piel y un encolerizado temblor de mofletes. La Dawson le dio otro beso y luego le dedicó una generosa sonrisa de carmín. Incluso le guiñó un ojo. Entonces el Canciller no pudo más y estalló en un ataque de rabia.

—¡Perra!, ¡Perra!, ¡Perraaa! —aulló incontroladamente. La almirante se levantó y dio instrucciones a su jefe de seguridad para que pusieran en marcha la cata. Luego recogió los guantes y abandonó los calabozos, mientras Biel XVI continuaba zarandeando la cabeza poseído por la ira, despidiendo insultos y maldiciones.

La navata de Donovan Fanlo estaba decelerando próxima ya a la Luna. A lo lejos, la tripulación podía contemplar la Tierra como un pequeño semicírculo blanco atravesado en su plano ecuatorial por un haz de minúsculos puntos brillantes: el anillo.

—Debo descargar el hielo, coronel. Entiéndalo, vivo de esto. A mi cliente no le gustaría descubrir que ha pagado por nada. Además llevamos tres meses fuera de casa y a mi tripulación le conviene descansar un poco. Deme un día.

—Olvídese de su agua, Fanlo —Barrachina había orientado el telescopio del *Intercooler* hacia la navata y contemplaba cómo la noria giratoria caía en picado. Estaba impresionado por las dimensiones de los cometas que transportaba—. Déjela en el espacio a cargo de algunos de sus hombres y diríjase hacia mí con una chalupa. Traiga lo mejor de su tripulación y estén preparados para intervenir inmediatamente.

—Coronel, ¿qué hay en la Tierra?, ¿qué es exactamente?

—En unas horas tendrá todas las respuestas, Fanlo. Nos jugamos nuestra existencia y casi todo está en sus manos, navatero.

Fanlo cortó la comunicación y se volvió pesadamente hacia el puente en su silla robot. No dijo ni una palabra pero algunos de sus hombres comprendieron enseguida que se habían quedado sin vacaciones. Sus hormonas, la actividad eléctrica de su cerebro y su mismo gesto lo habían delatado. Cuando se dispone de sistemas auxiliares de percepción, las palabras sobran.

A Barrachina le restaba por hacer una última llamada. Una llamada múltiple a su gente de confianza. Los últimos hombres y mujeres que continuaban creyendo en esa cosa que un día había sido Aragón y en la figura de Biel XVI. Fueron contestando a la llamada hasta un total de veintisiete personas. Llamadas a esos comunicadores personales que se habían hecho implantar en sus oídos internos y de los que sólo Barrachina conocía el código de activación. Cuando los tuvo a todos a la escucha, no dio ninguna explicación ni se presentó. Sólo se acercó al micrófono y suspiró con suavidad:

—Ha llegado día. A las doce, hora internacional, tendrá lugar la rompida de la hora. Nos encontraremos en el puerto de Nueva Tasmania.

Veintisiete personas no esperaron ninguna palabra más. Veintisiete personas abandonaron sus trabajos, sus casas, sus familias y, acompañados de sus tambores y sus bombos, tomaron el primer transporte que les llevara a la cita.

—¿Cuántas vueltas llevamos ya? —gruñía el Buscador— He perdido la cuenta. Creo que me he cansado de hablar con el miembro del coronel.

Kan estaba lleno de cólera. Habían sido testigos de numerosos azotes místicos a lo largo del día sin localizar una fuente concreta desde donde hubieran podido partir los ataques.

—¿Hasta cuando vamos a seguir haciendo el ridículo?

En pocos minutos le llamaría de nuevo Barrachina y no tendría ningún resultado que ofrecerle.

—No hay ningún programa infectivo muchacho. La gente se avería y punto. Creo que se trata de una cuestión puramente estadística. Es como aquello ¿ves? árboles tropicales en medio de una estepa —el buscador señalaba dos cauís de sólidos contrafuertes—. No deberían estar aquí, es... es antiestético. El diseño mismo de Cybérica estuvo rodeado por un halo de chapuza. No me extraña que la gente de aquí sufra desperfectos.

Increíble. Los actores estaban siendo asesinados y aquel imbécil se preocupaba por el diseño del decorado. ¿Cómo era posible que un robot como él pudiera ser consciente de su existencia y a la vez su mente digital no serlo de lo que había a su alrededor cuando se sumergía en la red?

—Creo que deberías desistir, muchacho. Por tu expresión diría que vas a desmoronarte. No creo que los robots tengan demasiado espacio para la mala leche.

Si por lo menos aquel estúpido etéreo se hubiera callado, podría haber pensado con mayor claridad. Era eso. La creciente cólera cegaba sus razonamientos y su percepción. Las imágenes que lo rodeaban, la estepa y las colinas de techo plano, estaban palpitando y cambiaban de color. “Adelante”, se decía, “sigue hablando, majadero”.

—Voy a contarte la historia de una mujer que conocí durante la guerra. Verás, la

chica tenía un mayordomo mecánico que...

Otra de las absurdas historias con las que el Buscador pretendía mostrarle un camino a seguir. Unas pautas de comportamiento tan ridículas como su narrador. ¡Cómo deseaba despertar de aquella pesadilla! Añoró por unos instantes los días aburridos pero tranquilos de la granja. Se arrepintió de haber pedido a Barrachina que se lo llevara con él. Deseó estar desguazado en algún taller del anillo, cualquier cosa menos seguir oyendo aquellas palabras necias.

—¿Lo has comprendido?, ¿has comprendido lo que le sucedió al mayordomo?

No era una pesadilla, era peor. Era una anestesia que le impedía pensar con claridad. Sí, como la anestesia de la que despertaron aquellos dos hombres en la clínica de la doctora Temple, deseó despertar de su letargo aunque fuera para observarse a sí mismo con las tripas al aire y a punto de morir.

—¿Me estás escuchando?, ¡te ordeno que me respondas, robot!

Entonces Kan no pudo resistirlo más. Lleno de impotencia y de rabia golpeó el cuerpo virtual del Buscador.

—¿Por qué has hecho eso? —decía el etéreo, que había esquivado el golpe sin demasiado esfuerzo. Pero Kan ya no podía escuchar sus palabras. El golpe había abierto una brecha en la realidad virtual y vio por primera vez la inmensidad de una estructura cristalina infinita. El Buscador, que seguía hablando, era en realidad un patrón de electrones en trillones de átomos de hidrógeno, ocupando niveles energéticos fundamentales o excitados. Bits. Ceros y unos. Innumerables haces de láser golpeaban contra las partículas, haciéndolas cambiar de estado, tal vez simplemente recuperando la información que se guardaba en ellos. Todo sucedía mientras el etéreo hablaba o creía que hablaba. Quiso comunicarse con el Buscador para contarle su hallazgo pero le dio miedo salir de aquella visión y no recuperarla nunca más. Su propia mente digital era sólo un ovillo de información almacenado en aquel sector de superordenador cuántico. Miró a lo lejos. El paisaje, los etéreos, los guardias eran borrones luminosos que se desplazaban o que permanecían inmóviles por la malla cristalina, surcada por ráfagas incansables de electromagnetismo, por rayos de tormentas numéricas. Tuvo acceso a las salidas y entradas de aquel ordenador, por donde los etéreos iban y venían, y pudo divisar, más lejos todavía, los cristales sin final que eran otros depósitos de memoria, con horizontes labrados de resistencias, condensadores y procesadores moleculares. Volvió. Volvió a la visión *soft* y miró hacia el Buscador. Estaba rodeado de varios etéreos que se habían arremolinado en torno a él para contemplar el espectáculo de cómo un robot enloquecía.

—¿Estás ahí, muchacho? —le preguntaba el Buscador.

—¿Me regalarás sus despojos? —decía otro.

Kan hizo una seña con una de sus patas virtuales, indicando que seguía en

funcionamiento. Desde el cráter lunar donde tenía el cuerpo, un chimpancé armado daba vueltas a su alrededor, husmeando su organismo inmóvil con desconfianza, mientras desde la pista, quince golondrinos despegaben perdiéndose en el cielo lunar y varios niños híbridos corrían desde el lago, abandonando la pesca de turbinos para ver como la escotilla de la cúpula excretaba la escuadrilla.

Kan lo intentó de nuevo. Rasgó la realidad virtual por segunda vez y buceó en la malla del hardware. Apareció entonces ante sus ojos una nueva sorpresa. Estaba allí, en otro de los poliedros de hidrógeno. Una masa fofa y gigante de oscuridad a grumos desplegando sus tentáculos sobre la red. Como un excremento vivo que se desplazara lentamente y engullera las luces que pasan a su lado. Fuera lo que fuese, aquella estructura computacional no se basaba en electrones excitados o no excitados. Ocupaba parte de la malla, pero sin ser parte de ella.

—Lo tengo —volvió un momento con el montón de etéreos que se agolpaban en torno a él y se sumergió de nuevo en el hardware. Se acercó con precaución hacia el sector del cristal ocupado por aquella gigantesca abominación. Comprobó las coordenadas que ocupaba y calculó a qué lugar de Cybérica correspondía. Paradojas del destino. Aquel mismo segmento de memoria codificaba una pradera con una iglesia románica. Regresó excitado al modo *soft* y se dirigió al grupo de espectros que le rodeaba.

—¿Hay alguien aquí que desee suicidarse? —preguntó. Varios levantaron la mano “yo”, “yo”. El Buscador miraba sin comprender nada— Seguidme —dijo Kan— volemos un rato.

Los etéreos aterrizaron, siempre detrás de Kan, frente a la imagen de la iglesia de estilo románico lombardo sobre la que reposaba un nido de cigüeñas.

—Adelante —dijo el robot con una decisión que le sorprendió a él mismo—, acercaos a ese lugar, entrad si podéis.

Tres de los etéreos que habían manifestado su interés en ser borrados de Cybérica se acercaron tranquilamente a uno de los muros de arenisca pero, a cierta distancia de él, quedaron detenidos. Sus imágenes vibraron unos segundos y luego cayeron fulminados. Seguían allí pero no respondieron a las llamadas de sus hermanos. Habían entrado en un estado de éxtasis inhumano, quién sabe lo que estarían viendo y experimentando.

—¡Lo sabía! —gritó Kan— Ahí están.

—¿Es aquel edificio, chico? —preguntó el Buscador— ¿es aquel edificio lo que nos está aniquilando?

—El edificio no es nada, Buscador. Pero los programas que han implantado aquí los místicos ocupan el hardware que codifica el edificio. Están en este lugar ahora pero dentro de poco pueden estar en otro sitio.

Todo el grupo, incluido Kan, estaba contemplando a los pobres diablos retorcerse

en el suelo, frente a los arcos ciegos de la iglesia de planta rectangular. El robot desplegó el software de duplicación que le había proporcionado Barrachina.

—Sugiero, señores, que contraataquemos ahora mismo. Copiaos. Cread miles de copias de vosotros mismos. Llamad a todos cuantos conozcáis y carguemos contra el monstruo. Tal vez no lo destruyamos pero podemos mantenerlo acorralado aquí, ocupado matando a nuestras copias una y otra vez. No tendremos una segunda oportunidad.

18 TORNADOS Y FOLKLORE.

El viejo galeón hospital se había introducido en el sector sexto del anillo, el que ocupaba la órbita geoestacionaria sobre la vertical del Amazonas. Desde su interior el coronel Barrachina se conectó al navegador y se citó con Kan en la CPU del museo de porcelanas chinas.

—Me alegra verte, muchacho —dijo.

—Coronel, tengo novedades —contestó la proyección del robot, paseando por los expositores de piezas de la dinastía Nang—, buenas novedades. He localizado el programa de los místicos.

—¿Qué es, Kan? —el coronel intentaba conversar distraídamente pero su expectación le vencía— ¿cómo actúa?

—Lo ignoro señor. Sólo sabemos que ocupa el hardware de la red, pero sin manifestarse, sin proporcionar información a la propia red. Es como un parásito bien camuflado. Una anomalía.

—¿Te van a prestar ayuda el Buscador y los suyos?

—En efecto, señor —Kan dejó de hablar unos segundos cuando a sus espaldas pasó un guardia del museo, parecía un macrófago. Luego continuó—. Les he suministrado el software de copiado ilimitado, no tenía otra alternativa. Ahora están clonándose una y otra vez. Miles, quizá millones de copias del Buscador y sus amigos, y vamos a embestir. A muerte. No hay otra solución. Creo que podremos mantenerlo confinado allí, tal vez incluso lo aniquilemos, señor.

—Bien hecho, muchacho. No obstante, recuerda cuál es tu verdadero cometido. Deja que los etéreos sirvan de carne de cañón pero intenta por todos los medios discernir las coordenadas exactas de la Tierra desde las que fue enviada la anomalía. Tal vez el parásito establezca algún tipo de contacto con sus amigos de ahí abajo. Allí están nuestros verdaderos enemigos.

—Haré todo cuanto esté en mis extremidades, señor.

—Confío en ti, Kan. Nuestro ataque en el mundo de los átomos está a punto, no nos falles —el coronel se dispuso a salir de la red pero Kan le hizo una última pregunta.

—Hay una cosa que no comprendo, señor —dijo el robot sosteniendo un jarrón en el que había grabadas dos jóvenes chinas sonriéndose en la orilla de un estanque rodeado de bambú—. ¿Por qué pintaban estas escenas en unos utensilios que sólo servían para comer?

—Folklore, muchacho —sonrió Barrachina—, la necesidad de lo superfluo inherente a la especie humana —y entonces desapareció.

Kan, sin salir de la red, volvió a la pradera y a la iglesia. Si los humanos en general le sorprendían, el sentido lúdico de los etéreos sencillamente le pasmaba.

—¡Sed bienvenido, Sire! —exclamó de inmediato el Buscador, que ahora lucía un uniforme más que ceremonioso. Parecía un mariscal del siglo XVIII o XIX— Mis ejércitos están listos para enfrentarse a la batalla y al destino.

—¿Qué es todo esto, Buscador? —dijo Kan mirando a su alrededor, donde cuarenta mil etéreos, producto de la copia de unos pocos, aguardaban agrupados en batallones perfectamente formados representando un ejército napoleónico. Llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

—Si hemos de atacar, hagámoslo con elegancia —respondió el Buscador vigilando la ermita a través de su soberbio catalejo dorado—. Pero permitidme que os presente a mis destacamentos —el Buscador se incorporó en su caballo y señaló hacia una colina—. Allí, sobre esa loma, tengo a mis escuadrones de caballería. Húsares y coraceros. Hacia el Este, podéis contemplar a la infantería. Siete divisiones en total. Y a los flancos, mis bravos granaderos. ¿Dais, Sire, la orden de ataque?

Kan se encogió de hombros.

—Adelante, mariscal. Cuando lo deseéis. —Entonces, el Buscador se irguió. Una brisa agitó suavemente las plumas de su sombrero, desenvainó el sable y comenzó a dar órdenes a sus oficiales digitales. Inmediatamente dos divisiones de infantería se pusieron en marcha y avanzaron a buen paso en dirección a la iglesia portando amenazadores mosquetes con las bayonetas caladas. El estruendo de las botas parecía seguir el compás de los tambores de guerra y las flautas, que entonaban una marcha pegadiza. Cuando una de las columnas pasó al lado de la oficialía, Kan pudo observar que todos los infantes eran réplicas exactas del Buscador. Tambores, folklore, información superflua.

El galeón médico se abrió paso entre varias colonias orbitales y se aproximó delicadamente al puerto del astillero de la *Pegaso Ring Co*. Era una factoría privada dirigida por una sociedad en la que participaban algunos ministros, por lo que de ningún modo se permitían entradas y salidas de ciudadanos ajenos a la misma. El controlador de la fábrica solicitó identificación al piloto del galeón. Barrachina tragó saliva y se aproximó al micrófono. En el panel contemplaba las compuertas del satélite, cerradas como esfínteres agarrotados.

—Al habla el doctor Murchisson de la dirección general de higiene mental. Solicito dársena de entrada para desembarque de pacientes. Prioridad absoluta.

—Motivo de su solicitud —contestó el controlador.

—Tratamiento urgente de veintisiete pacientes aquejados de abulia del espacio.

—Doctor Murchisson —contestó de nuevo el controlador—, esto no es un hospital, es un astillero, ¿qué pretende hacer aquí con sus pacientes?

—Tratamiento específico basado en folklore. Le repito que es una urgencia absoluta. No tengo ninguna necesidad de dar más explicaciones. Me acojo al fuero de las raíces perdidas. Ley federal 1213/28.

El controlador titubeó unos instantes.

—Un momento, doctor.

Barrachina tenía la boca seca y pastosa. Seguramente el controlador habría ido a llamar a su superior jerárquico.

—Al habla la supervisora de tráfico del astillero —dijo una nueva voz—. Indique el motivo de su solicitud de entrada.

Barrachina repitió el cuento tres veces más a medida que sus interlocutores iban ascendiendo en la cadena de mando. El folklore y el fuero de las raíces perdidas no eran cosas que se pudieran tomar a broma. La vida en el espacio había hecho aparecer trastornos de comportamiento como consecuencia de las forzadas condiciones de vida orbitales. Por supuesto la mayoría de la gente recurría a las drogas y a los tratamientos hormonales para superar los periódicos estados de melancolía y tristeza, pero unos pocos integristas del humanismo preferían la psicoterapia basada en visitar periódicamente las reservas naturales y en practicar bajo prescripción médica algunas tradiciones de sus antepasados. Unas horas de folklore hacían que un abúlico del espacio recordara quién era y de dónde venía, y volviera felizmente a ser un ciudadano dual productor-consumidor. Las leyes federales amparaban estos tratamientos.

Barrachina conversaba ya con el director ejecutivo de la factoría.

—Les he enviado por radio mis datos de identificación y los de mis pacientes. Todo está en regla, director. Le ruego, le exijo que no me haga perder más tiempo y levante inmediatamente la escotilla —rugía el coronel.

—¿Por qué ha tenido que elegir mi astillero, maldita sea? ¿Qué pretende hacer?, ¿meter a un hatajo de inútiles a bailar una danza ucraniana en la cadena de montaje?, ¿tal vez trompas tibetanas en las oficinas?

—No pienso darle ninguna otra explicación, director. Denos paso inmediatamente o será usted responsable de lo que pueda pasarles a mis pacientes. Le recuerdo que tengo muy buenos contactos en el gobierno. Una llamada y en un minuto estaré hablando con la almirante Dawson. Usted decide, director.

Se hizo el silencio. El director del astillero miraba nerviosamente el micrófono y enseñaba sus dientes de cuando en cuando. Si era cierto que aquel médico conocía a la zorra de Dawson, era hombre muerto. Se acabarían los succulentos contratos con la marina. Se tragó el órdago y, de mala gana, dio instrucciones a sus controladores para que dejaran entrar al galeón. Luego avisó a su jefe de seguridad para que destacaran algunos guardias en el puerto.

Barrachina respiró profundamente cuando ante sus narices y las de sus pilotos se abrieron con tranquilidad las escotillas. Después unas balizas se encendieron en una de las plataformas y una unidad tractora remolcó a su anticuada nave hacia el interior de la fábrica. Los operarios de la zona portuaria miraban con curiosidad. Tres

guardias armados aguardaban en posiciones alejadas.

La compuerta del galeón médico se abrió. Mucho ruido. Ruido de tambores y bombos precedió a una fantasmagórica comitiva formada por una treintena de individuos cubiertos por túnicas brillantes de color morado y que golpeaban con fuerza inusitada unos arcaicos instrumentos de percusión. Llevaban las cabezas cubiertas con capirotos cónicos por los que sólo asomaban los ojos por dos ranuras. Formaban dos hileras que avanzaban por la zona portuaria causando expresiones de incredulidad entre el personal del astillero. El director, desde una de las ventanas que comunicaban con el puerto, observaba la escena con cara de ladrillo refractario.

—Tres armas ligeras —dijo Barrachina— ¡Sólo tres armas ligeras!, ¡ahora! —y los cofrades rasgaron las pieles que cubrían sus tambores dejando escapar potentes chorros de gases somníferos a la vez que se quitaban los capirotos, descubriendo sus máscaras antigás. Los operarios que los rodeaban cayeron anestesiados en el acto. Uno de los guardias llegó a desenfundar su arma pero también rodó por el suelo inconsciente. La cara del director se quebró. Desde la oficina central hizo sonar la alarma y se puso nerviosamente en contacto con la policía— ¡Nos atacan, nos atacan!

Los cofrades al mando de Barrachina sacaron de entre las túnicas sus *deflaters* para repeler el contraataque de una docena de guardias que les disparaban desde las escaleras. Las balas *dum-dum* y los láseres brillaron durante unos minutos por los corredores que conducían a la sala de control del satélite. Dos hombres de Barrachina cayeron heridos y los guardias supervivientes, comprendiendo que aquello iba en serio, se rindieron sin oponer más resistencia.

La rompida de la hora había tenido un éxito fulminante. En quince minutos el astillero estaba en manos de la cofradía. Barrachina, desprovisto ya de su túnica, se abrió paso hasta el director y su equipo, que se encontraban acurrucados bajo las mesas de la oficina. El coronel vestía su antiguo uniforme del disuelto ejército aragonés. ¡Cómo había esperado ese momento! Además Kan le había bordado en la espalda de la guerrera de nylon caqui un gran escudo en el que había cuatro columnas rojas sobre fondo amarillo, una cruz, un árbol y cuatro cabezas de cuatro hombres de tez oscura decapitados. El director del astillero, apellidado Jabel al Habas, miraba horrorizado esta última insignia temiéndose lo peor.

—Bien, señores —dijo Barrachina calándose una destartada gorra de plato con tres estrellas de ocho puntas en la frente—. Este satélite ha sido tomado por las fuerzas armadas aragonesas. Ruego su total colaboración.

Colaboraron. Los cofrades metieron a todo el personal de la fábrica en el galeón hospital excepto a la dirección, a la que tomaron como rehén. Después proporcionaron un fuerte impulso a la nave, que se alejó a la deriva. Barrachina estableció comunicación entonces con sus dos equipos indicándoles el punto exacto de la cita. Desde las afueras de la órbita lunar, una chalupa rápida pilotada por

Donovan Fanlo salió disparada hacia el astillero, transportando a la flor y la nata de la ingeniería genética y la biomecánica. Desde la ensenada de un satélite en construcción partieron a gran velocidad quince biplazas ligeros de la clase golondrino, cuyas insignias eran una luna llena y un plátano, tripulados por los chimpancés del capitán Rufus Kabir.

Kan informaba puntualmente a Barrachina de las novedades que se sucedían en la Batalla de la red informática. No había novedades. Los ejércitos del Buscador cargaban una y otra vez contra el pequeño edificio pero eran aniquilados por el monstruo invisible depositado allí por los místicos.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Kan contemplando como un escuadrón de caballería ligera era fulminado antes de rozar siquiera los muros de la edificación.

—Nadie dijo que la batalla sería fácil —dijo el Buscador con solemnidad—, pero no temáis Sire, llegarán refuerzos —y a un gesto suyo, dos divisiones que formaban un rectángulo alargado fueron duplicadas en sucesivas operaciones, convirtiéndose en ocho.

—Pero no hay avances, Buscador. Esto no conduce a ninguna parte.

—Disiento, Sire —el Buscador ofreció su catalejo al robot—. Mirad allí, en la fachada delantera. Hay impactos de mosquete —Kan miraba como el sillarejo de arenisca mostraba claros impactos de munición pequeña. También de algunas granadas—. Hemos hecho retroceder a la anomalía varias veces a lo largo de esta gloriosa jornada. Se ha retirado al menos en tres ocasiones al interior de la iglesia. Pero por desgracia, el enemigo también recibe refuerzos y otras tantas veces ha vuelto a crecer hasta ocupar sus posiciones iniciales.

—¿Cómo que recibe refuerzos? —Kan debía gritar ahora que la artillería estaba disparando— ¿De dónde recibe refuerzos?

—Eso deberéis averiguarlo vos, Sire. Vos que tenéis esa magnífica capacidad de ver lo que hay detrás de las cosas invisibles —Y Kan se concentró para trascender hacia la visión *hard*, para observar las tripas materiales del ordenador en el que estaba desarrollándose la batalla.

La chalupa de Fanlo penetró en el astillero. Algunas naves de Kabir entraron también y el resto se quedaron montando guardia, camufladas entre las grúas exteriores del satélite. Para entonces, los hombres de Barrachina lo habían registrado todo y habían localizado la tan ansiada lanzadera. Uno de los pocos vehículos en el anillo capaces de adentrarse en el planeta madre, soportar la fricción con los gases atmosféricos y sortear los efectos de la brutal gravedad. El vehículo era grande, sólido y romántico. Disponía de un casco reforzado con titanio y losetas de cerámica y furelenos. Era liso. Liso como el electrocardiograma de un cadáver y tenía una graciosa forma. Aerodinámica, explicaba Francho Loctite a los navateros más jóvenes. Era una forma aerodinámica para reducir al máximo el rozamiento con el

aire. El morro puntiagudo, las toberas escondidas en la parte trasera y unas plataformas llamadas “alas” diseñadas para crear succión en el aire, para planear como lo hacen las aves. —“Antes todos los vehículos tenían más o menos esta forma” —decía.

Barrachina y Fanlo daban instrucciones a los navateros sobre como maniobrar y navegar en la atmósfera. Se trataría de jugar con el aire. Una vez allí abajo se acabó el pensar en leves propulsiones para equilibrarse o para desplazarse. La gravedad sería como una mano que te enganchara e intentase aplastarte contra el suelo. Entre tanto los piratas de Kabir estaban armando el transbordador. Habían instalado ya los láseres y los tubos lanzadores, y ahora estaban acarreando al interior del vehículo un buen número de torpedos. Tras la cabina habían emplazado la improvisada sala de armas y en la bodega superior introdujeron cuatro auxiliares plegables de los que se usan en la Luna. En caso de naufragio servirían de botes salvavidas. Trabajaban con el empeño que sólo proporciona la testosterona.

Barrachina hizo reunir a todo el personal y les habló. No perdió el tiempo con arengas. El plan era sencillo. Salir inmediatamente hacia el polo Norte de la Tierra. Si en el trayecto eran interceptados por la armada, los chimpancés lunares entrarían en acción. Desde el propio astillero Barrachina y su cofradía guiarían a la lanzadera de Fanlo en su descenso. Una vez en la superficie volarían a baja altura siguiendo el meridiano de Greenwich con un objetivo sencillo. Atacar y destruir cualquier instalación que ofreciera el aspecto de estar habitada. Barrachina además, recibiría informes de Kan, que en ese momento intentaba localizar la fuente de los ataques místicos desde la propia red. Los chimpancés reían. Rufus Kabir, al escuchar los detalles de tan descabellado plan, exigió el inmediato el pago de sus servicios por adelantado. En ese momento bufaron los altavoces interrumpiendo los preparativos.

—ATENCIÓN, LES HABLA LA POLICÍA. DEPONGAN SU ACTITUD INMEDIATAMENTE O DE LO CONTRARIO piiiiiiiiiiiiiii.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Barrachina que no había tenido tiempo de responder siquiera.

—Mis hombres —dijo tranquilamente Kabir. Una de las naves piratas que estaba vigilando el exterior había despedazado a los patrulleros con un disparo certero.

—No era necesario —protestó Barrachina—, podía haberlos entretenido un rato, ahora enviarán refuerzos. La armada tal vez.

—¡Los humanos sois demasiado lentos para el universo de hoy en día! —gritó uno de los chimpancés y todos los simios estallaron en risas chillonas, mostrando esa característica dentadura carcomida.

Barrachina no comprendía a qué venían esas risotadas, tampoco el resto de cofrades ni los navateros de Fanlo.

—Mis hombres bromean sobre la lentitud humana en sus relaciones sexuales —

explicó Kabir—, a los chimpancés nos llega el orgasmo en, exactamente, siete segundos.

El coronel, con una mueca de fastidio y estirando su guerrera, se dirigió por última vez a los dos equipos.

—Será mejor que salgáis ahora mismo. Esto puede ponerse muy feo.

Los chimpancés corrieron dando botes cuadrúpedos hacia sus naves, calándose los cascos espaciales. Kabir, con el yelmo aún bajo el brazo, se despidió de Barrachina con un “estáis locos”. Luego, la brisa de máquinas despertando y el chasquido de las cabinas que se cierran herméticamente. Los navateros desaparecieron tras las escotillas del transbordador y los hombres de Barrachina salieron de las instalaciones portuarias. Pocos segundos después, los ordenadores de ruta de las naves cobraron vida. Multitud de haces LED se encendían o parpadeaban, comprobaciones de rutina de despegue entre los pilotos y artilleros de cada golondrino. Y por último el bronco rugir de los motores. El puerto se despresurizó y se hizo el silencio. La compuerta principal del astillero se abrió majestuosamente mostrando un cielo infestado de estrellas y toda la escuadra abandonó lentamente el satélite, acelerando en sucesivos impulsos eyectores, y perdiéndose en el horizonte. Los hombres de Barrachina sellaron luego a cal y canto todas las entradas a la factoría y se reunieron en el cerebro de la estación, que era su sala de control. La suerte estaba echada.

En el Kepler la almirante Dawson contemplaba cómo los sicarios de Harsvik estaban consumando la cata neuronal en el desdichado Biel XVI. El aire apestaba a cisteína tostada, a cuerno quemado, a desnaturalización.

—¿Cuánto falta? —preguntó impaciente.

—No mucho almirante —contestó uno de los esbirros, oculto tras sus gruesas gafas de soldador y su delantal de kevlar gris salpicado por algunas gotas de sangre y quemaduras producidas por las chispas que salían de los electrodos. Biel XVI, montado sobre su pequeño pedestal, tenía el cráneo taladrado por cientos de sondas que conectaban su cerebro a través de cables con el ordenador médico. Los capilares le habían ido estallando uno a uno y una multitud de puntos rojos le impregnaba la frente y las mejillas. Tenía la cara dilatada y los ojos en blanco. Su piel vibraba espasmódicamente y su boca soltaba ocasionales alaridos de dolor.

La cata neuronal no era el psicoanálisis de la doctora Temple. Un psicoanálisis consistía en analizar la actividad electroquímica de un cerebro y traducirla a pautas de funcionamiento. La cata neuronal extraía de forma invasiva la información almacenada en los distintos lóbulos cerebrales dañando a veces irremediabilmente al catado. Era como arrancar un hueso a un paciente para ver si lo tiene roto en vez de hacerle un TAC.

—Parece muy estropeado —dijo la Dawson con los brazos cruzados y expresión

de repugnancia—, ¿no se nos morirá?

—Es improbable, almirante —Harsvik se frotaba las manos y sonreía mirando al humeante Canciller, como quien contempla la corteza brillante de un cochinito asado en una parrilla—. Pero ¡oh!, ya lo tenemos —en ese momento el ordenador estaba mostrando ya imágenes y textos, que correspondían a las ideas almacenadas en la mente de Biel XVI. La almirante se aproximó a la pantalla interesada pero escéptica.

—Ahora sólo resta filtrar la información que nos resulte útil —dijo Harsvik con su desagradable voz—, separaremos todo lo relacionado con los sentimientos, recuerdos antiguos, y nos centraremos en los proyectos.

—¿Funciona correctamente su equipo, Harsvik? El ordenador dice que el excanciller no tiene ningún sentimiento.

—Ya veo, almirante. Un tipo interesante este Biel XVI —Harsvik sonreía morbosamente mirando aquellos datos. Ahora que le había estofado los sesos, el Canciller comenzaba a caerle simpático.

—¡Almirante! —irrumpió en el laboratorio el comandante del Kepler— Almirante, un astillero de la *Pegaso Ring Co* ha sido asaltado. Varias naves policiales han sido derribadas.

—¿Por qué me molesta con eso, comandante? —la Dawson se volvió con cierto desprecio. El comandante tragó saliva sin atreverse a hablar.

—Las cámaras filmaron los primeros minutos del asalto, almirante. Hemos identificado a... Barrachina —el oficial titubeó unos instantes, no quería dar a aquello ningún matiz de asunto personal. A la Dawson le había cambiado la cara.

—Barrachina, almirante. Es uno de los terroristas de Biel XVI, ¿no? —y miró al Canciller quién, sangrando por las narices y por las orejas, había conseguido abrir un ojo al escuchar la palabra “Barrachina”.

—Interrumpa esta carnicería, Harsvik. Ya han dado el golpe —dijo la Dawson poniéndose en marcha—. Comandante, avise a toda la flota. Que se reúna en el astillero. Acabemos con esto de una vez.

Barrachina llamó al convoy desde el astillero. El número cada vez mayor de segundos que tardaba en llegar la respuesta de los navateros era tranquilizador. Indicaba que se acercaban al objetivo.

—¿Cómo marcha todo, Donovan? —preguntó.

—El transbordador funciona sin problemas, coronel. Estamos envueltos por las naves de los chimpancés. Sus piratas están cumpliendo.

Barrachina estuvo a punto de sonreír, pero una comunicación paralela le hizo torcer el gesto.

—Al habla la almirante Dawson, que conteste inmediatamente el coronel Barrachina —le llamaba con su antiguo rango, “cuanto honor” pensaba él.

—¿Qué se le ofrece, almirante?

—Coronel Barrachina —rugía la Dawson desde el puente del Kepler, que se dirigía a toda máquina hacia el astillero— su estupidez no tiene límites. Deponga inmediatamente su actitud. Libere a los rehenes y ríndanse de inmediato.

—Supongamos que no lo hago, almirante. ¿Qué pasaría si no suelto a los rehenes?

—Coronel Barrachina, en este momento cinco cruceros de la armada federal están aproximándose a su posición. Voy a ordenar a mis comandantes que levanten sus defensas y armen los torpedos. No tiene usted ninguna posibilidad. Desista ahora mismo de su aventura.

—Morirán inocentes, almirante.

—Barrachina, tengo instrucciones muy precisas de acabar con esta ridícula rebelión cueste lo que cueste. Sabe muy bien que soy capaz de ordenar el ataque.

—De acuerdo, almirante —silencio—. Entonces hasta el próximo sábado. Corto.

La ira de la almirante Danielle Dawson alcanzó entonces proporciones cósmicas. A sus espaldas, un rumor formado por cientos de risas autorreprimidas le sonó como un coro punzante e insoportable. Intentando relajarse, respiró hondo y se recogió la cabellera en una coleta. Lo hacía siempre que iban a entrar en combate.

Kan hacía rato que había salido de la batalla y contemplaba la malla del hardware. Si el Buscador estaba en lo cierto, aquella masa viscosa y repugnante que era el programa de los místicos, iba a recibir ayuda pronto. Sólo deseaba ser testigo del momento en el que a esa basura se le uniera algo para poder rastrear su procedencia. Sólo fue un segundo, pero le pareció ver cómo un tornado atravesaba el cristal cúbico compacto de hidrógeno, se unía a la singularidad y luego desaparecía. Estaba seguro de que no era uno de los haces de láser que recorrían la malla, sino un finísimo torbellino que había surgido de las profundidades. Volvió a la batalla y preguntó: — ¿Ha pasado algo, Buscador?, ¿acaba de suceder alguna cosa?

—El enemigo ha recibido refuerzos nuevamente, Sire. ¿Qué debemos hacer?

“Condenación” maldecía Kan. Lo había tenido ante sus propias narices y lo había dejado escapar. Ahora tendría que esperar a otro tornado y tal vez sería demasiado tarde.

—Escúchame, Buscador —dijo agarrando los galones del etéreo—. Quiero que lances un ataque monstruoso. Copia un ejército de millones, de miles de millones y lánzalos contra la maldita iglesia.

—¿Miles de millones?, ¿puede hacerlo tu software? —el Buscador miró una vez más al fragor de la batalla y arqueó las cejas— En fin. Hemos venido a jugar.

Harsvik subió corriendo hacia el puente del Kepler.

—¡Almirante! —gritaba, y le entregó unos gráficos— Estos son los resultados, parciales porque nos ordenó que detuviéramos la operación, de la cata neuronal de Biel XVI.

La Dawson los tomó y los leyó con detenimiento.

—El astillero es un señuelo, almirante. Pretendían secuestrar una lanzadera atmosférica —la Dawson le miró con incredulidad.

—Una lanzadera atmosférica, almirante. El blindaje más poderoso de la armada. Sospecho que pretenden lanzarla contra algo. Podrían destruir con ella cualquier cosa del anillo. Podrían destruir Olimpo, la capital.

La Dawson, pensativa, anduvo de un lado a otro con nerviosismo.

—Demasiado descabellado —dijo.

—Biel XVI no tiene sentimientos, almirante. Usted lo vio.

—Comandante —dijo la Dawson volviéndose hacia los oficiales— ¿hay algún puesto, algún crucero que haya detectado la presencia de una lanzadera atmosférica moviéndose por el anillo?

—Lo comprobaré de inmediato —contestó sumisamente el comandante del Kepler.

Mientras los ordenadores zumbaban, la Dawson observaba como el astillero se encontraba casi al alcance de su armamento.

—Almirante —se acercó el oficial—, un faro advirtió el paso de una flota con un vehículo de esas características —la Dawson miró a Harsvik—, iban a bastante velocidad y no se identificaron.

—¿Cuál es el crucero que está más cerca de tal posición, comandante?

—El Riga, almirante. Se encontraba haciendo maniobras fuera del anillo, en las proximidades del polo Norte.

—¡Bien! —contestó la almirante cerrando y levantando el puño derecho— Ordene al comandante del Riga que intercepte a esa flota y que la aniquile si es preciso. El resto seguiremos sobre nuestro objetivo.

La escuadrilla formada por el transbordador tripulado por los navateros y los biplazas de Kabir, sintió un sobresalto cuando apareció por las pantallas la silueta amenazadora de un crucero federal. Una voz solicitó la rendición inmediata, luego notaron el disparo de advertencia que pasó rozando por un flanco de la formación.

—Ahí están los gusanos de doble D —gruñó un simio—, esa perra nos ha descubierto. ¡Preparad los cebos!

Los biplazas de los chimpancés, que se habían mantenido en formación de escolta estándar a los lados y detrás de la nave principal, cambiaron de posición. Comenzaron a moverse continuamente, como si una nube de murciélagos sordos aleteara caóticamente alrededor de la lanzadera. Parecía un milagro que no chocaran unos con otros. Empezó el fuego de verdad. La proa del Riga disparaba una y otra vez pero no acertaba. Había algo en aquella desordenada flotilla que impedía fijar el blanco. Y es que Kabir guardaba algunas sorpresas. Sus golondrinos disparaban por popa señuelos y bombas lógicas que interferían en los sofisticados sistemas de

armamento del crucero federal.

—Esto no funciona —dijo el comandante del Riga—, tendremos que derribarlos uno por uno. Que salgan los cazas.

Mientras la esfera de la Tierra se hacía más y más grande, por los costados del Riga emergieron señorialmente veinte cazas de la clase *gargoulette*, lo más elegante y rápido del anillo, abandonando la nave nodriza como los remos de una galera romana. Inmediatamente los cazas encendieron sus impulsores y se lanzaron a toda velocidad sobre la flotilla de los navateros.

—¿Qué sucede, Fanlo? —preguntaba Barrachina desde el astillero—, ¿cómo lo ve?

—Negro, coronel —repuso nervioso el navatero—, más negro que el forro de mis cojones. Hemos esquivado al crucero pero se nos echan encima los cazas.

—Puede hacerlo, Donovan. Le queda suficiente combustible.

—Ese es el problema, coronel. Estamos muy cerca de la ventana, ya no puedo acelerar. La lanzadera debe comenzar a frenar ahora mismo, de lo contrario rebotaríamos en la atmósfera y todo se iría al carajo.

—Esos cazas son demasiado rápidos —transmitió Kabir—. Congo, Nanuk, Vassil, continuad vosotros. Los demás seguidme. A por ellos chicos, pensad en nuestras damas.

Tres golondrinos continuaron su camino tras la lanzadera, el resto viraron ciento ochenta grados y se lanzaron de frente contra los cazas. Los chimpancés artilleros abrieron fuego a quemarropa y derribaron a cuatro de ellos. Los cazas se abrieron en abanico en una maniobra evasiva, mezclándose de lleno con los golondrinos y creándose un cúmulo de naves, disparos y explosiones continuas. La lanzadera se situaba ya en el borde mismo de la ventana orbital, la Tierra era ahora un inmenso pozo que los atraía con fuerza.

Cinco cazas se repusieron de la confusión inicial y salieron disparados tras el transbordador. Derribaron a los tres golondrinos. La lanzadera de Fanlo, mejor blindada, resistió un impacto de los láseres de los cazas. Y otro. Y otro más. Iban a ser destrozados en cualquier momento. Entonces los navateros sintieron como su transbordador comenzaba a vibrar. Sintieron ruido. Un estruendo creciente.

—¡La atmósfera! —gritó Loctite.

Fanlo dio un nuevo impulso de frenada, esta vez el definitivo, y la nave cayó como un meteorito hacia la superficie del planeta. Los cazas, sin dejar de disparar, siguieron el rumbo de la nave. No disponían de blindaje atmosférico por lo que los pilotos, inexpertos en aquel tipo de vuelo, perdieron el control de sus aparatos. Dos cazas se fundieron y explotaron. Los otros a duras penas consiguieron enderezarse y subir de vuelta.

La flota de chimpancés, viendo a Fanlo y sus navateros descender a salvo hacia la

Tierra, abandonó la batalla y se dispersó tomando distintas rutas de escape y usando los asteroides más cercanos como pantalla para evitar los últimos disparos. El comandante del Riga, observando a la lanzadera caer envuelta en una bola de fuego, comunicó a la almirante Dawson que el objetivo se había cumplido.

La mente digital de Kan, agazapada tras la red cristalina del ordenador donde se libraba una monumental batalla virtual, vio ascender dos tornados que traían refuerzos hacia el programa místico. Esta vez no se limitó a mirar. Eran demasiado rápidos como para identificar su procedencia, de modo que se copió. Ordenó a su copia no moverse de allí y se lanzó al ojo de uno de los remolinos. Alcanzó el blanco y se inyectó por el interior del tornado como una sonda rectal.

19 LA GUARIDA DE LOS MÍSTICOS.

Los navateros, enérgicamente amarrados al fuselaje de la lanzadera, apenas podían hacer otra cosa que luchar para que sus estómagos no les salieran despedidos por la boca. Unaware Gombau había perdido el conocimiento y las Gavín recitaban a gritos melodías tecnológicas de relajación. El temblor era insoportable y el ruido indescriptible. Un ruido que no era comparable a nada que hubieran podido vivir en los apacibles viajes por el Sistema Solar. Donovan Fanlo se había desprendido de los mandos espaciales y había tomado los controles de navegación atmosférica. Todo era nuevo. Fanlo se preguntaba si los primeros cosmonautas que habían abandonado la Tierra siglos atrás habrían sentido sensaciones parecidas. Por todo el interior del vehículo se escuchaban pequeños estallidos. El casco brillaba. La temperatura exterior debía ser de varios miles de grados a medida que se precipitaban contra la superficie del casquete polar.

—¡Se fundirá! —gritaba Loctite— ¡vamos a volar en pedazos!

—¡Nada de eso! —contestó Fanlo— Es la fricción con el aire. Todos tranquilos, vamos muy bien. Cien mil metros y bajando —Fanlo sonreía nerviosamente dominado por la ansiedad química. Su aparente calma se debía a que había comenzado a segregar voluntariamente un torrente de dopamina por todo su sistema nervioso, de modo que el descenso le estaba resultando algo casi placentero. De no haber sido por aquella pequeña ayuda, su instinto de supervivencia le hubiera podido y se hubiera unido al coro de gritos histéricos que competía en intensidad con el estruendo del exterior. Incluso tuvo tiempo de bromear. Usando sólo su pensamiento y los cables que lo mantenían unido al operador de vuelo dibujó en la pantalla una caricatura de sí mismo con dos miembros y un texto que decía “¿estáis tensas? ¿Puedo ayudaros en algo?” Pero antes de que le diera tiempo a remitirlo a la terminal de las Gavín, éstas gruñeron:

—¡No tienes ni puta gracia, Fanlo! —Él borró el dibujo rechinando los dientes.

Barrachina seguía los movimientos de la lanzadera desde el radiotelescopio del astillero. El sudor frío empapaba todo su cuerpo a medida que la pantalla daba lecturas de la posición de los navateros. El satélite que habían ocupado se encontraba ya en el punto de mira de cuatro cruceros federales. El quinto se aproximaba a toda máquina. Sus hombres habían puesto a punto un par de cañones y estaban a la espera de órdenes.

—Coronel Barrachina —atronó de nuevo la temible voz de la almirante Dawson por los altavoces de todo el astillero—. Su aventura ha fracasado. El transbordador ha caído a la Tierra, sus amigos lunares han huido, su líder Biel XVI está prisionero en el Kepler y en este momento las armas más mortíferas de la Federación están apuntándole. Le sugiero que se rinda de inmediato. Dispone usted de cinco minutos,

sólo de cinco minutos. Si transcurrido el plazo no ha liberado a todos los rehenes, asaltaremos el astillero. Espero su respuesta, coronel.

—“Cinco minutos” —pensaba Barrachina—, “Vamos, Kan. Dame algo”.

La mente de Kan se había precipitado por el tornado de lógica que había llegado hasta el superordenador y había descendido por él a velocidad de ondas de radio, a velocidad luz. Aunque había perdido definitivamente la noción del tiempo, la situación se le antojaba irónica. Aquel grupo de humanos modificados jugándose el pellejo para bajar hasta la Tierra en un descenso interminable y suicida, y él, en forma de ondas codificadas, estaba llegando hasta el planeta en menos de un segundo. Le aturdí pensar que su cuerpo estaba en la base del capitán Kabir, en un cráter lunar. Que desde allí había proyectado su conciencia digital hacia los ordenadores del anillo que sustentaban la red, y que desde allí se había dejado caer hacia la superficie de la Tierra.

¿Cómo sería el aparato desde el que emitían los místicos?, ¿se parecería a los gráficos que imaginó mientras diseñaba el juego en el Magefesa de la doctora Temple? Y ¿cómo serían los místicos?, ¿se diferenciarían mucho de los humanos que habían evacuado el planeta? ¿Sería suficiente tiempo unas decenas de años de vida bajo los hielos de la Tierra, para haber evolucionado de forma divergente y haberse convertido en algo realmente diferente? Desde que la Tierra quedara vacía, las centrales nucleares habían ido estallando una por una debido al deterioro progresivo de los sistemas de refrigeración. Quizá esta dosis extra de radiación había hecho aumentar la tasa de mutación y... Entonces su viaje se detuvo bruscamente.

—¿Hay alguien por ahí? —dijo el robot sin esperar respuesta. Tan sólo se limitó a reproducir el comportamiento que hubiera esperado del Buscador. Contempló lo que tenía alrededor. Si aquello era la estación emisora desde donde se habían inyectado los programas asesinos en la red del anillo, debía aceptar que los místicos disponían de una tecnología que le resultaba por completo desconocida. Se concentró. Se recordó a sí mismo que tan sólo era un montón de ondas que se habían introducido furtivamente en algún misterioso equipo informático. Notó movimiento. Estaba siendo desplazado por el interior de una galería tubular. Miró hacia los lados y determinó que por el exterior de su túnel había otras decenas de tubos dispuestos paralelamente al suyo. Percibía sutiles potenciales eléctricos. Alcanzó el final del túnel y vio como emergían innumerables esferas que flotaban en la nada. No podía comprender las reglas ni el funcionamiento de aquella estructura. Como máquina, era bastante poco delicada, demasiado violenta comparada con la fina tecnología cyb del anillo. Se concentró de nuevo. Las esferas eran blandas y guardaban algo en su interior que no podía determinar. Pero era algo compuesto por cosas conocidas. Carbono, hidrógeno, nitrógeno, oxígeno, fósforo... Sin duda era orgánico. Estaba a bordo de un ordenador construido con materiales orgánicos. Entonces sintió una

sacudida. Como si un tsunami creciera a tus espaldas y el reflujó de la ola te proyectara contra él. La polaridad del lugar había cambiado y un nuevo potencial invadió el lugar. Las esferas, miles de ellas, se pusieron en movimiento cayendo contra una muralla. Sin embargo, en vez de romperse o de rebotar, se fundieron con ella liberando millones de los proyectiles que habían guardado en su interior. Los proyectiles se incrustaron contra otra muralla, paralela y cercana a la primera. Inmediatamente, bloques con aspecto de gigantescos capullos abrieron sus pétalos en la segunda muralla. Fue entonces cuando Kan reconoció algo familiar en todo aquello. No era por supuesto comparable a nada de lo que él hubiera vivido en la red, pero guardaba similitudes con algo que le habían enseñado. Las flores recién abiertas ofrecieron unos canales huecos en el segundo muro por los que entró un torbellino de partículas eléctricamente cargadas, que desencadenaron un nuevo potencial más allá de la segunda muralla. ¿Qué eran esas partículas? O Kan estaba volviéndose loco o aquellas cosas sólo eran cationes de sodio. Vulgares y corrientes átomos desprovistos de algún que otro electrón. De pronto todo cuadró. No estaba en un ordenador. Estaba dentro de algo vivo. Estaba en una sinapsis y había asistido a la descarga de neurotransmisores en el límite entre dos neuronas. Había visto desde dentro un genuino impulso nervioso. El tornado le había conducido hasta el lugar de emisión de los místicos, y éste no era ninguna máquina. Los místicos emitían su señal desde sus propios cerebros.

Fanlo había hecho frenar a duras penas al transbordador y ahora se movía a cinco kilómetros por segundo, algo menos de la mitad de la velocidad de escape. No podía contabilizar el número total de sistemas que se habían estropeado durante el descenso, pero lo que sí que podía sentir muy bien era el agarrotamiento de sus brazos al tirar de los controles manuales, los automáticos estaban completamente inutilizados. Cuando se encontraban a seis mil metros de la superficie la lanzadera se estabilizó. Gavín 1 miró por una de las ventanas hacia arriba. Las estrellas habían desaparecido. El cielo brillaba en llamaradas que florecían, se expandían y se desplazaban o se desintegraban. Rápidas franjas verdes, amarillas y anaranjadas pasaban por encima de sus cabezas intranquilas.

—¿Así se ve el cielo? —preguntó Gombau mientras se desataba de los anclajes que le habían mantenido amarrado— Mi madre me mintió. Ella me aseguraba que el cielo era azul y monótono.

—No es lo normal —contestó Loctite girándose desde el puesto de copiloto— es la aurora boreal. Es viento solar que se estrella contra el aire. ¿Dónde estamos, Donovan?

—No lo sé —repuso Fanlo, mirando nerviosamente todos los controles desactivados. Ahora que se había quedado sin dopamina, el temor y la preocupación le asaltaban implacables—. Demonios, no puedo saberlo. No funciona nada.

Absolutamente nada —los impactos de los federales durante la persecución habrían causado algunos daños, la fricción con la atmósfera durante el descenso y la tormenta solar habían hecho el resto— ¡Coronel!, ¿me recibe, coronel?

—Le tengo Fanlo —por lo menos la radio seguía allí—, buen descenso.

—Pasillo aéreo, coronel. Necesitamos un pasillo aéreo urgentemente. —Fanlo sólo podía ver hielo y más hielo allá abajo— Volamos a ciegas. No tenemos radar, ni telemetría, ni rastreo. No tenemos nada. Sólo sé que volamos hacia el Sur por el meridiano cero.

—Voy a guiarle Fanlo, pero aún no tenemos localizados a nuestros amigos los místicos. Disminuya su velocidad lo posible. Su altura es buena, manténgala —Barrachina dio instrucciones a dos de sus hombres para que fuesen comunicando puntos de referencia a los navateros. Un pico aquí, una isla allá. Era como poner miguitas a un ratón para que se desplazara por el camino que interesara.

Barrachina consultó el reloj. Los cinco minutos estaban a punto de concluir. No tenía sentido desencadenar un combate con la flota que les tenía cercados ahora que los navateros le necesitaban más que nunca. Y el condenado Kan que seguía sin informarle de nada. Tiempo, necesitaba ganar tiempo. Conectó el micrófono, se arregló el uniforme sudado y se situó delante de la pantalla por la que se comunicaba con los cruceros.

—Almirante, le habla el coronel Barrachina —esperó unos segundos a que apareciera la silueta de la Dawson al otro lado. Estaba tremenda, pensó. Luego habló — Almirante hemos decidido seguir sus instrucciones.

—Me alegra escuchar por fin algo sensato, coronel.

—Vamos a proceder a la evacuación de los rehenes tras lo cuál continuaremos las negociaciones. Debe darnos algo de tiempo, estamos ultimando la reparación de la única lancha de la que disponemos. En menos de siete minutos comenzaremos a soltar a los directivos de la fábrica.

—Así lo espero, coronel.

Barrachina desconectó el aparato y ordenó a uno de sus cofrades que metiera a dos rehenes en la lancha más pequeña que encontrara y fueran lanzados en siete minutos exactos. Luego volvió sobre el radiomapa que señalaba la posición de Fanlo y los suyos.

Kan se devanaba los sesos virtuales intentando encontrar un camino de salida desde donde pudiera localizar su situación exacta en la superficie de la Tierra. Trataba de acceder a sus conocimientos sobre anatomía humana, sobre los distintos lóbulos cerebrales y terminaciones nerviosas del cráneo. A simple vista había miles de caminos posibles a seguir. Miles de millones, tantos como conexiones distintas entre neuronas. A su alrededor, arriba y abajo, surcaban el tejido nervioso docenas de impulsos electroquímicos. Cada patrón de comunicaciones entre neuronas debía

codificar informaciones que provenían de los sentidos o bien órdenes que se desplazaban hacia los órganos efectores. Tal vez sólo eran pensamientos o recuerdos. Amplió la escala. Intentó superar el nivel celular por el que se estaba moviendo. Trató de dibujar un mapa de las regiones que tenía a su alrededor. Le pareció que bien podía estar en el lóbulo parietal derecho de un cerebro. Buscó un grupo de neuronas inoperativas y las excitó con todas sus fuerzas.

Desde un lugar en la Tierra un místico sintió como su pierna izquierda se levantaba involuntariamente, perdía el equilibrio y caía de bruces contra el suelo del templo en el que se encontraba. Kan sintió el cambio brusco de orientación y la oleada de pensamientos y sentimientos de sorpresa en aquel cerebro. La prueba había dado positivo. Sabía donde se encontraba después de todo. Estableció un plan de vuelo con unos puntos cardinales arbitrarios y tomó rumbo Norte todo lo rápido que pudo. “Base del cerebro”, se decía, “lóbulo frontal, quiasma óptico, ¡allí estás!”. El robot se sumergió en el grueso y blanco haz de axones que era el nervio óptico y entonces se hizo la luz. Utilizó como cámara el ojo del sujeto por el que estaba navegando. Tuvo acceso a las imágenes que veía el místico.

Por primera vez los contempló. Estaban frente a él en algún edificio oscuro. Eran humanos, de eso no había duda, pero no eran como los del anillo que él había conocido. Por aquel ojo asomaba un grupo de miles de hombres aparentemente inmóviles y puestos en pie. Había algo antinatural en ellos. No se trataba de sus extravagantes túnicas oscuras. Era la falta de movimiento propio, su ausencia de comunicación. Parecían autómatas mil veces menos animados que él. De cuando en cuando se movían pero todos a la vez. Todos giraban su cabeza en el mismo sentido y a la misma velocidad, como ejercitando una coreografía sin sentido. Si por lo menos su “cámara” hubiese estado quieta podría haberles estudiado con detenimiento. Entonces recordó que no había bajado hasta allí para llevar a cabo una investigación zoológica. Tenía que saber en qué lugar se encontraba el punto de emisión de los místicos. Sabía que estaba en las proximidades del meridiano cero, sabía la hora del día que era y el día del año en el que se encontraba. Sólo necesitaba ver la posición en la que se encontraba el sol en el cielo. Astronomía a la antigua. En algún lugar de aquel inmenso edificio había ventanas pero aquel ojo condenado no estaba quieto. ¡Sólo necesitaba ver el sol! Deseó no haber entrado él sólo allí. Si se hubiera traído alguien consigo, uno podría haber operado desde las áreas motoras de ese cerebro dirigiendo la cabeza del místico hacia un ventanal y el otro haber permanecido en el ojo midiendo el ángulo que formaba el sol con el horizonte. Pero él sólo era incapaz de hacer las dos cosas a la vez.

—¡Hola, hermano! —le dijo alguien por detrás.

—¡Ah! —gritó Kan sobresaltado— ¿Quién eres?, ¿de dónde has salido?

—Soy Kan —dijo la otra mente digital— bueno, soy tu copia, soy tu otro yo. Ya

sé que me ordenaste que me quedara en la red pero llevabas demasiado tiempo sin dar señales de vida. Pensé que podrías ser destruido, que necesitarías ayuda. Simplemente te seguí la pista.

—¡Mierda! —Kan continuaba excitado— me has asustado. Si tuviera corazón me habría dado un infarto.

—Lo siento Kan, pensé que...

—No importa —¿cómo iba a dirigirse a su copia?—, Kan 2 —sonaba bien—, ¿sabes dónde estamos?

—Creo que sí, hermano. O estoy viendo visiones o hemos ido a parar a un cerebro de los místicos ¿no?

—Estás en lo cierto. Se nota que eres yo. Escúchame —seguramente Kan 2 habría decidido el mismo plan pero él había llegado antes y contaba con cierta experiencia— quiero que te quedes aquí en el ojo. No te muevas bajo ningún concepto y sólo mide la posición del sol en el cielo ¿de acuerdo?

—¿El sol?, pero —Kan 2 dudó unos instantes—. Claro, lo comprendo.

—Voy a mover a nuestro amigo, enseguida vuelvo —y Kan volvió de nuevo al cerebro, al área motora del hemisferio izquierdo y empezó a excitar baterías de neuronas por todas partes. Los nervios craneales llevaron aquellas órdenes improvisadas hacia el cuello y hacia los músculos ciliares del místico, y aquel ser extraño fijó involuntariamente la cabeza y la vista en una de las ventanas.

—Lo tengo —dijo Kan 2, contemplando el sol sobre el cielo del hemisferio Norte de la Tierra. Luego se reunió de nuevo con Kan.

—¿Has deducido ya nuestra situación?

—Desde luego, hermano.

—Entonces vuelve a la red del anillo y ponte en contacto con Barrachina. Luego espérame allí. Si no vuelvo dentro de una hora, sal de la red y vuelve a nuestro cuerpo.

—¿Qué piensas hacer, hermano? —preguntó dudando Kan 2— Si todo va bien, los nuestros arrasarán este lugar.

—Tengo la sensación de que puedo hacer alguna que otra cosa útil todavía. Si soy destruido no importa —decía Kan impaciente—, tú eres mi copia, así que seguiré existiendo. Pero no vuelvas aquí bajo ningún concepto ¿de acuerdo?

—Está bien, lo comprendo pero ¿por qué no puede ser al revés? ¿Por qué no salvas tú el pellejo y soy yo el que me quedo?

—Porque soy tu hermano mayor. ¡Andando!

—¿Qué broma es ésta, Barrachina? —rugía de nuevo la voz de la Dawson— Sólo nos han enviado al Kepler a dos de los rehenes. En la lancha cabían perfectamente los siete.

—Ha debido tratarse de un error, almirante —contestaba Barrachina sin desviar

su mirada de la trayectoria de la Lanzadera de Fanlo, que ya había alcanzado el círculo polar Ártico—. Envíe de vuelta la lancha y le prometo que meteremos en ella los otros cinco directivos.

—Se acabó el juego, coronel —dijo la Dawson haciendo una seña al comandante del Kepler—, usted se lo ha buscado —y cortó la comunicación definitivamente. Barrachina se acercó hacia las pantallas que enfocaban a cada uno de los cruceros y vio como una decena de cápsulas de desembarco zarpaba hacia el astillero. Simultáneamente, el Kepler disparó dos misiles de taladro. Los hombres del coronel, presos del pánico, veían acercarse los dos puntos brillantes directamente hacia ellos, y unos segundos después sintieron la tremenda detonación. Los proyectiles impactaron de lleno en el astillero, abriendo un boquete por el que se escapó un chorro de gases, la atmósfera artificial del satélite. La descompresión proyectó al espacio exterior a varios hombres del coronel. Las cápsulas de desembarco estaban a pocos kilómetros del astillero, cada una de ellas traería unos quince infantes de marina armados hasta los dientes. Barrachina y los suyos no tenían ninguna posibilidad.

—¡Coronel! —dijo uno de los hombres— ¡Una llamada desde la red!

Barrachina hizo lo posible por moverse hacia el navegador. La explosión había alterado la rotación artificial del satélite y la gravedad oscilaba de magnitud y sentido de forma caótica.

—¡Kan! —gritó con una impaciencia que jamás había experimentado.

—Bueno —dijo el robot— soy Kan 2, es una larga historia.

—¡La posición de los místicos! —gritaba Barrachina, se oían disparos, los soldados estaban ya dentro del satélite y sus hombres intentaban retrasar desesperadamente que accedieran a la sala de comunicaciones— ¡Dímela, muchacho!

Kan 2 comunicó su descubrimiento. El robot había cumplido. Fanlo había cumplido. ¡Sólo necesitaba unos segundos para no fallar él! Se giró y vio como dos soldados, enfundados en sus uniformes fotón platino, disparaban desde la puerta de la sala. Seguramente todos sus hombres habrían muerto ya. Sacó el *deflater*, se acurrucó tras una silla y tomó impulso, volando hacia el radiomapa mientras disparaba sobre los dos soldados. Cayó con violencia en la terminal de radio y la enganchó con una mano, ahora sus piernas apuntaban hacia el techo. Los cuerpos sin vida y humeantes de los dos soldados taponaban la entrada a la sala.

—¡Fanlo! —gritó por el micrófono, sin dejar de apuntar con su arma hacia la puerta— Tengo la posición del objetivo.

—Adelante coronel —dijo el navatero desde la Tierra. Ahora que la lanzadera había dejado atrás la aurora boreal, todos los hombres de la nave miraban el cielo que era azul intenso. Azul como el sulfato de cobre.

—Longitud cero grados diez minutos Este —El coronel hablaba con enorme

dificultad. Casi todo el aire había salido ya del satélite y la presión de oxígeno estaba en un límite peligroso—, latitud cuarenta y dos grados quince minutos Norte.

—¡Mierda! —gritó Loctite de forma refleja.

—Me temo que tendrán que arreglárselas solos a partir de ahora —decía Barrachina mientras oía aproximarse a varios militares—, esto está poniéndose dramático por aquí.

—Mierda, mierda —proseguía Loctite.

—No puedo creerlo —decía sonriendo Gavín 1.

—¿Qué sucede con sus hombres, Fanlo? —preguntó Barrachina comenzando a disparar a las sombras que asomaban.

—Que ¿qué les pasa? Volvemos a casa, coronel.

—¿A casa?

—Sí, coronel. Esas coordenadas están en el antiguo Aragón. El objetivo que tenemos que reducir a un amasijo de moléculas es un lugar llamado Torreciudad.

El coronel Barrachina en ese momento fue atravesado por tres disparos certeros de los soldados. Los rincones donde hasta entonces había tenido el corazón, la cabeza y el estómago, mostraban amplios boquetes por donde la sangre manaba y quedaba flotando en burbujas oscuras por la sala de comunicaciones del astillero. Su cuerpo inerte quedó a la deriva.

20 PARES COOPER.

Los navateros regulaban como podían sus secreciones adrenales a medida que descendían por el hemisferio Norte de la Tierra camino del objetivo. No había nadie ya que les guiara desde el anillo ni puñetera falta que les hacía. El viejo Loctite conocía aquella ruta. Se trataba de viajar a casa desde el polo Norte. Un oportuno viento de veinte nudos procedente del Sur les facilitaba la sustentación en el aire. Ahora estaban atravesando un océano, Loctite decía que se trataba del Mar del Norte. Parecía que el casquete polar estaba bastante debilitado por allí. Las banquisas de hielo presentaban más y más grietas conforme avanzaban. Llegó un momento en que todo eran icebergs y luego sólo agua. Agua azul. Pero duró poco porque en unos minutos se adentraron en un continente. Volaban sobre tierra firme. La temperatura allí abajo debía ser de varias decenas de grados bajo cero, pero les resultó enter necedor divisar algunas manchitas teñidas de verde. Quizá sólo fueran bacterias fotosintéticas como las que vivían en simbiosis con Gombau, pero era indiscutible que la vida se abría paso autónomamente en el planeta. Loctite señaló hacia babor, indicando el cráter que un día había sido París y les contó algunas historias sobre cómo eran de hermosas las ciudades antes de la guerra y de la evacuación.

—Será mejor que nos preparemos —dijo Fanlo—, no tendremos demasiadas oportunidades. Gombau, tú te ocuparás de los tubos lanzatorpedos —Y el navatero bajó por la escalerilla que conducía al morro del aparato, no sin antes dar instrucciones a su asistente craneal para entrar en modo maniobra.

—Clones Gavín —prosiguió—, vais a encargáros de los láser. Primero sólo fijareis el blanco. Dejad que Unaware dispare primero. Luego vuestra labor será responder si hay algún contraataque.

Las dos gemelas se sentaron ante los controles de los morteros láser que habían instalado los chimpancés. Fanlo no pudo evitar mirar los cuerpos que se intuían tras los ceñidos trajes inteligentes de arseniuro de galio.

—Te vemos, Donovan —dijeron a la vez las Gavín, permaneciendo de espaldas a él. Fanlo apartó la vista de inmediato. Olvidaba con frecuencia que los ojos de las clones sólo eran cámaras que usaban de cuando en cuando. Que su verdadera visión tenía lugar a través de sus envueltas, visión de trescientos sesenta grados.

—¿Y yo, Donovan? —preguntó Loctite.

—Tú serás mi navegador, conoces el terreno. Pero ¿qué coño es eso? —preguntó Fanlo cuando vieron crecer una nueva masa blanca que ascendía majestuosamente sobre el horizonte—. ¿Otra vez hielo?

—Son los Pirineos, Donovan —explicó Fanlo sonriendo con satisfacción de montañés revenido—, es la gran cordillera, seguramente será un casquete menor. Llegamos a casa.

La lanzadera pasó rozando los picos que sobresalían por el inmenso bloque de hielo. Tomaron como referencia una lengua glaciar que continuaba por un profundo valle. De nuevo algunas manchas verdes desperdigadas aquí y allá.

—Todos listos —gritó Fanlo—, tres minutos para llegar al objetivo y descendemos.

—Altura, cuatro mil metros —avisaba Loctite—, tres mil.

Gombau y las Gavín habían puesto en marcha el armamento. Luces y series numéricas zumbaban por todas partes. Olor a destrucción.

—Un minuto para el objetivo.

—Altura mil metros. Quinientos.

—¡Objetivo a la vista! ¡Unaware, reprograma! —si hubiera funcionado el radar, habrían estado preparados y hubieran fijado el blanco automáticamente, pero al volar a la antigua usanza habían tenido que esperar a tener Torreciudad ante sus mismas narices. El objetivo aparecía como un montón de edificaciones oscuras y caóticas situadas en la falda de un pequeño relieve. Alguna torre sobresalía del montón de construcciones. Fanlo hubiera jurado que aquello sólo eran ruinas, pero Barrachina les había asegurado que allí se escondían los místicos.

—¡Fuera los dos primeros! —gritó Gombau tras hacer los oportunos cálculos a toda velocidad, y dos proyectiles abandonaron la proa del vehículo dejando tras ellos dos estelas blancas que se dirigían contra el centro de las construcciones. El transbordador ascendía y se desviaba de la posición de tiro cuando los torpedos hicieron explosión y reventaron varios de los muros, provocando una lluvia de fuego y escombros que rodó ladera abajo. En el anillo cuando algo explotaba se expandía en todas direcciones. Aquí las cosas iban hacia abajo. Siempre hacia abajo.

—¡Blanco, Unaware! —dijeron todos alborotados— Enhorabuena, daremos otra pasada —Fanlo hizo virar el vehículo en una maniobra torpe, lenta y costosa. En el Sistema Solar, un par de impulsos con los propulsores y asunto solucionado, aquí había que hacer mover los timones situados en las alas y dejar que el aire te obligase a girar, describiendo amplias trayectorias parabólicas.

—¡Contraataque! —dijo Gavín 1 mirando su pantalla— por todas partes.

—Mierda —se estremeció Fanlo, acelerando y haciendo ascender bruscamente la lanzadera. Otra vez los estómagos hundiéndose hasta los pies. Un millar de proyectiles pequeños pasó silbando cerca de los navateros. Alguno impactó pero el vetusto titanio seguía resistiendo.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Loctite.

—De los edificios, del interior de la montaña, de la lengua del glaciar —contestaban las Gavín sin dejar de barrer el suelo con impactos de láser a potencia máxima. Torreciudad ardía en destellos crujientes—. Ahí viene otra andanada.

—Mierda —dijo otra vez Fanlo mientras hacía ascender en círculos al vehículo

con la ayuda de una oportuna corriente térmica—. Vámonos de aquí.

Unos minutos después los navateros estaban a cincuenta kilómetros de altura. Una altura segura, por lo que parecía. Pero eso no era gratis. Allí estar quieto suponía gasto de combustible y tenían que guardar algo para regresar al anillo.

—Parece que sólo hay daños menores —decía Loctite después de haber revisado el casco interior de la nave—, deben estar bastante atrasados en armamento convencional. Eso espero.

—Vamos a ver —susurró Fanlo intentando poner en orden sus ideas—, los malditos místicos deben estar bajo tierra. Ese monasterio o como se llame, debe ser sólo la punta del iceberg. Vamos a bajar otra vez pero esta vez vosotros iréis en los vehículos auxiliares. Cargados de bombas. Yo me lanzaré hacia ellos y dispararé cuanto pueda contra la base del monte. Vosotros intentad colaos dentro y arrojad vuestras bombas. Si me alcanzan, dispersaos y llamad a los militares. Ellos deben estar viéndonos ¿no? Supongo que se habrán convencido ya. Vendrán a rescataros.

Conforme, Donovan —dijo Loctite rascando su calva cabeza—, pero con un pequeño matiz. Yo me quedaré en la lanzadera, tú irás en un auxiliar.

—De ningún modo, yo...

—Loctite tiene razón —dijeron las gemelas—, él conoce el terreno y tú has fallado ya una vez. Es lo mejor para todos —Gombau asintió y Fanlo accedió a regañadientes. Las gemelas Gavín desearon suerte al viejo y le dieron un beso de despedida. Loctite tomó los controles de la nave nodriza y los otros cuatro navateros se introdujeron en los diminutos monoplazas que estaban alojados en la panza de la lanzadera. Tres metros de eslora cada uno. Ergonomía pura. La escotilla superior se abrió, los cuatro auxiliares salieron al exterior como saltamontes y extendieron sus alas. Luego se dispersaron y cayeron hacia el suelo por cuatro puntos diferentes dirigiendo su vuelo rasante hacia Torreciudad. Las carcasas silbaban. En el centro la lanzadera descendía en picado con las armas a punto de caramelo.

Kan estaba cogiéndole el punto a navegar por dentro de los cerebros humanos. Había sentido alarma en el interior de aquel neocórtex cuando había tenido lugar la primera de las explosiones “ya están aquí los chicos de Barrachina” había pensado, pero aquellos seres a los que había estado llamando místicos, no tenían mentes como las que él había conocido. En la red informática del anillo había conocido a miles de seres humanos. A verdaderas personas que navegaban por ella, a seres humanos sin cuerpo que vivían grabados en los ordenadores de Cybérica. Pero pese a la inmensa diversidad con la que se había topado, todas las mentes humanas compartían un rasgo común. La individualidad. Los seres humanos, las mentes de Cybérica podían comunicarse y podían interactuar de i infinidad de formas diferentes pero nunca, nunca, se fundían una con otra. Eran como grupos de electrones, capaces de acercarse pero nunca de juntarse. La igualdad de cargas los hace repelerse. Pero recordó que en

los superconductores las cosas cambiaban. Los electrones no sólo no se repelen sino que se asocian formando los pares Cooper. Ese parecía ser el secreto de los místicos. Habían desarrollado algo parecido a un tejido superconductor en el que sus mentes se asociaban y se fundían formando una supermente, una superconciencia colectiva. Eso explicaba el por qué los movimientos que había observado en ese grupo de místicos parecían antinaturales, maquinalmente coordinados. Los místicos no eran un grupo de individuos. Habían conseguido el modo de unirse en un solo superindividuo. Habían fundido sus mentes en una entidad nueva y la habían proyectado una y otra vez contra los ordenadores del anillo, causando desastres neurológicos como el que había presenciado en la granja, entre los pobres seres humanos individuales de allá arriba. “Lo que daría Barrachina por saber esto” se decía. Pensó que debía pasar a la acción. Viajó hasta el tallo cerebral de aquel encéfalo y activó las neuronas del sueño. Bajo tierra, un místico cayó al suelo víctima de un profundo sueño repentino. “Esto marcha” pensó. Luego, aprovechando el incomprensible tejido superconductor, saltó de místico en místico haciéndolos caer uno tras otro. Buscó los emplazamientos donde guardaban las armas con las que habían disparado al vehículo de los hombres del coronel. Se cebó con los místicos artilleros.

Los cuatro vehículos auxiliares de los navateros se aproximaban al objetivo desde la superficie castigada de neviza. La lanzadera caía en picado sobre las edificaciones de Torreciudad. Se encontraba ya a distancia de tiro pero no disparaba sus torpedos.

—Ha sido una equivocación —dijeron Gavín 1 y Gavín 2.

Gombau no dijo nada.

Entonces la lanzadera se precipitó contra el suelo, impactando de lleno en la base del monte que sostenía a las edificaciones. La explosión fue brutal, la onda sísmica hizo que se resquebrajara el hielo cercano y la montaña de desplomó sobre sí misma.

—¡Yo no he sido! —gritó Fanlo.

Lo que percibieron las Gavín.

Gavín 1 y Gavín 2 estaban acercándose al objetivo cada una desde un punto del horizonte, dispuestas a meter sus bombas en los resquicios de la montaña que abrieran los torpedos de la lanzadera, sin embargo no podían concentrarse. El viaje por el planeta madre había despertado en ellas una especie de memoria primitiva, guardada, dormida en el lenguaje de su ADN pero de ningún modo muerta. Ahora que habían regresado al hogar de sus ancestros, algo despertaba de su letargo. Tal vez fuera su mente amplificadas cibernéticamente gracias a los trajes inteligentes que portaban, pero era como si todos sus antepasados les estuvieran hablando directamente en los cerebros. Recordaron cómo las primeras bacterias chapoteaban en el caldo primigenio, intentando individualizarse del medio inorgánico del precámbrico. Tuvieron la visión del primer agrupamiento pluricelular entre un universo de microbios. Sufrieron al recordar como un antepasado reptil mamiferoide

sacaba sus crías adelante en un mundo lleno de depredadores. Percibieron las sabanas africanas que un homínido primitivo contemplaba con su consciencia limitada. Ahora todo eso era una única voz. Era la biosfera misma la que hablaba. Y no les quería allí. Biosfera había contemplado a millones de formas de vida a lo largo de cuatro mil millones de años de evolución biológica. La evolución había creado vida hermosa y diversa, pero también había hecho aparecer inteligencia y el experimento no había resultado demasiado bien. El impacto del asteroide lo había precipitado todo. La inteligencia debía renunciar al planeta e iniciar su propio camino en el universo. Debía separarse definitivamente de la vida y buscar un soporte completamente nuevo. El anillo y Cybérica sólo eran eslabones intermedios hacia lo que estaba por venir. En la Tierra, desprovista ya de humanos, la vida se recuperaría y florecería otra vez. Las mutaciones y la selección natural podían forjar milagros. Sólo quedaba un pequeño problema. Aquel enjambre de místicos que estaba empezando a ser una amenaza para los planes de Biosfera. Por eso se les había permitido bajar sin problemas. Por eso se habían encontrado con una brisa por proa, por eso una corriente ascendente les había facilitado el ascenso cuando el contraataque de los místicos. Ahora llegaba la hora de la verdad. Debían hacer un sacrificio por destruir el santuario místico y después marcharse para siempre.

Las dos gemelas miraron simultáneamente como la lanzadera caía a toda velocidad.

—Ha sido una equivocación —dijeron ambas. Luego, la explosión.

Lo que percibió Donovan Fanlo.

El auxiliar de Fanlo estaba volando a ras de suelo en dirección al objetivo. El frágil fuselaje vibraba de forma inquietante pero eso no le importaba. Le habían humillado. Le habían dicho que había fracasado y le habían otorgado un papel secundario siendo el capitán. Era un sentimiento infantil, sí. En el fondo era un crío pero es que se sentía un imbécil. No por aquella descabellada operación sino por los cinco años que había pasado con su tripulación. Cinco años perdidos en la navata. Cinco años en los que lo que más había deseado en el mundo era haber podido tirarse a las clones Gavín. Pero nada, no había habido manera. Él se había desvivido en favores y en amabilidad, pero que si quieres arroz. Todas esas operaciones a las que se había sometido para impresionarlas, toda esa ingeniería genética en clínicas de mala muerte. Todo para hacer ver que comulgaba con esa mierda metafísica del nuevo ser humano que a ellas les fascinaba, dinero tirado inútilmente. Habían continuado ignorándole como si nada. Para colmo preferían como piloto al viejo Loctite. Incluso se habían despedido de él con un beso. Mientras cumplía etapas a gran velocidad sobre el hielo, notaba como iba subiendo su cólera. Estaba empezando a cabrearse y eso no era bueno. Su cuerpo tenía el doble de tejido nervioso que el de un ser humano de tipo silvestre y en alguna ocasión había oído a esas dos golfas

gemelas que su ira podía proyectarse hacia el exterior como una consciencia extendida, causando males a terceras personas. Pero ¿cómo librarse del odio que sentía en ese momento hacia el viejo Loctite?, ¿cómo superar aquel ataque de celos? Entonces levantó la vista y advirtió como el transbordador se lanzaba sobre la base de la montaña y explotaba aparatosamente.

—¡Yo no he sido! —acertó a decir sobresaltado.

Lo que percibió Loctite.

Francho Loctite, al mando de la lanzadera, había visto partir a los cuatro auxiliares alejándose de él a toda velocidad. Armó todos los torpedos e inició el descenso, inclinando el morro del aparato hacia el suelo. Cuarenta y cinco mil metros. Era chocante estar de nuevo sobre aquel lugar. Jamás hubiera pensado que alguno de aquellos monstruos había salido con vida de la evacuación. Cuarenta mil metros. Monstruos, sí. Sólo así puede llamarse a la gentuza que le había educado en aquel colegio religioso y en el que varios hombres con sotana habían abusado sexualmente de él, siendo niño. Incluso habían querido castrarle para que cantara en un coro. Algo de que su voz sonaba como la de los ángeles. Se recordó a sí mismo huyendo del colegio en una helada madrugada de febrero tras haber atrancado las puertas y haber incendiado el edificio con sus profesores dentro. Treinta mil metros. Aquel había sido su secreto mejor guardado. Había vivido en paz durante los años que habían transcurrido desde la evacuación. Una paz que sólo le proporcionaba el pensar que ni un solo religioso seguía vivo, que todos habían muerto achicharrados bajo los misiles de la recién formada Federación. Quince mil metros. Por eso cuando había tenido noticias de Barrachina, cuando había oído que alguno de ellos continuaba en la Tierra, había intercedido para que su navata fuera la elegida en la operación de limpieza. Tal vez los místicos, como los llamaba Barrachina, no eran exactamente lo mismo que él odiaba con tanta intensidad, pero serían sus descendientes. Llevarían su semilla de maldad. Cinco mil metros. ¡Condenación!, cuánto deseaba hacerlos desaparecer. Hubiera ofrecido con gusto su remendada y artificialmente prolongada vida con tal de hacer desaparecer de allí a todos esos miserables. ¡Un momento!, y ¿por qué no? Sus compañeros estarían a salvo. El ejército no tardaría en rescatarlos. Comprobó el rumbo. Rumbo de colisión. Todo estaba bien. Cerró los ojos.

Lo que percibió Gombau.

(...)

Unaware Gombau no percibió nada. El pensamiento no estaba entre sus actividades preferidas y en situaciones de riesgo un procesador potentísimo tomaba decisiones por él.

Biel XVI, los restos de Biel XVI que se encontraban montados sobre el cilindro

de cincuenta centímetros, habían recobrado la consciencia a bordo de la sala de tortura del Kepler. Había oído cómo algunos miembros de la tripulación hablaban sobre la destrucción del astillero secuestrado por los hombres de Barrachina. Se repasó a sí mismo y evaluó los daños. Harsvik le había triturado los sesos. Se los había batido concienzudamente, sin prisa, lóbulo a lóbulo, sin olvidarse de una sola neurona. Se sentía como si hubieran pasado su mente por una capoladora, se la hubieran embutido en una tripa de cerdo y ahora estuviera colgando al aire fresco de una secadora, con sus ideas y recuerdos evaporándose en el proceso de curación. Su cerebro necesitaría una seria reparación pero por fortuna su placa cyb, su vieja placa cyb, continuaba operativa. Hizo un esfuerzo sobrehumano y se conectó a la red. Pudo comprobar la batalla sobre la pradera de la iglesia románica e incluso encontró a Kan 2 que le relató lo que estaba pasando en la Tierra. Decidió que antes de morir definitivamente todavía podía hacer algo útil. Salió de la red y fijó su mirada en Harsvik que estaba recogiendo con sus sicarios algunos instrumentos con los que le había torturado. Bombeó su odio y le escupió un falso recuerdo, de esos que sólo él podía introducir en mentes ajenas. Harsvik tuvo la sensación de haberse hecho sus necesidades encima. Incluso recordaba un olor fétido. Salió precipitadamente hacia el urinario más cercano. Luego miró a uno de los torturadores y le escupió el falso recuerdo de que la almirante Dawson le había ordenado hacía rato enfocar uno de los telescopios del crucero hacia un punto de la Tierra. Un punto situado cerca del meridiano cero en el hemisferio Norte. El hombre salió zumbando en dirección a los periscopios y poco después contempló sorprendido la batalla que se libraba en la Tierra. Corrió hacia el puente de mando y encontró a la almirante Dawson comprobando la identificación de los que habían muerto en el asalto al astillero. Barrachina estaba entre ellos, naturalmente.

—Almirante —dijo el torturador—, he conectado el telescopio como me ordenó.

—¿Qué está diciendo este majadero? —preguntó la Dawson al comandante—, yo no he ordenado nada.

El hombre quedó momentáneamente paralizado por tal respuesta pero se repuso pronto.

—La Tierra, almirante. Allí abajo hay una batalla.

—Pero ¿qué está diciendo? ¡Periscopio! —La almirante se abalanzó sobre la pantalla y contempló como una lanzadera disparaba sobre una posición elevada. Luego vio claramente los disparos que salían desde la montaña, haciendo retroceder al vehículo. Luego todo lo demás. Pidió comunicación urgente con la presidenta del consejo. N'Dongo apareció en el visor con el rostro desencajado y las espesas trenzas desordenadas.

—Lo he visto, almirante —dijo—. Organice su flota y descienda inmediatamente allí.

—¿Qué descienda, señora presidenta? —gritaba la Dawson—. La amenaza era real, ellos estaban en lo cierto y los he matado a todos ¿comprende?

—Eso ahora no tiene importancia, almirante. Debe ponerse al frente de sus tropas y...

—¡Basta! —interrumpió la Dawson— He acabado, presidenta. Por primera vez necesita usted un militar y no una asesina como yo. Abandono —la Dawson cortó la conversación y bajó las escaleras del puente, ante la atónita mirada de la tripulación del Kepler. La propiedad transitiva se cumplía por última vez.

Kan, tras poner fuera de servicio a varias decenas de místicos, pensó que debía salir pitando de allí. Había hecho lo que había podido y cuando percibió en un cerebro místico que la lanzadera estaba cayendo como un kamikaze neurasténico, se montó en el tornado y ascendió a la misma velocidad a la que había llegado allí. Se encontró en un segundo dentro del ordenador cuántico del anillo, y una vez allí, observó como el programa parásito que tantos quebraderos de cabeza les había causado a él y al Buscador, sencillamente se desvanecía. Lo mismo que el tornado. Desintegrados para siempre. Quizá eso era sólo el principio pero los resultados parecían prometedores. Regresó a la visión *soft* y localizó a su hermano Kan 2, huyendo en vuelo rápido de los etéreos que querían celebrar la victoria, todavía con sus uniformes napoleónicos. Kan y su otro yo volaron hacia una gatera de salida.

—Pero —preguntó Kan 2— ¿quién sale, hermano?

—Tienes razón —dijo Kan—, hemos sobrevivido los dos pero sólo tenemos un cuerpo.

—Bueno —dijo Kan 2 con resignación— yo soy la copia, sal tú.

—Pero tú eres yo, tienes mis recuerdos, mis capacidades, mis sentimientos. Identidad del programa, muchacho.

—Hermano, tenemos un problema.

21 REGRESO II. LA FUNDACIÓN DE NUEVO ARAGÓN.

Ingravidez, silencio. Era sorprendente cómo había cambiado todo. Resultaba extraño pensar que en tan poco tiempo las cosas hubieran salido según los designios de Biel XVI y los suyos. El Canciller repasaba mentalmente los discursos que inaugurarían oficialmente su nueva residencia. Por un momento sintió una ráfaga de alarma. ¿Se trataría de una de aquellas malas pasadas que le jugaban los generadores de ensueños? No. Esta vez no. En esta ocasión estaba absolutamente despierto. Se tranquilizó mirando a los suyos y a los militares de la Federación. Ya no eran sus guardianes o sus torturadores, sino sus escoltas. Sonrió desde la butaca y cruzó los brazos de su nuevo cuerpo. Uno salido de un taller de montaje federal pero con el toque inconfundible de la doctora Temple, que a partir de ahora sería su consejera de sanidad. Ya no había articulaciones chirriantes ni superficies oxidadas. Con él sería más alto y corpulento, y no era enteramente mecánico. Disponía de algunos órganos vivos, especialmente aquellos implicados en la sensibilidad y el disfrute de sus sentidos. De todos sus sentidos. Una fortuna en biónica e injertos de tejidos.

El jefe de protocolo explicaba que el *Space Cargo* retrasaría su ataque en el puerto, hasta que saliera el sol en aquella zona del anillo. Un amanecer sobre el asteroide daría un carácter solemne al acto. Dos empresarios obesos se habían sentado a su lado y le hablaban de las posibilidades de inversión que se abrían, pero Biel XVI no prestaba atención. Repasó una vez más los sucesos acaecidos tras el descenso de los navateros a la Tierra y la destrucción de Torreciudad. Pese a las graves pérdidas sufridas, pese a la muerte de Barrachina y a las torturas que él mismo había soportado, aquel golpe de mano había abierto por fin los ojos al gobierno. La Federación pasó entonces a la acción. ¡Vaya si pasó a la acción! La noticia de que la causa de la epidemia estaba en la Tierra corrió como la pólvora en todos los canales de cybervisión, y la presión política y económica forzó al gobierno a enviar todas las tropas disponibles a la Tierra para rastrear cada palmo de terreno y aniquilar a los místicos. Los satélites militares bombardearon sin piedad sus madrigueras, escondites como Torreciudad, Lourdes, Fátima, Salt Lake City y otros donde se habían refugiado los descendientes de los guerreros de la fe, y donde habían planeado su venganza durante cuarenta años. Una venganza que había estado a punto de consumarse, pero que había sido felizmente desbaratada por los hombres del Canciller.

Biel XVI sonrió disimuladamente. Creyó reconocer a uno de los soldados que viajaban con él. El gobierno no había tenido más remedio que rehabilitarle y acceder a sus demandas. En un acto público de desagravio celebrado en el satélite Olimpo ante las máximas autoridades de la Federación, el Canciller fue absuelto de todos sus cargos. La Presidenta N'Dongo en persona suplicó ante el Senado que Biel XVI

aceptara sus disculpas y reconoció su error. Pero las compensaciones no quedaron ahí. La Federación derogó el decreto por el que Aragón había quedado formalmente disuelto y declaró a la nación de Biel XVI como estado asociado de pleno derecho. No hubo dudas respecto a qué persona ocuparía la Cancillería.

Las luces de proximidad gimieron y el vehículo oficial ancló suavemente en el asteroide, acompañándolo en su rotación artificial. Se abrió la escotilla y una guardia de honor formó para recibirle. Una guardia un tanto especial. Eran policías bajitos y con la espalda un tanto encorvada. Eran chimpancés, los piratas que había contratado en la Luna y que ahora formarían el cuerpo de policía aragonesa. Su oficial, el ahora comandante Rufus Kabir, se aproximó hasta él y le saludó militarmente. El chimpancé sería desde entonces su consejero de seguridad. Ambos sonrieron. Ambos habían cumplido su palabra. Ambos eran hombres de honor.

El séquito acompañó al Canciller durante un buen rato por las tripas del asteroide. Aún estaba en obras, eso era evidente, pero la Federación no había reparado en gastos. Abundante maquinaria de perforación trabajaba sin descanso excavando túneles y cavernas bajo la atenta mirada de jubilados asesores. Se había trabajado duro porque el asteroide estaba ya listo para acoger colonos. Disponía de zonas acabadas de viviendas y de otras destinadas a fábricas y servicios, incluso estaba ya listo el gran invernadero que lo dotaría de atmósfera propia. Aquel era un regalo especial del ministro federal de colonización. Un asentamiento hecho a medida de los ciudadanos que iban a poblarlo. Un hogar cómodo y comarcalizado. Un asteroide personal para Biel XVI y su pueblo que se llamaría, por supuesto, Nuevo Aragón.

La comitiva avanzó por la avenida periférica excavada en la masa de hierro y níquel camino de la plaza principal donde Biel XVI pronunciaría su discurso de investidura. Algunos cabezas cortadas, operarios de la construcción, dieron vítores al paso del Canciller. —“Eso es”, —pensaba— “haced que crezca mi ego, que se me salga por las narices”.

También había robots mineros. La Federación había puesto al servicio de Nuevo Aragón lo último en tecnología. Biel XVI hubiera deseado tener a su lado a Kan, incluso le había ofrecido el puesto de consejero de nuevos humanos, pero éste se había negado. No insistió porque sus asesores le aseguraron que el diminuto robot, el que había sido mano derecha de Barrachina, estaba desarrollando ciertos problemas de funcionamiento desde su aventura en la cabeza de los místicos, de modo que le permitió seguir su propio camino.

Kan se había topado con el peor dilema de su existencia el día que atacó a los místicos. Su cuerpo había permanecido en el cráter lunar, conectado al navegador. Pero su mente digitalizada se había duplicado en previsión de una muerte probable. Cuando regresó sano y salvo se encontró con Kan 2, que era copia de él mismo. A ninguno de los dos les pareció razonable dejar a uno de ellos para siempre en

Cybérica y optaron por una solución traumática. En teoría el cerebro electrónico de Kan disponía todavía de suficiente memoria en el disco duro, por lo que se volcaron los dos en el cuerpo. Los dos a la vez. Al desconectarse del navegador, Kan no sintió nada especial. No había dos mentes en el mismo cuerpo robot. Pensó que al ser dos versiones de un mismo programa su hardware habría eliminado automáticamente la información redundante. Pero con el paso de los días comenzó a experimentar sensaciones extrañas. Las subrutinas más simples se convirtieron en dilemas. Ante algunos problemas, sentía como si alcanzara dos soluciones alternativas a la vez y algo le obligara a transitar por dos caminos diferentes. Tuvo la sospecha de que su copia seguía allí. Aunque aparentemente tenía un solo yo, parecía como si su cuerpo estuviera gobernado por dos consciencias diferentes. Por primera vez tuvo dudas y sintió indecisiones, como si una nave fuera pilotada a la vez por dos capitanes que no se ponen de acuerdo en el rumbo a tomar. Pensó que su viaje le había trastornado y acudió a médicos y robotistas. Ninguno pudo encontrar ninguna patología. Estuvo muy preocupado hasta que pudo charlar del asunto con la doctora Shirley Temple. Ella le tranquilizó. Le aseguró que la doble mente no era un asunto anormal visto desde la perspectiva humana. Que cualquier ser humano sano tenía, no dos, sino hasta una decena de módulos cerebrales tomando decisiones independientemente, a veces incluso contradictorias. Que la aparente unicidad del yo sólo era una ilusión. Que cualquier ser humano podía comportarse como diez personas distintas en diez situaciones distintas. Que el cerebro humano era una jaula de grillos, que en ocasiones consigue sobresalir uno y en otras ocasiones un competidor. Kan comenzó a comprender que se estaba convirtiendo en algo verdaderamente inteligente, en algo biológicamente inteligente. A partir de aquel día se hizo llamar Kan-Kan. Se instaló en la Luna donde montó un negocio de platos precocinados. Reinventó las borrajitas y las comercializó como comprimidos liofilizados.

Las luces halógenas se desvanecieron y el sol asomó de modo tenue por las claraboyas de los suelos de la avenida. El alba hizo brillar algunas de las estatuas que jalonaban el camino. Desde sus pedestales les miraban San Jorge, Servet, Goya, Cajal. Muy pocos de los que escoltaban a Biel XVI reconocían alguna de las personalidades esculpidas en negro acero, pero la última de ellas, era especial. Representaba al coronel Barrachina erguido, noble y orgulloso, con el uniforme que había llevado el día de que había ofrecido su vida por Aragón y su Canciller. El grupo se detuvo. Biel XVI dirigió unas palabras de honor y agradecimiento a Barrachina y luego lloró. Los guardias se descubrieron y bajaron la mirada. Por la cara de Biel XVI bajaron varias lágrimas que tenía preparadas en sus glándulas artificiales y que ahora podía hacer segregarse a voluntad gracias a sus nuevos injertos nerviosos. Luego continuaron la marcha.

Llegaron a una caverna donde un nutrido grupo de personas aguardaba.

Destacaban algunas autoridades federales, pero sobre todo los recién nombrados consejeros de Biel XVI. Le saludaron varios de ellos y luego charló distendidamente con Donovan Fanlo y con la doctora Temple. Fanlo, el nuevo y flamante consejero de ordenación territorial, había desmantelado su navata poco después de la batalla de Torreciudad. Tras el suicidio de Loctite y la explosión de la lanzadera, había huido del lugar en su nave auxiliar llegando tan lejos como pudo hasta que agotó el carburante. Luego encendió las radiobalizas y esperó durante dos días a ser rescatado por el ejército. Cuando lo encontraron, estaba congelado y cegado por la radiación solar en una meseta llamada La Muela. Su cuerpo fue llevado de vuelta al anillo y pudieron descongelarlo a tiempo en una unidad médica de microondas a bordo del crucero Polidux. Nunca volvió a ver a Gavín 1 y Gavín 2. Tampoco ellas retomaron el trabajo de caza de cometas y optaron por embarcarse crionizadas en una de las expediciones que partieron hacia el sistema Barnar, junto con unos pocos humanos, abundantes inteligencias artificiales y millones de etéreos a bordo de ordenadores moleculares. Siguieron hasta el final con sus ilusiones sobre la nueva humanidad y con sus delirios de establecer nuevas colonias para expandir la inteligencia por las estrellas. El gobierno alentó y potenció estos movimientos migratorios para librarse de los cada vez más molestos humanos digitales. Las gemelas no se despidieron de Fanlo y esto le irritó, pero le dejaron un regalo. Dos ojos artificiales de quita y pon, uno de cada color, uno de cada una de ellas. Gracias a ellos y una vez descongelado pudo volver a ver.

La doctora Temple sonreía dulcemente al Canciller. También se había compuesto para la ocasión. Sus labios albergaban a duras penas una dosis extra de colágeno. Parecían salchichas de soja como las que sirven en las tabernas de Nueva Indochina. Vestía una blusa de corte romántico de gran cuello, con corbatín y puños plisados de vuelo; chaleco adornado con pasamanería y lazadas trenzadas a la espalda, y pantalón de pitillo ajustado de cinturón aterciopelado; un conjunto clásico pero desenfadado, apropiado para la mujer que busca sentirse cómoda y a la vez elegante y atractiva. La doctora Temple había dejado la clínica lunar cuando su amante le ofreció el puesto de consejera de sanidad. Ella aceptó de buen grado para estar al lado del Canciller, haciendo gala del dicho ése que asegura que detrás de todo gran hombre hay un gran transexual, o algo parecido. Tenía grandes planes. Abriría en el asteroide varias clínicas de trasplantes e ingeniería genética. También crearía abundante infraestructura hotelera y en poco tiempo Nuevo Aragón sería una gran potencia en turismo médico. Biel XVI, antes de empezar a caminar de nuevo, le tomó la mano y se la besó. Le había prometido que la convertiría en su esposa, pero eso es otra historia.

El grupo formado por el Canciller, sus consejeros, representantes de la Federación y los guardias, enfiló la última recta. El destino estaba ya cerca, se oía el griterío de la

gran plaza central. En ella estaba el palacio de gobierno. Un edificio de una sola pieza esculpido en las aleaciones metálicas del asteroide, imitación de la arquitectura civil renacentista, con grandes aleros y arcos dobles en las ventanas. Biel XVI y los suyos penetraron en el palacio por la parte trasera y ascendieron por la escalinata. Cuantas personas se cruzaban en su camino le ofrecían ceremoniosas reverencias. El edificio parecía ser un lugar acogedor pese a su sobria decoración, pero ahora eso no tenía interés. Era su vanidad lo que importaba. Fue directo hacia una gran terraza desde la que pronunciaría su discurso. Banderas y pantallas adhesivas decoraban todas las ventanas del edificio. Tomó aire y se asomó por fin a la plaza, levantando los brazos. Unas tres mil personas congregadas para la ocasión, sus ciudadanos, saludaron desde abajo y gritaron al verle agitando innumerables banderitas con barras rojas y amarillas. Eran gritos un tanto extraños, desganados, carentes de convicción. Biel XVI miró complacido de nuevo hacia su consejero de seguridad, el comandante Kabir. Este le devolvió un saludo cómplice. El chimpancé había cumplido. Puesto que casi ninguno de sus ciudadanos había mostrado el más mínimo interés en acudir al acto de investidura, los hombres de Kabir se habían empleado a fondo repartiendo sobornos y amenazas. Y había dado resultado porque la plaza estaba llena. La situación le complacía. Miles de personas estaban allí contra su voluntad para verle a él y eso le gustaba. Le hacía sentirse poderoso. Siempre había opinado que la mejor forma de gobierno era el despotismo ilustrado. Pero ahora pensaba que mejor dejaría a un lado la ilustración y sería un déspota sin más. Barrachina no hubiera aceptado aquello, pero es que el coronel era un romántico. A la mierda, pensaba Biel XVI. Barrachina estaba muerto y él prefería como consejero a un pirata lunar que a un pobre paleta.

Debía comenzar ya con su discurso pero la situación le aturdió. Tras la muchedumbre, abundantes pantallas tridimensionales de doble sentido mostraban distintos canales de Cybérica desde donde los etéreos veían la ceremonia. Unos espectros con ridículos pañuelos verdes ejercitaban una y otra vez un absurdo dance como un bucle de Moebius sin sentido. Entre ellos no estaba el Buscador, el etéreo que les había sido de gran ayuda en la batalla de la iglesia. Estaba muerto, si es que puede usarse esa palabra con un software, por pura fanfarronería. El Buscador había apostado con un prestigioso experto en computación, que podría viajar hasta el Sol a bordo de ondas de radio codificadas y luego regresar indemne a Cybérica. A fin de cuentas, la memoria de los ordenadores del anillo donde vivían los etéreos la componían átomos de hidrógeno con sus electrones en cero o en uno, y si algo no faltaba en el Sol era hidrógeno. Se llegó a debatir si los etéreos podrían viajar al interior de las estrellas. El Buscador aceptó el desafío y fue emitido desde una antena directa hacia el sol. Viajando a la velocidad de la luz, necesitaría al menos ocho minutos para llegar y otros ocho minutos para volver. Fueron dieciséis minutos de

expectación los que se vivieron en numerosos foros científicos. El Buscador llegó hasta la mismísima fotosfera solar y se grabó en el hidrógeno ardiente, pero allí comprendió que se había precipitado. El potente campo magnético solar comenzó a hacer trizas la elegante radiofrecuencia que lo trasportaba. Comprendiendo que iba a ser definitivamente aniquilado, reunió las escasas fuerzas que le quedaban y se concentró para enviar de regreso al anillo un último mensaje, un último pensamiento. Los científicos de la Federación se sobresaltaron cuando varios observatorios orbitales recibieron una señal de radio procedente del Sol. No era natural, portaba información. Durante unos momentos las interrogantes se reavivaron, ¿podrían los etéreos viajar por las estrellas? El mensaje era alto y claro. Una vez descifrado, todos estuvieron de acuerdo en su contenido. Era corto y provenía sin duda del Buscador. Decía:

“JÓDETE QUE YA HE LLEGADO”

Un centenar de fuentes de hormigón arrojaban agua teñida con anilinas y carotenoides, y una música estrepitosa de bandurrias y castañuelas salía de todas partes. El recién nombrado almirante Harsvik, máxima autoridad federal allí presente, miraba de cuando en cuando al Canciller, como animándole a que comenzara su alocución. En el fondo temía que el Canciller pudiera mostrar alguna secuela que le impidiera hablar en público. Secuelas de las que él sería el máximo responsable por la cata neuronal con que había obsequiado a Biel XVI en su visita al Kepler, cuando la armada aún estaba al mando de la almirante Dawson. Harsvik era un tipo mil veces más cruel que la Dawson pero también mil veces más diplomático. Por eso estaba allí, rindiendo homenaje al hombre al que había estado a punto de matar. La Dawson nunca se hubiera prestado, su orgullo lo hubiera impedido.

¿Qué había sido de la Dawson? Nadie de la flota tuvo noticias suyas tras los acontecimientos que precedieron a la guerra contra los místicos. Cuando comprendió su error, dimitió de sus cargos y abandonó el ejército. Siguió con atención las noticias que venían de la superficie hasta estar segura del total aniquilamiento de los místicos. Luego anduvo de un lado a otro del anillo hasta que un mensajero la encontró. Le dijo que había estado buscándola durante días y que tenía un paquete postal para ella. Un paquete que un hombre le había entregado semanas antes y que le había encargado entregarlo personalmente a la almirante Dawson. Ella lo abrió con interés y cuando vio lo que contenía no pudo evitar que se le humedecieran los ojos. Lágrimas de verdad, no el agua cocodriliana de Biel XVI. El pequeño envío contenía un disco informático y una tableta protegida con varias células liofilizadas. También había una nota escrita en la que se leía “utilizar sólo en sábados” —Pedazo de cabrón —se dijo para ella en una de esas situaciones en las que tus nervios no saben si hacerte llorar o

hacerte reír. Barrachina, seguro de su inminente muerte, había grabado una copia de su mente en el disco que ahora tenía entre las manos. También se había extraído varias células madre de cara a una posible clonación. La Dawson permaneció un buen rato mirando los regalos que le había dejado Barrachina sin poder decidir lo que haría. Primero instalaría la mente de Barrachina en Cybérica o en cualquier ordenador que tuviera la suficiente capacidad, luego se cargaría ella misma y le propinaría una buena paliza, aunque fuera virtual. O tal vez le besaría. Luego llevaría el ADN del coronel a una clínica de clonaje rápido para reconstruir su cuerpo. Pero eso llevaría demasiado tiempo, demasiada espera. Quizá simplemente iría a una subasta de cuerpos de suicidas y pujaría por uno que se pareciera al coronel, luego lo cargaría con la mente de Barrachina. Estaba hecha un lío. Lloró de nuevo y pasó con suavidad los dedos por aquel disco de policarbonato. Era la primera vez que mostraba un gesto de cariño a Barrachina.

Biel XVI comprendió que la espera debía acabar. Puede que aquellos estúpidos hubieran acudido a verle amenazados, pero retenerles tanto tiempo era pedir demasiado. Miró a su hijo, Biel XVII. Estaba de pie inmóvil como un pitón volcánico, fuertemente dopado, inofensivo como un saco de estupefacientes. Le había permitido salir de su confinamiento pero no deseaba correr riesgos. El chaval tenía los ojos abiertos como toberas y la cara abotargada por la mezcla de morfina y estimulantes. Aunque parecía mostrar atención, su nivel de consciencia era comparable al de una almeja. Sería sin duda un heredero digno.

—¡Ciudadanos de Nuevo Aragón! —rugieron por fin los altavoces. Biel XVI dio comienzo a su discurso. Una cuidadosa mezcla de arengas, historia, proclamas nacionalistas y proyectos ilusionantes. Habló de reyes y de tiempos que importaban un carajo a los congregados. Nombró a Ramiro I, a Alfonso el Batallador, a Jaime I el Conquistador, a Fernando el Católico. Relató los tiempos más gloriosos del Reino y de la Corona de Aragón. Comparó los tiempos en los que los almogávares surcaban el Mediterráneo con el presente en el que él y los suyos habían salvado a la humanidad, y con el futuro cercano en el que hasta los cometas le rendirían pleitesía. Habló de un prometedor porvenir basado en el regadío del asteroide. Uno tras otro, desgranó todo un rosario de tópicos y vaguedades. Relató aquellas cosas que unirían, esta vez de forma definitiva, a todos los aragoneses y aragonesas del anillo. Todos y todas unidos y unidas. Humanos enteros y humanas enteras, transgénicos y transgénicas, robots y robotisas, topos y topas, transistores y transistoras, chimpancés y chimpancesas, etéreos y etéreas. Todos y todas felices bajo una sola bandera, bajo un mismo escudo.

Biel XVI comprendió que la paciencia del auditorio estaba llegando al límite. Tras dos horas de discurso, cualquier prórroga del acto podría degenerar en disturbios, conocía bien a su gente. Entonces presentó formalmente el que sería el nuevo escudo de la nación aragonesa. Un holograma se iluminó sobre las cabezas del

público. Un holograma inmenso que cubría casi todo el techo de la plaza y que alteraba graciosamente su intensidad por los rayos del sol que lo atravesaban. Mostraba un escudo dividido en cuatro cuadrantes de unos quinientos metros de lado. En él aparecían cuatro columnas rojas sobre fondo amarillo, una cruz y una encina. Pero en el último de los cuarteles, en lugar de aparecer las cabezas de cuatro decapitados, estaban representadas las cabezas de cuatro pollos. Pollos gratis, eso era lo que Biel XVI sabía que movía a su gente. El reparto periódico de pollos y otros alimentos, el “gratis total” que constituiría un nexo de unión mil veces más poderoso que la historia común o que las banderas. Un nexo de unión más potente incluso que el cianocrilato.

Tras unos instantes de sorpresa y silencio, el público asistente al discurso comprendió lo que significaba el holograma. El griterío creció en intensidad y la muchedumbre estalló en aplausos y vítores, esta vez plenamente sinceros. El Canciller les había llegado a lo más hondo del corazón y, agradecidos, le aclamaban como su único y verdadero líder. El Canciller saludó una y otra vez desde la balconada. Sus planes se habían cumplido, su felicidad era inmensa y su vanidad era una masa en crecimiento exponencial. No sólo tenía poder, también tenía el cariño de sus ciudadanos. Hizo una señal a sus hombres y estos se dirigieron hacia la multitud para repartir vino Von Neumann y roscón entre increíbles medidas de seguridad.

EPÍLOGO.

La humanidad estaba definitivamente a salvo. Aunque de forma oficial el ejército había aniquilado por completo a los místicos, el gobierno federal había hecho capturar vivos a unos cuantos de ellos para estudiarlos y obtener información. Infundían tanto miedo que los servicios secretos los introdujeron en unas incubadoras de vidrio herméticamente cerradas, a las que sólo entraban tubos que se metían en sus cuerpos para conectar sus aparatos circulatorios con un pulmón-riñón artificial, inyectándoles oxígeno y nutrientes y evacuando desechos. Sólo lo estrictamente necesario para sobrevivir mientras duraban los interrogatorios. Por supuesto habían estado bajo la vigilancia permanente de toda clase de armamento automático programado para matar ante el más leve movimiento no autorizado. Los neurólogos e informáticos de la Federación obtuvieron sus respuestas y vislumbraron el funcionamiento del tejido superconductor que habían desarrollado los místicos, y que les había servido para atacar a los humanos del anillo. Se diseñó una vacuna que potenciaba la secreción de varios neurotransmisores sirviendo de barrera contra cualquier nuevo intento de ataque religioso y se vacunó masivamente a la población. Cuando hubo acabado todo, los místicos supervivientes, dentro de sus incubadoras, ya no tenían ningún valor. El gobierno no sabía cómo deshacerse de ellos, de modo que a Biel XVI no le resultó difícil comprar uno.

Biel XVI bajó hasta los calabozos de Nuevo Aragón y contempló la incubadora. Ordenó a los guardias que salieran y se acercó al prisionero.

—Te conozco —dijo el místico. Biel XVI sintió un hervidero de repugnancia al verle. Rechoncho, enfundado en su sotana negra por la que caía caspa inmaculada como copos de nieve. Con el pelo grasiento peinado hacia atrás, los ojos entornados tras unas lentes antimipiopía, y esa sonrisita falsa de richuello en la comisura de los labios. Por fortuna, la incubadora estaba blindada por cinco centímetros de cuarzo antibalas. Ya lo había estudiado varias veces a través de las cámaras, pero tenerlo allí en persona era distinto. El místico era un tipo amanerado, sus sonidos salían como si masticara las palabras y, sin duda alguna, era esa clase de personas que te coge de la solapa o de los botones cuando te habla. Era un tipo definitivamente aceitoso. Biel XVI se sobrepuso del asco y contestó— Llegasteis lejos. Estuvisteis a punto ¿eh?

—Pero fracasamos. No creímos que un tullido tecnológico pudiera dar con nosotros.

—Eminencia —dijo Biel XVI alzando la cabeza—, deberías mostrarme un poco de gratitud. Te he salvado la vida y eso tiene valor teniendo en cuenta que casi me destrozáis la sesera con vuestras pesadillas, y que el gobierno me torturó concienzudamente por vuestra culpa.

—¿Salvarme la vida? —dijo el místico con su risita mirando hacia las armas que

le apuntaban. Ahora había juntado sus manos.

—Están desconectadas. Puedes hablar con total libertad.

—Entonces te manifiesto mi más profundo rencor y desprecio, hombre máquina. Nos habéis vencido, sí. Pero no del todo. Quizá haya más. Quizá te sorprendería saber de lo que somos capaces los de nuestra clase.

—De eso no tengo ninguna duda, eminencia.

—Flotas, torpedos. Baratijas tecnológicas. Nuestra arma es mil veces más poderosa que todos vuestros ejércitos.

El Canciller sonrió y miró la sortija del místico.

—Vuestra arma es historia, eminencia. Ahora somos inmunes.

—Hablo de la fe. La fe, Canciller. Un manto que ha poseído durante milenios a la humanidad y la ha manipulado con más efectividad que mil bombas nucleares. Os creéis indestructibles pero algún día volveremos. Volveremos y recuperaremos lo nuestro.

—Tampoco tengo dudas al respecto, eminencia. Soy consciente de lo que mueve a los de tu calaña. Pero no he venido a charlar de teología sino de negocios. Puedo ofrecerte la libertad, puedo promulgar la libertad religiosa dentro de Nuevo Aragón. Incluso puedo presionar para que tal cosa suceda en toda la Federación. Quién sabe, ahora soy un hombre influyente —y Biel XVI alzó las cejas. Las manos cruzadas en la espalda—. Me pregunto si te interesa. Y si les interesará a los tuyos. No me trago eso de que los militares han acabado con todos vosotros. Seguro que allí abajo hay muchos de los vuestros preparando un contraataque.

—Las únicas cosas que yo me pregunto son las que siempre han movido al ser humano. Al alma humana y no a los monstruos genéticos que habéis creado. ¿Quiénes somos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Dónde vamos después de morir?

—Eminencia, la pregunta que me mueve a mí es ¿qué me vais a dar a cambio de lo que os ofrezco?

El místico no contestó. Su sonrisa hipócrita había desaparecido. Sólo quedaba allí su mirada, sus ojos clavados en el Canciller con el resplandor de cuchillas que hielan. Biel XVI dio un paso reflejo hacia atrás. Estuvo a punto de activar las armas y avisar a los guardias cuando una aleación de temor y desconcierto creció durante un instante. Después el místico ejecutó de nuevo su sonrisita y Biel XVI entendió por primera vez lo tóxico que podía ser aquel hombre. Alguien que ni siquiera se atenía a las reglas de lo más sagrado que había en el universo. El negocio.

AGRADECIMIENTOS.

Deseo expresar mi más sentido agradecimiento a Fernando Clemente y a Esther Solana por sus sabios consejos, a María Aroca por la idea de los generadores de ensueños, y a Mariano Buil por la historia del pez.

Asimismo quiero dar gracias al cielo por haber podido leer los magníficos ensayos científico-filosóficos de R. Dawkins, D. Dennett, F. Rubia, H. Moravec y N. Calder. Sus ideas aparecen aquí de un modo u otro.